



Un Alma Cumbre

El siglo pasado, con su perspectiva para nuestra historia rica en episodios de país en formación, sirve de marco a la vida de una mujer chilena que supo adelantarse a su época, enfocar las tristes realidades existentes en el ambiente y colocarse a la cabeza de todas las actividades más nobles y necesarias a nuestro desarrollo social. La historia de doña Juana Ross nos hace conocer el temple de una mujer extraordinaria que entregó su alma heroica al servicio de sus semejantes, junto con su talento organizador y su inmensa fortuna.

Carmen Valle, en su fino y peculiar estilo, logra dar a este cautivante relato un sostenido tono de grandiosidad cristiana

UN ALMA CUMBRE

JUANA ROSS DE EDWARDS

POR

CARMEN VALLE

“Ha llegado la hora de las grandes revelaciones. Es preciso que la sociedad Chilena sepa el tesoro que ha perdido”.

PADRE MATEO CRAWLEY-BOVEY.

OBRAS DE LA AUTORA

"AMALIA ERRAZURIZ" (Traducida al francés y al portugués).

"NUESTRO HERMANO O JESUS CONOCIDO A TRAVES DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS".

"HASTA QUE EL VENGA" — Cuentos.

"FANCISCA" — Novela.

"SABADO SANTO" — Novela.

"CANTICO NUEVO".

"CONSOLATA" (Luz Cousiño Goyenechea).

"EL LIBRITO DE LA MADRE".

IMPRIMASE

San José de la Mariquina a 25 de Mayo de 1944.

-|- *Guido Beck de Ramberg.*
Obispo y Vicario Apostólico

Por mandato de Su Sria.
C. Sandoval.

PROLOGO

El poeta pagano pedía un monumento más perenne que el bronce *"aere perennius"*. Únicamente el Cristianismo pudo erigirlo.

"La Caridad tan sólo permanece" escribió Pablo de Tarso. Treinta años después de su muerte la personalidad de Doña Juana Ross de Edwards se agiganta para destacarse como una de las grandes figuras de la caridad cristiana en nuestro siglo.

Puede su nombre escribirse al lado del de Ozanam o de Isabel de Hungría. Tuvo de ellos la comprensión de los dolores, la previsión de los problemas y sobre todo la inmensa capacidad de amar.

Podrá el tiempo derribar los templos que ella edificó, podrán los acontecimientos disolver sus obras de beneficencia, pasarán las generaciones que recibieron de sus manos siempre abiertas los copiosos dones, pero el monumento invisible de su caridad *"aere perennius"*, más duradero que el bronce, perdurará para siempre.

Hermosa vida y sobre todo hermosa lección.

Ella nos dice que la vida es bella cuando como el Maestro se pasa "haciendo el bien". Ella nos afirma la verdad del pensamiento de Coppée "la felicidad consiste en darla".

A tanta mujer moderna que "se aburre de la vida" y necesita "matar el tiempo" ante una mesa de "bridge" o una ruleta, este libro les presenta a una mujer que tuvo en abundancia todo lo que el mundo apetece para la dicha y que en cambio la fué a buscar a la cabecera del enfermo, en el conventillo del pobre y en las aulas donde se educa la niñez. Es que el reino de los cielos, al decir de la evangélica parábola, es semejante al tesoro enterrado en un campo que, hallándolo un hombre, vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

Doña Juana comprendía que es más dulce el dar que el recibir, y que en el concepto cristiano de las riquezas somos tan sólo administradores de los bienes que el Señor nos otorga.

Ella, la mujer más rica de Chile, vivió y murió pobre. Pobre en su espíritu desapegado de las riquezas, pobre en su vida que quiso santificar con el voto de pobreza.

Como en el fresco inmortal del Giotto pudo también ella ser pintada tomada de la mano de "Madonna Povertá".

Y pudo con propiedad su panegirista comenzar su elogio fúnebre con la elocuente frase que sintetizaba su vida: "al reino de los cielos ha entrado un pobre".

Tuvo la inteligencia del pobre, o sea comprendió lo que el pobre representa en la Iglesia de Dios.

Quizás sin conocerla intuyó aquella lección que da Bossuet en su famoso sermón sobre "la eminente dignidad del pobre", magnífica página que no me resisto a citar, porque cuadra admirablemente con la vida de esta gran mujer.

"Como Jesucristo ha venido al mundo para derrocar el orden que el orgullo había establecido, dice el Aguila de Meaux, de ahí viene que la política de la Iglesia sea directamente opuesta a la del siglo: y yo noto esta oposición en tres cosas: Primeramente, en el mundo los ricos tienen todas las ventajas y ocupan los primeros puestos; en el reino de Jesucristo la preeminencia pertenece a los pobres, que son los primogénitos de la Iglesia y sus verdaderos hijos. Segundo, en el mundo los pobres están sometidos a los ricos, y no parecen nacidos sino para servirlos; al contrario en la Santa Iglesia, los ricos no son admitidos en Ella sino a condición de servir a los pobres. Tercero, en el mundo las gracias y privilegios son para los poderosos y los ricos; los pobres no tienen en ellos parte sino por su apoyo; en cambio en la Iglesia de Jesucristo las gracias y bendiciones son para los pobres y los ricos no tienen privilegio sino por su intermedio" (Sermón pour le Dimanche de la Septuagesime prêché en Favrier 1659 aux Filles de la Providencia).

Tuvo Doña Juana esta inteligencia de la dignidad del pobre y por esto no sólo lo amó, consoló y sirvió, sino se hizo pobre. Hay en las páginas de su vida una que tiene los caracteres del sublime. Al día siguiente del terremoto de Valparaíso del año 1906 fué un sobrino suyo a verla temprano. Entrando de improviso en la habitación la encontró de rodillas. Al verlo, ella se levantó con viveza, lo abrazó y le dijo: “estaba dando gracias a Dios porque, al fin soy como todos y no tengo más esa enorme fortuna y sus responsabilidades. “Acababan de hacerle saber que casi todas sus casas de Valparaíso y de los fundos estaban en el suelo y que sus haciendas habían sufrido muy graves perjuicios.

Involuntariamente al leer esta escena uno se traslada al través de los siglos y contempla al hijo de Bernadone que desnudo se acoge entre los pliegues de la capa del Obispo de Asís mientras exclama: “ahora sí que puedo ya decir, Padre nuestro que estás en los cielos”.

Y fué la caridad de doña Juana la auténtica, la que San Pablo describe, previsora, inteligente, sufrida. Ella se adelantó a los grandes problemas de la asitencia social moderna; hospitales, preventorios para tuberculosos, casas de ancianos, orfelinatos, Cruz Roja, habitación obrera, fueron brotando de ese corazón a quien la “caridad de Cristo apremiaba”, empujándola más y más en el servicio de sus hermanos.

Y junto a la caridad del cuerpo, la del espíritu. Templos que se levantan por doquiera,

Iglesias pobres que son dotadas, escuelas gratuitas, talleres profesionales.

Maurice Barrés al final de la pasada guerra escribía su libro: "la gran pitié des Eglises de France".

El libro sobre la gran compasión de las Iglesias en Chile aún no se ha escrito, pero lo estamos viviendo, los que a menudo tenemos que contemplar altares donde descende la majestad de Dios y cuyos candelabros son un par de botellas y sus floreros, viejos tarros de conserva.

Doña Juana dió sin tasa para el templo del Señor, "amaba la hermosura de su Casa y el lugar donde habita su gloria" y, mujer llena de fe, comprendió en toda su hondura el significado y misión del templo cristiano.

"Es preciso que la sociedad chilena sepa el tesoro que ha perdido". Así se expresaba el Rvdo. Padre Mateo Crawley al hacer el elogio fúnebre de la gran dama retratada en este libro. Y así también hemos pensado al escribir este sencillo prólogo que la benignidad de su autora nos ha solicitado.

Carmen Valle nos dió hace algunos años a conocer mejor la figura de otra gran mujer chilena, su madre, Doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux. Hoy nos muestra en su magnífica belleza moral y en la amplitud extraordinaria de su acción a Doña Juana Ross de Edwards.

Ello nos dice a qué altura de heroísmo y de

grandeza levanta el espíritu de Cristo la vida frágil y delicada de una mujer.

Ello nos habla de cuán rica savia circula en nuestra raza y qué hermosa tradición de bien tiene nuestra mujer chilena que seguir.

Quiera el cielo que la lectura de este libro, aparecido en un momento difícil de nuestra historia patria, cuando las antiguas virtudes se desvanecen y el ansia de gozar se acrecienta, cuando la armonía social que sólo la justicia y el amor mantienen, se rompe, despierte en sus lectores el sentido de la belleza de una vida en la cual ondea como un gran signo la eterna palabra del Evangelista:

“Dios es amor y el que permanece en amor permanece en Dios y Dios en él”.

† M a n u e l L a r r a í n E.

Obispo de Talca.

Talca, Mayo 28 Fiesta de Pentecostés de
1944

Era una tarde de verano. En el umbral de una casa viña-marina, en la calle Alvarez, cerca de la estación, dos señoras se abrazaban.

Alejóse la más anciana de las dos por el sendero del jardín; llegando a la reja, torció sus pasos hacia la iglesia parroquial. Se le veía todavía — figura inclinada un poco, humildemente vestida — a través de las clemátides azules.

“Es doña Juana Ross, la persona más rica de Chile”, dijo la que quedaba en el umbral.

Se lo decía a su hija, niñita entonces, no tanto empero como para no sentir el golpe que da al alma la nueva de una belleza moral.

—Y, añadió la madre, — ha hecho voto de pobreza; mira como camina a pie... no tiene coche. Mira como se viste pobremente... Todo lo da a los pobres.

Los ojos de la niña siguieron largamente a la visita que se alejaba.

Las palabras de su madre despertaron en ella una idea virgen; una de esas lúcidas visiones o aberturas sobre un mundo ignorado, que merecen quedar para siempre impresas en el marco en que nacieron.

La calle viña-marina, su olor fino a clavel.

El aire delicioso, salino y azucenado a la vez.

La fresca ventolera en un calor de Febrero.

La silueta gris de la antigua iglesia.

La anciana se iba sola.

Su traje negro de sarga; la singular blancura de su rostro; su velo en torno a la cabeza, firmemente amarrado bajo un firme mentón. Su modo de desplazar un pesado fardo llevado en el pecho.

La pasmosa paradoja de fortuna colosal y de humilde pobreza personal.

El gozo de un hallazgo: un ideal que empaña bellezas fugitivas y reduce hasta pigmeas dimensiones lo que sólo finje ser grande...

¿Iba a pensar esa niña que, andando el tiempo que envejece y madura, iba a tocarle a ella el honor de revelar a su Patria y a su época enferma el secreto que aquel día de verano la dejara largamente soñadora en el umbral;

Con qué emoción, transcurridos muchos años, escuchó ella a la nieta de aquella anciana — Adela Edwards de Salas — que le pedía escribiera la vida de su abuela. ¡Con qué fervor leyó el legajo de recuerdo que esta, como un tesoro, le traía! (1) ¡Con qué sorpresa se dió cuenta de las riquezas de esa mina; y con cuánta admiración, creciente cada día, fué extrayendo de esas hojas la granítica semblanza de un legítimo ejemplar de mujer cristiana nuestra! Con cuánta veneración y piedad, al fin, levantaron sus manos de la tumba del olvido ese genial corazón!

¿A quién mejor que a esa nieta, cuyo espíritu

(1) Crónicas de familia, recuerdos personales y artículos de la prensa recopilada por don Luis Ross Ferrari.

trafica en las huellas de Caridad de su abuela, dedicará ella este trabajo?

Así pues sea, en gratitud afectuosa por el favor que le hizo al ponerla en contacto íntimo, fervoroso con el misterioso mundo de esa alma cumbre que fué doña Juana Ross de Edwards.

CUANDO EL TATA JORGE SE HIZO CHILENO

Tres siglos de una tibia y monótona somnolencia llevaba la aristocrática ciudad en su cuna, perfumada a frutos de la higuera, a chirimoya, a lúcuma, a racimo dorado colgado de la parra... mecida por la canción profunda del océano y hundida en las blanduras de la arena, entre ese mar azul y las montañas, adormidas también ellas en la inconciencia de las riquezas maravillosas guardadas en sus entrañas (1).

Su nombre era Serena; no se llamaba así por la calma un poco desdeñosa de su fisonomía, sino porque su fundación primera, en 1544, dejola bautizada con el nombre de "San Bartolomé de la Serena", en recuerdo del pueblo natal de don Pedro de Valdivia: "La Serena de Extremadura".

Primera fundación decimos, porque cuatro años después de ese bautismo, los indios, sublevados, la destruyeron.

A ocho días del mes de Octubre de mil quinientos cincuenta y un año, firmaba don Pedro, en la ciudad de la Concepción del Nuevo Extremo, un documento que decía:

"Por cuanto al servicio de Dios, Nuestro Señor

(1) La vida en aquella región fué somnolienta y triste hasta que, en 1825, el descubrimiento del célebre mineral de plata de Arqueros vino a darle auge y vida; se cambió la vida apacible en febril actividad. Agustín Edwards, "Mi tierra".

y de S. M. conviene, visto como ha sido servido que estas tierras se hayan descubierto y puesto debajo de su Real obediencia, y que haya sido principio para que todas las provincias y comarcas que sean descubiertas y estos reinos mejor se conserven y las haciendas reales se aumenten, y que su Majestad manda y encarga que se pueble y conquiste todas las tierras que ser puedan, para que sea más servido y su Real patrimonio acrecentado, y porque tengo aviso que la Ciudad del Barco que está poblada detrás de la Cordillera de la nieve, en el paraje de la Ciudad de la Serena,, y es tierra que tiene aparaje y disposición para que se puedan hacer otras ciudades y poblar de cristianos, para que nuestro Señor Dios en ella sea servido y su santo nombre alabado y los naturales convertidos a nuestra Santa Fé y creencia, debajo de la obediencia y servicio de S. M. y porque hay necesidad de que a ello vaya persona de experiencia, hábil y de confianza, y celosa del servicio de S. M. y temerosa de su conciencia, y que tenga todo esfuerzo y osadía para semejantes conquistas y poblaciones y que tenga toda experiencia de las costumbres de los indios, y porque vos, el Capitán Francisco de Aguirre, sois tenido y estimado por caballero hijodalgo y en quien concurren las cualidades susodichas, y otras muchas que aquí no se especifican, y tengo confianza en que con todo recaudo haréis lo que por mi os fuere mandado y encargado en nombre de su Majestad y mío y por el tiempo que mi voluntad fuere, os provee por mi lugar teniente de Capitán General y Gobernador de la dicha ciudad de la Serena”.

Se recibió don Francisco del mandato de honor y, habiendo llamado a los señores Alcaldes y Regidores, “se sentaron todos e hicieron su ayuntamiento

como se suele hacer en el Reino de Toledo de León y nuestra Castilla la Vieja”.

He aquí el Acta de fundación que, en tal ocasión, fué levantada.

“En el nombre de la Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, y de la gloriosa Virgen María, su Madre, y del Apóstol Santiago y de San Pedro y San Pablo, a veintiseis días del mes de Agosto, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, de mil y quinientos cuarenta y nueve años, en presencia de mí el escribano y de los vecinos y restantes de esta ciudad de La Serena, en estos Reinos del Nuevo Extremo, dijo el muy magnífico Señor, el Capitán don Francisco de Aguirre, que por virtud del poder que tiene del muy ilustre señor, el Gobernador don Pedro de Valdivia, Capitán General de estos Reinos por S. M. y por cuanto en dicha ciudad el Capitán Juan Bohon (que Dios haya) la había poblado, y andando el tiempo lo mataron a él y a treinta españoles que andaban y estaban con él en Copiapó, y que ahora de nuevo venía a conquistar y a pacificar esta dicha ciudad y sus términos, dijo que la poblaba y pobló de nuevo en nombre de S. M. y del muy ilustre Señor, el Gobierno de don Pedro de Valdivia, Capitán General de estos dichos Reinos, y tomó por sus manos el palo de la picota y lo puso en medio de la plaza y puso la mano sobre la Cruz de su espada e hizo juramento solemne, como se acostumbra hacer, y como caballero hidalgo de sustentarle en nombre de S. M. y del muy ilustre Señor, el Capitán Don Pedro de Valdivia, capitán general de estos dichos Reinos por S. M. que así lo pidió por testimonio. Testigos que fueron presentes a todo lo que dicho es: Diego

de Rojas, Gonzalo de Peñaloza, Cristobal Martín y Estevan de Zavala”.

Dejémosla dormir entre sus arrullos de campanarios y de mar. En su apacible sueño de tres siglos, La Serena, aislada de las corrientes que remecían el mundo imprimiéndole el rumbo de sus nuevas formas políticas, llegó a ser algo como un invernadero en el que se guardaban generaciones de antiguas estirpes y abolengos, descendientes de encomenderos y conquistadores, formándose con estos elementos una sociedad aristocrática refinada, la que llevados a cabo los grandiosos propósitos de la titánica empresa, imaginada en el sueño de una santa reina y realizada por super-hombres de temple de acero, perdía poco a poco sus energías de raza en un tren de vida muy fácil, indolente y lugareño. Hasta ella llegaron, sin embargo, las grandes emociones del siglo diez y nueve.

Corriente sutil, al principio, alentada por los espíritus inquietos y los idealistas—los que suelen sus contemporáneos llamar visionarios y locos, pero que si la visión que tuvieron llega a convertirse en feliz-realidad, son citados por la posteridad como genios—fué soplando luego con ímpetu poderoso, hasta no quedar un noble corazón libre del contagioso ardor.

1817. Sonaron a victoria las campanas, en una tarde memorable de Febrero; todo aquel que por algun capítulo se sentía arraigado a este suelo privilegiado celebró a ese son el alborozo de una Pascua; nació en el alma aquella cosa que Dios por misteriosas razones ha hecho para el hombre, en este tiempo de prueba, necesaria, aquella entidad que es madre y a la vez hija de nuestra personalidad, cuna y solar y a un mismo tiempo hechura del conjunto de los

actos de sus hijos, formadora de nuestros corazones y reflejo también de los mismos: la Patria.

Pasó un año. El 5 de Abril de 1818 vió coronarse, en los campos de Maipú, la idea, conquistada en la sangre, de una soberanía libre y merecida.

Demasiado largo había sido el monótono vegetar, lejos, desproporcionadamente lejos de la antigua Alma-Mater, España, en rancias costumbres, en ignorantes egoismos y soberbio aislamiento. Pedía, ese conjunto de seres humanos que la Providencia había destinado al cultivo de una lonja muy fecunda de la tierra, ser responsables de sus empresas en ella, y no más niños en edad de tutela o miembros inertes de una sociedad lujosa y ociosa, en forzosa decadencia espiritual.

La Serena tuvo entonces un invierno que sacudió su sempiterno manto de monotonía. Se alargaron las tertulias, hacía se durar el rescoldo en los braseros de cobre, se volvían a cebar los mates una y otra vez.

Había tanto que recordar, que comentar y que narrar, en esas noches tranquilas de invierno, nunca heladas, resguardadas de los vientos y tormentas por las espesas nieblas marinas.

Pero en un atardecer, que fué el del día 21 de Julio de 1818, la tertulia se convirtió en sarao.

Una de las casas solariegas de la ciudad, situada en la calle San Francisco, a dos cuerdas de la Plaza de Armas, iluminaba sus salones. Por su puerta, de par en par abierta, entraban los Ovalles, los Solar, los Marín, los Aguirre, Los Naranjo, los Varas, los Egaña, los Sáenz de la Peña, los Urizar, etc., etc.

Y principió un sarao que, hasta inusitadas horas de la noche, fué alternando el baile de cuadrillas

y contradanzas con el servicio de exquisitos manjares.

Grande sería, sin duda, el motivo de tan brillante festejo; sin embargo no había allí novios, ni tampoco bautizo.

Tres niños, rendidos de cansancio después de un día tan bullicioso y movido, dormían en piezas retiradas. Dos de ellos eran hombres, el mayor y el menor; la del medio era una niña de cinco años que se llamaba Carmen.

En la mañana, sus ojos muy azules, perdidos ahora bajo el peso invencible de los párpados, se abrían en destellos de curiosidad y expectación. Dejábase vestir en un primoroso vestido, importado de Europa, de terciopelo con avalorios y franjas tiesas de gros, ondas y flecos que caían sobre los vuelos de batista de los calzones rematados con valenciana; no entendiendo sino muy vagamente lo que aquello inusitado significaba, tomada de la mano de su mamá, atravesaba luego la plaza, entraba a la Sala Consistorial de la Intendencia y ocupaba allí, como persona grande, un asiento en primera fila. Inmóvil en un severo sillón de caoba, con los piecitos, calzados en primoroso charol, colgando muchos centímetros sobre las lozas del suelo, escuchó la niña, sin comprenderlo, el siguiente diálogo que sostuvieron en forma solemne, su padre y un gran caballero que se llamaba don Joaquín Vicuña y Larraín: (1).

—¿Juráis a Dios y prometéis a la Patria defender su libertad e independencia de toda dominación extranjera, sostener sus derechos y protegerla con

(1) Intendente de La Serena, hermano del futuro Presidente de la República don Francisco Ramón Vicuña.

la ena fortuna, amor y vida, renunciando a las regalias de cualquiera otra nación?

—Sí, juro.

—Si así lo hicieréis, Dios os ayude y si no, El y la Patria os hagan cargo.

Ambos caballeros se dirigieron entonces a una mesa, alrededor de la cual esperaban de pie los testigos, don Santiago Urizar, don Francisco Iñiguez Pérez, don Juan Martín Gallo y don Francisco Bascañan Ovalle. Se levantó allí un acto que daba fé de lo sucedido.

“En la ciudad de la Serena, Capital de las Provincias del Norte, Estado de Chile, a veintiun días del mes de Julio de mil ochocientos diez y ocho años, el Señor don Joaquín Vicuña, Gobernador e Intendente de esta Provincia y las del Huasco, Copiapó e Illapel y Juez Mayor de Minas, estando en la Sala Consistorial presidiendo el Ilustrísimo Cabildo, se presentó don Jorge Edwards con la carta de ciudadanía, antecedente librado por el Exmo. Director Supremo del Estado (2).

Dicho señor Presidente púsose en pie. Recibió juramento del enunciado Don Jorge en la forma siguiente (vienen a continuación las frases del juramento ya citadas).

Terminado el acto, cogíase de nuevo la niñita Carmen de la mano de su madre, doña Isabel, y apretada y sofocada sin duda en su pequeñez, entre abrazos y parabienes, desapercibida en aquella noble y numerosa concurrencia que acompañaba al nuevo

(2) Este documento por el cual don Bernardo O'Higgins incorporaba a don Jorge Edwards a la Patria chilena estuvo expuesto largos años en una sala del Banco Edwards de Valparaíso.

ciudadano, entraba por el portón a la casona enfiestada.

Esta se fué llenando, hasta hacerse estrecha para albergar a todo cuanto había en la Serena de encopetado.

Cayó la noche temprano y se principió a bailar.

Durante tres generaciones los hijos y descendientes de don Jorge hablaron del Sarao del 21 de Julio de 1818, "cuando el tata Jorge se hizo chileno".

Mientras que la rancia aristocracia de Chile celebraba con regocijo inusitado la adquisición de un valioso elemento para la Patria nueva, la niña Carmen, como ya lo vimos, se había ido al país del sueño. Sólo los ángeles guardianes sabían que el más valioso entre los excelentes frutos que recogería Chile del bullado acontecimiento, lo daría esa tierna criatura.

En otra camita dormía el niño Agustín, de sólo tres años de edad, es decir dos años menor que la niña. A él iba a confiar la Providencia, como lo veremos más tarde, el tesoro que debía nacer de las entrañas de su hermana Carmen.

DON JORGE EDWARDS, ABUELO DE DOÑA JUANA

Tiempo es que nos enfrentemos con el héroe de la fiesta.

El acontecimiento que acabamos de presenciar nos induce a mirar en él a un digno representante de aquella raza anglo-sajona, cuyas características morales — 19 siglos después que San Gregorio al ver, en el Mercado de Roma, a unos esclavos de la Gran Bretaña exclamaba: “Son ángeles y no Anglos — alaba Su Santidad Leon XIII con las siguientes expresiones:

“El admirable carácter inglés se distingue por una invencible constancia en soportar la adversidad, y una perfecta docilidad en recibir las enseñanzas de la verdad, lo que hacía decir de ellos a Tertuliano: “*Britannorum inaccessa Romanis loca, Christo subjecta*”, “los Británicos supieron defender a su país contra el acceso de los romanos, pero se sometieron a la fe de Cristo”. e

Completaremos esta impresión cuando conozcamos mejor al caballero inglés, don Jorge, y, sobre todo, cuando lleguemos a leer la Profesión de Fe que hizo en su lecho de muerte.

Don Jorge apareció en nuestras playas en el año 1807. Venía a bordo del corsario “Bakau”, en calidad de médico — cirujano. Sus apellidos eran Edwards por el padre y Brown por la madre.

No falta, sin embargo, en torno a su origen la aureola de una romántica leyenda que relega a esos dos apellidos, comunes en Gran Bretaña, a la condición de adoptados.

Si bien los fundamentos de esa historia no dejan huella de haber sido reconocidos oficialmente por el interesado, nada nos impide decir con imparcialidad, que tanto la personalidad moral que fué don Jorge, como los generosos rasgos de sus descendientes, inclinan a tomar esa historia en serio.

Hela aquí, tal como ha sido encontrada entre los papeles de uno de sus vástagos más talentosos, don Alberto Edwards Vives.

Según la leyenda, don Jorge sería el cuarto hijo de Lord Hugo Mostyn, Baron de Vaux, y de doña Isabel O'Higgins. A diferencia de sus hermanos, no siguió la carrera de las armas sino que, apasionado por las ciencias naturales, estudió medicina en Eton, llegando a graduarse de médico en el Real Colegio de Físicos de Londres.

Pero Jorge Mostyn no vivía sólo para el laboratorio. A pesar de la oposición de sus padres, se casó con una célebre belleza, bailarina, o actriz, renunciando por ella, en pública escritura, a sus apellidos adoptando los muy comunes que usó desde entonces.

Habiendo fallecido a los pocos meses la esposa causante de esos graves trastornos familiares, y queriendo el joven distraer su pena y desengaño, se contrató de médico a bordo de una fragata rusa. Naufragada la fragata en las costas de Alaska, Lord Hugo pensó que se encontraba su hijo entre las víctimas del naufragio y así lo deja declarado en su testamento.

Allí termina para los Anales de Inglaterra la corta y trágica vida de don Jorge Mostyn (1).

Continúa empero en las costas de Chile la leyenda y en forma de nuevo y más idílico romance, cuyo relato recogemos de los recuadros de un nieto del mismo don Jorge, don Agustín Ross.

“Recalamos ese corsario en Coquimbo, don Jorge visitó la vecina ciudad de la Serena que debe haberle agradado a primera vista, y allí conoció a algunas personas, entre ellas a los miembros de la familia Ossandón Iribarren.

“El médico volvió enseguida a su buque, pero encontrándose ya cansado y hastiado de navegar sobre los mares solitarios persiguiendo el comercio francés, desembarcó por segunda vez. Debiendo seguir sus correrías el corsario, don Jorge resolvió separarse del buque y quedarse en la Serena. No volvió a bordo. El capitán mandó emisarios con encargo de buscarlo y de llevarlo por fuerza al buque; pero no lo hallaron. Dicen las tradiciones familiares que la niña Isabel Ossandón Iribarren lo ocultó en una

(1) Da alguna luz sobre el linaje de don Jorge el oficio que, el 12 de Noviembre de 1806, redacta el doctor Hipólito de Villegas, subdelegado de Coquimbo, acusando al fisco inglés, Jorge Edwards de los Valles por creerlo, erradamente, comprometido en un contrabando cometido en Totoralillo. Es posible que en uno de los muchos interrogatorios a que fué sometido se le preguntara por su nombre y contestara: Jorge Edwards” ¿qué más? inquiriría el oficial, refiriéndose al apellido materno, según es costumbre entre nosotros, y entonces el interesado, acordándose de su apellido solariego, respondería: “de los Valles”. Ahora bien en “Burkes Peerage”, edición de 1914-1915, se hace mención de los Edwards de Vaux, (de los Valles, en francés) oriundo de Gales, rama filial de Mostyn” Pedro Javier Fernández Pradel.

tinaja de greda, (1) de aquellas que, durante la era colonial, se empleaban para depositar vino y parecidos a las que, según las mil y una noches, utilizaron Alí Babá y los cuarenta ladrones”.

“El capitán del corsario, no pudiendo dar con el fugitivo, abandonó el puerto de Coquimbo para seguir sus andanzas, prescindiendo de los servicios del médico - cirujano.

“Como fué natural, al poco tiempo, el médico, de 27 años, don Jorge Edwards, contraía matrimonio con su libertadora, Isabel Ossandón”.

La joven cuya hazaña evoca bíblicos episodios, era un miembro de la vieja típica clase aristocrática muestra, de pura sangre española.

Nadie mejor que el ya citado Alberto Edwards, en su libro “la Fronda Aristocrática” nos revela la idiosincrasia de esa clase prominente en Chile cuyo origen, mayormente vasco, es decir del pueblo a la vez más libre y más aristocrático de España” explica de sobra sus características en que se mezcla el buen sentido burgués con la soberbia aristocrática, sus cualidades y defectos, que hicieron de ella “un grupo social lleno de originalidad y vigor, que logró marcar con el sello de su genio al país que por tantos años dominara (2).

(1) No fué tinaja, sino baúl de cuero que se conserva en la familia Délano Ross.

(2) Desde mucho antes de 1810, las antiguas familias de conquistadores y encomenderos, arruinados por el lujo y el ocio, o extinguidas en las guerras o el claustro, se encontraban en plena decadencia. Nuevas estirpes de mercaderes y hombres de trabajo, con sólo tres o cuatro generaciones de opulencia y figuración social, las habían lentamente absorbido o desplazado; llegó así a dominar económica y socialmente en el país una aristocracia mixta, burguesa por su formación debida al dinero... pero por cuyas venas corría

Era hija, doña Isabel, del conde de Artilleros y Coronel de los ejércitos del Rey, don Diego Ossandón y Castro, y de la Señora Doña María del Rosario Iribárrren, Niño de Cepeda, descendiente directo, por su abuela, doña Agustina de Aguirre y Andía de Irarrázaval, de don Francisco de Aguirre, esa figura legendaria de nuestra historia, fundador de la Serena y también de Santiago del N. Extremo, junto con don Pedro de Valdivia, en la memorable fecha del 12 de Febrero de 1541.

Figuran también como ascendientes de doña Isabel otros hombres notables de la epopeya nuestra, como ser Don Francisco de Riberos, y don Francisco Bravo de Saravia y Ovalle, primer marqués, de la Pica.

En cuanto al segundo apellido de la madre de doña Isabel, "Niño de Cepeda", he aquí su origen, según una antigua tradición.

Allá por los años de 1450, en la localidad de Cepeda, situada a corta distancia de Madrid, había con colegio para niños pertenecientes a familias nobles. Uno de los que allí se educaban llevaba el apellido de Ossandón: aficionado a treparse a los árboles, un buen día en que se había encaramado hasta el cogollo de un pino, pudo divisar a lo lejos el brillo reluciente de las armas de los moros que avanzaban sobre Madrid. Descolgándose rápidamente del árbol, corrió hacia la ciudad, dando la voz de alarma. Sonaron los clarines y las trompetas, llamando a los soldados castellanos a las armas; se lanzaron sobre el enemigo y la victoria coronó sus esfuerzos. El joven Ossandón se hizo popular como salvador de la ciu-

también la sangre de algunas de las viejas familias feudales. "Fronda Aristocrática".

dad y en todas partes se hablaba de él como “el niño Cepeda”; la familia Niño de Cepeda descende de aquel colegial y es vinculada a Santa Teresa de Avila que llevaba el apellido de Cepeda del mismo origen, si bien una sola rama de esa descendencia continuó usando la palabra “Niño”.

Vemos pues, al médico inglés caer, de su corsario a un ambiente puramente colonial, tradicional chileno. Su caso no es el único en la historia social de la Serena — ni tampoco en la capital, sino que, al contrario, es uno de esos rasgos honrosos para nuestra oligarquía, la que, en todo tiempo, ha abierto sus hogares a extranjeros de mérito, cualesquiera que hayan sido su rango social y su fortuna, siendo ampliamente pagada por los aportes de nuevas savias, de energía, inteligencia, imaginación, inoculadas así en la rutina de un grupo aislado y de estrechos horizontes. “Las aristocracias que cierran su libro de oro, dice el ya citado don Alberto Edwards, pierden hasta el derecho de llamarse tales: dejan de ser una selección para convertirse en una casta y firman su sentencia de muerte”. (1).

El Padre de Isabel, don Diego Ossandón, parece

(1) La Serena, ciudad de flores y de benignísimo clima, fué en todo tiempo asiento preferido de extranjeros; de aquí vienen sus numerosos apellidos foráneos, como los Gallo, de Génova, los Subercaseaux de Dax en Francia, los Campbell de Escocia... etc.

“Después de la Revolución se observa la misma predilección de parte de los extranjeros y así vemos aparecer a los Havalanda y a los Frost, dos honorables norte-americanos y entre otros británicos como Edwards, al caballero don Edmundo Eastman, quien eligió esposa chilena como los anteriores y dejó en el país a un grupo de honorables ciudadanos y de bellísimas hijas”—Vicuña Mackenna, “Los extranjeros en la Serena”.

haber sido uno de los pocos serenenses desafectos a la causa de España. Sus ideas, adictas a los ideales patrióticos, tienen que haber halagado al inglés, en cuyo carácter, al juzgar por los rasgos de su historia juvenil, existía sus buenas dosis de espíritu de independencia y de audacia.

Si su mentalidad política simpatizaba con la del hogar de su prometida, doña Isabel, no puede decirse otro tanto de su credo religioso.

Sin embargo, este grave obstáculo para la realización de su sueño, como los recelos de los católicos serenenses, fueron prontamente desvanecidos.

Acordémonos de lo que dijo León XIII, que los ingleses son pronto a recibir la Verdad. Así don Jorge, al año de estar en Chile y algunos meses antes de contraer matrimonio, abjuró solemnemente la religión potestante de sus padres. Fué desde ese día, un católico ejemplar. Cuarenta y dos años después de su conversión, al ver aproximarse su hora postrera y al entrar a su aposento el Notario que venía a recoger su última voluntad, abrió sus labios moribundos para pronunciar con voz clara la siguiente declaración de Fe.

“Creo firmemente en el Misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, en la Encarnación del Verbo divino, en las Purísimas entrañas de María Santísima, Señora nuestra: y en todos los demás misterios de Nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica Apostólica y Romana, bajo cuya fe y creencia he vivido y protesto querer morir como católico y cristiano. (1)

(1) Esta confesión de fe queda estampada en el Testa-

Cuarenta y dos años de vida chilena gastó don Jorge en la solícita atención de su hogar, enriquecido con numerosos vástagos, en el ejercicio acertado y generoso de su profesión de médico, y en empresas comerciales, a las cuales el célebre auge de las minas, en especial el descubrimiento del mineral de plata de Arqueros, vino a dar un empuje y un brillo extraordinarios. Desarrolló también don Jorge notables actividades mineras en Copiapó y Huasco.

Pero lo que le granjeó las más vivas simpatías de su nueva Patria fueron los servicios prestados por él al Ejército Libertador. Después de la batalla de Chacabuco, el teniente Coronel Cabot, cruzando por el portezuelo de Ramadas, caía como una tromba sobre la provincia de Coquimbo, entrando a Illapel. Emprendida la fuga por las autoridades realistas, don Jorge ofreció sus servicios al Ejército Restaurador. Fueron aceptados y asumió inmediatamente don Jorge el cargo de Cirujano en Jefe.

En el mes de Mayo de ese mismo año de 1817, el Ministro del Interior, a pedido del Director Supremo mandó a don Mariano Peñafiel, Intendente de Coquimbo, la siguiente nota.

“Ha confirmado el Supremo Gobierno el nombramiento hecho en don Jorge Edwards de Cirujano en Jefe del Ejército Restaurador de las Provincias del Norte, a consecuencia de la oferta que hizo voluntariamente a nuestro servicio. Vuestra Señoría le dará las gracias en nombre del Estado y le hará entender que su generosidad e interés por la salud de nuestras tropas son de mucha satisfacción al Gobierno”.

mento de don Jorge, firmado por don Joaquín Edwards y don David Ross, sus testigos y el Notario, Narciso Merino.

Nótese que, en esa fecha, don Jorge no había todavía adoptado la nacionalidad chilena.

“¿Pudo legar don Jorge Edwards a sus descendientes — dice don Manuel Munizaga, al comentar ese episodio de su vida — blasón más esclarecido que este, el de la gratitud de una Patria que aún no era la suya?”

Don Jorge murió en la Serena, el 5 de Marzo de 1848, a la edad de sesenta y ocho años. Su cadáver por disposición suya, fué amortajado en el hábito de los frailes capuchinos.

¿Pudo, don Jorge, legar a sus descendientes, decimos nosotros, una más valiosa herencia que la que, con tanta elocuencia expuso para ellos sobre su lecho de muerte?

Don Jorge dejaba esta tierra en el seno de una fe luminosa y en la esperanza firme de una vida más alta y mejor. Dejaba a sus hijos la fortuna labrada con sacrificio y honradez, pero abrazaba para sí el emblema de la perfecta pobreza, virtud cristiana que no tiene otro sentido sino una idea de orden y jerarquía espiritual, por la cual se reconocen y distinguen los valores espirituales y materiales, en su justa proporción, y se les dá a cada uno, su consiguiente lugar e importancia.

Esta herencia espiritual iba a ser recogida con preferencia, a manos llenas, con avidez, por uno de los miembros de la familia, brotada como árbol frondoso del matrimonio Edwards Ossandón.

Impacientes, tanto o más que vosotros, lectores estamos por ver aparecer, al fin, a la criatura de gracia y bendición, cuyo nombre encabeza este vo-

lumen. Mas, antes debemos demorar algunos momentos todavía y hundir la mirada ahora sobre muy lejanos países, como remotísimos hechos del mundo viejo de Europa.

EL CLAN ROSS

Es muy lejos de Chile que nos vamos.

Otras nieves besadas por el sol en picachos y cimas de montañas; otros sonoros ríos y otro agitado mar lamiendo salvajes playas, embrujos, duendes, siluetas de fortalezas y castillos en lugares escarpados: bosques de hayas y de encinas, misteriosos y umbrosos, como el secreto arcano de la agitada historia que cada susurro de ese plateado follaje parece murmurar.

Es la tierra romántica de Escocia: *Highland*, "tierra alta", envuelta en vapores y velos de evocación, leyenda, ensueño...

Varios siglos tuviéronla inundada en sangre: feroces guerras para librarse de invasiones y vasallajes; pero también fieras batallas de ambición. El cúmulo de maldiciones se posó un día sobre el nombre de Macbeth, y el trono de Escocia fué el infierno.

Luego, empero, en vez del rayo castigador de la Justicia divina, abrió el cielo sobre Escocia una inefable bendición. Es una hermosa fugitiva la que llega una tarde, con su hermano, a refugiarse tras los baluartes rocosos de esas turbulentas playas. Es Margarita, hija de Eduardo de Inglaterra.

Malcolm, hijo de Duncan, víctima este último de Macbeth, la toma por esposa y a su lado, enamorado, endulza un tanto sus costumbres primitivas.

Era experto, el rey, para manejar la lanza y la espada, pero no para mover la pluma; cada vez que quería dictar un decreto, ponía una cruz a los pies de una hoja de pergamino y, sobre esa rúbrica, extendía la reina el decreto, corregido en el espíritu del Evangelio.

Todos los días, y en cada una de sus horas, oíanse en la puerta del Castillo real, gritos, llamados y súplicas.

“¡Madre...! ¡Madre...! Madre...!”

Eran los mendigos, los niños, los enfermos.

“El amor la hacía sollozar y romper en lanto”, escribe, de Margarita su capellán, “y yo lloraba con ella”, añade.

Se abría el portalón, entraban los pobres y la reina, con sus propias manos, les daba de comer. Pasaban esas reales manos enseguida a los telares en que las perlas y las hebras de oro se entretejían para los templos del Señor y, después, en la noche, se elevaban en largas oraciones.

¿Por qué el poeta dejó imperecedero el recuerdo de aquellas otras manos manchadas por el crimen, perseguido por espectros y terrores del infierno.

“Here’s the smell of the blood, still all the perfumes of Arabia will not sweeten these little hands, ¡Oh, oh, oh...!”

“What, will these hands ne’er be clean?” (1)

(1) Aquí el olor a sangre; todos los perfumes de la Arabia no podrían endulzar estas pequeñas manos, oh, oh, oh, ¡“¿no llegarán a limpiarse estas manos?”

Lady Macbeth en “Macbeth” de Sheakspeare. Acto V Escena I.

Y no cantó la alabanza de esas otras, santas y puras que, fuentes nunca exhaustas de limosnas, abejas de primores para el culto divino, cirios místico de oración, borraron las huellas del crimen sobre el trono?

Hemos, empero, de hundirnos más adentro todavía en la historia de Escocia.

Eran los tiempos de San Columba, el bardo-asceta de los célticos archipiélagos. El tiempo de las pacíficas invasiones, de milagrosas flotas que a los bárbaros traían la primera noticia del Reino de los cielos.

Un monje, llamado Régulo, logró, después de miles de aventuras, abordar en Escocia con su tesoro traído desde Bizancio, que era nada menos que el cuerpo de uno de los cuatro apóstoles privilegiados de Jesucristo, San Andrés (1).

En la víspera de una batalla, Gangus, rey de los Pictos, hizóse traer las sagradas reliquias para honrarlas y merecer así la protección del cielo. Esto fué en el año 747 de la Era del Señor. Cuentan las tradiciones que, esa noche, el rey, y con él todo el ejército, vieron en el cielo una enorme y deslumbrante cruz de San Andrés, — es decir en forma de X (2).

Alcanzada la victoria en la célebre jornada de Bannockburn, quedó San Andrés erijido en patrón glorioso de Escocia. En una fiesta muy brillante y que ha quedado en la historia de esa tierra memora-

(1) Era el cuerpo de San Andrés sin la cabeza, la que fué llevada a Roma y colocada en la Basílica Vaticana, al lado de la de su hermano, San Pedro.

(2) Sabido es que San Andrés fué crucificado en una cruz en forma de aspa, o X.

ble tanto como la famosa batalla, los despojos del Apóstol se trasladaron a la ya antigua ciudad de Muck-Ross; (ahora "Saint Andrew") allí quedaron depositados bajo la custodia del clan Andrew; y no tardó en levantarse sobre la insigne reliquia, un santuario que fué inaugurado, poco tiempo después de la batalla, por el héroe nacional, Robert Bruce.

Vagando por la Escocia legendaria — *legendaria* y a la vez real, pues leyenda y verdad, en esa hermosa tierra van más que hermanas gemelas unidas — hemos tropezado, al fin, con el nombre que nos interesa.

Sabido es que las familias fundadas sobre antiguas estirpes, o tribus montañosas de Escocia, usan el nombre de *Clan*.

El nombre de San Andrés, Patrón de Escocia, está ligado, en la tradición escocesa, desde los tiempos más remotos, con el clan Andrew, el cual, según fuentes fidelígnas, concienzudamente estudiadas por un miembro del mismo clan, contemporáneo nuestro (1) pasó a ser el *Clan Ross*, de origen celta y sajón, danés y escandinavo, radicado desde antes de la llegada de las reliquias del Apóstol, mucho antes, al Noreste de Escocia, al pie de las montañas que todavía se llaman: "*the mountains of Ross*" en el lugar pintoresco, vigilado por el gigante "*Ben Wyvis*, que aun hoy lleva el nombre de "Condaño de Ross".

En 1745, las fuerzas del Clan Ross ascendían a 500 hombres; todos llevaban el apellido, eran consanguíneos y descendían de un mismo tronco.

La Jefatura del clan es hereditaria, los miembros pueden usar el escudo de armas del Jefe, en forma estrictamente reglamentada. La heráldica ha

(1) Don Luis Ross Ferrari.

estado siempre ligada estrechamente con los clanes escoceses bajo el punto de la indumentaria. El “tartan”, color del cuadro, y el “Kilt”, falda corta, elementos distintivos de la indumentaria escocesa, han estado desde muy remotos tiempos asociados a las costumbres del país.

Nadie mejor que un bardo de esa tierra nos da a conocer en sus cantos el carácter escocés:

“From the heath covered mountain of Scotia
[we come”,

“Where the Romans endeavoured our country to
[gain”

“But our ancestors fought and they fought not
[in vain”.

“No effeminate customs our sinews embrace”.

“No luxurious tables enervate our race”.

“Our loud sounding pipe breathes the true
[Martral strain,

“And our heart still the old scottish valour
[retain”.

En cuanto al nombre de Ross, lo encontramos a lo largo de la historia de esa valiente tierra; siempre en hechos de bravura, no siempre, empero, limpios de venganzas y ambiciones.

¿No es un astuto Ross el que en noche tenebrosa entre Macebeth, Malcolm y brujas complota? (1).

¿No es uno de ellos el que, figura complicado en la famosa conspiración que costó la vida a San

(1) En la última escena de “Macbeth”, Malcolm, delante de la cabeza de su rival, Macbeth, decapitado por Macduff, da el título *the earl*, o conde a varios señores guerreros de Escocia, entre los cuales figura un señor de Ross.

Tomás A. Beckett, bajo las bóvedas de la antigua Catedral de Canterbury; (1).

¿No es, en fin, un Earl de Ross el que, peleando contra Robert the Bruce, en 1306, hizo cautivas a la mujer y a la hija de ese famoso jefe, las que se habían refugiado en la ermita de San Duthas, entregándolas luego en rehenes al Rey Eduardo de Inglaterra?

Así las historias del Clan, semejan paisajes de Escocia: nubes pregnadas de tormenta embisten fieros picachos; pero entre las orgullosas cimas hay unos záfiro muy límpidos, muy puros que miran eternamente al cielo.

(1) "Según la tradición, el progenitor del primer Conde de Ross fué el hijo mayor de Gilcoin-nale-Airde. Siguen, en la línea de sucesión, los Condes de Ross originarios de Aplecross. El primero de éstos fué Fearcharna-h-Airde, quien con motivo de los servicios prestados a Alejandro II, rey de Escocia, fué hecho caballero y creado Conde de Ross, en 1234. El segundo de los condes de Ross de Apple Cross tomó parte en el célebre episodio de la conspiración que produjo la muerte del Arzobispo Thomas A. Beckett, a consecuencia de la lucha entre los sajones y sus conquistadores normandos. El sexto Conde de Ross, Hugh, fué el progenitor de los Ross de Balmagowan. A principios del siglo XVIII, David Ross de Balmagowan, fué el último de su raza en la línea directa, pasando sus bienes a Charles Ross, hermano de Lord Ross de Hawkhead. Al fallecer, en 1711, David, el último Ross de Balmagowan, la representación masculina lineal de los Ross de O'Beolans, correspondió a los Munro Ross de Picalnie". (Historia del Clan Ross por W. A. K. Johnston.— Edimburgo, 1938.

DAVID ROSS

Uno de aquellos zafirinos lagos era, sin duda, a los ojos de Dios, el hogar que, a orillas del pintoresco Clyde, vivía en constante temor del Señor y en el ejercicio de rígidas virtudes y costumbres austeras y puras.

Munro Ross (1) se llamaba el jefe de ese hogar, y Jean Gillespie (2) su mujer.

Los domingos, apagado todo ruido de trabajo entorno, Munro cogía entre sus manos el sagrado libro de la Biblia y buscaba en él los senderos de la verdadera Patria, que se cierne muy alta y gloriosa sobre los bravos Fiords de Escocia y sobre sus legendarios loochs.

Las notas melancólicas de los *bag-pipes* lanza-

(1) Pertenecía al sub-clan Munro Ross. En 1544 y 1550, dos contratos de amistad y de alianza fueron firmados entre los Ross de Balmagowan y Robert de Munro de Foulis. A la muerte del único heredero de Héctor Ross, creado por Carlos I, Barón de Nueva Escocia, se extinguió la línea directa. El título y las propiedades pasaron entonces a Roberto de Munro, nieto de Jorge, tercer hijo del décimo quinto jefe del Sub-Clan Ross, Roberto de Foulis. La residencia del último Jefe de ese sub-clan fué el castillo de Foulis, en el Condado de Ross. El grito de guerra del sub-clan Munro Ross, son las palabras "*Caisteal Folaís Natheine*". "El castillo de Foulis está en llamas".

(2) Juana.— El Clan Gillespie usa los colores del Clan Mac Kintosh.

das desde la umbría del vecino bosque, en la otra margen del río, entreveraban con los graves relatos del antiguo Testamento sentimentales voces.

Munro encendía la lámpara sobre la mesa y, en alta voz recitaba las oraciones de la tarde. Al cerrar su libro predilecto, sin duda añadiría a la oración la lectura de unos versos, compuestos por él mismo en una hora de mística inspiración.

Helos aquí tal cual fueron encontrados en el volumen de la Biblia en idioma *gealic*, o antiguo idioma de Escocia, de uso personal de Munro Ross; están firmados por él, escritos por su puño y letra y fechados en el año 1828:

“Could I with ink the ocean fill,
Where every single stick a quill
And every man a scribe by trade
To write the love of God above...
Would drain the ocean dry,
Nor could the scribe countain the whole,
Though stretched from sky to sky
On the love of God!

Within this awful volume lies
The mistery of misteries,
Happiest they of human race
To whom their God has given grace
To read, to fear, to hope, to pray,
To lift the latch and find the way,
And better had they neer been born
Than read to doubt or read to scorn”.

Lo que significa en castellano:

“Si yo pudiera llenar con tinta, en vez de agua,
[el Océano...

Si toda la tierra un solo pergamino fuera,
Cada astilla del mundo una pluma,
y cada uno de los hombres un escribano
Para escribir el Amor del Dios de las alturas...
Vacío y seco pronto quedaría el océano,
No podría el pergamino contener la escritura,
Aún tendiéndose, de cielo a cielo,
sobre el seno de ese amor de Dios.

“En este libro tremendo se guarda

El Misterio de todos los misterios.

Bienaventurados los seres de la raza humana
a quienes Dios su gracia ha dado

Para saber leer, temer, esperar y orar,

Abrir el candado de la secreta puerta y em-
[prender el camino con valor

En cambio: mejor mil veces no hubiera nacido
Aquel que sólo lee para luego dudar o para des-
[preciar.

Y el día piadosamente moría, reflejando su des-
mayo en las pálidas aguas del Clyde. Un paso más
daban esas almas serenas hacia su divino destino.

Un hijo tenían Munro y Jean; de uno solo nos
hablan las crónicas de familia.

Y, sin embargo de ser el único, a la tierna edad
de 18 años fué cautivado por la dorada sugestión de
América.

David — así se llamaba ese hijo — había nacido
en Dunfermline, el 17 de Febrero de 1801. Tenía

cuatro años cuando se trasladó su hogar a Greenoak, en las márgenes del Clyde, y diecisiete cuando, finalmente, se radicó en la ciudad de Barthgate, cerca de Edimburgo, en donde David dió el último abrazo a sus padres, y dejó colgado el nido, cuyo recuerdo iría acentuando en su alma más tiernos y nostálgicos matices hasta llegar, al fin, a trastornarle la razón.

¿Por qué este aventurado viaje?

Aunque sobre esos motivos no tenemos mayores datos, nos figuramos fácilmente que las grandes crisis sufridas en Europa, a raíz de las guerras napoleónicas, harían volver los ojos del joven David, como el de tantos otros espíritus imaginativos e inquietos, — entonces y ahora — hacía playas lejanas, fascinadoras, brillantes de promesas, de abundancia fabulosa, fácil de cosechar a manos llenas.

Y así fué como David Ross dejó la vida sobria, severa, religiosa de Escocia, y se lanzó a la aventura de América.

Llegó a Valparaíso en el mes de Marzo de 1820, a bordo de un velero, y fué luego presentado por Lord Cochrane a don Bernardo O'Higgins, quien le ofreció el cargo de Contador Jefe de la Expedición Libertadora del Perú, lo que nos habla muy alto de las referencias y recomendaciones que traería consigo el joven Ross, de sólo 19 años de edad.

Declinó, sin embargo David la honrosa oferta del Gobierno, por haber aceptado de ante mano la ocupación de Tenedor de libros y Cajero, en la Casa Waddington (1), la más importante firma comercial de entonces, en la Costa del Pacífico sur.

(1) En esa casa trabajaba el joven inglés, don Edmundo Eastman, con el cual no tardó en estrechar amistad don David. Don Edmundo es el abuelo de los Eastman Cox. Va-

El 14 de Octubre de 1822, escribía David, desde Valparaíso, a su padre la siguiente carta, que, aunque es larga, citamos por entero, creyéndola de interés por cuanto revela el temperamento simpático y el corazón efusivo del emigrado joven.

“Mi querido padre:

Por la goleta “Lima”, que se hizo a la vida desde estas playas, el 5 de Agosto, te escribí una larga carta, enviándote al mismo tiempo con su Capitán “Mac Cartney, setenta y cinco pesos españoles, equivalentes a £ 15, remesa que sinceramente espero habrás recibido antes que esta llegue a tus manos”.

“Desde mi última he tenido la agradable satisfacción de recibir tu tan cariñosa carta del 17 de Noviembre de 1821, por la que veo con gusto que has recibido todas las mías, en número de ocho. Por otra parte, me es muy grato informarte que he recibido todas tus numerosas misivas hasta la fecha ya expresada: 17 de Noviembre, todas las cuales puedo asegurarte que me sirvieron de grandísimo consuelo. Como tu observas, la distancia que nos separa es inmensa y la resolución que has tomado de escribirme en todas las oportunidades posibles me es muy necesaria; puedes estar seguro de que igual cosa haré por mi parte, hasta el límite de lo posible”.

“Aunque siento en el alma observar que continúa tu estado de debilidad, no puedo menos de alegrarme mucho al imponerme, en otra parte de la carta, de lo que dices que nunca has visto a mi madre en un mejor estado de cuerpo y de espíritu.

rios hogares se han formado entre las descendencias de ambos caballeros.

Quiera Dios que pueda ella continuar así y que tú también puedas librarte de los malestares que por tan largo tiempo te han mortificado.

“En el curso de unas seis u ocho semanas más, espero enviarte otra pequeña remesa de £ 20 o 30 en letras de cambio sobre los Comisarios de la Marina Británica y me permitirás asegurarte que ninguna consideración podrá jamás inducirme a olvidarte y que siempre estaré listo para prestarte toda la ayuda de que sea capaz, confiando firmemente en que Aquel que domina todo y atestigua nuestras más íntimas acciones, se digne darnos ese apoyo de que necesitamos a menudo en este mundo de penas y de contrariedades”.

“Cuando, desde la cumbre de los cerros que rodean a este Valle del Paraíso, dirijo mi vista a través del vasto Océano que ahora nos aparta, una serie de pensamientos melancólicos viene a cernirse sobre mi espíritu y no puedo retener las lágrimas, recordando aquellos días felices de mi infancia, pasados a orillas del río Clyde”.

“No me he arrepentido, sin embargo, de haber emprendido este viaje, pues por medio de él, no sólo puedo hacer algo por mi porvenir, sino que también he tenido la oportunidad de ver el mundo, observando las costumbres de un país que ha estado sometido a España y es apenas conocido por las potencias europeas”.

“Tenemos aquí, ahora, un gobierno independiente, bien organizado, presidido por don Bernardo O’Higgins, hijo de un comerciante irlandés que se estableció en este país hace un medio siglo, quien por su talento natural y su buena conducta, se llevó hasta el alto rango de Virrey y de Comandante en

Jefe de todas las fuerzas españolas en la América del Sud. El hijo arriba nombrado ha sido educado en Inglaterra y habla el inglés tolerablemente bien. Es muy amigo de los británicos, no permitiendo que sean ellos molestados en ninguna forma”.

“El barco de Su Majestad “Doris” (1) por el que envió esta carta, acaba de disparar un cañonazo para que su última chalupa se dirija a bordo, de manera que me veo obligado a terminar estos garabatos o a exponerme a que la carta no alcance a llegar a bordo”.

“Recordadme, padre, con gratitud a mi tan querida madre, y decidle que vierto sobre su recuerdo muchas nostalgias ansiosas. Igualmente te ruego ofrecer mis recuerdos los mejores a nuestros amigos en Cronigie, Hills y Santerhole. Y con mis mejores deseos por tu salud, tu bienestar y prosperidad, me suscribo de ti, querido padre.

Tu afectuosísimo hijo,

David Ross.

Después de pocos años, atraído por el gran auge de la minería que comenzaba en el Norte, abandonó don David el puesto en la Casa Waddington y se dirigió a La Serena.

Escribe en esa época a un amigo de Escocia:

“Tengo participación en una mina de plata, situada cerca de Coquimbo, la que está produciendo minerales que contienen 80% de plata pura. Si esto continúa un año más, mi fortuna estará hecha; entonces podré volver a verlos a todos, y charlaremos,

(1) En esta corbeta había llegado a Chile Mary Graham, autora de “Diario de una residencia en Chile en 1822”.

junto a la chimenea, recordando los días de "*Auld lang syne*".

¡Ay! antes que se realizase tan sonriente programa, dejábase coger el corazón del muchacho en una trampa. Apretado el lazo que lo dejara atado a esta tierra de Chile, formalizóse la ruptura (material) con el *home* tan distante de sus primeros años.

Existía en La Serena un hogar en que, gracias a circunstancias similares fué natural que Don David fuera recibido con afectuosa acogida.

La hija mayor de ese hogar no era otra sino la pequeña Carmen que vimos, al principiar estos relatos, ataviada en su vestido de gola, entrar, de la mano de su madre, doña Isabel Ossandón, a la Gran Sala Consistorial de La Serena, para asistir a la corta ceremonia que consagró a su padre,—hasta entonces de nacionalidad inglesa,—ciudadano chileno.

Apenas transcurrido un idílico verano de noviazgo, David y Carmen — ésta de apenas diez y siete años de edad — se inscribían en los registros de la Iglesia Católica, para pedir la bendición divina sobre su unión matrimonial.

Dice así el certificado que se conserva en la Parroquia del Sagrario de esa ciudad:

"En la ciudad de La Serena, a 23 días del mes de Abril de 1829, después de instruidos, confesados y comulgados, dispensadas las proclamas que dispone el Santo Concilio de Trento, casé a don David Roos, hijo legítimo de don Munro Ross y de doña Juana Gillespie, con doña Carmen Edwards, hija legítima de don Jorge Edwards Brown y doña Isabel Ossandón Iribarren, siendo testigos don Ventura y

don José Piñera. Padrinos don Joaquín Vicuña (1) y doña Josefa Bascuñan y Aldunate quienes prestaron su consentimiento y el de sus padres, (de doña Carmen) de que doy fe".

Firmado Marcelino Pérez, Cura y Vicario de la Parroquia del Sagrario.

Un año después, una cuerda más amarraba a don David al país de Chile. Nació su primera hija, la que recibió el nombre de su lejana abuela, Juana, que significa "Gracia del Señor".

Desde entonces no fueron sino multiplicándose de año en año, los arraigos, y con tal vigor que es en vano que don David humedece sus ojos sobre el papel y la pluma, al escribir a sus ancianos padres.

Su corazón no los olvida pero, prácticamente, los ha perdido para siempre en este mundo.

En 1848 recibe la noticia de la muerte de su padre que parece haber sido precedida por la de su madre.

Dice David en una carta a su amigo de Glasgow, William Johnston:

"Aunque estoy más tranquilo y resignado a la voluntad de la Divina Providencia, que se ha llevado a mi digno padre, el golpe ha sido para mí muy severo y con frecuencia, en mis momentos de soledad, medito sobre los días lejanos de mi infancia, lamentando amargamente que las circunstancias me hayan impedido dirigirme a mi tierra y haber acompañado a mi padre antes de abandonar él este escenario terrestre. Me queda, sin embargo, el consuelo

(1) Intendente de la Provincia, como quedó dicho en el primer capítulo.

de haber hecho todo lo posible por contribuir a su bienestar, desde que llegué a este país”.

“Ahora que mis padres partieron de este mundo, estoy deseoso de elevar un pequeño monumento mortuario, en recuerdo de ellos, y como ambos están sepultados en el mismo sitio, una sola inscripción servirá para los dos. Confío, por consiguiente, en tu bondad en que harás algo en este sentido, pero digno y sin ostentación. Puedes darme una idea del costo probable”.

Sin embargo, después de 36 años de permanencia en Chile, habiendo conseguido un asueto de 12 meses en su cargo de Cónsul inglés en Coquimbo, se hizo a la vela don David, tomando la ruta de Cabo de Hornos.

Apenas en Escocia, visitó a su pueblo natal, Dunfermline, y luego se dirigió al lugar en que descansaban los restos de sus padres “no teniendo palabras capaces de expresar la emoción que allí se apoderó de su alma” (1).

Allí, junto a esa tumba, seguramente engarzada en un marco pintoresco y lleno de romanticismo, seguramente coronada con una cruz revestida de la simbólica hiedra ¡cómo meditaría don David, volviendo sus pensamientos a aquello que, para un noble corazón, cual era el suyo, es siempre, después de Dios, lo más sagrado en la vida: el recuerdo, el culto de esos venerados seres que nos formaron el alma en un molde de verdadera nobleza, es decir: en la virtud, en la honradez y el honor! Con lágrimas amargas se esforzaría Don David en resucitar en su pensamiento la dura herida infligida por su

(1) Carta a su esposa.

ausencia en aquellos corazones que, hartos de sufrir, descansaban en paz.

Poco o nada es el hombre de su destino; por desgracia ignora las más de las veces su fin, ¿cómo comprenderá los misterios de su camino?

Miramos de muy cerca y no vemos sino nuestro propio eslabón en el gran encadenamiento humano. Hay que situarse un poco lejos para apreciar las compensaciones en las leyes que rigen el Universo, sobre todo el de los espíritus.

Nosotros, ahora, al evocar la figura del caballero, afirmado largamente, sobre una cruz de mármol a la sombra del clásico sauce, o de la haya tradicional en Escocia, comprendemos que la simiente de esos cristianos fuertes, dormidos en el sacrificio, hubo de ser llevada lejos para fecundizar una tierra muy nueva. Esas rígidas virtudes, guardadas celosamente por esa pareja entre las frías nieves de un brumoso país, debían ser herencia directa de un alma que sabría calentarlas, esponjarlas, dilatarlas, en el gran corazón palpitante que es la Catolicidad, y derramarlas al pleno sol, sobre un pueblo, privado casi por completo todavía, en ese entonces, de las bondades y tradiciones culturales del Evangelio.

En Londres, don David visitó a nuestro Lord Cochrane (1), que allá usaba el título Lord Don-

Y en París fué agasajado por las familias de

(1) Contratado por Chile en 1818, para la guerra de la Independencia. Colaboró con incontables proezas a la independencia de Chile, Perú y Brasil y Grecia. Murió el 31 de Octubre de 1860 y está sepultado en la Abadía de Westminster. "Si en algún tiempo, escribió a un amigo de Chile, desde su glorioso descanso de Londres, las vicisitudes que visitan a las Naciones se acercan a mi país adoptivo,

4 Alma Cumbre.

don Javier Rosales Larraín y de don Manuel Blanco Encalada, genuinos representantes, ambos hogares, de aquella época brillante para nuestra aristocracia, la que, gracias a sus grandes fortunas, rodaban lujosamente por Europa, radicándose casi siempre por largo tiempo en el centro de la cultura y de la elegancia, París.

Don Manuel Blanco Encalada, el célebre Almirante de nuestra Independencia, ligado por parentesco y amistad con lo más escogido de la nobleza de la corte de Napoleón III y Eugenia de Montijo, hospedó a don David en su residencia de la "*Rue de Lille*, en el Faubourg Saint Germain.

Y llegó el tiempo de volver a la Patria.

Iban adelante cajones de regalos:

"1 docena de ricos jamones ingleses para doña Carmen; otra para la Maiga, (doña Margarita Garriga de Edwards, su cuñada).

"El vestidito, escosés para Cuchito; medias escocesas y una almohada de plumas forradõ de seda, para Arturito" (1).

"Va también música escocesa para las niñas aficionadas (sus hijas), lanas de varios colores para bordar, dos docenas de servilletas de damasco para la mesa, mantelès, música de cuadrillas escocesas para que las niñas vayan aprendiendo antes de mi llegada". (2).

En 1859 estaba don David en la Serena.

Pero parece que ese retorno tardío a su antigua Patria, esa visita, sobre todo, a lo único que, debajo

yo estaré tan pronto en ofrecerme a la lid en su defensa, como cuando tuve el honor de recibir sus primeras órdenes.

(1) Sus nietos, hijos de doña Juana.

(2) Carta a doña Carmen.

de una muda cruz quedaba del *home* de sus primeros años, dejaron una grave e incurable herida en el alma impresionable e inquieta del caballero.

Desde el fondo de esas entrañas celtas, surgieron, con caracteres de honda melancolía ahora, los versos famosos de Burne.

“Wherever I wander, wherever I rove,
The hills of the Highlands for ever I love”.

Cinco años después de su llegada de Europa, don David, empujado por esa punzante inquietud, despertada bajo el fúnebre susurro de las hayas de Barthgate, se echaba de nuevo a la vela. En busca de lejanas islas, visitó la Polynesia y llegó hasta Hawai. En esta etapa de sus audaces navegaciones (1), su salud sufrió un serio quebranto. Trasladado a San Francisco de California, se mejoró notablemente, gracias a los solícitos cuidados de la familia Atherton. Su hijo, Jorge Ross Edwards (2) acudió desde Chile y acompañó a su padre convalesciente hasta Valparaíso.

La alegría en el seno de un hogar de numerosos hijos, los cariñosos cuidados, la tranquilidad del ambiente en la ciudad perfumada y tibia, debían haber sido espléndidos factores para una completa mejoría.

En cambio, no hacen sino avivar su mal. Tenaz imaginación, característica escocesa, el recuerdo de la tumba de sus padres lo persigue noche y día.

Perturbada, al fin, su mente, insiste en trasla-

(1) Las navegaciones eran a la vela y don David tenía 63 años de edad.

(2) Padre de don Gustavo Ross Santa María.

darse a Escocia para unirse, en la muerte siquiera, a sus adorados padres (3).

El mal era más grave de lo que se pensaba.

El 17 de Abril de 1868, don David se apagaba poco a poco; en las últimas horas de la tarde, entregaba su espíritu a su Creador.

A su cabecera oró sin cesar, en esa triste tarde de la agonía, así como en la lívida noche del velorio su primogénita, que se llamaba como se llamó su madre:

Juana, que significa: Gracia del Señor.

(3) En una carta a su hijo Jorge, pocas semanas antes de morir, insta a éste a que lo acompañe a Escocia.

LA GRACIA DEL SEÑOR

Oraba al pie de ese lecho una mujer joven, que ya sabía de derramar los diamantes de las lágrimas, que ya tenía la herida de un surco en el alma, (1), y en ese surco una siembra inmensa de amor, que muchas veces todavía, en esa vida, probaría de estos cálices y muchas veces todavía se vería en la misma patética actitud de obediente y resignada Dolorosa.

Ungida con una fortaleza que fué, en compañía de la misericordia, su don esencial, llevaba ella, acaso, tanto o más que su madre, todo el peso de ese dolor. Oraba inmóvil como una estatua. En esa solemne hora, subían, a flor de su ser, honduras espirituales en que se confundían en una, para dar intensa actividad a su oración, las distintas savias ya conocidas por el lector: religiosidad imperturbable del abuelo inglés; sentimental e imaginativa, pero arraigada y tenaz de la raza escocesa; y misticismo español, forma de piedad más práctica y objetiva, consecuente con sus contemplaciones, mucho más realistas que las del alma sajona.

Tenía doña Juana 38 años cuando murió su padre. Era sólo dieciocho años menor que su madre,

(1) Durante la ausencia de su padre, había perdido a su niñita mayor, Raquel.

de quien era también cuñada, lo que hace pensar — añadiendo a esta razón el gran valer de su personalidad moral — lo que dijimos que, en esa casa, herida mortalmente en la persona de su jefe, ella, la hija mayor, presidía, espiritualmente a lo menos, el desolado duelo.

Era singularmente hermosa; muy blanca, muy equilibrada y armoniosa de formas y de modales. Sus ojos celestes posaban en el mundo miradas inteligentes y tranquilas. Era, enfin, su cuerpo una digna habitación de un alma selecta. Varios ríos de bendición, confluían en ese lago y alimentaban, en secreto, una vida interior extraordinariamente vigorosa, llamada a crecer hasta las proporciones gigantescas de la montaña que, a solas, en la altura, revestida del manto de la nieve, va a afrontar las batallas de los deshechos vendavales.

Nos place enfocar a nuestra heroína por la primera vez en una hora y en una postura simbólica de su sublime existir. Sepamos ahora de los principios de su vida.

Nació en la Serena, el 2 de Agosto de 1830 y fué bautizada en la Parroquia del Sagrario, con el nombre de Juana. Era la mayor de una familia numerosa. Apenas hubo traspasado el umbral de la primera infancia, ayudó a su madre a cuidar a sus hermanitos, a enseñarles las oraciones y las primeras letras, a tejerles abrigos y bordarles vestiditos.

Era la clásica vida del hogar chileno, de antaño, ordenada, austera, cristiana; vida de provincia, más monótona todavía que en Santiago. La misa matinal en la vieja iglesia de San Francisco (1). La lectura

(1) La casa de don David estaba en la calle de San Francisco.

diaria del Año Cristiano, que enseñaba a los niños modelos heroicos, la costura para los pobres, la cena temprana, el rezo del rosario en familia, la hora del sereno, la hora de queda, el tortillero, su farol y su grito a lo largo de la calle... todo aquello envuelto en olores penetrantes de jazmín y de floripondio... era lo que exteriormente mecía el ritmo de la existencia de esa niña, mientras que un canal misterioso, que nadie veía, inundaba en ella honduras, penetrables sólo al divino Creador.

Pues, esas prácticas piadosas y esas costumbres graves, no resbalaban en la superficie, como es el caso en la mayor parte de los seres educados en ellas, sino que, penetrando por los poros de un organismo física y moralmente tan bien dispuesto, formaba en el alma un sedimento precioso.

Las vacaciones de verano eran la continuación de una vida de familia, feliz y ordenada, trasladada a las playas de Coquimbo. Junto al arranque de la punta de Teatinos hacía levantar don David unas ramadas rústicas; allí, en el mismo concierto de las olas, en la tónica emanación salina, se pasaban unos meses de felicidad indecible para Juana y sus hermanos y hermanas. (1)

Parécenos ver a esa hermosa sarta de niños (2) recojer, con los pies desnudos sobre la lumbre dorada

(1) "Hasta sus últimos días recordaron los hijos de don David, y en especial doña Juana los días felices de vacaciones que pasaban en la playa". Luis Ross.

(2) Los hijos de don David y de doña Carmen fueron: Juana, casada con Agustín Edwards; Jorge, con Lucía Santa María; Teresa, con Roberto Délano; Ventura, con Miguel Saldías; Agustín, con Susana de Ferrari; Isabel, con Eduardo Squire; Santiago, David, Carmen, Ana; y Victoria, casada con Ramón Martínez.

de la arena, las conchitas que las olas iban dejando en un brillante festón.

Llegaba la hora de la resaca; tumbábanse en la playa los lanchones, llenos de la pesca del día. Don David compraba erizos, jaibas, ostiones... y se adornaba la rústica mesa con la fruta exquisita de la Serena.

Y nos parece luego ver a esa familia feliz de los felices tiempos, pequeño núcleo vivo en el medio del andar de los mundos, acabar la tarde unida en el momento religioso que nunca pudo faltar, como broche bendito, a esa familia, como a casi ninguna de aquella época más cristiana que la nuestra, y por eso más venturosa.

Acábase la tarde largamente, bañándose en los remedos de infinito. Entre los dedos de la madre brilla una sarta de corales. Se eleva en coro el rezo del Rosario. Los labios de los niños murmuran Ave Marías y Padre Nuestro, pero se van esos agudos ojos a escarbar el límpido cielo en busca de una perлита estrella.

En cada vuelta de esos inolvidables veraneos traía la niña Juana a la Serena un adelanto físico. Regresaba más sana y más hermosa al ciclo de sus cíases (1), a los quehaceres del hogar, a la observancia de las prácticas religiosas; y pronto vinieron a unirse a estas serias obligaciones aquellas, menos austeras, de las relaciones sociales.

“Entre las amistades de la familia Ross Edwards, nos dice don Luis Ross, entre los años 1830 y 1851, aparte de sus tíos Edwards Ossandón, figu-

(1) Asitió al Colegio regentado, en La Serena, por doña Dámasa Cabezón.

raban los Iribárren, los Ossandón, los Mery, los Zorrilla, los Naranjo, los Hughes, los Garriga, los Piñera, los Amenábar, los Ossa, los Vicuña, los Astaburuaga, los Chadwick, los Gana, los Valdés, los Argandoña”.

Era toda esta gente, una sola gran familia, y, en el año 1851, según dice el periódico “Nuevo Ferrocarril de Santiago”, “la joven doña Juana Ross era una de las más hermosas beldades de su tiempo”.

Su tipo blanco y rubio bien podía tomarse como un modelo de belleza anglo-sajona, así también como un tipo perfecto de la arcaica raza pirenaica, cuyo rostro femenino es de compleción tan alba como el inglés y de ojos del más claro celeste que existe.

Al lado de su madre, de la cual no se separaba — ni se separaría hasta la muerte de aquella sino en cortos períodos — Juana, de vuelta de la misa, envuelta en el manto de fina lana negra, o de cachemira de la China, Juana, en salidas a la calle, de compras o de visita ¡cuántas miradas no atraería! Y en esas sencillas reuniones y alegres saraos, ¡cuántos jóvenes corazones no estarían cerca de ella sufriendo, latiendo acelerados, sin atreverse a declarar su amor.

Pero parece que la hondura de sentimiento de la escogida joven, la grandeza de su alma poco común y su generosidad innata — cualidades que no se revelarían plenamente sino con el andar de los años, — pedían, para navegar en la vida, un complemento similar.

Juana no miraba a los muchachos prendados de su belleza. Había sonado en ella otro amor, que era a la vez amor y veneración, que significaba al mis-

mo tiempo amor de esposo y ternura filial y a cuya tonalidad respondía un sonido tan hondo, tan sincero y tan generoso como el suyo propio.

Conozcamos a ese ser, escogido entre todos por el corazón de Juana.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

AGUSTIN EDWARDS

Cuando el famoso sarao del 21 de Junio de 1818 en La Serena, tres niños pequeños dormían en el hogar festejado. Eran Joaquín de siete años, Carmen, de cinco y Agustín (1) de tres. Iban a venir muchos ángeles más a ocupar, por turno, la cuna, vigilada por la noble Isabel, los que se llamarían: Felipe, Benicio, Teresa, Juan Bautista, José Santiago, José María, María del Carmen Aránzazu, Jorge y Jacoba. A los tres años, el niño ve del mundo hartó más de lo que los grandes se imaginan; capta, sin duda, la esencia de lo que sucede entorno de una manera distinta que sus mayores; parecería como que, sin hacer pasar los hechos por la oficina del cerebro, los cogieran por unos poros que ofrece a su alma la permeable blandura de su tierno organismo. Todo entra en el niño y no hay cosa que no se aproveche en la construcción del hombre futuro.

El niño Agustín, fruto espléndido de la reunión de sangres españolas y británicas, recibió sin duda, en aquel día de Junio, una formidable emoción. De allí, en parte, brotarían los impulsos, llenos de vigor, que harían de él uno de los patriotas más notables de nuestro Chile del siglo pasado, uno de los más generosos y el más constructivo, sin duda, como nos

(1) Bautizado en La Serena, el 20 de Mayo de 1815, con los nombres de José Agustín de Dios.

lo dirá, una rápida recorrida sobre las actividades de su vida.

En el hogar de La Serena continúa bebiendo el niño, que allí se desarrolla y crece, un vivo ambiente patriótico. A ese fervor, dedicado al nuevo nombre de Patria chilena, imprime su carácter reverencial y a la vez práctico, el padre y jefe de ese hogar, el inglés don Jorge. La dulce Patria nueva, Chile, viene saliendo apenas del costado augusto de la Madre España; lavada en la sangre de sus muchos héroes, se presenta a la faz del mundo, rica de libertad y de honor.

A los 19 años ya está el joven Agustín a la cabeza de los establecimientos de fundición de minerales de plata de propiedad de su padre, en Vallenar y Freirina.

En 1837, es decir, a los 22 años, se establece en Copiapó y principia a trabajar por su cuenta, con un capital de 2 mil pesos, fruto de sus economías.

Su mirada se cierne sobre esos inmensos horizontes, los desiertos, las montañas, los valles, las playas... soledades de nuestro norte, templadas, y casi infinitas en sus distancias de valle en valle, siempre en más suaves azules repetidas.

Si el hombre alguna vez ha respondido al título que se le suele dar de "rey de la creación" nunca mejor ha sido que en ese Chile de ayer, libre, al fin, para sus propios hijos y obediente a entregar los tesoros inagotables que, desde los remotos siglos dormían, bajo la mirada tranquila de los astros del cielo.

La población de Copiapó, con motivo del descubrimiento reciente de Chañarcillo y sus yacimientos de plata, entraba, a la sazón, a una era de gran auge.

“A los veintidos años, de edad, iniciaba el genio constructivo de don Agustín Edwards Ossandón una magna obra de progreso nacional, despertando a su patria del letargo semi colonial en que yacía, e incorporándola a la era moderna. Fué el precursor de los Ferrocarriles, no sólo en Chile sino en Sud América”.

“No podía ocultarse á su previsión que las dos grandes arterias de la riqueza en su país, la agricultura y la minería, no saldrían de su estado precario, ni podrían competir con ventaja en los mercados mundiales, sin vías fáciles de comunicación y transportes baratos, sin sustituir la velocidad que daba el vapor al pesado y oneroso sistema de locomoción que nos había legado la Colonia”.

“Mediante la navegación a vapor, establecida en 1840, Wheelwright acortaba las distancias entre las costas del Mar Pacífico Sud; y por el istmo de Panamá, nos acercaba a los mercados europeos y norte americanos. Vencido estaba el mar, pero faltaba aun dominar la tierra. Un país montañoso y de dilatadas costas como el nuestro, necesitaba abrir fácil salida a sus productos hacia la costa. El riel debía ligar al mayor de los colosos de granito con el mayor de los océanos; los Andes con el Pacífico”.

“La visión de Weelwright, apoyada por el genio creador y constructivo del joven Edwards, comenzó a realizarse”.

“Puso el hombro para empezar, don Agustín, a la construcción del primer ferrocarril de Sud América, el de Caldera a Copiapó. Esta atrevida empresa fué inaugurada el 25 de Diciembre de 1851, fecha memorable en que cruzaba por primera vez la locomotora, el rico territorio de Atacama, desde Caldera hasta Copiapó, prolongándose la línea en

1854, hasta Pabellón, y después hasta Puquios. Edwards fué el más decidido promotor, el alma motor de aquella empresa, cuyo Presidente fué hasta su muerte". (1).

Pero otro capítulo apasionante se abría, en esos mismos días, en la historia industrial y comercial de Chile: el Salitre.

El más célebre explorador de nuestros fértiles desiertos fué don José Santos Ossa, quien fué el primero en organizar seriamente la explotación del Salitre en Chile.

"Ligaba a don Agustín Edwards y a don José Santos Ossa, un vínculo de íntimo respeto y admiración, que, con breve diferencia de meses cortó, únicamente, la muerte". (2).

"Se abría para la vida intensa de don Agustín Edwards un nuevo campo de acción. Después de fecundar las tierras del cobre y de la plata, llegaba la hora de las tierras del salitre".

"Abordó resueltamente la fundación de la Compañía de Salitres de Antofagasta, la primera empresa chilena productora del célebre abono, apoyando ampliamente los capitales del señor Edwards, los anhelos y las esperanzas de don Francisco Puelma y de don José Santos Ossa".

"Este último, sin embargo, movido por la inquietud de su espíritu, no guardó apego a ese ingente tesoro que fué, después, la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta y vendió "por un puñado de lentejas todos sus derechos a la Casa de Gibbs. Sólo le interesaba reanudar la exploración del desierto, sueño de su juventud. La impaciencia empen-

(1) Agustín Ross.

(2) Vicuña Mackenna.

dedora de don Agustín, en tanto, no podía detenerse. Como Presidente de la Compañía de Salitres, emprendió la iniciación de una obra destinada a ser magna y de proyecciones incalculables, el Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, vía que hizo posible la explotación de la riqueza salitrera y que convirtió a Antofagasta en una gran ciudad y en un gran puerto, llamado a movilizar una importante parte del comercio internacional de Bolivia". (1).

Ese gigante del trabajo que era Agustín Edwards sentiría de vez en cuando, entre una y otra magna empresa cerebral, la necesidad de venir a calentar el corazón en la tibieza del viejo hogar de La Serena.

Las dos familias Edwards Ossandón y Ross Edwards, no formaban, en la ciudad de las flores, sino una sola. Prevalecía en ellas la tradición del *home* inglés, tradición genial que sabe traducir cada aspecto íntimo del hogar en reflejos de sentimientos y de belleza.

Sea pues, en la casa de la calle San Francisco, de don David Ross o en la vecina de doña Isabel (2), se reunían todas las tardes, las dos largas series de hermanos: tíos y sobrinos, todos jóvenes, llenos de una vida exuberante y sana. Se bailarían, después de la cena, las cuadrillas escocesas que tanto gustaban a don David y se cantaban en coro, seguramente, en torno al piano de caoba, los viejos típicos coros ingleses.

(1) Agustín Ross.

(2) La casa de los Edwards Ossandon, deslindaba al oriente con la casa de don David Ross y al sur con la plaza de San Francisco.

La niñita Juana era 15 años menor que su tío Agustín; más de una vez acaso, en el curso de esas simpáticas reuniones, pequeña y bonita y pura como un ángel, se quedaría dormida, sentada sobre la rodilla de ese tío fuerte y varonil, que en sus visitas al hogar pedía al cariño de los suyos la dosis de descanso que necesitaba su trabajado espíritu.

Una vez, después de una larga ausencia, ya independiente, rico y capaz de formar a su vez un confortable hogar, pensó que, en sus muchas andanzas en los valles de Chile, ni la sombra había visto de una mujer así, tan inteligente, bonita y seria como su sobrina Juana (1).

Contestó Juana que a ningún hombre en el mundo podía amar como a su tío — que desde siempre lo quería y, para siempre, con amor único lo amaría.

Se aplanaron las dificultades, se consiguieron las dispensas de la Iglesia, que prohíbe el matrimonio entre consanguíneos.

Y el día 6 de Abril de 1851, se extendía en la Parroquia del Sagrario el certificado que decía: — “después de practicadas todas cuantas diligencias se requieren por derecho, previa la dispensa de las proclamas dispuestas por el Concilio de Trento, como igualmente el impedimento de primer grado mixto consignado de sanguinidad, quedando dispensado todo por Su Señoría Ilustrísima declaramos casados a don Agustín Edwards, hijo legítimo de don Jorge Edwards y de doña Isabel Ossandón, con doña Juana Ross, hija legítima de don David Ross y doña Carmen Edwards.

(1) En distintas ocasiones la niña Juana sirvió a su tío de secretaria.

Los padrinos fueron don Juan Melgarejo y doña Jacoba Edwards Ossandón y testigos de informaciones don José Ramón Astaburuaga y don Tomás Chadwick y don Joaquín y don Santiago Edwards Ossandón.

ESPCSA Y MADRE

Aparte de la oficina bancaria que había dejado establecida en Copiapó, fundaba don Agustín, en 1849, el Banco de Valparaíso que lleva su nombre hoy día. Esta actividad, que contribuía poderosamente al desarrollo de la riqueza nacional, en una época en que estas instituciones de ahorro y de crédito eran casi desconocidas en el país, requería su atención inmediata. Por lo cual, apenas casado, se vino a radicar a ese Puerto.

Muy otra era esa ciudad de lo que ha llegado a ser con un siglo de continuos adelantos.

Si bien los primeros españoles, al ver la anchura de su radiante golfo y al sentir los efectos de su clima templado, la bautizaron "Valle del Paraíso", sus cerros respiraban la miseria; fuera de algunos feísimos campamentos de casuchas de tablas techadas con zinc, eran despoblados y áridos. Entre el cerro y el mar, no había más calle residencial y de comercio que la que ahora se llama "Esmeralda" y era entonces la calle del Cabo. El barrio del Almendral no poseía sino escasas habitaciones, bajas y feas. (1).

Lo que si hubiera podido competir ventajosamente con el Valparaíso que conocemos era la bahía azul, cuajada de blancas velas y, los domingos, de ale-

(1) Ramón Subercaseaux. Memoria de ochenta años.

gres banderas. Pocos espectáculos de hoy día podrán compararse con el que ofrecía la entrada al Puerto de una gran fragata inglesa, o francesa, o estadounidense, la que aparecía en lontananza, iba creciendo al sol, como un ave magnífica, o como una gigante rosa de pétalos inflados por la brisa.

Antes de echar el ancla y mientras recogía su velamen, lanzaba 21 cañonazos a intervalos iguales, saludando a la plaza. Contestaba el fuerte de San Antonio, y las miradas de los porteños se volvían todos hacia el blanco emisario, paloma inmensa, que traía un lejano saludo humano, un trozo de vida de otras playas y un enriquecimiento moral y material para este nuevo país. ¿Pues qué no nos llegaba en aquel entonces de Europa...; libros, muebles, vestidos, maquinarias, etc....

No existía en esos días el Ferrocarril de Santiago a Valparaíso, las olas eran dueñas únicas de ese proscenio que, al poco tiempo, le usurparon las máquinas, y el concierto de ellas no era turbado por disonancia alguna, de acero, de pitos o campanas.

Los viajeros llegaban de la capital bajando y subiendo las tremendas cuestas de la Cordillera de la Costa, a caballo, en coche de trompa o diligencia que llamaban "calchona". Envueltos en la nubada de polvo rojo que las ruedas levantaban, parecían esos vehículos, vistos desde lejos, tábanos u otros insectos desgraciados. Sin embargo, ¡cuántos grandes espíritus no movieron de esa manera, que nos parece despreciable a nosotros, viajeros cómodos, sus grandes impulsos generosos, a los cuales se deben los adelantos que nos toca gozar hoy día.

A ese Valparaíso llegaban, desde La Serena, los nuevos esposos. Ese era el campo que la divina Providencia había designado a la siembra de caridad de

un Angel que, con lágrimas en los ojos, recordando otra playa en la cual dejara una madre adorada y muchos hermanos y hermanas queridas, bajaba, una tarde, de la cubierta de un buque de vela, anclado en la bahía, a un bote de la Intendencia, mecido sobre la azul ondulación del mar.

Apenas instaladas en su casa, dedicóse la joven a llenarla de una aureola de bienestar, deseando rehacer, en un ambiente más moderno, todo lo dulce y cuanto más tradicional posible de sus años felices del hogar en La Serena.

Había diferencia, sin embargo. Su vida estaba ahora establecida en pleno núcleo comercial, en el corazón mismo de la febril actividad que correspondía a la extraordinaria expansión de los grandes negocios mineros y salitreros, de los cuales era su marido el alma y la cabeza, en medio de los afanes de un grupo de hombres más afortunados, según el mundo, poseedores, o por herencia o influencias, o por inteligencia propia, de las riquezas del país, y dueños de todos sus resortes y senderos.

Pero doña Juana tenía algo del águila. El águila se eleva muy alto para abarcar un dilatado panorama.

Ella se elevó hasta las cimas de su espíritu alumbrado por la luz del Evangelio, y vió, desde luego, que, en el puerto de Valparaíso, no era todo intenso movimiento comercial, ni actividad bancaria, ni tampoco era todo en la ciudad, muy lejos de eso, dulzura de un grupo de felices hogares, nadando en bienestar, abundancia y alegría.

Su mente penetró debajo de los techados de zinc que brillaban allá sobre el cerro, como juguetes baratos, en los días de sol, y que lloraban una canción lamentable con los chapoteos de la lluvia, en los días

de invierno. Escudriñó el alma de los cargadores, fleteros y remeros que trabajan hasta dejar sus pulmones, sin que ni los veraneantes que regocijan sus estéticos instintos en los magníficos espectáculos que ofrece el Océano, ni los viajeros, afanados en sus trámites de embarque o desembarque, se dignen dirigirles una mirada de simpatía.

Y un día — cumplía a la sazón 25 años — después de haber movido las voluntades de las principales señoras porteñas, disfrutadores como ella del bienestar que concede la fortuna — dió su paso inicial en su carrera, digamos mejor, en su grandiosa vocación de caridad social, la que llevó hasta el extremo de poderse decir de ella: “Obra colosal de caridad, parece la de un Estado providente dentro del Estado de la Patria”.

Es, por lo tanto, una fecha memorable aquella del año de 1855, la que desgraciadamente no hemos podido precisar, en que se fundó la Sociedad de Beneficencia de Señoras de Valparaíso.

Doña Juana ocupó desde el primer día el puesto de tesorera de la Sociedad, desempeñando, al mismo tiempo, el cargo de secretaria. Algunos años más tarde — apenas lo permitirá su edad, único obstáculo que la impedía ocupar el lugar eminente que le correspondía, entre personas mucho mayores que ella, será elegida Presidente, cargo de responsabilidad y sacrificio que sólo una edad muy avanzada le hará cambiar por el de Presidenta Honoraria.

La primera Presidenta de la Sociedad de Beneficencia de Señoras fué doña Margarita Errázuriz de Salas. Doña Juana la secundó de tal manera que fué, más que su brazo derecho, el alma del generoso movimiento.

Con su característico tesón y su amplitud de

niras, no descansó en lo hecho. No era de aquellas personas que se sienten con la conciencia liviana y libre de toda responsabilidad sobre la gran miseria humana cuando han hecho una limosna a un pordiosero. Ni de las que hacen de su actitud apostólica o social un pasatiempo piadoso o intelectual sino un derivativo necesario a otras preocupaciones o penas. No, ella da a esas actividades el carácter de obligación; ella enfocaba aquello, no en la esfera de lo bien visto, no de la rutina, ni aún en la de las prácticas de piedad, sino que infinitamente más alto, en los designios eternos de la Justicia Soberana, y en el Plan de la Redención divina que hace a todos los hombres hermanos dos veces.

Ella veía las monstruosas diferencias que existen entre los habitantes de los cómodos palacios, de bodegas y despensas siempre repletas, y los seres hambrientos que crecían raquíticos y morían a la sombra de esos mismos palacios. Ella pensaba que eso no podía continuar así. Ella creía que tenía obligación estricta de remediar aquello y de no descansar hasta no ver nivelada la dolorosa desproporción; lo que no pudiendo suceder, la privará a ella de todo descanso, hasta la muerte.

Sabía que, sola, ella no cambiaría el triste estado de las cosas en el mundo, pero que, con la Gracia de Dios — de la cual se hartaba su alma en la frecuente recepción de los Sacramentos — y con el concurso de sus semejantes, podía hacer dar a su tierra un paso siquiera en el camino de la verdadera civilización, que no puede ser otra sino la Justicia del Evangelio.

Su joven dinamismo, entonces, secundado por las donaciones de su esposo, llevó a efecto la creación

de dos dispensarios populares, uno en el barrio del Puerto, otro en el del Almendral.

Parece increíble, pero era así: no había en Valparaíso un solo hospital, ni un asilo todavía. El gran puerto del Pacífico, no tenía otras enfermeras para los pobres enfermos, ni otras segundas madres para los huérfanos, que un restringido grupo de señoras, todas casadas y llenas de obligaciones en su propio hogar y propias tareas materiales.

Doña Juana pasaba horas en la atención inmediata de los Dispensarios y, al mismo tiempo, con sus compañeras de caridad, vestía, lavaba, daba de comer a las huérfanas, les enseñaba a leer, a rezar, a trabajar. Esto era muy hermoso, pero no práctico y no podía continuar así.

Entonces la Presidenta y la Tesorera escribieron una carta al Presidente de la República, que era, a la sazón, don Manuel Montt.

La carta es larga y minuciosa. Su estilo revela a la autora de la redacción y también de las ideas. Basta comparar ese documento con otras muchas cartas y notas de doña Juana; aunque no viéramos la firma al pie del manuscrito, tendríamos que reconocer en el juicio y altos conceptos, que en él se emiten, como en el estilo clásico, fruto de una muy esmerada educación, el cuño muy personal de la privilegiada joven, Juana Ross.

• Leamos un solo párrafo de la ceremoniosa misiva y tendremos el tono de la caridad de esa alma que, en una edad tierna todavía, y en una época en sentido social muy ciega aún, se anticipaba al estudio y a la aplicación práctica de los gravísimos problemas que preocupan y hasta atormentan a los que pretenden, hoy día, gobernar con eficacia.

He aquí el párrafo:

“S. E. comprenderá, sin duda, que lo que deseamos es que la cantidad que la nación destina anualmente para beneficencia, se digne asignar una pequeña parte al Asilo de Huérfanos de Valparaíso; lo cual no será un acto de caridad, digno de la munificencia nacional, sino también un estímulo para que no desmaye el espíritu público, tan dispuesto siempre, en este pueblo, a coayudar con las autoridades en todo cuanto tenga por objeto la mejoría de la condición social”.

Dice en otra parte:

“Al aumento de gastos que nos exige el progresivo aumento de las niñas recogidas, tendremos que agregar el de tres monjas de la Providencia, cuyos servicios se nos ofrecen, para desempeñar las funciones diarias inmeditas del Asilo, que hasta ahora hemos dirigido nosotras mismas, pero que son naturalmente demasiado pesadas para madres de familia que tienen también deberes imperiosos en el hogar, que no pueden descuidar”.

Se hicieron cargo del Asilo, según el deseo de las señoras, primero las religiosas de la Providencia, luego las de la Caridad. (1).

Doña Juana descansó parte de sus desvelos en esos ángeles anónimos, que tienen por misión constituirse silenciosamente en madre, hermana y esolava de los que en la Iglesia de Dios representan a Jesucristo: los enfermos pobres, los ancianos y los huérfanos.

Pudo, doña Juana, que había dejado su corazón

(1) Hoy rigen el ASILO las Adoratrices, fundada por la Beata Micaela Desmaisières, Vizcondesa de Jorbalán.

abrirse desmedidamente, volver más de lleno a sus propias cunas, en su propio hogar.

Sus propias cunas ¡ay! también sus propias cruces. Esos blancos nidales, envueltos en gasa, cintas y primores, delicias las más tiernas que existen para una joven mujer, cumplido anhelo y coronación de la felicidad de toda buena esposa, se le cambiaban a ella en martirio cruel.

Raquelita, la mayor de sus hijitas, moría en el año 1857, más o menos en los días en que escribía al Presidente, solicitando la ayuda del Gobierno para su primera obra social en favor de la niñez abandonada.

Seguían a su hermanita a la tumba los pequeños Juan, Juana, Arturo (1), Adela y Gustavo.

Su alma tomaba el camino sublime en las huellas de Cristo: Caridad y Dolor.

(1) Otro de sus niños se llamará Arturo Maximiano.

MADRE MUCHAS VECES MAS

Pasaban los años. Cada uno los cerraba doña Juana, "la sierva buena y fiel" con un balance a su favor. Cada uno de los días de esos años, había sido estuche de obras buenas, cuando no vaso lleno de lágrimas amargas, elevadas en silenciosa resignación.

No tenemos otros documentos, para seguirla en ese período de su vida, sino los de sus obras exteriores en las distintas Sociedades de beneficencia que ella fundó o a las cuales prestó su activo concurso.

Para seguirle los pasos nos tomaremos pues de esa cadena de nunca interrumpidos eslabones, más elocuentes que palabras y discursos.

El 1.º de Enero de 1859, encontramos su firma al pie de un acta en que queda constancia de que los Directorios de la Sociedad Asilo del Salvador se une a "la Hermandad de Caridad" para no formar sino una sola Sociedad, y en que se declara que las señoras que pertenecen a dichas sociedades, desde esa hora y para lo sucesivo, desean que los actos de caridad a que se han obligado se dediquen al desempeño de la asistencia y socorro de los enfermos pobres y a la asistencia y educación moral y religiosa de las niñas huérfanas y a todo otro acto de Beneficencia.

Firman con ella este documento:

Petrona Coronel de Lamarca, Mercedes Larraín Cerveró y Elisa Cox. (1).

En la sesión celebrada el 23 de Diciembre de 1861, doña Juana fué elegida Vice Presidenta del Directorio, sin perjuicio de sus funciones como tesorera.

Pasaron los días, los meses y los años. Continuaba ese ángel de la tierra, imperturbable, incansable, sin desmayar un momento, atendiendo de la mañana a la noche, a los huérfanos, a los enfermos y a todos los desgraciados de su alrededor.

Fuera de lo que nos muestran las actas de la Sociedad, lacónicas, convencionales, nada ha quedado escrito de los prodigios de caridad, de los santos entusiasmos y fervores — dignos de los grandes modelos de la Cristiandad, Isabel de Hungría, Margarita de Portugal y de Escocia — que florecieron en nuestro suelo de Chile, en la Iglesia de Valparaíso, el siglo pasado. Y es porque esas sublimes actividades son cosechas para el Cielo y Cristo dejó dicho en su Evangelio: “No sepa tu mano izquierda la limosna que hace tu derecha”. Y: “no seas como los que, cuando hacen limosna, hacen tocar la corneta en la plaza”.

Llegó en año 1868, en que cumplía doña Juana 38 años de edad.

En la sesión del 8 de Mayo de ese año, “la señora Tesorera, dice el acta, pidió a la Sociedad la dispensara al no presentar las cuentas del año. La desgracia acaecida en su familia no le había permitido ocuparse del cumplimiento de ese deber”.

Su padre, don David Ross, había pasado a me-

(1) Presidenta, Vice-Presidenta y Secretaria de la Sociedad.

jer vida, el 7 de Abril, y su hija no se había apartado de su lado, hasta el momento supremo en que él entregó su alma al Señor.

La Señora Petrona Coronel de Lamarca había presidido la Sociedad durante largos años. En los primeros días de 1870, presentaba la renuncia de su cargo, con motivo de la traslación de su hogar a Buenos Aires. En su reemplazo fué elegida Presidenta doña Juana Ross de Edwards, quien había prestado sus servicios de tesorera durante quince años consecutivos.

“La señora de Edwards usó la palabra para agradecer a sus consocias el honor con que la distinguían, cuyo cargo aceptaba a su pesar, por considerarse muy lejos de poseer las aptitudes necesarias para desempeñar debidamente tan importante como delicado puesto, sacrificándose por el interés que le inspiraba una institución a que tenía el honor de pertenecer desde su fundación”.

“Quedando vacante el cargo de Tesorera, que hasta entonces había desempeñado la señora de Edwards, se pidió a la Señora Santa María de Lyon (1), que se sirviera aceptarlo ella, a lo que respondió no serle posible. Entonces algunas señoras le pidieron interpusiese su influencia con su hija política, la Señora Lamarca de Lyon, para que ella lo desempeñara, a lo que la señora de Lyon accedió, quedándole todas las directoras agradecidas, pues de este modo se vencían ya todas las dificultades para ser formado el Directorio”. (2).

Debemos detenernos aquí para echar una mirada a la figura que quedaba, en un momento de su vida,

(1) Madre de los Lyon Santa María.

(2) Acta de la Sociedad.

unida en el trabajo de caridad a nuestra heroína. Teodolina Lamarca de Lyon, merece un homenaje emocionado de nuestro pensamiento. Pero ella también ha recibido ya su premio en el cielo.

Al enviudar algunos años después, es decir al perder el digno compañero de su vida de extraordinaria virtud, su alma, favorecida con altos dones de la mística se abrazó de lleno con Jesucristo Crucificado (1). Ingresó a la Congregación de los Sagrados Corazones, en la cual dejó fama de santidad; después de haber fundado dos conventos, uno en Torre de la Vega y otro en Madrid, murió siendo superiora, el 4 de Marzo de 1930.

Asumió sus nuevas funciones doña Juana, redoblando sus energías. En la sesión del 1.º de Julio de 1870, dió lectura a una nota en que daba cuenta del número de enfermos asistidos en los Dispensarios durante el último semestre, este número ascendía, en el Puerto a 2.622 y en el Almendral a 13.142.

El 12 de Mayo de 1871, la Presidenta expuso la necesidad de aumentar la partida de gastos de los dispensarios, con el objeto de tener un médico que asista a la botica diariamente, durante una hora (1). “También es necesario, dijo la Presidenta, aumentar la partida de gastos destinados a los auxilios de los pobres que se agolpan a la puerta del Asilo, pidiendo algo de comer”.

(1) Se conserva en la familia Lyon un crucifijo milagroso que perteneció a Teodolina. Al morir su esposo, se echó ella a los pies del Cristo y éste, según lo atestiguaron los parientes, desprendió un brazo del leño para abrazar a Teodolina.

(2) Fué designado el Doctor Bobillier, padre del prestigioso abogado de Valparaíso, don Eugenio Bobillier.

Como ya dijimos, los dispensarios de la Sociedad atendían prácticamente a casi todos los enfermos de Valparaíso y de los pueblos vecinos, pues no existía el Hospital San Agustín y el de San Juan de Dios abría recientemente sus puertas y en forma muy reducida. La Sociedad hacía pues las veces de una verdadera Junta Local de Beneficencia, la que se mantenía principalmente gracias a las donaciones, cuantiosas cuanto secretas de su Presidenta.

En la sesión del 16 de Agosto del 1872, pidió la Presidenta autorización para contratar un nuevo médico que se dedicara a asistir, no solamente a los enfermos en los dispensarios, sino que también a domicilio. Las señoras accedieron unánimemente.

Y en la del 18 de Octubre del mismo año, informa la Presidenta que ha comprado para el Asilo el sitio que actualmente ocupa el Jardín Guimaraens, para edificar en él una casa con todas las comodidades necesarias para el Asilo. Se leyó la escritura de compraventa, cuya suma asciende a \$ 32.000, de les cuales la Sociedad sólo ha tenido que dar \$ 1.000, siendo el resto obsequio que la Presidenta hace el Asilo". (Se trataba de una donación por valor de \$ 31.000 de 45 peniques, y si recordamos que la moneda actual es de 1 penique, nos daremos cuenta que esa donación representó una fortuna.

Doña Juana se había lanzado sin freno en la carrea de la Caridad. Habíale tomado el secreto sabor a aquel placer que trae consigo el dar sin esperar pago, el hacer el bien sacrificando de lo suyo. Ese placer embriaga a las almas santamente generosas, hasta el punto de hacerles despreciar la prudencia de los cálculos humanos.

En 1873 "la Señora Presidenta pidió a las socias su cooperación para ayudar en las costuras que se

necesitan para la ropa que se distribuye a los pobres en el día de San Vicente de Paul".

Abrió con ese motivo, su casa — que ya era una Oficina de caridad a las nobles obreras, y durante muchísimos años, funcionó ese taller de costura en la residencia de doña Juana.

Saltamos actas y más actas, fieles testimonios del constante ensanchamiento de ese río de Caridad, nacido en el corazón de doña Juana y en el de sus amigas.

Día a día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, sin perder un momento aprovechable, continuaba la Presidenta, en unión de sus consocias, su abnegada labor, atendiendo, vigilando como madre a las huérfanas, cuidando de su alimentación, vestuario y educación, socorriendo a las víctimas de los temblores, confeccionando ropa, repartiéndola prestando sus servicios en los Dispensarios, cuidando ella misma a los enfermos en sus míseros hogares, inspeccionando, a pedido de la autoridad civil, los trabajos manuales en las Escuelas Públicas.

Ya era ella una madre inmensa.

LA CASA DE DOLORES

Después del revés sufrido por las tropas que peleaban por la Independencia de Chile, los patriotas que habían sostenido la causa con más valor y brillo y no pudieron huir a Mendoza, fueron desterrados a la isla lejana y solitaria de Juan Fernández. En uno de esos días de ostracismo, reunidos esos nuestros antepasados en una pobre habitación, hicieron, todos juntos, un voto a la Virgen de Dolores, prometiendo fundar en su honor una sociedad destinada al alivio de los enfermos desvalidos, si Ella venía en su socorro. Firmaron luego el documento siguiente:

“Nosotros, confiados en que la bondad de Dios se complace muchas veces en ser honrada y glorificada por los instrumentos más débiles, nos ofrecemos a concurrir en cuanto nos sea posible al establecimiento y propagación del Instituto de Caridad y prometemos a la persona que se encargase en sus primeras diligencias, si Dios Nuestro Señor nos pone en circunstancias de que podamos servir y ser útiles a dicha Institución, que concurremos cuántas veces fuéremos llamados a tratar de su establecimiento, practicando las diligencias que se nos encarguen y demás que estuvieren en nuestros esfuerzos. Y para constancia de que nos ofrecemos a dicha santa obra, lo suscribimos a 3 de Marzo de 1815.

José Ignacio Cienfuegos, Agustín de Vial, Car-

los Correa de Saá, Diego de Larraín, Juan Rafael Eascuñan, Francisco Javier Salas, Santiago Muñoz Bezanilla, Juan Crisóstomo, de los Alamos, Ignacio Torres, Juan Egaña, Gabriel José de Valdivieso, Juan Miguel Benaventé, Francisco Manuel de la Sotta, Juan Agustín Beiner, Baltazar de Ureta, José Paciente de la Sotta, Gaspar Ruiz, Francisco José del Castillo, Pedro José Prado Jaraquemada, Remigio, Blanco, José Antonio de Rojas, Ignacio de la Carrera, Agustín de Eyzaguirre, José Santiago Portales, Joaquín de Egaña, Jerónimo Reinoso de Zelaya, Joaquín Larraín, Pedro Nolasco de Valdés, Bernardo de Vergara, Francisco Antonio Pérez, Martín Calvo de Encalada, Manuel Blanco, Luis de la Cruz, Dr. Uribe, Ramón Mariano de Ariz, Enrique Lasale, Mariano de Egaña, Antonio Urrutia.

La Santísima Virgen ya venía en auxilio de sus devotos.

“El 24 de Marzo, a las 12 — escribió don Juan Egaña, uno de los firmantes del documento, — se avistó una bandera que por lo nublado del horizonte no se podía distinguir con claridad. Luego, después Cacho desembarcó solo, y pasó el resto del día encerrado con el Gobernador ¿qué habrá sucedido...? ¿Vendría, acaso la orden de transportarnos a otra casa todavía más horrible...? Pasaron horas como siglos de mortal angustia para los desterrados. Por último, supose que la Patria habría triunfado en Chacabuco, y que el “Aguila” había sido enviada para poner fin al largo cautiverio de sus hijos. No es para descrito el júbilo de que rebosaron nuestros corazones con semejante noticia!

“Los nobles corazones que en un peñón del océano, regado, con sus lágrimas, se ofrecieron para prestar ayuda a los desgraciados, de vuelta a sus ho-

gares, cumplieron su promesa, y fundaron la sociedad que es como la madre de todas las santas iniciativas que en favor de los pobres ha habido en Chile”.

“Nacida junto con la República, ésta es la más antigua de nuestras Instituciones de Caridad. En 1818, se estableció en la Iglesia de la Compañía, siendo su primer Director don Bernardo O’Higgins y su primer Capellán el Ilustrísimo señor Vicuña” (1).

La Hermandad de Dolores continúa cumpliendo su admirable misión, que es la santificación de sus miembros, mediante un culto especial a la Sma. Virgen de Dolores y la práctica de la caridad con los pobres enfermos a quienes atiende a domicilio, proporcionándoles médicos, medicina, alimento y abrigo.

“La hija de Dolores debe ser el instrumento de la Providencia en bien de los infelices, apóstol de la verdad y mensajera del consuelo y de la esperanza. No debe olvidar que sirve a Jesús y a María en la persona de los pobres”. (2).

En el año 1874, la Sociedad se fundó en Valparaíso. En 1897 tuvo su Casa propia, conocida por el nombre de “Casa de Dolores”.

El terreno de esa Casa, situado en la calle Carrera, fué regalado por doña Juana. Los muros, que se elevaron rápidamente, albergaron de pronto, bajo la protección de las Hermanas de la Caridad, a setenta huerfanitas. Se sostuvo allí también en los principios, una Olla del Pobre. Doña Carmen Edwards de Ross fué, durante los largos años de su viudez, el alma de esa Casa de Dolores de Valpa-

(1) Concepción Valdés de Marchant, actual Presidente Honoraria de la Sociedad de Dolores, en la memoria del año 1942.

(2) Del Reglamento de la Hermandad de Dolores.

raíso, cuya historia está llena de gratos episodios y de no pocas vicisitudes, gaje inseparable de toda obra humana. Sus hijas, muy especialmente doña Juana, la ayudaron con toda la dedicación que les permitían sus horas, entregadas a otras ramas de la caridad.

Es inútil que busquemos la cuenta de las donaciones hechas en vida por doña Juana y su esposo a la Casa de Dolores; se esconde a la vista de los hombres, como los demás depósitos puestos por esos grandes cristianos en el Banco muy seguro del cielo. Nos basta saber que doña Juana, don Agustín y doña Carmen, formaban como una trinidad de caridad; madre doña Carmen, de la primera y hermana del segundo, era objeto de veneración de esos dos seres que nada nunca podían negarle.

El resultado fué que, en los años en que vivieron estas personas, la Casa de Dolores atendió a un millón de enfermos pobres, o sea un término medio de cuarenta y cinco al día.

En el Testamento de doña Juana se lee: Legó a la Sociedad de Dolores los edificios de la calle San José para que su renta se invierta por iguales partes en ayudar a los gastos de dicha Sociedad, en la asistencia de enfermos desvalidos y en el mantenimiento del Asilo de incurables que se establecerá en Peña Blanca.

Luego también 25 mil pesos para que la renta se convirtiera en ayudar a los gastos de la Sociedad de Dolores de Viña del Mar.

Y 100 mil (600 mil de la actual moneda) a un establecimiento muy semejante en su objeto a la Casa de Dolores que se llamó "Casa del Corazón de Jesús", fundada en San Felipe por el célebre sacerdote, don Agustín Gómez, famoso, bajo el nombre de *Cura Gómez* por sus hazañas de caridad que lo

llevaron a acabar su vida, entre los pobres araucanos, en una aureola de heroísmo y de santidad, pariente de la de un Cottolengo, el santo moderno de la caridad heroica en Italia. (1).

Hemos de volver al punto en que dejamos hace poco nuestro relato. Vamos a ver la carrera de nuestra heroína brevemente detenida en un remanso... que no será de descanso ¡oh no!

Veremos después como de allí saldrá ese río con redoblados bríos, avalancha ya, cuyos ímpetus y fortaleza no pararán hasta su desembocadura en Dios.

En Dios que es caridad. (2).

(1) Fundador de las Hospitalarias de San José, que atienden hoy día 25 establecimientos de caridad en distintas ciudades de Chile. Ver la interesante obra "El Cura Gómez" de Delia O. de Schneider.

(2) San Juan.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL GRAN DOLOR DE LA VIDA

La juventud, ese tesoro que, en el campo de la naturaleza es lo mejor — plenitud de vida, alegría de vivir, dulzura de sentir, hermosura, salud, atracción, encanto de primavera, todo lo había derrochado la hija de la Gracia sobre los que a su alrededor sufrían.

“Borró con altivez cristiana su nombre del libro dorado en que, por convencionalismo u orgullo, lucen, provocando envidias y hasta furores anárquicos, los opulentos vividores”, dirá uno de sus panegiristas.

Es que ella había dado con otra senda; y como su temple era tan firme, no la movieron, para dejar ese derrotero las vulgares y tan comunes tentaciones o pretextos de descanso legítimo, distracción o conveniencias de una situación social elevada.

Sin embargo, era muy hermosa y muy rica. Sin embargo, a pesar de sus blancas cruces en el Cementerio, era feliz en su hogar.

Podría haber lucido y hasta haber impuesto, en la Sociedad, en privilegios de cumbre, su belleza perfectamente equilibrada, realzada con el engaste que puede dar el dinero.

Ella prefirió otra cosa.

Prefirió hacer de su corazón una enorme hospedería, que de su cuerpo un ídolo feliz.

En su esposo tenía un apoyo, una causa de or-

gullo y un compañero de Caridad. Eran dignos el uno del otro. "El conjunto de las obras de ambos — se dijo en alabanza de ellos dos — de esfuerzo y de progreso nacional primero, de solaridad humana en seguida, brilla con caracteres absolutamente extraordinarios en los anales nacionales. (1).

¡Qué grande y qué feliz es vivir así dos seres que se aman sin reserva, desigualdades ni sombras, engrandeciéndose, con su aporte mutuo transformado en uno solo por el amor bendecido en Dios, a la Humanidad y a la Patria!

Don Agustín era digno de doña Juana y si eran próximos parientes sus sangres, más lo eran sus corazones y sus espíritus.

Las dotes geniales de él levantaron una fortuna colosal, la hizo servir, cuanto pudo, a la prosperidad del país, al desarrollo del espíritu de trabajo, al estímulo de las inteligencias honradas y al sostén de los inválidos y menesterosos (2).

Su vida privada, dijo un contemporáneo, era una página blanca, sin mancha de ninguna miseria moral. Enemigo de la ostentación, excesivamente modesto, no ocupó nunca el asiento que en el Parla-

(1) La vida del Sr. Edwards da derecho a creer en la existencia de un sexto sentido, el sentido comercial, un instinto, un don de adivinación, una intención que penetra en el porvenir como el telescopio del astrónomo penetra en los cielos. Pero al lado de eso encontramos otros títulos que forman en torno a su nombre una aureola de más puros, más vivos y más simpáticos resplandores: debemos estudiar en él al protector generoso y desinteresado de todo gran pensamiento y al poderoso capitalista en cuya alma llena de honradez no consiguió echar raíces el egoísmo". La Patria. Valparaíso 3 de Enero de 1878.

(2) Se calcula que don Agustín y doña Juana dieron para los pobres, Obras Sociales y culto divino, 200 millones de pesos.

mento le correspondía, como Diputado primero y luego como Senador elegido por la Provincia de Valparaíso. Sin embargo, se dijo que el país recibía más servicios con la ausencia del Senador que los hubiera recibido con su presencia en la sala de sesiones, porque en su puesto de trabajo, en Valparaíso, no había una hora del día casi que no le viera prestar un valioso servicio a la causa de su Provincia, o en la persona de un ciudadano, o en intereses generales.

Dos hijos, como dos jóvenes olivos entrelazados, habían crecido en el hogar de Agustín y Juana.

Varios grandes haciendas ofrecían para los días de vacaciones, a esta familia, unida en extremo cariño, los encantos peculiares y tan sabrosos de los campos de Chile: libertad ilimitada, bondad de inmejorables climas, sol, aire puro y paisajes en inmensas proporciones, ambientes patriarcales, abundancia de flores y de frutas... (1).

Cuánto se puede en esta vida eran, los miembros de esta familia, felices y dueños del mundo en su esfera.

Porque Chile era todavía un vasto campo de libertad y una gran mina para quien la quisiera con inteligencia y energía explotar.

Si la industria no estaba desarrollada como ahora, ni las vías de comunicaciones rápidas, en cambio el mundo no se había crispado aún en los gestos de fieros nacionalismos, que han llegado a costar horrores de dolores y de sangre a la humanidad.

Las goletas, impelidas por las grandes brisas,

(1) Doña Juana fué dueña de las siguientes haciendas: Jahuel, Quilpué, Los Nogales, Pucalán, Hijuella Larga en Buín, Ucuquer en Llay-Llay, Ranchillo en el sur, Comalle y Llulliulebu en Victoria, Nancagua, Las Cruzadas en San Pedro.

anchas, albas, pletóricas, eran cual un símbolo de esos años en que nuestro apartamiento del viejo mundo se salvaba de más bella manera que hoy día.

Lo hermoso y bueno, en arte, lectura, objetos, vestidos... llegaba sin trabas en esas rutas azules. Y la abundancia generosa de nustras tierras iban a la par con la de los elementos de refinamiento y cultura que, de sus flancos, botaban a nuestras playas aquellos pintorescos navíos.

No es pues, exagerado el decir que una familia como la de don Agustín Edwards puede presentarse como un raro ejemplar de felicidad completa en la historia de un mundo en que abunda más la tristeza que la dicha y más la escasez que el bienestar y la abundancia.

Tratándose de la felicidad en el orden moral, nos bastará leer una carta del segundo hijo del privilegiado hogar para cerciorarnos de cómo caminaba ésta en perfecta armonía con la felicidad material.

La carta la dirige el adolescente don Arturo a su madre, con ocasión de ofrecerle la traducción hecha por él de un libro intitulado: "la mujer cristiana y la sociedad moderna" (1).

"A quién, madre querida, sino a Ud. que ha sido, con mi amado padre, la mano que guió mis primeros años, el ángel que voló mi cuna y que con tanta ternura y solícitud supo inculcar en mi alma los más sólidos principios de la moral, a quien sino a Ud. repito, podría yo ofrecer la traducción de esta obra escrita expresamente para la mujer cristiana e inspirada por las virtudes de una santa madre?"

Vivamente impresionado al leerla, yo he querido

(1) El autor es el Padre Ozanam.

también depositar mi ofrenda en el sagrado santuario del cariño maternal; he querido ser intérprete de esos sentimientos, identificándolos con los míos; he querido por último que mi pluma, insegura todavía, trazara, punto por punto, esos bellísimos rasgos en cuyo fondo se diseña clara y distintamente el corazón de la madre, objeto de mi más acendrado cariño”.

“Acepte, madre mía, este modesto trabajo con todas sus imperfecciones, como una prueba del entrañable afecto de su hijo Arturo (1).

¿Qué podríamos añadirle a esta carta, como comentario, sino la repetición de lo ya dicho y con una prueba elocuentísima ahora?

Que doña Juana, en su hogar, con tales hijos, reflejos de sus santos desvelos, era una esposa y una madre extraordinariamente feliz. /

Pero, ¿quién ignora que lo grande, bueno y magnífico tiene, igualmente que lo pequeño y desgraciado, su fin?

Doña Juana llegaba a la plenitud de la salud y la belleza, las que, en una mujer bien constituida, se sitúan alrededor de los cuarenta años. Se iba la primera mitad de su vida, pero otra quedábale enfrente, radiante de esperanza, tanto o más que la primera.

Decía el decreto eterno, sin embargo, que, en la mitad de la vida se troncharía la dicha de esa mujer.

En el año 1874, don Agustín principió a sentir

(1) Muchos años después doña Juana regaló ese libro a su nieta, Adela Edwards, acompañándolo de una carta que puede leer el lector al final de la obra.

las asechanzas de una grave dolencia cardíaca. Fuese agudizando el mal, poco a poco, hasta hacerse cruel.

Al fin del año 1877, creyeron dar al enfermo algún alivio, trasladándolo al vecino pueblo de Limache, cuyo clima húmedo y temperado a más de ser recomendado a los cardíacos, ofrece muchas analogías al de La Serena, ciudad natal de don Agustín.

Doña Juana y los hijos se instalaron con él en una quinta, de pertenencia de don Roberto Délano Edwards, sobrino de don Agustín. En ese mes de Diciembre de 1877 no fué otra cosa esa quinta sino una pura concentración de ansiedad y de vivísimos desvelos.

Enérgico hasta el fin, don Agustín se levantaba de la cama y, apoyado en su bastón, doblado por el dolor intenso en el pecho, se paseaba por el corredor perfumado a jazmín.

Su esposa, ella cuyo corazón nos es conocido, ella que no podía admitir que los habitantes de los cerros de su Puerto sufrieran sin tener alivio, ¿cómo no penaría en estos críticos días!

Esas horas de indecibles angustias las podemos palpar. Sus pasos solícitos y silenciosos parecen llegar a golpear nuestra emoción; su inquietud, viva como el lamer de una llama, la adivinamos, aunque poco o nada aparecía, afuera, cuando, en las primeras horas del día, la vemos dirigirse a la iglesia para pedir fuerzas en el santo sacrificio de la Misa; cuando, disimulando su ansiedad, cubre de atenciones y prolijos cuidados esa vida que es mitad de la suya y se le va, cuando, al fin del día, término de un período de sufrimiento y víspera de otro igual o peor, que más la acerca a la hora fatal, trata de encontrar en el sueño unas horas pocas de alivio.

Llegó el día 2 de Enero de 1878. La noche del enfermo había sido muy mala. En la mañana reaccionó de una manera notable. Era la mejoría de la muerte. Abandonó el lecho como los otros días y se vistió con gran ánimo, aunque con grandísimo trabajo.

Pasó las horas de la tarde conversando con el señor Presbítero, don Salvador Donoso (1). Este virtuoso y distinguido sacerdote vivía en esos días en la quinta de Limache, a pedido de los esposos, modelos de cristianos, los que, pensando sabiamente que, de manera inexorable fallarían, en hora determinada, los esfuerzos de la ciencia médica, se aseguraban los auxilios religiosos, solos eficaces y preciosos en la hora del trance supremo y que en el momento en que se da aquella por vencida, ayudan a dar el paso definitivo hacia la verdadera duradera vida.

Doña Juana, mientras que don Agustín se entretenía penosamente con su huésped y amigo, que ya lo había preparado, y fortalecido con los Sacramentos de la Iglesia, estaba en los quehaceres de la casa, aunque con el ojo atento sobre cada respiración de su enfermo. Viendo, esa mañana en él, una notable mejoría, los demás familiares se habían ausentado.

El sol magnífico de verano se inclinaba, bajo ya al occidente, bañando en los más suaves colores el extenso paisaje de montañas, hasta el violeta valle de Olmué. El Estero de Limache recogía esos carmines a lo largo de sus ondas, bordadas de hierbas olorosas y de flores a millones.

(1) Poco después Gobernador Eclesiástico de Valparaíso.

En el corredor de la quinta, que la brisa de la tarde recargaba de perfume, don Agustín, entre angustias de ahogo y dolores muy agudos, conversaba con el sacerdote que no perdía el enfermo de vista. De cuando en cuando, el caballero se paraba de su asiento, y daba algunos pasos, porque encontraba en moverse algún alivio.

“Estoy contento, mi amigo... estoy contento porque me he acordado de los pobres (1)”.

Fueron sus últimas palabras.

Dió dos o tres pasos más y cayó desplomado entre los brazos de un sillón.

El Señor Donoso acudió a su lado, desalado. Tomó en una de sus manos la derecha del moribundo y, con la que le quedaba libre, le dió una última absolución.

Don Agustín se inclinó hacia un lado y, sin ninguna fatiga, expiró.

Su mano, que tantas veces se alegrara al pobre, representante de Jesucristo para los ojos de la fe (2), mereció este consuelo de morir en la mano de otro representante de Cristo, representante y vicario oficial, a quien ha confiado el Señor sus poderes sobre la puerta de la Vida eterna.

“Bienaventurado aquel que piensa en el necesitado y en el pobre. El Señor lo librará en el día aciago”, dice el Salmo XL.

Doña Juana ya estaba de rodillas a los pies de ese sillón (3) con su frente enclavada en el regazo de

(1) Se refería seguramente a una limosna extraordinaria que acabaría de hacer, o a una disposición testamentaria.

(2) “Siempre que hicisteis eso (caridad) con alguno de mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis”. Mateo 25.

(3) Este sillón es conservado como una reliquia en la familia.

su esposo y tío, compañero y protector y único amor consagrado.

La campana de la iglesia de San Francisco sonaba el Angelus de la tarde.

“Ecce ancilla Domini”.

“Aquí, la sierva del Señor”. Aquí en la hondura del más grande dolor.

Se levantará ella de esta postura abismal, viuda, para siempre viuda, sola y separada de su compañero que se fué para no volver.

Mas:

“He aquí tu esclava, Señor”.

“Hágase en mí según tu palabra”.

La noticia voló desde Limache hasta el Puerto.

El día 3 de Enero, los porteños, al abrir su periódico, se encontraron con gruesas márgenes negras y lamentaciones sin fin en los editoriales.

¿Quién reemplazará al desaparecido?

“¿Quién será ahora nuestra garantía contra la desconfianza y el sobresalto público?

¿Quién podrá inspirar la confianza que él ofrecía con sus capitales, su probidad, su tino y ese talento sagaz que le permitía ver en donde los demás no encuentran, muchas veces, más que un caos insondable”?

¿Quién como él podrá dirigir y dar rumbo a esas grandes empresas que tanto han contribuido al progreso del país?”

¿“Quién saldrá, en adelante, en auxilio del erario público, como lo hizo en distintas ocasiones, sin otro móvil que el de sostener el crédito nacional?”

¿Quién tendrá esa penetración que se había he-

cho proverbial en él, para conocer el corazón humano y saber distinguir la honradez de la mala fe? (1).

La desolación fué cundiendo en la ciudad. El día 4, las casas de comercio cerraron sus puertas y muchas oficinas y establecimientos colgaron sus banderas a media asta (2).

Continuamos citando la Prensa:

“La Orden del día de hoy de la Comandancia de Armas de Valparaíso, dispone lo siguiente: A las 7,30 A. M. del día de mañana, una Compañía del batallón de Artillería de Marina, con su banda de música, se encontrará a inmediaciones del Templo del Espíritu Santo, con el objeto de acompañar el cortejo fúnebre hasta el Cementerio y hacer, en dicho lugar, una descarga, en el momento de la sepultación del cadáver”.

Firmado “Altamirano”.

“A las 10 de la noche de ayer, una numerosa concurrencia se encontraba en los andenes de la estación del Barón, para ser los primeros en recibir los restos del señor Edwards. La urna venía en un carro salón, a oscuras, en el que acompañaban deudos y amigos, entre ellos venía la señora Ross”.

“En Bellavista, la concurrencia era innumerable; el Intendente de la Provincia, buen número de municipales y una afluencia de asistentes, compuesta de todas las clases sociales, se había apostado en el desembarcadero y sus inmediaciones, para rendir los primeros honores al ilustre conciudadano cuyo nombre conservará la Patria en su Libro de Oro”.

“Al punto la comitiva se puso en marcha por

(1) El Mercurio de Valparaíso, 3 de Enero de 1878.

(2) La Patria.

la calle de San Juan de Dios. Al llegar a la plaza de la Victoria, la concurrencia era enorme. Toda clase de personas querían agruparse en torno a la urna...

“En la puerta del Templo del Espíritu Santo, esperaba con cruz alta el Gobernador Eclesiástico, don Mariano Casanova. El templo estaba lleno de personas, rebosaba, teniendo que quedar afuera gran parte de la concurrencia.

Ofició en la ceremonia fúnebre el Gobernador Eclesiástico, don Mariano Casanova y fué cantada por un magnífico coro de artistas de Santiago y la mejor orquesta de profesores que hayamos oído en nuestros templos”.

“A las 9½, el convoy se puso en marcha por la calle de San Juan de Dios. La urna fué colocada en el mismo carro que sirvió para trasladar los restos de don Pedro León Gallo”.

“No podemos apreciar el total de la concurrencia, pero creemos que sólo el cortejo que marchaba en filas tras el carro, no bajaba de unas 1800 personas, entre ellas todas las notabilidades políticas, financieras, judiciales y administrativas de Valparaíso y numerosísimas de Santiago”. Ha sido el cortejo más numeroso y escogido de que tengamos memoria. Millares de personas obstruían las calles del tránsito... (1).

(1) “La Patria”, 5 de Enero de 1878.— En todas las Parroquias de Valparaíso se celebraron solemnes servicios religiosos por el descanso del alma de don Agustín las Congregaciones religiosas a su vez convidaba por turno, con la siguiente formula: “En agradecimiento a los auxilios prestados por el señor Agustín Edwards para la construcción de nuestro templo...”. En manifestación de gratitud por los auxilios prestados la Comunidad de los Sagrados Corazones...”, etc. etc.

Pompas, magnificencia, marchas fúnebres, imponente desfile, sagrados ritos realizados con severos ropajes, colgaduras y crespones...

Entré el relato de todo aquello, una pequeña frase ha venido a golpear fuerte sobre nuestra imaginación.

Es ésta:

"La urna venía acompañada de deudos y amigos... *entre ellos la señora Ross.*

Era doña Juana.

Volvió el comercio a su trajín acostumbrado; las bandas y orquestas a preparar otros conciertos, y rápidamente el templo cambió su escenario, para vestirse, acaso, de blancos tules y rosas, en espera de una novia.

Pero la que en pos de los despojos había ido, hasta dejarlos en la sepultura, desapercibida, perdida en la apretada muchedumbre, volvía, con todo el peso de la pena encima, al desolado vacío de su hogar...

¡Oh negro y pequeño envoltorio... monumento enorme de dolor!

¡Oh náufraga de la vida en el inmenso mar de una fortuna colosal!

¡Oh dueña absoluta de todas sus voluntades ahora, pero esclava de una pena que la hará, cien y cien veces más que ayer, esclava de los enfermos y de los pobres!

Llegaron hasta la viuda las condolencias del Gobierno.

"Santiago, Enero 9 de 1878.

"Señora de mi respeto:

"Las públicas y honrosas manifestaciones de due-

lo hechas por el pueblo de Valparaíso, con motivo del sensible fallecimiento del señor Senador, don Agustín Edwards, digno esposo de Ud. no han sido más que un reflejo del sentimiento del Gobierno y del sentimiento del país”.

“Ellas solas bastan para poner de manifiesto la merecida estimación de que gozaba el hombre que había logrado enlazar íntimamente su prosperidad a la de su Patria, buscándola en la rudeza del trabajo y en la probidad intachable”.

“Testigo de ello es el Norte entero de la República que, como representante de la industria minera habrá comprendido ya el alcance de la pérdida que lamentamos”.

El Gobierno, siendo fiel intérprete de los intereses del país, no podrá olvidar que, aun cuando el Señor Edwards no pasó por los puestos públicos, tiene, sin embargo, título sobrado para figurar en primer término entre los cooperadores del progreso nacional y entre los servidores de la República’.

“Al trasmitir a Ud., señora, los sentimientos de condolencia de S. E. el Presidente de la República, (1), sentimiento que me encarga participar a Ud. aprovecho la oportunidad de hacerle presente, a la vez que mis respetos, la manifestación de mi intenso pesar por la irreparable pérdida que ha venido a afligir a la distinguida familia de Ud. y al país.

Augusto Matte.

(1) Don Aníbal Pinto.

Agradeció la señora.

“Valparaíso, Enero 12 de 1878.

“Señor Ministro de Hacienda,

Don Augusto Matte,

Santiago.

“Muy señor mío:

“Han sido un lenitivo al hondo pesar que me domina por la irreparable pérdida de mi esposo, don Agustín Edwards, los sinceros homenajes de duelo tributados a su memoria, y muy especialmente la manifestación que, a nombre del Supremo Gobierno, se ha servido US. dirigirme en su estimada del 9 del corriente”.

“Consagrada la vida de mi esposo a la ruda labor que lo alejaba de los puestos públicos, supo servir eficazmente a su país, asociándose a sus intereses y prestando al Estado toda la ayuda de que era capaz.

“El reconocimiento de sus virtudes públicas y privadas, de que da tan valioso testimonio la comunicación de US. honra la memoria de mi esposo y empeña mi gratitud y la de sus hijos.

“Sírvasse US. transmitir estos sentimientos a S. E. el Presidente de la República y aceptar las consideraciones con que soy de US. atenta y segura Servidora.

Juana Ross de Edwards.

LA LAMPARA DEL RECUERDO

Su camino se tira ahora derecho hacia arriba. Más derecho todavía, sin desvíos. Hacer el bien a manos llenas, dar y dar, en secreto y en cantidades crecidas siempre más.

Será la vida de doña Juana.

El mundo no la comprenderá.

Ella no perderá un cuarto de hora en explicar sus motivos.

Su secreto interior no se traducirá afuera sino en firmas de documentos, en cifras y multiplicaciones de cifras. Oficina de dar será su casa, canales de limosnas sus manos, bajo el atento gobierno de su cerebro privilegiado.

¿A qué signo interior correspondió esta actitud uniforme, imperturbable y perseverantemente inclinada a dar, dar y siempre dar?

Porque si el mundo que la rodeó no supo nada de su secreto; si los ojos superficiales de los mundanos esbozaban una piadosa sonrisa irónica acaso, al mirarla pasar en sus pobres vestidos gastados, a pie penosamente en su avanzada edad, o sentada sobre la banca de un tranvía... llevando colgado del brazo un bolsón inflado de paquetes para alguna inválida... pidiendo en el Banco Edwards lápices sobrantes para su uso personal, y comprándose, en la tienda, ordinaria bayeta para la confección de su ropa interior... obligados estamos nosotros a des-

correr siquiera un poco el velo que, con santa y heroica porfía, cubrió un mar de grandeza cristiana, del cual el mundo era poco digno sin duda.

Las almas muy vigorosas — lo era la de doña Juana — cuando emprenden un camino no necesitan para seguirlo de la aprobación del mundo, ni menos de sus halagos; y como en un círculo vicioso mientras más, por esta actitud prescindente, son incomprendidas, más y más van hundiendo el motivo de su conducta en el refugio de una habitación reservada.

¿Qué había en la íntima fortaleza de esa mujer fuerte?

Una cristiana de veras, una viuda perfecta y un grandísimo corazón.

Los cimientos de doña Juana eran la educación cristiana, los principios de severa virtud, inculcados en la niñez, vividos en el primer hogar, cultivados en la adolescencia con el ejercicio de la piedad, abrazados luego con el conocimiento y la lógica entera y sana, y alimentada, por fin y sobre todo, por la eficacia de la Gracia sobrenatural, ayuda sin la cual el cristiano no puede avanzar en el camino de la Santidad.

Esos principios severos norma de la sociedad de antaño, ¿en qué se basaban sino en el amor de Jesucristo, sin lo cual habrían sido solo una máscara fría y un organismo sin vida, expuesto a romperse en mil pedazos al contacto tanto con los halagos como con los desengaños del mundo?

No nos equivoquemos pues; la mayor grandeza de doña Juana estribaba en su amor a Jesucristo.

El fué el fin de sus actos todos, su Consejero y único Testigo, Ya nos dirá su nieta como, en los momentos críticos de su vida, caía de rodillas al pie

del Crucifijo y como sus últimos días fueron un constante pender de la virtud de esa divina Cruz.

En sus limosnas, con la mano daba, con la mirada miraba dos veces a Jesucristo: en su alma, sonrisa aprobadora de su Dios, único premio que la podía hartar; afuera, El mismo, en la persona del pobre a quien llegaba, puesta en práctica, la expresión de su corazón.

Por esa razón principal fué engrandecida la memoria de doña Juana, Pues dijo San Pablo así:

“Cuando yo distribuyese todos mis bienes a los pobres... Si la caridad me falta, no me sirve de nada”.

Por la palabra *caridad* entiende el apóstol el amor a Dios, y al prójimo por amor a Dios.

Hubo en nuestra heroína una viudez perfecta.

Murió su esposo, su amor legítimo, representación y figura — en una manera que los iniciados a la ciencia maravillosa del Cuerpo Místico comprenden, del amor que Dios tiene a su Iglesia — y ella, viuda, con esa rectitud admirable que el destino depositó en su cuna, no tuvo necesidad de que le aconsejaran su camino.

“*Il n' y a rien de plus beau que la fidelité*”, ha escrito alguien. Nada hay más hermoso que la fidelidad.

Admiramos la verdad de esa palabra.

No hay nada más hermoso que la virtud que significa: mirad clavada sobre un lejano faro que, si bien está lejos, interiormente ilumina y que, si a intervalos apaga sus lejanos destellos, continúa viviendo íntegro en la fortaleza íntima de un corazón, voluntariamente atado bajo la luz de esa fe. No hay

vida tan hermosa como la que así avanza, hasta el fin.

Una de estas vidas fué la de doña Juana. Fiel al recuerdo de su compañero, fiel a su fe en Dios, no necesitó que nadie le aconsejara en su viudez, pues su gran instinto de cristiana le dijo que: “la mujer está ligada a la ley mientras que vive su marido, pero que si su marido muere queda libre de casarse con quien quiera. Pero que mucho más dichosa será si permanece según el Consejo evangélico...” es decir” solicita de las cosas del Señor solamente”. “Porque la escena de este mundo pasa”, (1) y porque ella esperaba reunirse en el Cielo eternamente con el que había amado en la tierra.

Hemos abierto una puerta al secreto que el mundo no supo comprender.

Pero, explorando todavía en recónditas regiones, encontramos otros móviles de las grandiosas y nunca exhaustas dádivas de doña Juana.

Estaba, en esa mente equilibrada y ecuánime, bien establecida la noción de la virtud de la Justicia, una de las cuatro virtudes cardinales, por la cual “el hombre obra lo que debe”, “hace el bien de lo debido y de lo recto”, se asocia en perfecta alianza con la mente divina, imitándola”. (2).

Ahora bien, si la fortuna de don Agustín, su es-

(1) San Pablo Epistola a los Corintios 7.—En los primeros tiempos del Cristianismo, cuando vivos estaban todavía en la Comunidad de los fieles, los ecos de la gran voz de Galilea, el estado de viudez, junto con el de la virginidad, era considerado como la aristocracia de la Iglesia. A las viudas se les encomendaban muchos servicios relicados en torno al altar; ellas por su parte vivían como ascetas, es decir en la abstención de toda vanidad y frívolo pasatiempo, en la dedicación a la oración y a las obras de misericordia.

(2) Santo Tomás Cuestión LXI-V

posó, fué levantada por su honrado trabajo y por su gran inteligencia, sin embargo, aun en un caso así, una conciencia delicada como la de doña Juana recoje más de una punzante espina al pensar:

“¿No habrá habido uno...? ¿no habrá habido algunos...? ¿No habrá habido muchos que ayudaron eficazmente a la fábrica de esa fortuna, le aportaron su trabajo, su salud, su bienestar, sin haber sido remunerado según, por justicia, lo merecían?

Mientras que un favorecido va subiendo en fortuna, destacándose en un grupo, luego, en una sociedad y hasta en una nación, llegando a una situación de extraordinario privilegio, —¿cuántos en el seno de la masa que él ha dejado atrás, habiendo contribuído silenciosa, acaso dolorosamente a darle ese lugar de selección, han quedado en una miseria injusta?

Estos son los terribles secretos que esperan al Rico en el gran Tribunal de mañana. A ellos se refiere, sin duda, la misteriosa advertencia evangélica:

“Granjeaos amigos con el *mamón* de la iniquidad, (el dinero) para que cuando falleciereis seais recibidos en las moradas eternas”. (1).

Y esa violenta exclamación sobre los labios por excelencia misericordiosos: —“¡Ay de los ricos”!... ¿grito de alarma, lanzado contra el peligro que acecha al acaudalado de encharcarse en vanidad, acriminarse en los ocultos y atroces egoísmos, o pudrirse en refinados vicios...? ¿de perder para siempre, por falta de sacrificio el resorte de la energía...? No sería que también, no sería que, sobre todo, quiso el Maestro destacar esta verdad: Difícilmente se li-

(1) Lucas XVI, 9.

bra del anatema la gran fortuna individual, porque difícilmente no deja víctimas en su camino?

Intuía doña Juana estos misterios. Conocía desde niña la Parábola del rico que desde el abismo doloroso del infierno clama al Padre, pidiéndole una gota de alivio. Y el Padre le contesta:

—¿No tuviste cuánto quisiste...? Rica y abundante mesa; trajes de fino lino, delicias de vida...? Y ¿te acuerdas de aquel mendigo que se sentaba a la puerta de tu palacio? —A quien no llegaban ni las migas de tu banquete... a quien los perros lamían las heridas...? ¿Te acuerdas? Pues bien, ese está conmigo ahora consolado, pobrecito, y tú, atormentado.

¡Oh tragedia sencilla y pavorosa!, la había leído muchas veces en su Evangelio doña Juana y, alma prudente hizo el único gran negocio, para sí misma y para aquel a quien amaba.

Y doña Juana, callada, incomprendida, se granjeó amigos con el mamón de la iniquidad, virtió sus tesoros materiales en la Caja de Crédito, la única que paga al 100 por uno. Y no hizo de su vida otra cosa sino un impetuoso río de dar y dar y siempre dar.

Después de estas severas consideraciones, volveremos a la superficie de los hechos, región en que la fe que alumbra adentro, se vuelve obras para la vida eterna. (1).

Doña Juana, viuda, consagró en el templo de su alma una lámpara perpetua al recuerdo de su esposo. Y no solamente perpetuó su memoria sino que multiplicó incontables veces, sobre su nombre amado, el ejercicio de misericordia de su corazón.

¡Cuántos blancos campamentos surgieron, en

(1) "La fe sin las obras es muerta".

que cada cama blanca ofrecía su blandura limpia a un cuerpo lánguido o herido, en memoria del que se le fué en una tarde de verano, sentado en un sillón!

Los hospitales fueron una de sus devociones.

La más valiosa construcción de esta clase, emprendida por ella, lleva el nombre de su esposo; es el hospital San Agustín de Valparaíso.

Luego viene, en orden de importancia, el hospital de la Serena, ciudad de su nacimiento.

El antiguo Hospital de Antofagasta, los de Freirina, Vallenar, Huasco, Vicuña, Ovalle, Combarbalá, lugares que vieron levantarse la fortuna de su esposo, así como los de Limache, San Camilo San Felipe, Buin, Parral, Quillota y los Andes — regiones en que se encontraban sus haciendas — fueron construídos y mantenidos principalmente por ella, entre los años 1878 a 1913.

En el año 1888, gravó la extensa propiedad que poseía en la calle Esmeralda de Valparaíso, para que sus intereses se distribuyeran entre los hospitales de San Juan de Dios y de San Agustín. En otras ocasiones favoreció a San Juan de Dios —, ahora Van Buren — con grandes sumas. En 1998 le hizo un regalo en bonos por el valor de \$ 51.500.—

“Se quejaba constantemente la señora, escribe don Luis Ross, de la insuficiencia de los hospitales. Resolvió por este motivo, construir y dotar un nuevo hospital en Valparaíso, con el objeto de llenar en parte tan sentida necesidad. Los planos se confeccionaban en Santiago. Refiriéndose a ellos, escribía a su hermano, don Agustín Ross, el 3 de Julio de 1893:

Mi querido Cucho:

Espero no te vendrás sin traerme los planos del hospital, para poder principiar tan pronto como se pueda.

Con recuerdos a todos de tu hermana afectísimamente,

Juana.

“Sucedió entonces algo inconcebible. Espíritus pequeños, de aquellos que nunca faltan, pusieron obstáculos a la obra proyectada”.

“Profundamente contrariada, vióse la señora obligada a desistir de sus nobles propósitos. Estuvo ella de tal manera afectada que su salud estuvo muy resentida durante el verano de 1894”.

“En 1902, 4 de Septiembre, escribía al mismo hermano que corría con sus intereses:

“Hace días recibí la carta de Budge (1) que te incluyo por la que verás los apuros en que se encuentra el Hospital; y como yo había prometido ayudarle y no es posible dejar que la deuda siga aumentando, creo que debo contribuir con 2.000 para pagar las deudas más antiguas, que supongo serán las más apremiantes”.

“Te agradeceré le contestes, poniendo en su conocimiento esta resolución, y hagas que se le entregue esa suma de la manera que creas conveniente”.

“Cartas y documentos como éste, dice su sobrino, los hay innumerables durante cuarenta años”.

Las palabras “*creo que debo contribuir*”, que encontramos en la última de estas dos cartas, encierran un profundo significado; nos dicen que la ca-

(1) Don Juan Diego Budge.

ridad de doña Juana no brotaba en terrenos de sentimentalismos, ni de vanidad o capricho, sino que desde el fondo de una conciencia muy recta. Hacía la caridad no porque le daba la gana, sino porque su conciencia le mandaba hacerla. Si no la hubiera hecho, se habría considerado no solamente desgraciada sino culpable.

En sus últimos años se quejaba con más insistencia de la escasez de hospitales. Sufría horriblemente cuando veía o sabía que un pobre enfermo era rechazado de esas puertas que nunca deberían decir "no". Resolvió donar un hospital a la ciudad de Viña del Mar; solo esperaba para iniciar esa obra, la conclusión de los trabajos del Asilo de Ancianos que estaba ella construyendo en la Población Vergara. Cambiaba ya ideas sobre los planos y la ubicación del futuro hospital cuando la muerte detuvo la realización de esa su último anhelo.

En Junio de 1913 recibía su hermano la siguiente comunicación:

Muy señor mío:

Me es grato acusar recibo de su apreciada, fechada 26 de Marzo, por la cual se sirve comunicarme que los deseos de la Honorable Junta de Beneficencia de esa ciudad quedan cumplidos, pues su distinguida hermana, señora doña Juana, ha resuelto auxiliar extraordinariamente a nuestro hospital de caridad, que atraviesa por una angustiosa situación económica".

En mi carácter de Presidente de la Honorable Junta e interpretando sus sentimientos, me permito, Señor, hacer llegar hasta su distinguida hermana, por su digno conducto, la expresión más sincera de

alta gratitud de esta Corporación por tan oportuna como valiosa ayuda.

“Quiera Ud. también, señor..., etc.

Firmado: J. Espinoza Varela.

Fué esta la última ayuda que, en vida, debía prestar doña Juana al hospital de su ciudad natal. Un mes después, ella había recibido su eterna recompensa.

En su testamento dejó grandes legados a los Hospitales de Valparaíso, de San Agustín y de San Juan de Dios de Copiapó; de San Juan de Dios; de San Juan de Dios de la Serena, de San Camilo, de San Felipe, de Santa Rosa, de los Andes, de San Francisco de Limache de Quillota. Al hospital que se construyera en Viña del Mar legaba \$ 50.000.— los que hoy día, después de 30 años, representan con sus intereses, una suma considerable.

Unida la señora Juana por una antigua amistad la señora Carmen Quiroga, esposa de don José Tomás de Urmeneta, entre ambas, puede decirse, mantuvieron durante años, el hospital de San Francisco de Limache”. (1).

(1) Fundado por doña Carmen Quiroga de Urmeneta el 1.º de Marzo de 1887.

LA INTELIGENCIA DEL POBRE

El mundo es, si lo consideramos con un poco de atención, mucho más un campamento de dolor que una fiesta de vivir. Parece, sin embargo, que el ser humano, nacido para la dicha y el bien, tiende constantemente a olvidar o disimular, o ignorar voluntariamente este hecho doloroso. ¡Cuántas veces, junto a la cajita que se llama radio, sintonizando, es decir cogiendo, con movimiento imperceptible de los dedos una onda y después otra, y otra más, y recogiendo de todas ellas, a toda hora, danzas y canciones de cuanto pueblo existe, ha protado de nuestros labios la siguiente exclamación: —“¡Oh como el mundo disimula sus dolores!”

Sí, bajo las ondas que envuelven a la tierra en una red de canciones, pulula el sufrimiento.

Aquellos que lograron levantarse sobre el estado crónico de sufrir, es decir los ricos, no se exceptúan de la ley. Pero —¡Dios mío! que inmensa distancia existe entre el sufrir de estos privilegiados de la fortuna y los dolores de los pobres! El rico va aliviándose a sí mismo, uno a uno, cada pesar. Remedios, médicos, distracciones, viajes, música, libros, abrigos, buenos manjares... todo se tiene con el dinero, y se alivian con él, hasta el fin de la jornada, el alma y el cuerpo.

Pero, en otra esfera, la gran Humanidad, numerosa como los granos de arena en una playa, sufre

miseria, enfermedad y dolor sin alivio ni descanso, ni distracción.

Pensemos en los millones y millares de habitantes de la China, de la India, del Africa, de los hielos de los Polos; en los reductos araucanos y, sin ir más lejos, en los suburbios de las grandes capitales. —¿Hay algún dolor ausente de aquellas miserables poblaciones?

Ese estado de cosas era aún mucho peor hace cincuenta años. Aun no se oía tan clamorosa como hoy día la *Voz que clama*:—“*Emparejad, aplanad los caminos del Señor*”!

No habían más ojos sobre la desventura del pueblo que los de la caridad individual, no nacida de una conciencia social y colectiva, sino que brotada de un alma habitada por la abundancia de la divina gracia. La gracia divina es el principio mismo de la virtud Justicia, ya que no es otra cosa ella sino participación real y viva de Dios, y que Dios es fuente divina y razón única de la Justicia.

Y ¡qué, obras sociales más hermosas surgieron de la íntima unión del Corazón del Príncipe de la Justicia con el corazón de algunos de sus discípulos escogidos! Se llenarían muchos volúmenes citando esas obras y las milagrosas historias de sus fundaciones tanto como la de sus santos fundadores.

Doña Juana fué uno de esos corazones que, habiendo pactado fidelidad de amor con su Dios, fué llevada por El al conocimiento de las turbas y a la piedad sobre ellas. Dios Justicia, Dios Amor, le reveló el misterio escondido a muchísimos. Doña Juana tuvo la inteligencia del pobre.

El arte y la poesía son, dicen, hijas de Dios. El arte es el brillar en el alma humana de un rayo de la Belleza eterna y su reproducción afuera, por

medio de signos sensibles. Las ciencias naturales son una aplicación de la mente del hombre a los reflejos de la creación material, obra de la divina Sabiduría.

La ciencia del pobre es algo más grande, más sublime todavía.

El pobre es el fruto máximo de la tierra en su estado natural, él representa a la humanidad y a su verdadera historia — no la que se aprende en la escuela: desuniones, emulaciones, orgullos individuales e intereses creados, que engendran conquistas y guerras — sino la del *ser hombre*, criado por Dios a su imagen y semejanza caído por el pecado original, condenado a ganar su pan al sudor de su frente, rescatado por Dios mismo que se hizo hombre y se quedó, Dios en la tierra, en la figura de un Pobre inmortal.

Ese, el pobre, es pues quien representa a la vez a la Humanidad y a Dios.

De ese ser “el pobre” comprendido en el espíritu del Evangelio, considerado en la Iglesia casi como un sacramental, “*es el Reino de los Cielos*”. (1).

Las hordas impías de los tiempos modernos arremetieron contra este miembro sagrado de la Iglesia. Ella lloró de pena; pero ya está el mundo contemplando el castigo de ese nuevo sacrilegio.

Nunca le fallaron a la Iglesia Católica las obras de amor al desgraciado y ya en los primeros años de su fundación vemos que, junto con la oración, el ejercicio de la caridad la ocupaba y absorbía de tal manera que tuvo que delegar esa función en una selección de jóvenes que se llamaron diáconos, los que no hacían otra cosa ya en Jerusalén (San Es-

(1) Mateo, V. 3.

teban) ya en Roma, (San Lorenzo) sino repartir ordenadamente las limosnas abundantes y aún las fortunas enteras de los cristianos ricos a los más pobres de la ciudad.

Recordemos que doña Juana, continuadora y heredera de ese espíritu, hizo su primer noviciado de caridad trayendo a los huérfanos de los cerros de Valparaíso y de los alrededores bajo el techo cariñoso del Asilo del Salvador y a los pobres enfermos a los cuidados asiduos de un grupo de señoras, en los Dispensarios del Puerto y del Almendral.

La fundación del Asilo del Salvador tuvo lugar según dijimos, en el año 1855. Dos años antes había amanecido un día que quedaría inmemorable en los anales de nuestra historia católica.

Fué el 17 de Junio de 1853. El velero "Elena", de paso frente a la bahía de Valparaíso, soltando uno sus botes, dejaba náufragas en nuestras playas a cinco jóvenes canadienses, las que remataban así un dramático viaje, más palpitante de leer que muchas de las novelas que corren por las manos de nuestra juventud.

Llamadas de su convento de Monreal para trabajar en las misiones de Oregón, salieron de su Casa Madre el 18 de Octubre de 1852, llegando a su destino, después de peligros y peripecias sin fin, el 1.º de Diciembre del mismo año. A las pocas semanas, hubieron de abandonar la misión, huyendo de las devastaciones causadas por nunca vistas inundaciones.

Resueltas a dar toda la vuelta de América, doblando el Cabo de Hornos, antes de exponerse de nuevo a los tormentos que pasaron en la región de Panamá, en ese entonces infectada de insectos venenosos, fiebres palúdicas y bandidos, se embarcaron a

bordo de un velero que salía en dirección al sur, por casualidad, chileno: el “Elena” de ciento ochenta toneladas.

Sacudida esa cáscara de nuez sobre un océano tormentoso, fué, durante ochenta eternos días una horrible prisión de sufrimientos físicos, pero sobre todo de terrores indecibles. Nada eran las tribulaciones de la sed y los martirios del calor y la fiebre, al lado de la angustia interior de esas piadosas vírgenes que se dieron cuenta tarde, ella y sus dos capellanes que les servían de ángeles de la guarda, de que el capitán del barco era un tirano espantoso y un pirata de la peor especie.

“Según todas las probabilidades, escribe, al final del patético relato, una de las heroínas de ese viaje, el capitán y el segundo se habían puesto de acuerdo para deshacerse de nuestros capellanes y desembarcarnos a nosotras en alguna isla o lugar desconocido donde se proponían vivir. Pero Dios cuidaba de nosotras”.

El maltratado esquife, después de esos ochenta días infernales en que perdió su rumbo y anduvo a la merced de Satanás, amanecía entre las brumas que dejaban divisar muy cerca los cerros de Valparaíso. Por un milagro debido a sus ardientes oraciones, soltaron los verdugos a la bandada de palomas prisioneras, las que se volvieron palomas mensajeras del Amor.

Eran cinco dijimos. “Las que más sobresalían por su dulzura y a su eficaz y tranquila y resignada energía — cedemos la pluma al brillante historiador Vicuña Mackenna — eran la superiora, joven de 26 años, natural de Monreal y la hermana Bernarda Morín, hija de Quebec, niña de singular discreción y de un talento práctico tan notable como su dul-

zura. Educada por el mundo con el nombre poético de "Venerance" entró en la sociedad de Quebec sólo para acostumar su alma al alejamiento de los devaneos de la tierra y por esto vive hoy próxima a enterar entre nosotros el primer medio siglo de una existencia que ha sido fecunda para todas las obras de bien. La hermana Bernarda ha educado, socorrido y consolado, en consorcio con sus evangélicas compañeras y discípulas, no menos de medio millón de seres y fundado seis casas de Asilo en Chile, en el espacio de 30 años, que el cielo prolongue sus días, hasta doblar la cuenta ya corrida". (1).

Las cinco canadienses fueron acogidas por esta noble tierra de Chile con tanta generosidad, tanta fineza y cariño que llegaron a persuadirse de que era la voluntad de Dios el que hicieran el sacrificio su premio de renunciar a un país, a sus padres y hermanos y a su Casa Madre de Monreal, nido de sus santos amores.

El Gobierno, en la persona del entonces Ministro del Interior, don Antonio Varas, les entregó desde luego la dirección de la Casa de Expósitos de Santiago.

Desde allí extendieron otras fundaciones que, bajo el nombre de "La Providencia", cumplen la misión divina que las hace merecedoras de ese nombre, símbolo de nunca exhausta misericordia.

"Cosa digna de notarse, dice Vicuña Mackenna en el artículo ya citado, casi al mismo tiempo en que un singular destino había traído a nuestras playas las náufragas del Oregón, llegaban sucesivamente

(1) Vicuña Mackenna escribía esto en el año 1853. La Madre Bernarda murió en obra de santidad el 4 de Octubre de 1929. Hoy existen 23 cosas de la Provincia en Chile y 1 en Buenos Aires.

en pos de ellas -(en el espacio escaso de un año) todas sus cooperadoras destinadas a las obras de la redención de los dolores del alma y de las aflicciones de la carne: las hermanas que venían a enseñar a la mujer, (la Congregación fundada por la Madre Barat (1) las hermanas de la Caridad que venían a curar todas las dolencias; las hermanas del Buen Pastor que venían a redimir a las caídas”.

¿Cómo no iban a estrecharse íntimos lazos entre esos diversos grupos de ángeles de la Caridad y el gran corazón de doña Juana? Su práctica inteligencia descubrió inmediatamente la mina que ellas brindaban para el adelanto y la evangelización de nuestro pueblo: el oro material que ella poseía lo cambió, con premura y alegría por aquel otro amor, cuidados, educación, redención, rehabilitación para miles de seres abandonados a la miseria y al vicio. Y principió a levantar grandes casas para agrupar a los desgraciados a la sombra de esas almas de mujeres heroicas...

Sólo en el Asilo del Salvador, según un informe presentado hace algunos años por la Superiora de dicho Establecimiento, desde el año 1884, cerca de 30.000 niñas han sido recogidas, vestidas, alimentadas, cuidadas, educadas y preparadas para la lucha de la vida. Si a este número agregamos todos los huérfanos que han sido recogidos durante más de medio siglo por los otros asilos, fundados o poderosamente ayudados por doña Juana, los de la Providencia de Valparaíso y de la Serena, los Asilos de Santa Ana, de San Vicente, del Buen Pastor y de Lourdes de Valparaíso, llegaremos a cifras impresionantes.

(1) Hoy Santa Magdalena Sofía Barat.

Muy lejos de contentarse con dar grandes sumas de dinero, doña Juana pasaba pendiente del conjunto y del detalle de esas obras, de la salud de los asilados como de todos los problemas de edificación, de la alimentación de los niños, de los ancianos, tanto como del adelanto espiritual de todos esos seres sabiamente encaminados hacia la eterna Felicidad.

Volviendo al grupo de jóvenes religiosas canadienses que trajo a nuestras playas la divina Providencia, tenemos que hacer un párrafo aparte para recordar un lazo muy íntimo que unió con un miembro de esa Congregación a doña Juana.

La familia de don Jorge Edwards pasó por una era de grandes dificultades económicas (1) La familia Mery, también de la Serena, opulenta entonces y muy amiga de aquella, la ayudó a atravesar esa crisis y a salir prontamente de ella.

Una hija de ese generoso hogar creció en íntima amistad con doña Juana; se educaron juntas: se separaron en el dintel de la vida: doña Juana se casaba con su tío y su amiga entraba a la Congregación, nuevísima en Chile, de la Providencia con el nombre de Sor María Filomena. Sus apellidos eran Mery Varela.

Esta amistad muy íntima se conservó intacta hasta el fin. Y como el noble corazón de doña Juana no pudo olvidar jamás el beneficio hecho por la familia Mery a la familia Edwards, colmó a su amiga de regalos, los que de manos de la religiosa pasaban inmediatamente a los huérfanos y enfermos de las Casas de la Providencia, o, si eran gruesas sumas,

(1) Recordamos que don Agustín, esposo de doña Juana, se vió obligado a dejar el hogar a los 19 años y que principió a trabajar por su cuenta, poco después, con un capital de 2 mil pesos, frutos de sus ahorros.

eran destinadas a aliviar la crítica situación de una familia honorable. (1).

La madre Filomena, en vísperas de morir, pidió a una de sus hermanas en religión (2) destruiera un enorme paquete de cartas de su amiga muy querida, que, durante los largos años de su vida virrió en ellas sus más íntimos pensamientos.

—Prefiero, decía la religiosa, apenada y emocionada al dehacerse de esos papeles amados, que no queden expuestos a la profanación del descuido y del olvido.

La que recibió ese legado no tuvo valor para llevar a cabo su destrucción. Sin embargo, esas reliquias han desaparecido, bajo la ejecución de otras manos menos piadosas sin duda.

Se perdió un verdadero tesoro. En esas cartas habríamos seguramente cogido los más legítimos acentos de alma ingnorada, aislada en su gran casa de amor y de dolor: en ellas habríamos encontrado quizá la única verdadera explicación de su conducta tenaz y unilateral, siempre enfocada únicamente a la caridad, en una palabra el tono auténtico de su personalidad, enigmática para el mundo, inapreciable para la Patria y por el cielo sólo comprendida.

¿Había Dios permitido esa desgracia de la cual nos cuesta conformarnos porque, por mucho que queramos levantar el velo que cubrió esa vida, El se reserva el secreto para mejor premiarlo en el día de las eternas revelaciones, cuando El mismo, en presencia del Universo entero, dirá a sus escogidos,

(1) "¡A cuántas personas he dado felicidad por medio de las dávidas de mi amiga Juana!" exclamaba Sor María Filomena en su lecho de muerte.

(2) Sor María Antonieta Cifuentes, de la cual recibimos directamente estos datos.

después de haberles enjugado las lágrimas de los ojos:

“Venid los escogidos de mi Padre a poseer el Reino... porque yo estaba hambriento y me disteis de comer... estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis”? (1).

Entre tanto se iba levantando en la Serena la *Casa de la Providencia*, en una situación magnífica, elevada sobre un extenso panorama con vistas tan hermosas que, según las crónicas de la Congregación “ninguna Casa la tiene igual”. “Por el frente y por el norte se contemplan la inmensidad del Pacífico y el grandioso espectáculo del sol que se despidе de nuestros hemisferios, y por los otros lados los más hermosos valles que rodean la Serena” (2).

En las mismas crónicas encontramos el detalle de las primeras erogaciones para la construcción de esa gran Casa de Caridad:

Auxilio del Supremo Gobierno ..	\$ 45.000.—
Limosna de la señora Juana Ross de Edwards	" 56.000.—
De varias personas de la familia Ross	" 3.000.—
De la señora Isabel Varela	" 3.000.—
Reunidos por la Sra. Gregoria Mercado de Aguirre	" 10.000.—
Limosnas diarias, legados y algo del capital de la Casa	" 42.301.90
	\$ 159.301.90

A la sombra de esos santos muros, traspasados

(1) Mateo 25.

(2) Crónicas de la Congregación de la Providencia de Chile.

del unguento divino del Buen Samaritano, acabó sus días la señora Carmela Varela de Mery, amiga de doña Carmen Edwards de Ross, madre de Sor María Filomena, la amiga íntima de doña Juana.

Fué en el año 1891. La Casa de la Providencia sirvió en ese año de asilo hospitalario a varias señoras de la Serena que, por motivo de la Revolución, no se consideraban seguras en sus propias residencias. Una de ellas fué esta santa señora. Anciana ya y enferma, encontrándose bien, bajo esos techos de Dios, pidió permanecer allí hasta el fin de sus días. Su muerte dejó perfumes de virtud.

“Nunca se me olvidará la fe, la devoción, la sinceridad, la sencillez tan espontánea, tan de corazón con que expresaba sus sentimientos de acción de gracias a Nuestro Señor por todos los beneficios que había recibido de su bondad durante su vida y especialmente por la gracia de haber recibido los últimos Sacramentos antes de partir de este mundo; escribe un testigo de sus últimos momentos. Me inclino a creer que este espíritu de fe y de sublime oración que tenía la señora era un premio que Dios le había concedido por el gran desprendimiento que mostró de los bienes de este mundo. En los últimos años de su vida, se le vió pasar, sin lamentaciones ni quejas, y sin entristecerse, de una brillante fortuna que le proporcionaba goces de los cuales supo aprovecharse, a un estado vecino a la indigencia que soportó con tanta dignidad como conformidad con la voluntad de Dios. (1).

La señora Carmen Varela de Mery, falleció el 21 de Diciembre de 1891, en esa Casa de la Provi-

(1) En las crónicas de la Congregación de la Providencia.

dencia de la Serena, la que hoy día continúa su divina misión.

Hoy las palmeras mecen muy alto, muy arriba sus palmas.

El retrato de doña Juana permanece allí, como su espíritu. Las almas encuentran entre esos muros la salvación y la paz.

Se engendran nuevas obras, porque la vida del verdadero amor no muere, sino que se multiplica y crece, a pesar de la muerte aparente de los seres que lo llevaron en el pecho como un potente motor.

La última de las obras emprendidas en ese gran Hogar, bajo la suave y grave sonrisa de doña Juana es el "*Pensionado Monseñor Juan Subercaseaux*". En esa sección, fundada por el que, en la Serena, inmortalizó su nombre, gracias al Sacrificio de su vida que ofreció por sus Ovejas, encuentran hospitalidad cariñosa y cultura intelectual y piadosa las jóvenes estudiantes de esa inmensa Arquidiócesis, es decir de los muchos pueblos de las enormes Provincias de Coquimbo y Atacama.

Doña Juana continuó favoreciendo la Casa de la Providencia con grandes sumas de dinero, durante todo el curso de su vida. Deseando saber el detalle de esas dádivas se nos contestó desde La Serena que los datos eran muy escasos "porque estas almas extraordinariamente caritativas tienen la santa astucia de ocultar a los ojos de las criaturas lo que hacen solo por Dios".

A una madre no se le ocurriría nunca pensar en dejar contancia de sus actos de vigilancia y providencia maternal; tampoco le pediría esa cuenta, pues que con decir "madre" se dice todo.

Y donde pasó su sombra, fué doña Juana la madre de los pobres.

PRECURSORA DE LA CRUZ ROJA

Este tan feliz país, Chile, tenía que pasar por las fases sangrientas que son las guerras.

Es un destino fatal sin duda, y que pertenece a una dura ley de expiación en el plan de la historia humana el que litigios de territorios no puedan arreglarse sino con grandes derrames de sangre... ¡Como si la tierra valiera más que la sangre, líquido precioso de la vida!

Si no fuera porque en el pedazo de tierra y en el pabellón de la Patria se encierra un símbolo superior, un signo del espíritu, un anuncio de una Patria inmortal, por la cual el hombre debe luchar interiormente hasta la muerte, el hecho de las crueles guerras entre pueblos, hijos de Dios igualmente unos de otros, sería un misterio atroz, ciego y detestable.

Este Chile, decíamos, tan feliz y próspero del siglo pasado, interrumpió su vida pacífica y laboriosa. Hubo de lanzarse por asuntos de aduanas y fronteras a una furiosa contienda contra sus hermanos de religión y de raza, los Bolivianos y Peruanos.

Cadena de triunfos y gloriosos hechos fué para nosotros ésa Campaña. El 21 de Mayo de 1879, Arturo Prat, escribió la más lírica epopeya. El 7 de Julio de 1880 Pedro Lagos, con un puñado de valientes, se tomaba el Morro de Arica. El 18 de

Enero de 1881 nuestras tropas triunfantes ocupaban la noble ciudad de Lima.

En ese nuevo aspecto de la Patria, en ese su ambiente anormal creado por la guerra, heroico exaltado, inquieto, doloroso y sublime a la vez ¿adónde buscaremos a la señora de nuestra historia sino entre las heridas abiertas por el acero y la pólvora en los campos de batalla?

Periódicamente, durante esos años, llegaban al Puerto de Valparaíso grandes convoyes, que si bien traían al corazón de la Patria sensaciones nuevas que hacían embanderarse playas y calles y cantar de júbilo y llorar de entusiasmo a las mujeres y a los niños, sembraban en los hospitales remesas de cuerpos desangrándose, atormentados por el dolor y la fiebre.

Bastante sabemos ya lo que era doña Juana: don innato de piedad, sentido práctico de organización y gran energía de trabajo. Veámosla, pues, inspirar y mover la acción humanitaria en torno a esos núcleos de dolor, tan sagrados para la Patria a quien ofrecieron sus miembros, su juventud y su vida.

Lo primero que hizo la señora fué instalar en su habitación (la que ese tiempo ¿qué otro nombre merecía sino el de Casa de Auxilio Social Cristiano?) varias secciones de talleres para la fabricación de hilas y vendajes y vestuarios para los soldados. Ella misma distribuía sus días entre la vigilancia de esos talleres y la asistencia en los hospitales. Más de alguno hasta ayer recordaba haberla visto ir de cama en cama y dar de comer y dar de beber a los heridos con sus manos.

Quedábale todavía otra sección que atender, y no la descuidó; su fortuna — bajo su inmediata vi-

gilancia — estuvo a disposición de la Patria, de las viudas, los huérfanos y los heridos.

Aún no estaba fundada entre nosotros la Cruz Roja de mujeres de Chile; pero ella, ella sola, su personalidad extraordinaria, su enorme corazón, su comprensivo espíritu de humanitarismo parece haber representado la íntegra misión sublime de esa futura Institución.

Nadie más elocuente que los artículos de la Prensa y los testimonios de las Autoridades de entonces.

Terminada la guerra, el Presidente de la República, enviaba a las Cámaras un proyecto de ley, fechado el 5 de Agosto de 1881 en el cual, refiriéndose “a los actos de abnegación y desprendimiento de doña Juana Ross de Edwards, proponía concederle una medalla de honor en atención a los servicios al país durante la guerra con las Repúblicas de Perú y Bolivia”.

El 8 de Agosto de 1863, comentando ese mensaje que fué aprobado por unanimidad, decía “La Patria” de Valparaíso.

“Entre las medallas de honor que, como recompensa nacional, el Supremo Gobierno se propone conceder a aquellos que con su empeño y desinterés han servido a la nación en la presente guerra, ninguna más merecida que la que se pide para la Señora Ross”.

“Todos conocen la inagotable caridad de la señora Ross de Edwards, quien siempre con mano cariñosa, ha acudido en auxilio de los pobres y de los enfermos, y que, en las más angustiosas circunstancias porque ha atravesado la República, fué el verdadero paño de lágrimas de los heridos, las viudas y huérfanos de guerra”.

“La Señora Ross continúa y continuará siem-

pre dando pruebas de su gran filantropía y nada más justo y más honroso que el honroso permiso que para ella ha solicitado del Congreso el Presidente de la República, por los importantes servicios que prestó a la Nación, facilitando sin interés fuertes cantidades desde Europa, en los momentos en que no había un solo centavo para comprar buques y armas”.

A su vez el Intendente de Valparaíso, don Eulogio Altamirano en un oficio al Presidente de la Comisión de Guerra y Marina de la Cámara de Diputados, con fecha 12 de Agosto de 1881, decía:

Las ambulancias y los hospitales deben a la señora Ross de Edwards cuantiosos recursos, y nuestros heridos, tiernos y solícitos cuidados”.

El 18 de Septiembre de 1881, el Presidente Pinto, después de haber prestado a la Patria servicios eminentes, bajaba del poder pobre y enfermo.

Supo doña Juana de una deuda contraída por el ilustre ciudadano en el Banco Edwards. Inmediatamente de informada de lo ocurrido, pidió que el documento bancario se cargase a su cuenta particular y se enviase al Presidente, cancelado, como un homenaje al patriotismo e integridad sin tacha, a la noble pobreza de un Presidente de la República de Chile.

ESCOCIA, PARIS, ITALIA

Se llegaba, al fin, al tiempo de las travesías en buques a vapor. De entre los transatlánticos que hacían viaje de Chile a Europa y viceversa, era uno de los de mejor forma, en aquellos días, el "Aconcagua".

En la tarde del 18 de Abril de 1883, la sociedad porteña se hallaba entera o en el muelle, o en los pasillos de ese barco. "Pocas veces, decía la Prensa, se ha visto un vapor más visitado que "El Aconcagua", en el día de ayer.

Y continuaba el mismo periódico:

"La señora Ross de Edwards parte hoy para Europa. —¿Por qué la prensa da esta noticia como un suceso digno de mención? Porque esta virtuosa señora es la Providencia de los pobres en Valparaíso... Y si algo consuela en esta ausencia de una persona tan útil a la humanidad, es la consideración de saber que su mismo viaje importará un beneficio para los pobres en cuyo obsequio está construyendo casas de asilo. Quiera pues, Dios conservar su preciosa existencia y que nos la devuelva al seno de la Patria y de sus pobres más llena de vida y de amor al prójimo". (1).

El diario "La Patria":

"Las casas de asilo en las que los pobres buscan

(1) "El Mercurio".

lecho y salud para sus fatigados miembros; los templos, en los que los creyentes católicos elevan sus plegarias y sus oraciones; las obras de pública utilidad y embellecimiento, todas y cada una de estas casas, todas y cada una de estas obras de beneficencia han tenido en la Señora Ross un contingente obligado y, lo que es más hermoso, su modestia se ha sentido lastimada cada vez que la gratitud de los favorecidos ha hecho llegar hasta sus oídos las alborozadas manifestaciones de reconocimiento”.

“Ahora que ella se aleja, ahora que no nos escucha, podemos enumerar a la ligera lo que queda dicho, que así como la media humanidad se queja del egoísmo de la otra mitad, es tarea grata y hermosa celebrar a los buenos y encomiar los méritos de las almas que, por orgullo de nuestra especie, aparecen de tarde en tarde entre los que peleamos las rudas batallas de la vida y del trabajo”.

“Deseámosle toda clase de venturas y de felicidades, que harto lo merece, y se las desean todas las clases sociales de Valparaíso, que como a ángel de progreso y de caridad se ha acostumbrado a considerarla”.

Era pues el 18 de Abril de 1883; caído el sol en el mar levantóse un sur helado y la tristeza de la tarde se hizo inmensa, desde la playa hasta la línea nítida que separa, allá, el ocaso de la soledad melancólica del Océano Pacífico. Los parientes y los amigos en el muelle agitaban los pañuelos una última vez. “El Aconcagua” había levantado sus anclas; salía lentamente surcando la bahía, para volverse pequeño, pequeño entre las grandezas, casi infinitas del Océano y de los cielos.

Nuestra querida viajera, en el íntimo grupo de su acompañantes, sus dos hermanas, doña Carmen y doña Ana Ross, y su sobrino, don Benito Smith Edwards, se instaló a bordo, adoptándose a la nueva manera de vivir que debía durar varias semanas largas.

Después de surcar un agitado mar, entraba el barco entre peligros de arrecifes y lúgubres nubarrones, a las tranquilas aguas del Estrecho de Magallanes.

Y amanecía, luego en el Océano Atlántico, convertido, de habitación precaria, expuesta a los peligros del mar, en residencia amena, pues derretidas las primeras frialdades de trato y de reserva entre los pasajeros, reinaba una armonía que hacía llevadera y hasta agradable la travesía.

Doña Juana no perdía su tiempo “Adónde está tu tesoro, está tu corazón”, dice el refrán; el de ella estaba en sus obras de Chile; así pues, en las largas charlas que ocupaban parte del día, en esas conversaciones sobre el puente o en el salón, mientras se oía tocar el piano o cantar los clásicos coros marinos de los viajeros ingleses, conocidos de los porteños, y en especial de las familias Ross y Edwards, ella estaba alerta para coger sobre los labios de algún compañero de viaje cualquiera información que pudiera servirle para el adelanto de sus obras.

En vísperas de tocar el barco el puerto de Río de Janeiro, escribía doña Juana a su hermano, don Agustín Ross:

“Nuestro viaje, como habrás sabido por las cartas que he escrito a mamá, ha sido hasta ahora muy feliz y espero en Dios lo será hasta el fin. Mañana debemos llegar a Río donde dejaremos ésta”.

“Mi principal objeto al escribirte es decirte que

don Rafael Zerrano, de Concepción, te mandará unas muestras de baldosas para pisos, hechas en Marsella. Me dice el joven Aninat (1) qué viene a bordo, que son muy durables y salen más baratas que las que hacen en Lota, las que son muy inferiores en apariencia y duración.

“Aninat escribe a Zerrano que te mande la muestra y también la factura de una partida que él recibió, para que puedas saber su costo, y si te parece bien, me dices, si crees conveniente que pida algunas, y, más o menos, —¿qué cantidad? Creo que convendrían para el Asilo del Salvador, el Hospital de San Agustín y tal vez para la Iglesia de Llay-Llay”.

Nuestros viajeros desembarcaron en el puerto de Burdeos, donde la esperaban su hijo, don Arturo y su primo, don Joaquín Edwards Garriga.

En París, encontrose doña Juana con sus buenos amigos, don Pedro Montt (2) y doña Sara del Campo de Montt, su esposa, quienes se añadieron a su comitiva. Atravesaron juntos el Canal de la Mancha, y, después de una corta estadía en Londres, se dirigieron a Escocia, patria de los antiguos Ross.

Entre las cartas que, desde la tierra de sus padres dirigió a Chile doña Juana, no tenemos sino estas líneas:

“Llegamos a Glasgow ayer tarde, después de atravesar los lindos campos y de haber visto los lagos de Escocia que tú conoces. Los primos Gillespie fueron a dejarnos a la Estación y todos te mandan muy cariñosos recuerdos. La prima Jessie nos dió unas cositas para tus niños y al despedirse, me en-

(1) Don Jorge Aninat.

(2) Más tarde Presidente de la República.

cargó decirte que no dejes de mandarle retratos de todos. Nunca me olvidaré del cariño de toda esta familia para nosotros”.

“Para Susana traje de Edimburgo un chalón y para Elenita y Ema, pañuelos escoceses, como también un vestido para Luisito”.

“He visitado en Edimburgo el más grande de los hospitales que he visto hasta ahora. Es inmenso, con sitio para tres mil enfermos; pero no me gustó mucho, pues no encontré bastante orden en las salas de los enfermos, lo que, por otra parte, será difícil conseguir, teniendo que atender a esa cantidad de personas”.

Por desgracia la dureza del clima escocés no trató bien al bisnieto de Munro Ross, don Arturo, quien, en esos días, cayó enfermo de cuidado.

Trasladado — y con él todo el grupo — a Vichy, la salud del joven volvió a su estado normal.

Desde esa ciudad de Francia, escribe doña Juana a su hermano:

“Me alegro que hayas conseguido el terreno de doña Carmen Cortés para el hospital (de San Agustín- y si pudieras tomar también el otro pedazo de la esquina (1) sería mucho mejor, pues con eso quedaría completo.

“En cuanto al piso para la Capilla del Asilo, te dejo en esto, como en todo, en entera libertad para proceder como mejor te parezca”.

Continuamos citando cartas, dejando que el lector juzgue por sí mismo este caso poco común de una mujer enormemente rica, hermosa y sana en la plenitud de la vida, que viaja por los grandes centros

(1) Esquina de la actual Avenida Pedro Monnt con Delicias.

de atracción mundial, preocupada únicamente de sus lejanas obras sociales, sin olvidar sus más mínimos detalles no haciendo otra cosa sino buscar para ellas, como la diligente abeja entre las flores sin cansarse jamás, elementos de perfeccionamiento.

“París, 8 de Junio de 1883.

“Espero que mis obras no te estén dando demasiado trabajo y que me digas todo lo que ocurre y que sí, por algún motivo consideras necesaria mi presencia allá, me lo digas al momento”.

“A don Mariano (1) dile que me mande la medida y forma de los vidrios para los ventanales de la capilla del hospital; y también será bueno que me mandes la de los del Asilo”.

“Recibí el plano y presupuesto de la lavandería para el hospital; me parece bien y deseo se haga en conformidad con ellos”.

“Una de las cosas que envidio aquí es la piedra de construcción, mucho me gustaría tenerla en mi tierra”.

“París, 20 de Diciembre de 1883.

“Ya están terminados los altares, los confesionarios y los púlpitos para la iglesia de Llay-Llay y el altar para la capilla del Hospital San Agustín, y creo que, en pocos días más, saldrán en un buque de vela, junto con el órgano para la Iglesia del Espíritu Santo de Valparaíso”.

“Para la capilla del Asilo he mandado hacer altar, púlpito y dos confesionarios, pero no estarán prontos hasta dentro de dos meses, poco más o me-

(1) Monseñor Mariano Casanova, Gobernador Eclesiástico de Valparaíso después Arzobispo de Santiago.

nos ,pues, por causas que no es del caso explicar, se ha perdido mucho tiempo”.

“En Viena encontré unos mapas de Europa sumamente grandes y bonitos para los niños. Traje varios”.

París, 31 de Diciembre de 1883.

“Tu carta del 13 de Noviembre la recibí ayer, y como me quedan tan pocos días de estar aquí me fui inmediatamente a buscar noticias de la fábrica de vidrios, la que felizmente encontré al momento y he dado orden de hacerlos y me parece serán muy bonitos”.

“Si no han hecho todavía los marcos de madera de las ventanas será bueno esperar hasta que lleguen los vidrios, porque el fabricante me pidió permiso para cambiar la parte redonda, es decir la de que te mandé el dibujo, porque dijo que así quedarían feas, lo demás será igual al dibujo”.

Respecto del edificio mismo del Asilo, me parece muy bien tu idea de poner cañería, de modo que pueda servir en caso de incendio, como también la de colocar fierro en toda la parte del edificio expuesta a sufrir por efecto de las lluvias... etc.”

“Me parece bien que sean pintadas todas las piezas, los corredores y pasadizos quedarán bien con una mezcla que he visto usar y que queda muy parecidas a las pinturas, me parece que es tiza con cola, o algo así”.

“Si después de concluído el edificio del Asilo se ve que Sullivan (el contratista) se ha perjudicado, estoy dispuesta a pagarle una buena gratificación, pues no sería justo que no ganara nada, sobre todo si se porta bien hasta el fin”.

Mucho me ha fastidiado el que la Capilla del

Hospital haya quedado inconclusa, pues creo que con lo que se ha gastado en ella debía haberse concluido; pero esto no me ha extrañado mucho porque el arquitecto no me inspiraba confianza. Ojalá me dijeras lo que falta y cuanto más hay que gastar, porque si no lo hago, nunca se acabará y es lástima que quede así”.

Roma, 26 de Enero de 1884.

“Hace algunos días envié varias cosas para la iglesia de Llay-Llay; son las siguientes:

Un altar grande

Un púlpito

Dos altares chicos

Una Fuente Bautismal

Dos Confesionarios.

“Los santos para los altares no alcanzaron a ir junto con estos, pero ya están embarcados en otro buque llamado “Francé” que debe salir muy pronto; en el mismo van para la Capilla del Asilo del Salvador:

Un altar

Un púlpito

Dos confesionarios.

“El altar de mármol es para el Hospital San Agustín; uno de madera para el Hospital de Viña del Mar. Para estos puedes avisar a los administradores, para que ellos hagan las diligencias para el desembarque y a don Salvador para su órgano”. (1).

“Te voy a incluir una orden para que el Banco aumente en \$ 10.000.— la que dejé para la obra de Llay-Llay. En París están haciendo para esa ig-

(1) Don Salvador Donoso, Cura Párroco del Espíritu Santo, después Gobernador Eclesiástico de Valparaíso.

lesia los altares, púlpitos y otras cosas indispensables, las que salen mil veces mejores y más baratas que allá”.

“La Escuela Pública de Llay-Llay pienso entregarla sin útiles de ninguna especie, pues no quiero hacer regalos a este Gobierno que se ha portado muy mal”. (2).

“Para el Asilo del Salvador también mandaré desde aquí el Altar, y si crees que hay algo más que convenga llevar, será bueno me lo digas. Sobre los lavatorios de las niñas (del Asilo) mi deseo es que sean poco más o menos como los que instalé en la parte nueva del Hospital San Agustín. etc.”

“En fin, tú sabes que en todo quiero lo más práctico y lo menos expuesto a descomposturas”.

Los turistas buscan en sus viajes distracción, descanso, olvido de los tiempos normales, con sus tareas, rutinas y preocupaciones. Almacenan, sin duda. impresiones que podrán servirles para elevar su vida a un plan de cultura sobre una medida común. Muchos de nuestros compatriotas han demostrado su amor al arte en las obras literarias que sus viajes les han inspirado; otros en los valiosos objetos de arte que han adquirido, con los cuales han enriquecido nuestro ambiente.

Pero el alma constructiva de doña Juana pagó de otra manera sus impuestos de viaje a su querida Patria.

No habla en sus cartas de obras de valor y de arte adquiridas para su propia habitación.

Una frase la simboliza entera. Es la que escribe desde París:

(2) Se refiere al Gobierno del Presidente Santa María, que persiguió a la Iglesia.

Una de las cosas que envidio aquí *es la piedra de construcción*, me gustaría tenerla en mi tierra”.

¿Para qué la hubiera querido tener en su tierra?

Para hacer de ella dignas habitaciones al Dios de los Altares, y a los pobres de su pueblo firmes asilos contra la desventura.

¡Qué grande!

No creamos, sin embargo, que solo la interesaron los materiales ciegos. No, el orden establecido en su mente privilegiada, daba el primer puesto a los elementos vivos, materiales de construcción espiritual, instrumentos apropiados como ninguno para el fin que ella se proponía en todo: el bien completo, es decir el cultivo espiritual, junto con el bienestar corporal para el pueblo.

Acompañemos a doña Juana en una de sus salidas en ese enorme París, rico en todos sus aspectos y para todos los gustos deleitoso.

En ese día — como en otras muchas ocasiones — recorría ella alguna de esas avenidas en compañía de sus nobles amigos, don Pedro Montt y doña Sara del Campo de Montt.

Doña Juana y don Pedro eran almas afines. El futuro Presidente, guardando su talento en un marco de extraordinaria modestia, se dedicaba en su Patria al bienestar de los enfermos, especialmente de los alineados de la Casa de Orates de Santiago, cuya administración desempeñó hasta el día de subir al poder, con una abnegación conmovedora.

Conversaban, aquel día, alegremente. Lucía París su primavera, amable y seductora cual ninguna.

Las capotas del *Landau* del todo abiertas, dejaban ver a lo lejos las magníficas perspectivas.

De pronto el ojo de doña Juana coge una escena, un detalle insignificante en medio de aquel mundo esplendoroso de actividad y de vida.

Allí, enfrente, una monja, de rodillas, lava con afán la escalera de mármol de un gran edificio.

Doña Juana llama la atención de sus compañeros. El hecho — para otra clase de personas sin interés alguno — es para nuestros amigos revelación de grandezas que son ellos dignos de intuir, adivinar y descubrir.

Hacen para el coche.

Se bajan.

La monja, sorprendida, se yergue y muestra al erguirse una fina, noble y hermosa figura, engarzada en un tosco hábito religioso.

Es una de nuestras muchas casas. Nos llamamos "Hermanitas de los Pobres". Cuidamos a los ancianos.

Estaban las tres personas chilenas en el vestíbulo de la casa, y, a los pocos minutos, atendidos por la Superiora, emprendían la visita del establecimiento.

Doña Juana avanzaba de sala en sala siempre más emocionada.

Eran salas limpias hasta brillar; se respiraba en ellas paz y bondad, silencio y alegría, orden, cariño y religión. Eran los ancianitos como peces en esas mansas y luminosas aguas de Dios. Vueltos a la debilidad de los primeros años, madre tenían otra vez; y qué madre más buena y más tranquila para acabar la vida.

Llegaron a la Capilla. Se hizo la pausa de ri-

gor ante el Dueño de casa, es decir ante el tabernáculo.

Doña Juana — según lo contó ella misma más tarde, hizo allí de rodillas, en la intimidad de su pecho, la promesa solemne de hacer llegar ese milagro de caridad hasta las tierras de su lejana patria.

La visita se terminó en el locutorio.

Sentados en la clásica sala de recibo conventual escucharon doña Juana, don Pedro y su señora el siguiente relato:

Era el año 1839. Una obrera, llamada Juana Jugan vivía en un pueblo de Francia, en compañía de otra obrera, antigua empleada doméstica, con la cual compartía su humilde morada y su vida de mucha piedad. Principiaba un crudo invierno. Un día de esos, Juana encuentra en la calle a una anciana, abandonada en el más triste estado de hambre y de miseria, la trae a su casa, la que consiste en dos míseras habitaciones y un granero y le prodiga allí lo más solícitos cuidados. Para poderla sustentar, sale a pedir limosna a los alrededores.

Esa fué, señor y señoras, la semilla de lo que acabáis de admirar esta mañana.

Dos años después — continuó la religiosa, tres nuevas obreras habían venido a compartir la vida angelical de Juana, y, en una casa mejor, cuatro ancianas se añadían a la primera protegida.

Hoy día somos cerca de doce mil en el mundo las que seguimos el programa inaugurado por la humilde obrera francesa, y tenemos 307 casas para ancianos en distintas partes del mundo.

Consagramos nuestra vida al ejercicio de la hospitalidad con los ancianos pobres de ambos sexos, vistiéndolos, alimentándolos, cuidándolos de día y de

noche, rehaciéndolos moralmente, siempre que sea necesario y asegurándoles una felicidad eterna.

Una de las características de nuestra Congregación es el espíritu de familia. Los ancianos no son en nuestras casas simplemente huéspedes o asilados. Son, en realidad, miembros adoptivos de una familia solícita y amante, y como tales son tratados. Terminan sus días en nuestros brazos, como San José en las de María Santísima.

La mantención de los pobres que el cielo nos confía la aseguramos sin rentas ni economía, por medio sólo de las limosnas que, a ejemplo de nuestra fundadora, recogemos nosotras mismas.

En el año 1861 — es decir poco más de veinte años después que Juana Jugan recogió a la primera anciana — se abrían varios asilos en Inglaterra, que acogió la obra con gran entusiasmo: Manchester, Leeds, Birmingham, Bristol, Plymouth, etc., etc.

La obra se desarrolló luego en Bélgica, Suiza y España. En 1880 llegaba a Roma, donde se fundaba nuestra casa número 186:

“Sed bienvenidas, vosotras que sois las bien amadas del Amigo de los pobres, nos dijo Su Santidad León XIII”.

Vinieron, en seguida las fundaciones de Portugal; y en estos días, se están terminando grandes construcciones en tierra africana: Argel, Bona, Orán, Tunez.

Doña Juana escuchaba y un dolor en el alma le hacía inclinar la cabeza.

Pensaba en Chile...

Abuelitos de los campos, curtido el rostro, tostado y reseado. Viejitos mudos, de bocas casi sin

labios por el exceso de privaciones y la ausencia del buen trato. En las puertas de los ranchos, con los perros y los pollos...

Ancianitos de los campos, ancianitos de los malos conventillos, viejecitos indefensos contra el tumulto, la gritería, la pecha de los que suben, con hervor de pasiones, la vida... mientras que ellos, ya descarnados a media, ya adheridos al barro en parte, no esperan sino caer, desde ese último peldaño, a la fosa.

Doña Juana, don Pedro, y doña Sara se despidieron de la madre Superiora.

Amigo lector, si viajando por el Viejo Mundo, algún día, se te ocurriera, al visitar la capital de Francia, entrar a la Casa Madre de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres, podrías pedir las crónicas de las Fundaciones. Leerías en ellas lo siguiente:

“La Providencia debía conducir también a las Hermanas de los Pobres a la América del Sur. Desembarcando en el Puerto Principal del Pacífico, Valparaíso, el 6 de Septiembre de 1885, fueron recibidas con tanta caridad como alegría. El día 14, con la entrada del primer anciano, comenzó la fundación. Algunos meses más tarde, el Asilo llegaba a cuarenta y cinco. Un vasto establecimiento no tardó en levantarse. Bendecido el 21 de Agosto de 1898, abrigó la obra hasta el 16 de Agosto de 1906, lúgubre fecha de la catástrofe que lo destruyó. La generosa donante de la Casa la hizo reedificar sobre un terreno del barrio de Viña del Mar, en donde existe. En 1894, las Hermanitas abrían el Asilo de Santiago de Chile, se vieron favorablemente acogidas por la población de esa capital”.

Más fácil te será seguramente lector, entrar un día de paso al Establecimiento que tienen las Hermanitas en Viña del Mar.

Racimos de simpáticos ancianos verás allí, vagando o descansando al abrigo de los corredores, atendidos, como los millonarios en sus hoteles, por el clima delicioso, el fuerte y dulce tónico del sol, el perfume de las flores, el alimento nutritivo, el ambiente limpio con exageración, el trato cordial, alegre, maternal.

Y en el salón principal de la casa verás el porte de una señora, inmóvil en su forma fría de mármol, la que dice:

“Con vosotros estoy, con vosotros siempre, queridos ancianitos de mi tierra, desde el día en que, por vez primera, una mañana, en París, advertí vuestro abandono inaudito”.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LEÓN XIII

Cinco años hacía que sobre el cielo de la Iglesia lucía la brillantísima luz que se llamaba León XIII.

Su antecesor, Pío IX, mostró al mundo la figura del mansísimo Jesús maltratado por los impíos. León XIII, uno de los eminentísimos hombres de estado que ha tenido la Iglesia, fué llamado a imponer a la faz del mundo el resplandor de la Esposa de Jesucristo, de ese Cristo cruelmente crucificado, pero, tres días después, gloriosamente resucitado. Su genio singular, la nobleza de su carácter, la firmeza, la admirable prudencia y la habilidad de su gobierno levantaron muy en alto el prestigio de la Iglesia, calumniada y perseguida con tan diabólica perfidia en el siglo de las mentirosas filosofías que pretendían ofrecer a los hombres felicidad y libertad sin Dios.

Más que todo sus Encíclicas magistrales, las que abordan los grandes, los pavorosos problemas de la época moderna, hacen que su nombre augusto se confunda con el lema de su escudo y de la profecía:

“Lumen in caelo” Luz en el cielo” (1).

Cuando llegó doña Juana a Roma, ya había León XIII lanzado sobre el mundo, gravemente en-

(1) El escudo Pontificio de S. S. León XIII representa una brillante estrella sobre un fondo de cielo. Y la Profecía de San Malaquías lo anunciaba desde hacía varios siglos, designándolo con el lema: “Lumen in Caelo”.

fermo “gracias a la furiosa guerra declarada a la fe católica... gracias a aquellos que, dándose el nombre retumbante de filósofos, atribuyeron al hombre una desenfrenada libertad,... sancionando el derecho nuevo, como se le llamó, derecho en oposición a la ley natural y a la ley divina” (1) sus notables encíclicas:

“*Quod apostolici muneris*, que trata de la igualdad de los hombres entre sí y de la teoría falsa y peligrosa del socialismo.

Aeterni Patris, sobre la enseñanza de la filosofía de Santo Tomás.

Arcanum, sobre el matrimonio cristiano.

Diuturnum, sobre el poder político.

Humanum genus, contra las Sociedades secretas.

Un año después en 1885 iba aparecer la magnífica encíclica “*Inmortale Dei*”, sobre la constitución cristiana de los Estados.

Y nueve años más tarde, la *Rerum Novarum*, sobre la condición de los obreros, la que vendría a revolucionar el campo intelectual de la sociedad, infectada de egoístas y fatales ideas liberales, y a abrir oficialmente la era de los inmensos panoramas de la Justicia Social.

No era, para la Iglesia Católica ninguna cosa nueva esta predicación de la justicia.

Desde las voces del Bautista en el desierto — por no remontarnos a Isaías y a los demás Profetas del antiguo testamento, reivindicadores violentos y vibrantes — hasta León — hasta Pío XII más bien dicho — todos los grandes santos, todos los grandes Pontífices, dignos representantes de Jesucristo, han

(1) Encíclica “*Quod apostolici Muneris*”.

exhortado increpado y amenazado a los ricos que hacen mal uso de sus riquezas. Si no lo hubieran hecho —¿habrían sido verdaderos continuadores de Aquel que vino a poner *Orden Nuevo*, llamando a los pobres y a los que lloran “Bienaventurados”, y lanzando a los dichosos del siglo, el terrible desafío: “¡Ay de vosotros los ricos!” (1).

La novedad de esta encíclica consiste en que ella fué dirigida a todos en general: “a los que gobiernan los estados, a los ricos, a los amos, y a los proletarios, es decir a todas las clases sociales, dirigentes, oficiales, capitalistas y obreras, para que todas y cada una, conociendo claramente sus derechos y deberes, emanados de lo alto, usaran de unos y cumplieran los otros, de manera que hubiera entre los hombres armonía y paz.

Otra particularidad ha hecho célebre esta Encíclica, hasta el punto de haberse instituído una fiesta para sus aniversarios y grandes celebraciones en el primer centenario de su promulgación. Es el espíritu verdaderamente profético encerrado en ella.

León XIII, con sus ojos de lince, presagiaba la evolución social que, como una avalancha, vendría a amenazar el mundo con ruina catastrófica, extirpación de la cultura y vuelta a la barbarie.

Detenerla parecía cosa imposible. Cómo pretender que hombres conscientes de formar en el mundo una mayoría, conscientes de ser una tremenda fuerza, que ven que un grupo que es minoría goza de todos los privilegios de la vida, mientras que ellos trabajan duramente para apenas vivir y para mantener, con su trabajo, a aquella elite en sus puestos privilegiados, como pretender que, al abrir los ojos sobre esas realidades se conformen con aquel orden de cosas, más si se les ha quitado toda idea sobre-

natural, toda creencia en un amor divino que en sus trabajos los acompañe, toda esperanza en el premio en la dicha inenarrable de una futura vida?

No consiste el remedio en tratar de aplastar y aniquilar esa corriente ascendente de las masas obreras, sino que está en prevenir y evitar que los malos fermentos produzcan el fatal estallido de las pasiones de revancha, envidia y odio que vuelven a los hombres peores que las fieras.

Sobre esos malos instintos hay que lanzar, pues la voz del Evangelio.

Voz del Evangelio que es para el pueblo, que es para el proletariado.

Tres años habló Jesús en público y, si reconstituimos las escenas de esos años venturosos en Galilea, nos encontramos casi siempre en ambientes populares; son turbas hambrientas de pan, las que a orillas de los lagos penden de los labios del Maestro Divino. Si, en cambio, es en los atrios de los sabios doctores de la Ley y ricos fariseos que se escuchan los acentos de Dios-Hombre. ¡Ay! no suelen ser tan consoladoras las parábolas allí, como las que en las faldas del monte mecen trigales humanos, cuajados de humildes almas plebeyas y sencillas.

Por desgracia una parte del mundo que se decía católico parecía haberse cegado, olvidando el lugar privilegiado del obrero en la Familia de Cristo.

Había pues que recoger de nuevos los divinos ecos de Judea y Galilea y esparcir de nuevo las parábolas del amor sobre aquellos para quienes fueron destinadas.

Pero no bastará, para prevenir, la catástrofe, predicar la verdad, necesario será ponerla en práctica, porque el que predica una teoría y no la prác-

tica pierde su tiempo, y tendrá que desengañarse tarde o temprano.

León XIII principia por aconsejar a los ricos sus deberes, haciéndoles distinguir la justa posesión del dinero del uso justo del mismo.

“Si se pregunta qué uso debe hacer el rico de sus bienes, la Iglesia, sin titubear responde: No debe tener el hombre las cosas externas como propias, sino como comunes, es decir de tal suerte que fácilmente las comunique a otros, cuando estos las necesitan. Por lo cual dice el Apóstol: mando a los ricos de este siglo que den, que repartan francamente”.

“En suma, los que mayor abundancia de bienes han recibido de Dios, ya sean estos bienes corporales y exteriores, o espirituales e internos, para esto lo han recibido, para que con ellos atiendan, como Ministros de la divina Providencia, al provecho de los demás. “Así pues, el que tuviera talento, cuide de no callar, el que tuviese abundancia de bienes, vele porque no se entorpezca en él la largueza de la misericordia; el que supiera un oficio con qué manejarse ponga grande empeño en hacer al prójimo participante de su utilidad y provecho”. (San Gregorio Magno).

Pone luego como ejemplo a los primeros cristianos que muchas veces se depojaban de sus bienes para socorrer a los pobres y así no había necesitados entre ellos:

“Los dineros que los cristianos, cuántas veces se reunían, daban voluntariamente, los llama Tertuliano *depósitos de la piedad*, porque se empleaban en alimentar en vida y enterrar en la muerte a los necesitados, a los niños y niñas pobres y huérfanos, a los ancianos que tenían en sus casas y también a los náufragos”.

A los pobres les enseña la Encíclica a mirar a Nuestro Señor, que, siendo Dios, siendo en infinito rico, se hizo pobre y quiso ser tenido por el hijo de un pobre artesano.

“Cuando se conoce esta verdad, se reprime fácilmente la vanidad de los ricos y se levanta el abatimiento de los pobres y se doblegan los unos a ser benignos y los otros a ser humildes. Y de esta suerte, la distancia que entre unos y otros quisiera poner la soberbia se acorta y no habrá dificultad en conseguir que se unan con estrecho vínculo de amistad, la una y la otra clase”.

“Porque no crió Dios al hombre para estas cosas quebradizas y caducas, sino para las celestiales y eternas; ni nos dió la tierra para habitación perpetua sino por lugar de destierro. Abundar o carecer de riquezas y de las otras cosas, que se llaman bienes, nada importa para la vida eterna, lo que importa más que todo es el uso que de los bienes hagamos”.

Enfrenta luego León XIII el grave mal, peculiar a nuestra era, de nuevo y refinado paganismo.

“Hay en la cuestión que tratamos un mal capital y es figurarse y pensar que son unas clases de la sociedad, por su naturaleza, enemigas de otras, como si a los ricos y a los proletarios los hubiera hecho la naturaleza para estar peleando los unos contra los otros, en perpetua guerra, — lo cual es tan opuesto a la razón y a la verdad que, por el contrario, es ciertísimo que, así como en el cuerpo se únen miembros entre sí diversos y de su unión resulta esa disposición de todo el ser que bien podríamos llamar simetría, así en la sociedad civil ha ordenado la naturaleza que aquellas dos clases se unan concordes entre sí, y se adapten la una a la

otra, de manera que se equilibren... la concordia engendra en las cosas hermosura y orden: y al contrario, de una perpetua lucha no puede menos de resultar la confusión junto con una salvaje ferocidad”.

Broche de oro de la magistral Encíclica es el llamado urgente a la verdadera y viva caridad cristiana.

“Aplicuese cada uno a la parte que le toca y prontísimamente; no sea que, con el retraso de la medicina, se haga incurable el mal ya tan grave”.

“No cesen los Obispos de inculcar a los hombres, de todas las clases las enseñanzas de la vida, tomadas del Evangelio. Con cuantos medios puedan, trabajen en bien del pueblo y especialísimamente procuren conservar en sí y excitar en otros — tanto de las clases altas como de las más bajas, *la Caridad*, reina de todas las virtudes. Porque la salvación, que se desea, se ha de esperar de *una grande efusión de caridad cristiana*, dispuesta siempre a sacrificarse a sí propia para el bien de los demás”.

Este era el Papa que doña Juana debía conocer en Roma.

En ese día 9 de Marzo de 1884, en que fué llamada a su audiencia, la señora chilena no parecía sino una peregrina más en la nunca acabada procesión de fieles católicos, que, subiendo la larguísima escala de mármol van, anhelantes, a postrarse a los pies del representante de Nuestro Señor Jesucristo.

Veían empero los ángeles de la Guarda del Vaticano algo de señalado y de profundo significado.

Era un mundo de caridad el que subía con el alma de la señora, para avivarse más aún al contacto

con aquel Sol luminoso León XIII, puesto por la Divina Providencia en la cumbre para encender el invierno de los espíritus.

Doña Juana era ese día una emisaria de nuestra tierra, de la cual podíamos estar orgullosos; era una precursora y una "*pioneer*" de las doctrinas de aquel gran Papa, a cuyos pies llevaba el "*depósito de la piedad*" del cual habló Tertuliano. Pues que la Iglesia es exactamente la misma a través de los siglos. León XIII era San Pedro y doña Juana el alma católica, seguidora del Evangelio de Jesús, la hija legítima de la Iglesia, idéntica en su conducta, sus sentimientos para con el prójimo, su amor y veneración a Pedro, a los que hacían exclamar a los judíos y paganos en los primeros años del cristianismo. —"Mirad, mirad, ¡cómo se aman entre sí!" (1).

Acompañaban a doña Juana en su audiencia, además, de su hijo, don Arturo y sus hermanas y sobrino, los distinguidos jóvenes chilenos, don Rafael Errázuriz y don Raymundo Larraín Covarrubias.

Habiendo sido instruido el Santo Padre, por sus prelados sobre las grandes obras de caridad llevadas a cabo por la señora chilena, se interesó vivamente por ellas, y distinguió a nuestra peregrina de una manera extraordinaria.

El "*Osserwatore Romano*", en su número del 11 de Marzo de 1884, se refiere a esa audiencia diciéndolo:

"Su Santidad recibió en audiencia a la señora Edwards de Ross, de Chile, quien ha empleado su

(1) Hechos de los Apóstoles.

considerable fortuna en beneficio de los pobres y de los enfermos y en honor del culto divino”.

“Su Santidad conversó con la señora durante una hora entera, dirigiendo, a ella y a sus acompañantes, palabras llenas de sabiduría y de paternal afecto, y entregando a la señora Edwards un bellissimo obsequio como una demostración de su reconocimiento”.

El obsequio fué un valioso y precioso camafeo que está hoy en poder de su nieta, Adela Edwards de Salas.

Terminada la audiencia, atravesó de nuevo nuestro grupo las majestuosas salas de espléndidas perspectivas, entre filas de personajes de pecho cuajado de medallas, prelados, miembros de la aristocracia romana, guardias en pintorescos atavíos medievales y peregrinos de todas partes del mundo; venían ahora los chilenos reflejando en sus semblantes la hartura de una honda alegría espiritual.

Pues, que ver al Papa es como una Comunión. El Papa, en la blancura de su vestido nos representa a Jesucristo que, en la Hostia, es también albísimo, blanco sin una sombra.

Es conocido en el Vaticano el fenómeno: se reconocen, sin lugar a equivocación, por la felicidad impresa en sus caras, los peregrinos que vuelven de ver al Papa; los que todavía esperan su turno, anhelantes, nerviosos, los miran con envidia.

Si ver al Papa es como una Comunión, escuchar al Papa es escuchar a Jesucristo. “La voz de la Iglesia no puede ser un libro, dice un autor, ni aún un

(1) Esta joya representa a San José y, atrás guarda, en forma de relicario, una gruta de Lourdes en Miniatura.

libro inspirado. La voz sensible de la Iglesia es el Papa”.

Volvía a su lejana Patria, doña Juana, con el gran aliento sobre su ruta de la bendición del Cristo visible en la tierra. Iba de nuevo a sus surcos, de nuevo a poner la mano al arado.

VUELTA A LAS TRINCHERAS DEL DOLOR

Entrando por los anchos cristales iluminaba el sol un rostro de mujer. Era un rostro surcado, no por las arrugas de la edad sino por sombras de una angustia dolorosa, el que a esa hora se inclinaba sobre una gran pieza de franela.

Percibíase a lo lejos el rumor de una ciudad, y, más a lo lejos todavía, los marítimos vaivenes en torno a los muelles. Se divisaba enfrente un desorden bajo de tejados rojos, resplandores de acero sobre pizarras grises, chimeneas y sus humos, manchas pardas y blancas sobre un cielo de verano.

En un rincón de la pieza asoleada había un niño silencioso, y en ese niño un alma que captaba la escena para guardársela, como guardan los niños en su cámara secreta, ciertos determinados instantes, con pertinacia y precisión (1).

Otra señora ordenaba unas piezas de género en un armario.

Sonó la campanilla de la puerta.

—Carmelita —hablaba la mujer de rostro angustiado — por favor vé quien viene. Si es Cucho que entre inmediatamente.

Era, en efecto, don Agustín Ross quien entraba.

—¿Te has tranquilizado, querida hermana?

(1) Este niño era el sobrino de doña Juana, don Luis Ross, a quien debemos la esencia de este relato.

—Me ha sido imposible pegar los ojos en la noche entera. ¿Cómo estarán mis enfermos? ¿Diste mis órdenes?

—Aquí te traigo la copia de los telegramas que acabo de despachar.

Lee:

“Administración de la Hacienda Quilpué, San Felipe.

“Acumulo elementos para organizar lazareto cien camas. Pedido máquina para trasladarlas hoy mismo. Apronte tres carretas para recibirlas en estación y podrá instalar camas inmediatamente. De orden al telégrafo para que me den aquí copia de todos los partes que Ud. dirija a su padre (1) mientras dure la actual emergencia, porque así podré servirlos con mayor prontitud:

Agustín Ross.

—Este es el otro telegrama:

“Va por tren expreso un carro especial con lo siguiente: cincuenta forros de colchón, cincuenta forros de almohada, ciento cincuenta sábanas, ciento nueve fundas, doscientas frazadas, cincuenta colchones, cien tiestos de fierro y porcelana, cien tiestos de loza. Mañana por expreso va doctor Siderey Bowe, contratado para la hacienda. Está preparando las medicinas más necesarias para llevarlas” (2).

—Espero que esta noche podrás dormir mejor.

—Gracias Cucho por la forma con que has interpretado mi deseo. En cuanto a dormir, ya me co-

(1) Don Carlos Hopfenblatt, administrador general de los fondos de la señora.

(2) Telegramas como estos se conservan innumerables en los archivos de familia.

noces. Mientras los pobres sufren yo no puedo dormir. Soy hecha así ¿qué le vamos a hacer?

Conversaron todavía. Caía la tarde. Llamaron a comer.

Se despidió el hermano de la hermana.

Los ojos del niño silencioso — ojos de niño, ojos que lo ven todo, vieron como su tía que se creía sola y no espiada, iba a la pieza contigua, que era su dormitorio, y caía de rodillas a los pies de un Cristo de marfil, recuerdo de su visita a Roma y al gran Papa León XIII: vió como sus labios se movían y como a ellos bajaban unas tras otras las lágrimas.

El niño se agazapaba en la penumbra. La inmensa inquietud de la señora, cargando de emoción el ambiente, grababa una página indeleble en la sensibilidad de esa flor tierna, abierta en acecho allí.

Era como si un duelo de muchas muertes amenazara la noble mansión.

¿Qué había sucedido?

En ese mes de Diciembre del año 1886, aparecía en Chile el terrible cólera asiático y precisamente en una hacienda de doña Juana, en el villorio llamado Santa María, en la Providencia de los Andes.

Esparcido el pánico por la prensa en Santiago y Valparaíso, los habitantes de estas ciudades, si bien principiaron a tomar las medidas indicadas para preservarse del terrible contagio, continuaron su vida de trabajo y de placeres.

Una persona empero se sintió herida en las entrañas, como si el flagelo la tocara en carne propia.

Cincuenta inquilinos de la hacienda de Quilpué

de San Felipe caían atacados por el mal, fulminante como un rayo.

La patrona de esos inquilinos era doña Juana. Por esos cincuenta enfermos suyos, ella poco menos que agonizaba.

Se organizó el lazareto. “Los deseos de la señora, escribe el administrador, se cumplen sin omitir sacrificios; todos los inquilinos tienen buenos alimentos, médico, medicina y ropa. Los que, por desgracia perezcan, será porque humanamente no ha sido posible salvarlos. Para tranquilizar a la señora, puede Ud. decirle que se hace todo lo que se puede, los muertos, hasta ahora, son 46, pero se nota que el terrible flajelo comienza a disminuir. Sírvasse también advertir a la señora para que esté tranquila, que los enfermos están muy bien atendidos por los doctores Carvallo y Muñoz, quienes los alientan y aconsejan.

“El estado sanitario del fundo, con los auxilios y medidas tomadas, mejora diariamente, a pesar de que en el fundo vecino la epidemia está haciendo estragos”.

Habiendo aparecido el cólera en el otro fundo de la señora “San Juan de Viluco”; se tomaron allí las mismas medidas, precautorias y profilácticas, que en San Felipe. Se repartieron en esa hacienda ochocientas raciones de carne diarias, durante cuatro meses, pues la experiencia enseñó que un organismo bien alimentado se defendía bien contra la germinación del morbo cruel.

Era una guerra sin cuartel.

—Mamá... decían a la señora sus hijos...

—Hermana... decía el hermano.

—Hija... suplicaba la madre anciana.

—Señora... escribían los administradores.

—No se desvele así; no sea exagerada. Cuide su propia salud, que es más preciosa que otras muchas vidas juntas.

La señora oía, pero no desplegaba sus labios que iban ya tomando ese modo de cerrarse hermético de los que saben lo que quieren y adoptando ese pliegue, caído en las comisuras, huella de los grandes sufrimientos.

Tales expresiones resbalaban sobre ella, sin producir ningún efecto.

Adentro reinaba en manera absoluta una norma, una verdad.

“Mi vida no me pertenece; ella es de mi Creador, de mi Padre que dijo:

“Amaos los unos a los otros como yo os he amado”.

—¿“Qué debo hacer para tener la Vida eterna?”

—“Amar a Dios sobre todas las cosas... y a mi prójimo como a mí misma.

Y continuaba tranquila su misión de Buen Samaritano, escuchando, más bien que los consejos humanos de los suyos, la palabra de la Parábola divina:

“Haz eso y vivirás” (1).

Amainó el flagelo de la cólera. En el hogar de doña Juana, al extinguirse esa inquietud, nacía otra más punzante espina.

El joven Don Arturo, cuya salud vimos oscilar en los duros climas de Escocia, volvió a caer enfer-

mo. Al principiar el año 1889 se agravaba el mal de una manera alarmante (1).

Como última esperanza, aconsejaron los médicos un viaje a Bolivia, en la creencia de que el aire seco de las mesetas altas sabría cicatrizar los pulmones.

De la ansiedad de la madre nos llega un débil eco en sus cartas, escritas desde Santiago, donde ha ido a acompañar a su enfermo.

“Tiemblo sólo a la idea de que los médicos vuelvan a insistir en el viaje a Bolivia, pues estoy bien persuadida de que es demasiado tarde para esperar un buen resultado de él. Sólo por un milagro podría Arturo sanar, si Dios quisiera hacerlo. No hay objeto en mortificarlo más de lo necesario, lo que me parecería una verdadera crueldad”.

“No digas esto a Mamá, pues deseo evitarle que sufra más de lo que es inevitable”.

Esto lo escribió el 22 de Abril. El día 23 escribe de nuevo:

“Ayer, cuando acababa de mandar al correo mi carta para ti, sentí haberla escrito en uno de los muchos estados de desaliento que el estado de Arturo me ocasiona. Estaba él todavía en cama y toda la mañana lo había visto muy sin ánimo; pero luego después se levantó y pasó el día mejor que ha tenido desde que estoy aquí”.

“Los médicos acaban de decir que en pocos días más estaría en estado de volver a pensar en el viaje, de modo que será bueno averiguar más o menos el día del vapor”.

“El portador de ésta será Benjamín (2), quien te

(1) Se había casado con doña María Luisa Sutil.

(2) Benjamín Edwards, su sobrino.

dará todas las noticias que desees saber y te dirá como pasa esta noche.

Tu hermana Juana".

Se organizó la triste caravana. Doña Juana, empero, tenía razón. No era esta sino una caravana de la muerte.

Se embarcaron el 26 de Abril. La comitiva se componía de doña Juana, amor prudente y providente; de la joven esposa, conmovedora en su tierno apego al sostén frágil de su vida que tan pronto iba a perder; del sacerdote, don Salvador Donoso, el mismo que auxilió al padre de don Arturo en el supremo trance, e iba a cumplir con el hijo la misma sublime misión; del médico de cabecera, doctor Ventura Carvallo; y del enfermo, lánguido, pálido y hermoso como un héroe de la antigua Grecia, herido a muerte demasiado temprano en la campaña de la vida.

Irían todos observándolo a él; y él iría añorando sus empresas en los campos, sus amigos de la ciudad, su apego inteligente a la vida de su Chile, a los palpitos fecundos de su Patria, en la industria, en las letras, en el arte; y también iría recordando a muchos seres desgraciados, de los cuales, a los 29 años, era ya padre amante y un grande y generoso protector (1).

(1) "Propietario de los campos más hermosos, implantó en ellos los sistemas de cultivo que en Europa había conocido... El progreso del país fué en él un anhelo vivo y perseverante. La industria y la minería y las empresas más difíciles recibieron de su mano un impulso vigoroso y abierto. Su actividad y su generosidad, no tuvieron más límite que su modestia. Dada sin contar. Sus donaciones no pueden contarse ni podrá saberse el monto de las sumas que distribuía en silencio a los necesitados. Había en su

Llegaron a la ciudad de la Paz, después de un vía-crucis del enfermo, mitigado por las mil atenciones que le prodigaban los que venían hechos para cuidarlo, un solo ansioso corazón ; Con cuánto amor y desvelo ayudaban a ese ser de selección a subir a las mesetas bolivianas — para alcanzar la salud, creían ellos — a llegar a la cima del Calvario — era la verdad.

Cedemos la pluma al abnegado y elocuente testigo, don Salvador Donoso: (1) .

“En los grandes arranques de su caridad y cuando daba *como nadie ha dado en Chile* para la beneficencia y el culto, siempre brillaba en su alma, antes que todo, el sentimiento religioso”.

“Ese sentimiento se avivó de prodigiosa manera cuando pudo vislumbrar que estaba próximo su fin”.

El 19, quiso oír la santa Misa y se la dije en su casa habitación. Al día siguiente tuvo que quedarse en cama, habiendo declarado los médicos que su estado se complicaba con un ataque de pulmonía fulminante. Este fatal aviso se puso en conocimiento de la familia y el doctor Carvallo me notificó que era tiempo de que yo cumpliera mis deberes de capellán”.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

alma un lugar escogido para el arte. Protegió y estimuló a los artistas con una generosidad pocas veces alcanzada por los más grandes benefactores. Se le ha visto adquirir a cualquier precio las mejores obras nacionales y fundar un grueso premio anual que importa un subido capital. Era su corazón tan sensible a la desgracia o a la miseria, que su generosidad inagotable se ha hecho proverbial”.

Del Editorial en “La Libertad Electoral”, después de la muerte de don Arturo.

(1) Damos sólo un extracto del largo artículo insertado en la *Corona fúnebre*”.

“Arturo no comprendía la proximidad de su fin”.

“El Lunes en la tarde notó que el semblante de su madre era muy triste y le dijo:

—¿Qué significa esto, mamá? Acaso estoy yo muy mal para que así esté angustiada?

La señora se retiró llorando y no le contestó una sola palabra. Entonces le hablé de los Sacramentos, le recomendé a varios sacerdotes (para dejarle libertad de hacer una confesión general) y eligió al reverendo padre recoleto franciscano Rafael Riens, dignísimo religioso que hace bien en la Paz hace ya cincuenta años”.

“Eran las 4 p. m. del Lunes 20 y yo iba en busca del venerable religioso, volviendo con él una hora más tarde”.

Arturo estuvo cerca de una hora con el Padre y después de salir éste me dijo:

—Estoy plenamente satisfecho; el padre me ha dejado tranquilo y contento”.

“El Martes a las ocho de la mañana me acerqué a Arturo y le dije:

—Estoy dispuesto para celebrar la Santa Misa.

—Cuánto antes mejor, me contestó. Pero prepáreme Ud. para esta última comunión.

Abrí el *Manual del Cristiano* y juntos recitamos las sencillas y piadosas oraciones que este libro contiene.

“Arturo se sentía muy feliz”.

“Dije la misa y le administré el santo Viático. La alegría se dibujaba en su pálida frente y, terminada la misa, me manifestaba a cada momento su profundo regocijo”.

“El Miércoles en la mañana le dije que aún le

faltaba el Sacramento de la Extrema Unción”.

Se alarmó un tanto, al principio; pero después, aceptando mi oferta, me dijo:

—¿Y de dónde saca Ud. aceites para administrarme el Sacramento?

—Los tengo aquí — le contesté, señalándole las crismas; me las ha enviado tu amigo, el Señor Bosque.

“El Ilmo. Obispo de la Paz, don Juan de Dios Bosque, visitaba todos los días a Arturo y recitaba con él algunas oraciones”.

“Adminístrele el sacramento después de la Misa”.

“Ese día, como precursor de la muerte, se apoderó en él un ataque nervioso.

—Mucho sufro — me decía a cada instante; — me pasa algo muy raro y muy desagradable. Ya se ve, Dios permitirá sufra tanto aquí para disminuir mi Purgatorio en la otra vida. ¡qué se haga su santa voluntad...!

“A las ocho y media de la noche de ese mismo día, y después de muchos esfuerzos de los doctores Carmona, chileno y Núñez del Prado boliviano, que ocupaban el puesto del doctor Ventura Carvallo, postrado en cama desde la tarde, por un ataque fuerte de pleuresía, se vió que nada había ya que hacer”.

“En ese momento cesó de repente el violento ataque de nervios y quedó en un estado de suave postración. La asfixia se calmó; el enfermo pidió que lo sentaran; la señora Juana lo tomó, con un brazo suyo en torno al cuello, apoyando Arturo la cabeza en el pecho de su madre y tomando con sus manos las dos de su esposa, que estaba de pie frente a su lecho”.

“Yo traté de salir fuera de la pieza; pero llegaba a la puerta cuando me dijo Arturo:

—No se retire, me siento desfallecer; me muero. Pronto... recíteme las oraciones de la Iglesia.

“Me aproximé y le tomé el pulso; le toqué la frente y ví que el enfermo, con su razón lucida, como nunca, sabía más que yo. Entonces me arrodillé al pie de la cama y comencé a recitar con él, con pausa y claridad, las oraciones de los moribundos”.

“Tanto él como su madre, esposa y concurrentes respondían las Letanías, como si se reazara el rosario en familia, cual se hacía en ese hogar en los días ordinarios de la vida”.

“Hubo un momento en que las dos señoras no pudieron contener los sollozos y estallaron en llanto. El abrió los ojos, se incorporó y les dijo:

—“Por favor no lloren; yo espero en la misericordia de Dios irme al cielo, porque he cumplido con mis deberes de cristiano. Mamá, no llore; Luisa, no llores — dijo a su madre y a su esposa”.

“En seguida, me dijo:

—Páseme ese crucifijo que está en mi cabecera. Ese crucifijo — continuó — es obsequio del Padre Delaunay y tiene numerosas indulgencias, entre otras, una para la hora de la muerte”.

“Arturo tomó el Crucifijo en sus manos, lo estrechó a su pecho, lo besó mil veces; lo invocó con fervor y me dijo:

—Don Salvador, Ud. me enterrará con este crucifijo; no lo quitará de mis manos.

—Así se hará, le contesté.

“Así se hizo en verdad.

En seguida pregunté a Arturo:

—¿Tienes algo que encargarte?

—Mamá... —dijo entonces. Adiós, ruegen todos por mí.

“Abrazó y besó a su madre y volvió a decir a la señora Juana:

—Mamá, el último encargo que le hago es que mire a Lucha como su hija, y con la fortuna que dejo, haga todo el bien posible a los pobres”.

“La señora sollozando le respondió:

—Sí, hijito, tu esposa será mi hija muy querida que ocupará tu lugar, y con tus bienes se hará como lo encargas.

“Continuó rezando conmigo, y en seguida volvió a despedirse de todos y de cada uno de los circunstantes; encargó al sirviente que lo había cuidado; dejó recuerdos muy especiales a su hermano Agustín de quien por nada hubiera querido separarse”.

“Casi al concluir, nos dijo con voz clara aún:”

—No me dejen aquí; lleven mi cuerpo a Chile.

—Sí, le contestamos todos — muere tranquilo; se cumplirá en todo tu voluntad.

“Dió las gracias a todos por lo que le habían servido y cerró sus ojos repitiendo los tres grandes nombres de la esperanza cristiana que aún resuenan en mis oídos como una vibración celestial: “Jesús, María y José”.

“Eran las diez y media de la noche y de junto al cadáver me empeñaba en arrancar casi por la fuerza a la joven esposa que, rendida al infortunio, y reprimiendo los sollozos mientras vivía su Arturo, estallaba como un torrente de dolor”.

“La señora, por su parte, trataba de consolarla y ambas guardan hoy este último adiós como el único lenitivo a un dolor tan grande, después de tantos afanes por salvar una existencia tan cara a sus corazones.

“Dios bendiga la memoria del joven cristiano

que pagó en vida tributo de amor a la hija del cielo, la divina Caridad”.

“Y que mañana, cuando los hijos de don Agustín Edwards, abran al ataúd de su tío Arturo para trasladar sus cenizas a una nueva urna, al encontrar en sus manos al crucifijo que indica su cristiana muerte, puedan decir: “Fué feliz porque creyó y amó al Cristo, única esperanza eterna” son los votos de Salvador Donoso”.

Deshizo la larga ruta, la triste, ahora desolada, caravana. Bajó desde la altura al mar en una penosa elegía. En vez del ser adorado y mimado llevaba consigo un despojo. Las montañas extrañas bolivianas envolvían y perdían la grandeza de dolor de ese pequeño núcleo en sus tintes deslumbrantes, violentos, rojos y violetas. En el puerto de Mollendo, doña Juana vació su bolsa entre los menesterosos. (1).

Y tomaron la vía del mar. Y a sus anchas pudieron al fin llorar.

El 13 de Junio, temprano en la mañana, fondeaba en Valparaíso el vapor Mapocho, y el sencillo atúd, guardado a bordo, hasta la tarde, mientras que los deudos recogían en la sombra de sus hogares su indecible tristeza, principiaba a ser un imán que atraía hacia la playa a un mundo de habitantes del puerto.

Y cada cual trató de expresar como pudo el dolor que le causaba el desaparecimiento de un ángel de caridad:

“Con don Arturo se fué al cielo la felicidad” —

(1) También regaló a esa Parroquia un juego de ornamentos sagrados y dos albas.

escribía uno de sus agradecidos, quien cuenta como, habiendo abandonado el lecho de la enfermedad gracias únicamente a la secreta y anónima caridad de un desconocido caballero, fué a conocer a su salvador.

“Tuve oportunidad de ver por primera vez una fisonomía dulce como el aura que acaricia las flores, un cuerpo juvenil, lleno de salud, y, sobre todo unos ojos azules, muy azules, que me miraban con amor. ¡Oh mirada que sirvió a mi salud más que todas las medicinas de la farmacopea universal!”

“¡Qué me mire siempre así desde el cielo donde mora y que siga mirando así a todos los desgraciados de la tierra!”

“Habíamos tenido un Miguel Dávila y un Benjamín Vicuña Mackenna escribía alguien en Talca. Nos quedaba un Arturo Edwards y ya lo hemos perdido”.

¿Por qué en el invierno, cuando los pobres necesitan más abrigo?”

Y su viejo profesor, Monsieur Chouteau:

“Arturo...

Sois mille fois béni pour les larmes amères
que ta main es suya des yeux des pauvres mères!
Sois beni mille fois, au nom des malheureux
qu'hier tu soulageas par tes dons généreux!

Sois béni mille fois, au nom de la patrie,
qui gardera toujours ta mémoire bénie.

.....

Laisse-moi déposer sur ta tombe une fleur,
qu'en pleurant aujourd'hui, j'arrache de mon
[coeur.

“Has muerto casi niño, adolescente,
y viene a tu sepulcro un pueblo entero,
Parecen funerales de un guerrero,
semejan la apoteosis de un valiente”.

cantaba en una oda fúnebre don Pedro Nolasco Prendez.

Y sería de nunca terminar: prosa, versos en distintos idiomas, lamentos, oraciones y lágrimas, la emoción esparcida en el país entero, se condensaba como podía.

¿Y la madre?

Selló su segundo grandísimo dolor.

Y continuó su camino.

Le quedaba un hijo solo.

Pero, como siempre, el que habíasele volado a las esferas superiores, alumbraba un nuevo faro en su camino de caridad; nueva fulgencia en el Cielo, dilatava el corazón de la incansable, adolorida peregrina del amor.

Y principió a albergar en esa hospedería a aquellos através de los cuales miraba ahora a su Arturo.

Si Dios se llevó a ese Arturo, privilegiado de este suelo, ¿no sería para hacer de él un signo sobre Chile? Signo de esperanza de salvación, de rescate?

Doña Juana encerró su luto en su corazón, pero de esa amarga semilla nació un árbol que echa sus ramas para anidar fuera del tráfigo mortífero, en la atmósfera pura de nuestros benditos climas azules, a un buen número siquiera de las víctimas he-

ridas por las terribles garras que se llaman: *tuberculosis*, las que parecen haberse cebado con peculiar voracidad en nuestras poblaciones y valles.

Construyó el primer sanatorio que ha habido de esa especie en la Patria, en los Andes; lo dotó de todos los elementos necesarios y lo mantuvo ella sola, bajo la dirección de la inteligente religiosa, Madre María Rondizzoni, de las Hermanas de Caridad de San Vicente de Paul, hasta el día de su muerte.

Levantó, enseguida el Sanatorio de Peña Blanca que allí, en uno de los climas mejores del mundo, cumple su misión todavía, entre verdes pinares y suaves lomajes, sanando a la mayor parte de sus afortunados huéspedes y mandando en la huella luminosa de don Arturo Edwards, a una mejor mansión, a los que mueren.

Estableció todavía la señora el Dispensario Antituberculoso de Valparaíso, a cargo del distinguido doctor, don Enrique Deformes. Los enfermos examinados en ese Dispensario, eran, según su gravedad, mandados a uno de los dos Sanatorios, o sometidos a un tratamiento en el mismo Dispensario. Los nombres de estos últimos eran comunicados a doña Juana quien se preocupaba personalmente de atender cada caso, sabiendo que la batalla contra el microbio debe ser ganada en su primer período, con una mejor alimentación y buena, higiénica vivienda.

Otra vez vemos a la Señora ser una precursora y esclarecida guía en medio del atraso y la indolencia en que quedábamos sumidos con relación a nuestro pueblo, bueno y sufrido.

Los poderes públicos abrieron los ojos y siguieron el noble ejemplo que les daba una ciudadana.

A los sanatorios de Los Andes y Peña Blanca siguieron los del Peral y Putaendo y las Zorras.

Y un plan de lucha contra la Tuberculosis elaborado por la Junta Central de Beneficencia.

Todavía se necesita mucho más.

¿Quieres tener una idea lector, cuánto estrago hace la tuberculosis entre nosotros?

“El doctor Allende, estudiando la mortalidad del año 1937 observa que el 50% de los fallecimientos en Chile ocurrió antes de los 16 años, y en el 60% de los casos debido a la Tuberculosis” (1).

Bendigamos a la que, por la herida de su dolor abrió la puerta a la campaña más urgente de emprender, a la guerra más necesaria de ganar; sin lo cual veríamos convertirse en ruina las promesas tan halagadoras de aquellos heroísmos, de aquellos vibrantes patriotismo de los días de O'Higgins y de Portales.

.....

No podemos aún cerrar este capítulo. Hay más huellas todavía del raudo paso de don Arturo.

El día antes de su muerte, conversando el enfermo con el venerable amigo, señor Salvador Donoso, le dijo que, en caso de sanar, levantaría una Casa de Caridad para el cuidado de los ancianos. Parece que su delicado corazón se estremecía de lástima y de cariño cuando en su camino, se levantaba temblorosa la mano de un viejecito o de una anciana.

Guardó la madre el deseo de su Arturo y lo hizo realidad.

Edificó en La Serena una población moderna,

(1) Aun es tiempo... Eduardo Frei Montalva.

dotada de todas las comodidades y condiciones necesarias para que en ella pudieren pasar tranquila y piadosamente sus últimos días, un buen número de ancianos.

Esa obra se llama:

CITÉ ARTURO M. EDWARDS

Un rincón de paz, sobre esta atribulada tierra, bendice hoy día y para mucho tiempo todavía — Dios lo quiera — el nombre del hijo de aquella que supo sembrar dicha en la tierra como clavar estrellas en el cielo (1).

(1) El Asilo es gobernado por las Hermanas de la Providencia.

1891

Don José Manuel Balmaceda, sucesor del Presidente Santa María, asumió el mando en 1886.

Las grandes cualidades, el gran carácter como el patriotismo sin tacha, del nuevo Presidente hacían augurar felices días para la Patria. En cambio, su espíritu, inteligente y noble, pero arrogante y altivo, traía consigo los gérmenes de un tremendo temporal.

Al volverse sus actitudes francamente dictatoriales reaccionó violentamente la aristocracia, celosa de la Constitución tanto como de sus antiguos hábitos de dominio.

El orgullo del Presidente por un lado, la inflexibilidad, la terquedad de la oposición por otro, llegaron a formar un clima crítico que fatalmente se resolvió en agudos hechos: El 1.º de Enero de 1891, Balmaceda clausuraba el Congreso y los Tribunales de Justicia y asumía la Dictadura. El mismo día, 19 senadores y 70 diputados firmaban un acta de deposición de Balmaceda y de sus ministros.

El 7 del mismo mes, la Escuadra Nacional, a las órdenes del Capitán de navío, don Jorge Montt, desconocía la autoridad del Presidente. Don Ramón Farrow Luco, Presidente de la Cámara de Diputados y don Waldo Silva Palma, vice Presidente del Senado, se embarcaron en una de sus naves para ir a formar, en el Norte, una Junta de Gobierno.

Se enfrentaron, ambos gobiernos, con actitud de fieras heridas, aprontándose a derramar sobre el país ríos de sangre.

Nuestro papel no es el del historiador. Debemos solamente evocar con la mayor exactitud posible el ambiente que hizo marco, en esos aciagos días, a la heroína de nuestro relato.

Como decíamos, la sociedad aristocrática chilena, fuera de un grupo de familia que, por parentesco o consideraciones de amistad más que por otra cosa, se plegaron al Presidente, sintióse profundamente herida con el golpe dado a la Constitución de la República, de la cual se sentía, con justicia, fundadora y celosa mantenedora. Se encontraba en este lado, naturalmente la familia Edwards, cuyos destacados miembros habrán contribuído en forma por demás generosa al desarrollo del país, desde los muy primeros días de su independencia.

Crecida doña Juana en un ambiente profundamente patriótico pudo, a través de las conversaciones en su hogar y de las actitudes desprendidas de los suyos, conocer desde su infancia, el floreciente desarrollo de esta nueva República de las Américas, dentro del sabio marco de su Carta Fundamental.

Por esta causa y también por su propia idiosincrasia, sus sentimientos personales, justos y fuertes, por su profundo respeto a la dignidad y libertad del ser humano conculcadas fatalmente en regímenes dictatoriales, se encontró doña Juana junto a los que, según sus maneras de ver las cosas, perseguían el restablecimiento del imperio de la Constitución, contra aquellos que, más arriba de esas normas, ponían sus miras y voluntades personales.

Por otra parte, doña Juana y la familia Edwards, dueños del Banco Edwards, el más impor-

tante entonces en Chile, puesto a disposición de los opositores a Balmaceda, tenían que ser un blanco de persecución de parte del Gobierno contrariado.

La persecución principió desde el primer día.

Don Agustín Ross, hermano de doña Juana, se encontraba a la sazón en París, ocupándose allá de los intereses de su Patria.

En una carta fechada el 6 de Abril de 1891, don Francisco Valdés Vergara, le habla de los actos de hostilidad ejecutados contra la señora, el allanamiento de su casa y la retención de la caja de valores de la familia, depositada en poder de Vorwerk y Cía.

El 19 del mismo mes escribe al mismo su madre, doña Carmen Edwards de Ross.

“Juana, por suerte no ha tenido que salir de casa todavía; pero esta ha sido allanada de orden superior, por Pío Fierro con 50 soldados de policía secreta y no secreta y rodeaba la manzana por 200 soldados de línea para sacar a don Salvador (1) y a Pancho Pinto, quienes se habían refugiado en ella. Los denunció una sirvienta”.

Grande fué en el Puerto la consternación cuando se supo que el Hogar de los pobres y habitación de la Madre había sido torpemente sitiada, amagada y violada.

No sigamos adelante, empero, sin escuchar el tono de la propia señora; lo encontraremos, como siempre, llevado sobre las pasiones ciegas y miserias humanas, aunque no por eso dejando de juzgar cada cosa con justo criterio.

A su hermano, el 3 de Febrero de 1891:

“Hace mucho tiempo que no te he escrito, siem-

(1) Don Salvador Donoso.

pre esperando que muy pronto tendría el gusto de verte por acá. Ahora doy gracias a Dios de que no te hayas venido, porque seguramente estarías preso o escondido, como la mayor parte de las personas de nuestra familia, y en general todos los hombres honrados de Chile lo están en estos momentos de tan dura prueba para nuestro querido país, en el que no hay ahora libertad ni para hablar, ni mucho menos para escribir, pues se han cerrado todas las imprentas en cuyos diarios no se apoya la política del Gobierno actual”.

“Me imagino la inquietud en que Uds. se encuentran, sabiendo que estamos en revolución y pensando tal vez en que ha habido grandes combates, lo que, a Dios gracias, no ha sucedido. En El espero que esta tormenta pasará pronto, sin que tengamos muchas víctimas que lamentar” (1).

14 de Abril de 1891.

“Por tu última a mi mamá, veo te han escrito que yo había tenido que ocultarme, lo que no me extraña, porque en Santiago se corrió mucho, como también que me habían tomado presa; otro tanto decían de Luisa (2). Felizmente no han llegado las cosas a ese punto todavía y espero que no llegarán. Lo que verdaderamente me hizo sufrir fué el llanamiento de la casa, por la manera brutal como la hicieron. Basta decir que Carmelita y yo estuvimos más de tres horas en poder de unos cincuenta soldados, capitaneados por Pío Fierro. Se llevaron a

(1) “Testigos oculares nos han contado que la señora pasaba horas en teras orando a los pies del Cristo de Marfil que había traído de Roma, en recuerdo de su visita a SS. el Papa”. Don Luis Ross.

(2) Doña María Luisa Mac Clure de Edwards, esposa de don Agustín Edwards Ross.

la policía a Inés y a Anastasia y a dos empleadas de Ventura. (3).

“A José María (empleado de don Agustín Edwards Ross) le dieron cincuenta azotes para que dijera donde estaba el pobre Cucho que, a Dios gracias ha podido escapar de caer en poder de semejantes bárbaros que han hecho azotar a un coronel Barahona, y a un señor Vergara, antiguo Intendente de Cautín. Estamos viendo cosas que ni en sueños habríamos creído posibles, y la única esperanza es la del próximo triunfo que se divisa”.

“Es más que probable que don Salvador Donoso, que salió desterrado, llegue por allá, y en ese caso, será necesario ayudarle con algo. Creo que con trescientas libras, más o menos, tendrá suficiente. El señor Villalobos (Cura del Espíritu Santo de Valparaíso) se fué en el vapor anterior y si tú sabes que se encuentra escaso de fondos, ayúdalo por mi cuenta”.

“En el vapor que llevará ésta se irán desterrados don Alejo Barrios y Francisco Javier Riesco, que llevan tres meses largos de cárcel. Si los ves te darán noticia de Jorge Edwards, Ricardo Ferrari y de Roberto, que quedan en la Cárcel de San Pablo, en Santiago —, Dios sabe hasta cuando —, y de los infinitos que han sido compañeros suyos en esa triste mansión”.

Los primeros días de Junio fueron los más álgidos de la revolución.

“Hoy en el almuerzo, escribe doña Carmen el 9 de Junio, hemos llorado y tenemos el corazón partido con el acontecimiento de ayer, nadie creía que la ejecución de Ricardo Cuming se hubiera llevado

(3) Su hermana doña Ventura Ross de Saldías.

a efecto, porque han sido muchos los empeños; pero, en cinco días ha terminado todo. Uds. ya sabrán el motivo; querían echar a pique las torpederas y el Imperial. (1) Ojalá no hubieran intentado tal cosa, que tan caro les ha costado. ¡Pobre joven! Un hombre lleno de vida. Y su familia, su madre que lo idolatraba, ¡cómo estarán esos pobres!"

Se corrió en Santiago que doña Juana había propiciado este atentado.

Y a consecuencia de esta falsa acusación, doña Juana, a fines de Julio, salía de Chile, camino al destierro.

El 22 de Julio, escribía doña Carmen a don Agustín:

"Juana prefiere irse a Lima por ser más inmediato y no tener que pasar el Estrecho dos veces, porque, esperamos, la ausencia no será larga".

Antes de salir, la prudente señora arrendó su casa al Cónsul Norteamericano, dejando en ella a su madre protegida contra los atropellos de la política.

"El Cónsul Norteamericano, continúa escribiendo doña Carmen ya está viviendo con nosotros y, aunque creo que Juana hasta última hora se ocupará de sus obras, está más tranquila y todos los amigos hacen lo que pueden por ayudarla. Nosotros soportaremos lo mejor que podamos esta nueva amargura, con el consuelo de verla lejos de tanta persecución.

El 4 de Agosto.

"Juana, con Cucho y su familia, se embarcaron por Lima el Viernes 31, después de innumerables

(1) Según el juicio posterior, Cumming nunca tuvo el propósito de volar los buques, sino únicamente de inutilizar las máquinas.

dificultades y estorbos. En fin, ya salieron de este desgraciado y querido Chile, y espero no será para mucho tiempo”.

“Don Carlos (1) es nuestro ángel de la guarda, junto con el Cónsul americano que es tan bueno como no se puede ser mejor, atento y cuidadoso; y, en la desgracia de nuestro querido país, personalmente no tenemos de qué quejarnos”.

El 21 de Julio se supo que, en la sesión del Consejo de Estado del día anterior, Balmaceda había declarado textualmente:

“Doña Juana Ross, a la cual se ha invitado a salir del país, ha pedido un plazo de veinte días y solicitado que a su hijo, Agustín Edwards, se le permita acompañarla, comprometiéndose ella, desde luego, bajo cualquier garantía, a que éste no tome participación alguna en los actos de rebelión, desde el día de su partida”.

“A mi juicio, agregó Balmaceda, lo único que de Agustín Edwards debe exigirse es su palabra de honor, y la señora Juana asegura no haber contribuido ni con céntimo para la realización del atentado de Cumming sobre el Imperial y las Torpederas” (2).

“Anoche — 31 de Julio — (es el relato exacto hecho, el 1.º de Agosto de ese año de 1891, por don

(1) Carlos Hopfenblatt, el Administrador de las Haciendas de doña Juana.

(2) “La principal causa de la partida de esta señora, que es la primera que sale del país en esta revolución, en que solamente deberían mezclarse los hombres, no es otra que por haber sido complice en el tremendo crimen de querer hacer saltar las torpederas “Condell” y “Lynch”. La gran matrona alentaba a los criminales con su consejo y su dinero”. El Imparcial, Diario Balmacedista, 16 de Julio de 1891.

Fanor Velazco, sub-secretario entonces de Relaciones Exteriores, a un pariente de la señora) ha habido en la Moneda una escena extraña.

“El Presidente había estampado su firma al pie del salvo-conducto para doña Juana y para su hijo, don Agustín. Protegido por este documento, Edwards había recibido libremente a sus amigos y, a las seis y media de la tarde, partía en coche, acompañado por Mr. Egan, Ministro de los Estados Unidos, a la Estación de los Ferrocarriles, con destino a Valparaíso, de donde, en compañía de su madre saldría pronto del país”.

“Godoy (don Domingo) llega a la Moneda y pregunta al Presidente si es efectiva la noticia.

—Es efectiva, responde Balmaceda.

—No lo creía y lo siento, porque desde este mismo instante, dejo de prestar mi concurso político.

—Puede Ud. salir del Partido cuando quiera.

—Bien, Presidente; pero debo prevenirle que mañana mismo formulo interpretación en el Senado acerca de este punto.

El que hizo esta relación aseguró que Balmaceda, cambiando de tono, procuró disuadir a Godoy de su propósito inoportuno y perjudicial para la causa del partido.

—En épocas de lucha y frente al enemigo, los partidarios no deben romper los lazos que los unen a sus amigos políticos.

Godoy, sobre el cual parecen quedar sin efecto estos llamamientos a la cordialidad, se retira de la Moneda y se dirige a casa de don Claudio Vicuña.

El 1.º de Agosto, Godoy interpela en el Senado, elegido en Marzo, al Ministro de la Guerra, don Julio Bañados Espinoza.

—Efectivamente, responde Bañados, el Gobierno ha autorizado a doña Juana Ross de Edwards y a su hijo, don Agustín Edwards, con su señora y familia, para que salgan del país. Se aceptó la proposición de la familia y se les dieron conductos.

Con motivo de las exigencias del señor Godoy de que el vapor fuese detenido en Coquimbo, el Ministro puso fin a la discusión diciendo:

—Respeto mucho el criterio del honorable senador, pero tratándose ahora de un compromiso de honor de parte del Gobierno, sabremos mantenerlo estrictamente. Cuando llega el momento de tomar resoluciones, estimo, señor Presidente, que los hombres que ocupan un alto puesto público, deben seguir los dictados de su conciencia y deben seguirlos, principalmente en lo que tiene relación con la responsabilidad histórica que los afecta”.

“La concesión de estos salvo-conductos, observó finalmente Fanor Velasco, el autor de este relato, ha puesto de un negro humor a los gobernantes con quienes he hablado. Uno de ellos, Consejero de Estado, hombre de espíritu relativamente tranquilo, me dice: “El Presidente obedece a no sé qué género de inspiraciones”.

Mientras tanto, agachada por la inquietud y la pena, pero fuerte en su confianza en Dios, volvía la señora a pisar el Muelle Prat de sus angustias, entre un gentío silencioso que, lentamente, a su paso se descubría. Nada sabía ella de la actitud decidida de Balmaceda a su favor; atribuía a un milagro el que la hubieren dejado salir con su hijo, sin exigencias de ninguna especie, y aún, con toda clase de

garantías. Lo supo más tarde y reconoció noblemente el gesto de hidalguía del Presidente (1).

Sigamos a la desterrada. Va rumbo al norte por la ancha vía fulgorosa, festón azul casi infinito de nuestra larga cinta, Chile.

En Iquique su llegada fué objeto de una grande ovación. Vinieron a saludarla a bordo don Jorge Montt, don Waldo Silva, don Ramón Barros Luco, don Manuel José Irrarrázaval, don Isidoro Errázuriz, don Joaquín Walker, el General Holley...

Acudieron entre estos altos miembros de la Junta de Gobierno varios jóvenes oficiales.

Los nombra la señora en una carta:

“Salvador Vergara, comandante de estos jóvenes, hermosa figura marcial, Santiago Edwards, Jorge del Río, Aníbal Pinto, Carlos García, Roberto Barroilhet, Paulino Alfonso, Eugenio Escobar, y muchos más de Valparaíso y de Santiago, que no podíamos mirar sin profunda emoción, al pensar cuántos de ellos quedarían en los campos de batalla”.

“Con la segunda división, en que iban Carlos Edwards Sutil, Samuel Greene, Jorge Barceló Lira y muchos otros conocidos, nos cruzamos la noche antes de entrar a Antofagasta”.

De Lima:

“Estamos en el Hotel Maury, en donde hay 35

(1) “Desvanecidas las pasiones de la época y transcurridos muchos años desde los aciagos días, aunque seguimos en desacuerdo con los actos del gobernante del 1° de Enero de 1891, nos es grato rendir un homenaje a la hidalguía caballeresca de don José Manuel Balmaceda. No es grato también honrar la memoria de Julio Bañados Espinoza, quien ocho años más tarde, como Ministro del Presidente Errázuriz Echaurren, concurría a la ceremonia de la inauguración de la Población Obrera construída por Doña Juana en el Cerro Cordillera de Valparaíso”.

chilenos; sólo de nuestra familia somos 18, contando cuatro sirvientes, entre ellos José María que al fin pudo conseguir salir de la cárcel, con la condición de que me acompañara al destierro, *por ser persona muy peligrosa en Valparaíso*, según dijo Alcérreca (el General, próximo a morir en la batalla de Placilla) a Domingo Gana. ¡José María, persona muy peligrosa...! Has visto...?"

"Aquí nos han recibido con muchísimo cariño y todo el día tenemos visitas. Encuentro que la gente es demasiado buena al tratarnos así, pues no tiene muchos motivos para tenernos buena voluntad (1) Sólo la familia del General Prado no ha visitado a nadie (2).

¿En qué empleó doña Juana los largos días de su ostracismo en la noble capital de los Virreyes?

Sin que testigos oculares lo hubieran dejado anotado en sus escritos, lo habríamos fácilmente adivinado.

Se abría una puerta del Hotel Maury tempranito, poco después del amanecer, para dejar pasar a una señora chilena que, dejando a sus compatriotas descansar todavía varias horas, en sus piezas defendidas de la luz por gruesos felpudos cortinajes, iba a oír Misa diaria y a unirse a su Dios en la Comunión. Volvía a tomar desayuno, y, después...

¡Ah! La brújula de su corazón le enseñó el derrotero.

Sabemos de esos sus pasos silenciosos en Lima, en la sublime senda de la cual, por lo visto, nada la podía ya apartar, pues permitió El que todo sabe y

(1) Se refiere a la guerra del 1879.

(2) Presidente del Perú en 1879, don Mariano Ignacio Prado.

revela a su tiempo los méritos de sus escogidos, que Don Javier Vial Solar, Agente Confidencial del Gobierno de Iquique en Lima durante la guerra civil, publicara, a los pocos días del fallecimiento de la señora, es decir, veintidos años más tarde de su destierro en el Perú, las siguientes líneas:

“La conocí durante la época más terrible y azarosa de nuestra existencia política, en cuyos acontecimientos se vió ella mezclada de una manera singular; pero sin que los sucesos que atropelladamente se desarrollaban, alterasen mínimamente la serenidad perfecta de su alma. Las pasiones humanas se revolvían alrededor suyo, sin apagar el soplo de algún pensamiento santo que mecía su espíritu.

“Era el año 1891. Un Decreto de la Dictadura la había permitido salir del país e ir a buscar, en compañía de su familia, un lugar de destierro en alguna ciudad del Perú.

“Yo me hallaba en Lima, sirviendo los intereses del partido constitucional y cumpliendo instrucciones de la Junta de Gobierno de Iquique, cuando ella llegó allí y fué a hospedarse, no en alguno de los palacios que se le ofrecían para habitación sino en un tercer piso del Hotel Maury, donde modesta y tranquilamente se sentía bien y podía seguir la vida oculta que deseaba”.

Entonces la conocí tan cual era y como sería siempre, igual, invariablemente igual, hasta la última hora de su santa vida”.

“Vestía un traje sencillo y exento de todo adorno; el traje de merino negro con que las nobles viudas chilenas suelen consagrar su vida tronchada y solitaria, al dolor de la tierra y a la esperanza del

cielo. Sentábale bien a ella ese exterior que excluía en absoluto la vanidad, el mundo, el placer, cuanto puede arrastrar los sentidos lejos de ese círculo donde ella repartía su generosa existencia y extendía su mano blanca y pálida, a los que le mostraban sus harapos, sus lágrimas, sus miserias. No necesitaba de adornos para acercarse a los que no tienen nada”.

“Todos los días, como ocultándose, porque la caridad tiene un pudor santo que no gusta de que la mano izquierda sepa lo que hizo la derecha, iba buscando por las calles apartadas de Lima, desgraciados a quienes consolar, enfermos a quienes cuidar, miserables a quienes llevar el socorro material y el alivio moral. Lo más singular era el cuidado que se tomaba para que su obra fuera desconocida y no sospechada”.

“En una ocasión, supo ella que yo no ignoraba lo que hacía y temió que pudiera dar a conocer a otros, algunos de sus actos de generoso desprendimiento y entonces tomó precauciones para obligarme a la discreción; precauciones finísimas de mujer santa y a que yo, como caballero, debía corresponder. Desde entonces, muchas veces la ví entrar en mi casa, a saber o encargarme que le procurase noticias sobre alguna desgracia que ella podía reparar o atenuar, con esa alma que ponía en todas las cosas que tocaba y sobre las cuales derramaba ese soplo sereno y consolador que respiraba”.

“Era feliz en esa ciudad, donde pocos la conocían, donde raras personas podía advertir su paso, donde casi nadie sabía cual era el objeto de su camino y así vivió muchos meses allí, dando por todas

partes lo que decía que Dios le daba para los demás”.

“Cuando ya la revolución chilena, puede decirse, hubo terminado, en el campo de Placilla, fué a verme y me dijo con triste sentimiento:

—Y esos pobres oficiales del Ejército vencido y que desde Arequipa se han venido a Lima, y esos pobres soldados ¿qué va a ser de ellos? ¡Cuánto van a tener que sufrir aquí ahora, sin recursos muchos de ellos! Y nadie ha pensado en esto.

“Le respondí yo que el Gobierno tendría que atender a esta situación, pero al punto me replicó con viveza:

—Esos auxilios del Gobierno llegarán tarde y cuando los que los necesitan hayan sufrido ya mucho. Piense, Vial, en lo que puede hacerse en ese caso.

“Le prometí hacerlo, pero al día siguiente, y como si ese pensamiento le trabajara la imaginación, volvió a verme.

—Lo mejor que puede hacerse es lo que acabo de hacer — si a Ud. no le parece mal y quiere ayudarme. He abierto para Ud. una cuenta del Banco del Callao, en la cual Ud. podrá girar las sumas que sean necesarias, para el socorro de esos pobres; y si hay necesidad de algo extraordinario, proceda y avísemelo con confianza.

“Pero Vial, piense que los que sean favorecidos deben ignorar el origen de ese dinero. Así, algunos no tendrán dificultad para admitirlo.

“Esto último lo dijo en tono de súplica”.

Perdone la santa mujer y la noble dama que sea ahora indiscretó y deje escapar de la urna del si-

lencio, largo tiempo guardado, este perfume santo, si la muerte ha roto ya el sello que lo encerraba”.

Javier Vial.

Producido ya el desenlace de la contienda, en la batalla de la Placilla, el 28 de Agosto, doña Juana y su familia emprendían su regreso a la Patria el 2 de Septiembre a bordo del “Mapocho”, puesto a disposición de la señora por el Directorio de la Compañía Sud Americana.

Al anunciarse la próxima llegada del “Mapocho” comenzó a circular en Valparaíso, una proclama concebida en los términos siguientes:

“La señora Juana Ross de Edwards regresa de su destierro y llegará a Valparaíso, a bordo del “Mapocho”, el Sábado 12 del presente”.

“Son tan importantes los beneficios que la sociedad entera ha recibido de esta distinguida señora, que parece oportuno hacerle una manifestación espontánea de bienvenida, que exprese públicamente la gratitud y cariño que este pueblo le profesa”.

“Si Ud. desea asociarse a nosotros en estos sentimientos, podría encontrarse en el muelle de pasajeros, a la llegada del vapor”.

“Tan pronto como esté a la vista, se anunciará, disparando dos cañonazos. Si el día es claro, habrá dos horas libres, y si es nublado, una hora antes de que fondee el vapor”.

“Contando con la cooperación de Ud. somos sus atentos y seguros servidores:

Carmen Santa María de Lyon, Isabel Alvarez Condarco de Arlegui, Antonia Vergara de Valdés, Leonor Zeballos de Perú, Gertrudis Pérez de Lyon, Enriqueta Carvallo de Merino Benavente, Luisa

Arrieta de Lyon, Juan de Dios Arlegui, Félix V. Bazán, Raymundo Deves, Manuel V. Blanco, J. Macandrew, Herman Fischer, Santiago Lyon S. M., Napoleón Peró, Tomás Genasoni, Juan de Dios Merino Benavente.

Amaneció un lindo día, invadido ya por esos livianos, fragantes y casi tibios aleteos, particulares brisas que baten las banderas en nuestras fiestas patrias.

Era el 13 de Septiembre de 1891.

Sobre esplendores de azul se mecían los estandartes, las largas guirnaldas de arrayán, y temblaban las frágiles flores blancas y rosadas, ensartadas en los arcos de verdura.

Todavía, sobre ese muelle, los fleteros colgaban de uno de estos arcos un pequeño bote con la bandera tricolor y con un ostentoso escudo, cuya leyenda decía:

A la Señora Ross.

El Gremio de Fleteros.

Patriotismo. Caridad.

Habían sonado las nueve de la mañana cuando se divisó por la altura de Quinteros el punto negro que luego se conoció ser el vapor Mapocho.

Retumbó el ambiente con dos disparos de cañonazos, lanzados por el fuerte para prevenir a los porteños, como estaba convenido, de que el vapor "Mapocho" estaba a la vista. Ya el muelle se hallaba casi lleno de personas, ansiosas de ver la primera pisada de la señora amada sobre su suelo de Chile. Poco después de las señales del cañón, fué un gentío inmenso el que pechaba como otro oleaje sobre

la azul resaca, para tener su parte en esta tan hermosa fiesta matinal.

Eran las once y cuarto cuando estalló ese gentío en vítores delirantes. Doña Juana subía, desde la lancha torpedera N.º 10, puesta a su disposición para su desembarco por la Gobernación Marítima.

Volaron por sobre las cabezas miles de ramitos de violetas y clavelinas tirados por los huérfanos y las huerfanitas, para ir a coronar la frente de la Madre recuperada.

Al fin pudo llegar la señora al carruaje, abriéndose paso lentamente, lentamente.... ¿Cuántos bracitos delgados lograron anónimos, estrechar, vibrantes y tímidos, su talle...? ¿Cuántos besos furtivos tocaron su vestido...? ¿Cuántas lágrimas de alegría empañaron el mirar de esa escena maravillosa y cuántos vivas y bendiciones hicieron eco a ese concierto de reconocimiento, a esa música de tono escaso de encontrar en la vida, entre tanto falso y hueco rumor que se hace sin cesar en el mundo?

A las dos de la tarde del mismo día, la Junta de Alcaldes pasó a la residencia de la señora para saludarla en nombre de la Municipalidad.

Dos meses más tarde se celebraba en Valparaíso, en el salón de la Filarmónica, un gran banquete en honor de la Junta de Gobierno. Al terminar éste, los personajes se dirigieron a la casa de doña Juana.

“Anoche, escribía el 12 de Octubre, doña Carmen Edwards de Ross a su hijo Agustín — después de un espléndido banquete dado a la Junta de Gobierno, a las once de la noche se aparecieron a hacerle una visita a Juana. Don Waldo (Presidente

del Senado, don Waldo Silva) se quitó la insignia constitucional, es decir la faja roja del brazo y se la puso a ella, lo que causó un poco de hilaridad”.

Por su parte escribe, el mismo día, la propia doña Juana a su hermano, acreditado ahora como Ministro Plenipotenciario en Londres:

“En los terribles días porque hemos pasado, habría sacrificado con gusto cuánto tenía, aunque hubiera sabido que tendría que mendigar después, con tal de contribuir a la salvación de la patria, que sólo en esos casos comprendemos que es lo que más amamos en la vida”.

Quisiéramos cerrar este capítulo con esa frase magnífica:

Pero nos encontramos luego con esta otra:

“Yo me siento todavía como aturdida y a veces me parece una horrible pesadilla todo lo que ha pasado, si no tuviera a cada momento ante la vista, la triste realidad de los heridos innumerables que llenan los hospitales y ambulancias y en las pobres viudas con sus niños que se me presentan y que me tienen siempre el corazón angustiado.

“Las señoras y niñas, añade la señora, se han portado admirablemente en los hospitales de sangre, prodigando a los heridos los más tiernos cuidados. Muchas han querido hacer demasiado y no han dejado su piadosa tarea sino una vez extremadas. Elena Ward, entre otras, ha trabajado hasta perder sus fuerzas físicas, se encuentra en cama, enferma”.

“Cuando te vengas — escribe al mismo el 24 de Noviembre, te agradeceré me traigas un reloj de primer orden que deseo regalar a Jorge Montt. Desco que lleve la siguiente dedicatoria, grabada dentro de la tapa: “Testimonio de gratitud al Vice Almirante don Jorge Montt, denodado defensor de la

Constitución de Chile contra la Dictadura en 1891.
—Juana R. de Edwards.

“Por conducto de don Pepe Rondanelli, encargo por este mismo vapor, las charreteras y las espadas de honor para él y para los jefes que más se distinguieron en la guerra felizmente terminada”.

“Deseo también hacer un regalo a Leonor Frederick (esposa del Almirante Montt) como recuerdo de lo que su marido ha hecho por la Patria. Se me ocurre que lo más aparente sería una Estrella de Chile, de brillantes. Además, un par de aros que correspondan, y que sean de un solitario, cada uno de estos últimos (1).

Brillaba con santa obsesión en el alma de la noble matrona, la estrella solitaria de la Patria, refugio sagrado de la libertad.

(1) Lució la señora estas joyas, durante la Presidencia de su esposo. En su primer Mensaje al Parlamento, el Presidente Montt declaraba que anhelaba la paz y la concordia de los chilenos y aspiraba a que todos, dentro de la Constitución y las Leyes, trabajaran por la felicidad y el engrandecimiento de la República”.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LAS POBLACIONES OBRERAS

Pasaron seis años.

La angustia cercaba otra vez en sus garras el genial corazón. Había que exprimirlo todo de él, hasta la última gota.

Está en su casa la señora, atrincherada contra cruel amenaza.

Anochece; ella reza sin encender la luz. Suena el teléfono. Y es una clara voz, tierna, la que en el hilo invisible zozobra.

—¡Mamita, mamita Juanita...!

—Quiere mi papá que venga... quiere verla, mamita... antes... antes de...

—¡Dios mío! ¡No puedo, hijita! Por favor ¡no puedo más!

Se corta el hilo. En ambos extremos un ser estalla en sollozos.

Allá, en el Puerto, una anciana.

Aquí, en la capital, una jovencita, abrumada con la misión que le dieron de comunicar a su madre la muerte inminente del hijo último que le quedaba.

El hijo la reclamaba. No le bastaba el cariño de una esposa y de nueve hermosos hijos que lo cubrían de atenciones.

¿Dónde estaba ella que guió sus pasos hacia ese Cielo de ventura, al cual iba hoy a solicitar la

entrada, con las bendiciones de la Iglesia, de los pobres y de sus hijos?

Listo y preparado estaba para el supremo paso.

Públicamente perdonaba a todos sus deudores; legaba en su testamento, para los pobres, mucho más de la cuarta de libre disposición.

No satisfecho su espíritu de piedad con la confesión general que hizo al señor Pbr. don Ramón Angel Jara (1), y la recepción de los últimos Sacramentos, la Extrema Unción y el Santo Viático, quería todavía, en su lecho de muerte, con la humildad de la fe que estremece las entrañas de Dios y abre las puertas del Cielo, confesar públicamente, en alta voz, todas las faltas de su vida; y así lo habría hecho a no habérselo prohibido su confesor.

Estaba pues preparado, pareciéndole escuchar la voz del Señor que le decía:

“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”. (2).

Mas no quería morir todavía; algo le faltaba: Su madre.

La llama; no contesta.

Pide que la hagan venir.

Nadie sin embargo, se atreve a hacerlo; nadie quiere tocar la sangrienta llaga que ha llegado a ser el alma de la madre de ese moribundo.

Y ella se esconde porque no tiene valor.

De pronto, piden los familiares a la hija mayor del que se va, que intente comunicarse con su abuela.

(1) Después Obispo de Ancyud, más tarde de La Serena.

(2) Lucas 23.

¿Qué pasó en el alma de la señora? ¿Quién podrá nunca describirlo?

Removió ese corazón triturado una montaña infinita y trasladose con ella a cuestras, a penas amanejó y salió un tren del Almendral, a la triste habitación de la última agonía de sus entrañas.

Con su madre al lado entró el enfermo en un estado precursor y anunciador de la gloria que lo esperaba, por haber creído y firmemente confiando en la bondad divina de Jesucristo.

Había dispuesto el Señor esta recompensa para la madre — mientras le llegara a ella el día de contemplar su obra completa en el Cielo — este premio, este consuelo de oír a su hijo exclamar como un santo, reflejando su semblante la felicidad de un alma que ya se ha asegurado su dicha sin fin:

— ¡Veo a Dios... tan inmenos! Y me siento chiquito.

La fortuna de la tierra, la nobleza de corazón y la proverbial caballeridad de los hijos de doña Juana hiciéronlos grandes a los ojos del mundo.

Ella supo, en medio de aquello, conservarlos hijos del Evangelio, niños ante Dios.

“Si no os hicieréis como niños, dijo el Señor, no entraréis en el Reino de los Cielos”.

Y esa alma tan bella, sintiéndose chiquitita, pasó, de los brazos de su madre, al Reino, donde lo esperaba su querido hermano Arturo.

Y escribe la nieta:

“Ella — mi abuela, asistió a mi padre hasta el fin. Y cuando murió, no hubo una queja, un grito, un desmayo. La huella del dolor se hizo más honda, las lágrimas caían silenciosa y la mirada nítida que a veces tenía cierta vaguedad y un mirar sin ver, como quien divisa ya algo por encima de todo lo

creado, adquirió mayor dulzura y una expresión más resignada" (1).

Su constelación estaba completa en el Cielo.

¿Y cuál fué, para las siembras de la que quedaba peregrina todavía entre dolientes, el mandato de esa feliz reunión de los suyos arriba?

Un año después, el 12 de Enero de 1898, Valparaíso se viste de gala.

Forman calle todas las tropas de línea de la guarnición y destacamento de desembarco de la Armada. A las tres de la tarde sale de la Gobernación un coche escoltado por un escuadrón del Regimiento N. 5 de Caballería. En él van el Presidente de la República, don Federico Errázuriz Echaurren y el Ministro del Interior, don Antonio Valdés Cuevas. En otro carruaje iban el Ministro de Industria y Obras Públicas, don Julio Bañados Espinoza, el Gobernador Eclesiástico, don Ramón Angel Jara, el Primer Alcalde, don Samuel León Silva, el Comandante General de Marina, Almirante don Enrique Simpson.—En el resto de los carruajes en número de diez, tomó colocación el resto de la comitiva y siguió al Presidente en su recorrido por la Avenida de San Juan de Dios, atravesando por el Camino de Cintura, los Cerros de Bellavista, Concepción y Alegre y llegando al fin, al Cerro de la Cordillera.

Aquí estaba el sitio del festejo que era un amplio terreno destinado a la primera Población Modelo para Obreros que se iba a levantar en Chile.

"Una muchedumbre inmensa, decía la Unión del

(1) Adela Edwards de Salas en la Conferencia que dió sobre su abuela en el Centro de Estudios Femenino de la Universidad Católica en 1943.

11 de Enero de 1898, aclamaba allí a la señora Ross de Edwards y al Presidente de la República mientras éste descendía del carruaje y era conducido al primer edificio donado a los obreros, para presidir el acto de inauguración, como un aplauso y un estímulo al gesto de tan profundas proyecciones sociales de la señora Ross de Edwards”.

En el recinto improvisado se hizo silencio. Un silencio que bajó hasta el fondo de las almas de los espectadores.

Sobre el estrado había aparecido una figura vestida de luto, alta y muy juvenil, de profundos ojos oscuros, llenos de intensa emoción (1). Con voz reposada pronunció el muchacho ante el enorme auditorio, las siguientes palabras:

“Excmo. Señor, Señores Ministros, Señores”.

“Sobreponiéndome al estado de mi ánimo, abatido por una desgracia reciente e irreparable, vengo a cumplir con un agradable deber, entregando a la ciudad de Valparaíso esta población obrera”.

“Que ella sirva de alivio y bienestar a los que luchan por la vida con el sudor de la frente; que ella demuestre al pueblo que si la Providencia no repartió por iguales partes los dones de la fortuna, fué para proporcionar a unos la felicidad de aliviar a otros ¡aproximación hermosa entre el pobre y el rico! Aproximación necesaria porque tanto ha de menester el obrero del capital como el capital del obrero”.

“Esta convicción, señores es la primera piedra de la población que vengo a entregar; es la base y es la mente de este donativo”.

(1) Era el nieto mayor de doña Juana, hijo de don Agustín Edwards Ross, don Agustín Edwards Mac Clure.

“Cumplido este deber, réstame el de gratitud al Supremo Gobierno y a todos los presentes por la benevolencia con que han mirado la obra y han asistido a su inauguración”.

Al acallarse la voz surgió del fondo de los pechos de mil obreros una aclamación ardiente: vivas y aplausos a doña Juana, a su nieto, don Cucho nuevo, y al Presidente Errázuriz.

Escuchemos ahora el discurso del Ministro del Interior, don Antonio Valdés Cuevas, y comprendemos el por qué de tanta ceremonia.

“Entre las empresas más benéficas llevadas a cabo por la iniciativa privada en pro del bienestar y del mejoramiento moral de nuestro pueblo, ninguno quizás, merece mayor encomio que la fundación de estas casas para obreros. Tales construcciones existen en todos los centros populosos e industriales de las naciones más adelantadas y en nuestro país son una necesidad sentida, si se considera el todavía defectuoso estado de salubridad y aseo de nuestras ciudades y los hábitos de las clases trabajadoras”.

“Valparaíso cuenta, desde hoy, con una institución de esta naturaleza, que procurará a la familia del artesano honrado una habitación cómoda, higiénica y al alcance de sus modestos recursos”.

“La mano generosa de una noble matrona, cuyo nombre encontraréis siempre ligado a todo acto de caridad y desprendimiento en favor de los desheredados de la fortuna, es la que forma este extenso barrio de pequeñas propiedades que el obrero de buena conducta puede hacer suyas, mediante el pago durante corto tiempo de una módica suma”.

“Pero la bondad de la idea de ella no llega solamente allí, pues el producto íntegro de esas sumas está destinado a edificar nuevas casas, que sirvan

para el mismo objeto. De manera que la grandeza e importancia de la obra no tiene límites en su desarrollo y crecerá de día en día, a la par que su influencia bienhechora”.

“El hombre de trabajo tendrá en esta población un estímulo poderoso que le hará amar su hogar, practicar el ahorro y andar por el camino recto de la moralidad apartándole del vicio”.

Por eso, señores, esta fiesta tiene el carácter de un fausto acontecimiento de alta trascendencia social, que marcará una época memorable en la vida de este pueblo, culto y laborioso”.

“El Gobierno ha querido concurrir a ella porque comprende que a la prosperidad de la clase obrera está íntimamente vinculada la felicidad y progreso del país y porque también estima un deber de justicia dar un testimonio de aplauso y elogio a la virtuosa señora, doña Juana Ross de Edwards, quien guiada por los sentimientos más puros y laudables de caridad y patriotismo, ha invertido ingentes sumas en una obra filantrópica de grande interés público, comprometiendo con ello la gratitud nacional”.

Después de este discurso, se procedió a extender el Acta de la inauguración.

Firmada el acta por el Presidente, los Ministros de Estado, el Comandante General de Marina, el Ex-Intendente de Valparaíso, don Eulogio Altamirano, el gobernador Eclesiástico don Ramón Angel Jara y otros caballeros, fué introducida en un frasco lacrado y sepultado éste bajo la piedra colocada por el Jefe de Estado, después de haber sido bendecida por el señor Angel Jara, como base de los futuros edificios.

Luego don Eulogio Altamirano, dejó escapar su

entusiasmo en elocuentes frases con las cuales, después de saludar a Valparaíso como “cuna de patriotas, nido de valiente, escuela de trabajo y teatro de grandes virtudes y hermoso apostolado de la caridad y del bien”, le recordaba la deuda de gratitud que tenían con la gran benefactora que vivía en medio del pueblo porteño como una madre, sirviéndolo en cada momento o situación de angustia y de dolor”.

“Los beneficios que no ha podido ocultar porque consisten en edificios, en construcciones que se alzan sobre el suelo nos son fáciles de inventariar, pero son de inventario imposible las lágrimas que enjuga en secreto, los hogares en que hace penetrar un rayo de consuelo y de esperanza”.

“Se podrá calcular la extensión de este segundo inventario el día en que nos deje para volar al cielo, ¿Cuántos niños sin madre, cuántas madres sin apoyo, cuántos desgraciados sin esperanza quedarán entonces?

¡Oh, quiera Dios alejar de nosotros ese día!”

“Extraño destino el de esta noble matrona, e inescrutables los designios de la eterna justicia”.

“Ella vive para el bien. Aun no termina una grande obra emprendida y ya tiene otra estudiada y en vías de realización”.

“Y cuando es ésta la ocupación de su vida, la mano del destino la agobia con pesares cada vez más crueles”.

“El esposo querido cae y la abandona y uno a uno se van y la abandonan también los numerosos hijos que habían nacido para formarse al calor de sus virtudes y de su noble y hermoso corazón”.

“Ayer no más, el último de sus hijos, que era un gran patriota y a ejemplo de su madre, un gran

filántropo, ha caído derribado por obra de larga y cruel enfermedad”.

“Ella no ha mirado al cielo para preguntar por qué se le somete a tantas y tan duras pruebas, sino para pedir una nueva y feliz inspiración”.

“Y he aquí, señores, como contesta al último golpe de su cruel destino”.

“Crea un barrio para obreros, forma hogares para las familias de los hombres de trabajo, construye casas que tengan luz abundante y aire puro, casas que el obrero juicioso y honrado podrá adquirir con facilidad, realizando así el primero y más justo deseo de todas las esposas, de todas las madres...”.

“Señores:

“La antigua Roma presentaba con orgullo a la madre de los Gracos como a su joya más preciosa”.

“Que Valparaíso, como la antigua Roma, vele con cuidado y ame y venere a esta bella encarnación de la caridad inagotable y que, más tarde, levante sobre pedestal de duro granito su estatua, para enseñanza y para ejemplo también, para pagar de algún modo la deuda de gratitud hacia ella”.

He aquí, pues el nuevo surco abierto por la genial sembradora, bajo el signo de sus estrellas.

Su intuición asombrosa — sin necesidad de manuales sociales, ni estadísticas — le enseñó que existía en Chile otro pavoroso mal peor que la tuberculosis, porque fuente y madre maldita de esa enfermedad y de mil otras y de vicios y degeneración sin fin: la nula o mala habitación para el obrero.

Privadamente, en sus haciendas ella, desde el primer día, arrasaba todo lo que olía a miseria y a abyección y con grandísima diligencia levantaba buenas casas a todos sus inquilinos.

Ella no podía edificar habitaciones para todos los obreros de Chile, pero la idea de que esa obra debía realizarse, y cuánto antes, la tenía en constante tortura. Según lo supieron personas íntimas, el gran sacrificio que hizo de poner, por una vez en su vida, a un lado la modestia exagerada de su temperamento, fué fruto únicamente de esa tortura. Quiso que el Gobierno y la opinión pública abrieran los ojos ante el negro, vergonzoso abismo que significaba para la Patria la lepra de los infectos ranchos y conventillos. Por eso deliberadamente permitió, y hasta quiso que la inauguración de la primera *población Obrero en Chile* se revistiera con un brillo oficial muy contrario a su habituado modo de esconder a su mano izquierda lo que hacía su diestra.

Justo es que se cumpla el voto emitido por el señor Altamirano de levantar una estatua que represente a la Señora; pero justo es también que, a un mismo tiempo, apreciando el sacrificio que hizo, se obedezca a su insinuación, se continúe la obra que ella emprendió.

Aún faltan, según recientes estadísticas, 300.000 casas para obreros en Chile.

Ella quiere verlas surgir; este es uno de los motivos, sin duda, porque la Providencia ha permitido que su nombre sea, al fin recordado y ensalzado y puesto en candelabro que merece, en el país que ella amó y en que tan efectivamente puso en práctica su amor.

LA OBRA DE SAN JUAN BOSCO Y DOÑA JUANA

San Juan Bosco es el santo de los tiempos modernos; el santo del ideal eminentemente popular; el enviado al pueblo al nacer el día de las reivindicaciones sociales; el gran vidente sobre el problema del obrero; el reconstructor inteligente de la humanidad, embrutecida y espiritualmente fracasada entre las máquinas y los motores de las fábricas.

El tomó al muchacho pobre, al hijo de ese obrero materializado y alejado de Dios por obra de los diabólicos conductores llenos de tremendas responsabilidades. A ese muchacho sucio de alma y de cuerpo, amargo desde su nacimiento, evitado como una peste por la pulcra aristocracia, le hace alzar la cabeza hacia las estrellas, le hace cultivar un nardo en el pecho, le pone luego las herramientas de un noble trabajo en las manos, y lo devuelve a la sociedad diciendo:

—He aquí a tu hermano.

Este es el estilo de las reivindicaciones de San Juan Bosco. Y el Evangelio de Jesús. ¿Qué otra cosa fué sino una divina aurora de reivindicaciones, espirituales y sociales?

¿Cómo consiguió el Santo su fin? ¿Qué fué su método?

Al niño de arrabal, desgraciado, le dió alegría,

haciéndose él mismo un fabricante de juegos y de risas.

Al niño inclinado al mal le dió vigilancia amorosa, cultivo y cuidado de jardinero. Es lo que se llama sistema preventivo: evitar las ocasiones de faltas y evitar así los castigos que deprimen.

Al destinado al fracaso, a los vicios, a la miseria, le enseña en los Talleres un oficio, lo perfecciona en ese oficio y lo convierte en un miembro social útil, capaz y digno.

Se admiraba, grandemente un magnate británico al ver reunidos en una sala de colegio Salesiano, a más de quinientos alumnos de familias del pueblo, estudiando todos en perfecto silencio. Pregunta al santo:

—¿Cómo consigue Ud. esto?

—Por un medio que sólo los católicos poseen: La Misa bien oída y la Comunión frecuente.

Esta es la Obra de San Juan Bosco, el santo que al niño abandonado y despreciado por una sociedad paganizada que nunca le dió oportunidad de elevación o de reforma, lo incorpora a esa misma sociedad como elemento de progreso material y de depuración y adelanto espiritual.

¡Figurémonos si sería doña Juana simpatizante de la Obra de San Juan Bosco!

Los primeros hijos del santo llegaron a Chile — Concepción — el 4 de Marzo de 1887, traídos por el sacerdote don Domingo Cruz.

Siete años después, doña Juana los instalaba en la hermosa y extensa quinta que había comprado a don José Waddington, con el fin de levantar un nuevo hospital.

En vez del hospital proyectado se levantó pues, allí un vasto establecimiento de educación el que comprende un Kindergarten, una Preparatoria, el estudio de las Humanidades para el bachillerato, destinado a los niños que desean seguir las profesiones superiores o las actividades comerciales, y la Escuela Profesional de Artesanos, o de Artes y Oficios, con los ramos de sastrería, mecánica, carpintería, imprenta, litografía, etc.

No solamente en Valparaíso puso su alma doña Juana y su fortuna a la disposición de los hijos y discípulos de San Juan Bosco. Ayudó poderosamente a la fundación de un Establecimiento Salesiano en La Serena (1).

Y aparte de los auxilios constantes prestados por la señora a esos dos Establecimientos, fuentes de una renovación social y nacional inapreciable, instituyó en su testamento los siguientes legados:

“Lego \$ 200.000 a los señores Obispos don Juan Caglieri y don Santiago Costamagna, y a los sacerdotes don Domingo Tomaris, don Luis Costamagna, don Crisóstomo Gavioto y don Domingo Soldati (todos de la Congregación de los Salesianos) para que destinen la renta que produzcan de la manera siguiente:

“La renta de \$ 100.000 al sostenimiento de los Talleres Salesianos establecidos en Valparaíso para la enseñanza de niños pobres. La de \$ 50.000, para el mismo objeto en la Casa de los Salesianos establecida en la Serena; y la de los otros \$ 50.000, la destinen al auxilio de las Misiones de la Tierra del

(1) Esta fundación la hizo doña Isabel Varela en su quinta de la Serena.

Fuego, a cargo de los Padres Salesianos" (2).

Una plancha de mármol blanco, colocada en sitio de honor en el Establécimiento de los Salesianos de Valparaíso, ostenta la inscripción siguiente:

La Munificencia y la Caridad Cristiana
de la Señora

Doña Juana Ross de Edwards

han fundado esta casa

para gloria de Dios y bien del pueblo

Los niños que aquí se forman

para la Virtud, el Trabajo y el Bien,

han de bendecir siempre

el nombre y la memoria de su Insigne Bienhe-
chora.

(2) Es de todos conocida la labor admirable de civilización que los Salesianos desarrollan en las regiones australes de Tierra del Fuego.

ENTRONIZACION DEL AMOR

Era el 24 de Junio del año 1904, día de San Juan Bautista, día onomástico de doña Juana.

La gran casa de la Plaza Victoria, estaba de fiesta. Desde temprano se esparcía por galerías, pasadizos y salones el perfume de exquisitas flores del asoleado invierno, juncos y margaritas y camelias.

Doña Juana vestía su mejor traje y su semblante se iluminaba con reflejos de una feliz emoción. Sentada frente a un altar levantado por sus manos en el salón principal, parecía estar esperando ansiosa la llegada de algún personaje.

De pronto se oyeron pasos apurados y livianos, y luego entró al salón un sacerdote muy joven, muy delgado, de físico insignificante y débil, de expresión sellada, en cambio, por el cuño de una fuerte personalidad y encendida por la luz de los ojos que revelaban una pasión extraordinaria.

Se incorporó la señora para saludar al sacerdote.

Revestido este con sobrepelliz y estola, bendijo la imagen del Sagrado Corazón que reposaba sobre el altar de luces y de flores.

Doña Juana se había arrodillado y junto a ella su hermana, la única que le quedaba, doña Carmen.

Cayó también de rodillas el sacerdote, después de bendecida la imagen; y dejaron escapar sus labios las palabras de una divina inspiración; venían

los murmullos de su pecho, como las lenguas de un incendio, estallado en una casa, se escapan por los muros y los techos.

Le temblaba la voz.

“Entra Señor, y queda en esta morada... Sed han sentido nuestras almas de Ti, y han hallado las Aguas vivas — las que saltan hasta la vida eterna — en tu costado herido”.

“Permanece entre nosotros, oh Sacrosanto Corazón, pues ansias supremas sentimos de amarte y de hacerte amar, y Tú eres la Zarza ardiente que ha de abrazar el mundo para regenerarlo, al fin”.

¡“Ah! que esta casa sea tu refugio, tan dulce como el de Betania, donde encuentres solaz en las almas amigas que han escogido la mejor parte en la intimidad venturosa de tu Corazón. Sea éste, Salvador amado, el asilo cariñoso del Egipto, en el desierto de tus amigos. Ven, y quédate... pues en esta casa, bien lo sabes, se quiere con entrañable amor a la Virgen María, esa madre tan tierna que Tú mismo nos diste”.

“Ven, ven a llenar con tu presencia deliciosa los vacíos que la muerte ha hecho entre nosotros”.

“Ven, porque se acerca tal vez para nosotros la tarde angustiosa de nuevos pesares y declina el día fugaz de nuestras ilusiones. Quédate con nosotros porque anochece, y, el mundo perverso quiere envolvernos en las tinieblas de sus negaciones y nosotros te queremos a Ti, porque solo Tú eres el *Camino*, la *Verdad* y la *Vida*. Sí, Señor, establece aquí tu Tabernáculo, a cuya sombra vivamos de tu compañía, nosotros que te proclamamos nuestro Rey, porque no queremos que otro reine sino solo Tú”.

“Viva siempre amado, bendecido y glorificado

en este hogar, el Corazón triunfante de Jesús: venga a nos tu Reino. . .”

“¡Vénganos tu Reinos! Amén (1).

Aliviado el ardor de su alma, posó el joven largamente la mirada sobre la imagen dulcísima de Jesús Rey, el más hermoso entre los hijos de los hombres, cuyo rostro peregrino arroba en éxtasis perpetuo a los Angeles en el Cielo; que por el amor a uno solo de los hermanos suyos de la tierra es capaz de sufrir toda la sangrienta pasión de nuevo; que ofrece, que da su corazón, y con él la dicha, el perdón, el amor.

Doña Juana también clavaba su mirada clara en la bendita imagen entronizada en su hogar.

Su hogar. . .

Había sido devastado. La Cruz había abierto en él descomunales brazos.

Los dolores de toda especie abrieron esas puertas de par en par; caravanas de harapos, paralíticos y muecas reflejaron su paso en los cristales; rebotaron los muros ecos de cuanta queja y lamento exhaló la patria en cincuenta años.

Podía entrar a reinar el Señor del Evangelio donde cada día transcurrido fué una página vivida del Evangelio. Podía entrar como a morada propia El que su mensaje divino atestiguó diciendo: “Los ciegos ven, los cojos andan. . . y a los pobres les es anunciado el Evangelio”. (2).

Podía enternecerse allí esa divina entraña, ante el ansioso “Quédate conmigo, que ya anochece” (3)

(1) Estas palabras del Padre Mateo han quedado como fórmula oficial en la Obra de la Entronización del Sagrado Corazón en los hogares.

(2) Mateo 11.

(3) Lucas 24.

de la que nunca le negó a El — divino Mendigo — el valor de un sacrificio, como ni la limosna y el consuelo, el alimento, el vestido — que dado a un pobre es dado a El.

Había hueco, hasta un abismo había, cavado allí para el Océano — Amor, que no busca sino llenar vacíos, y no los halla — porque todos los vasos creados están llenos de su pequeña savia blanca.

Había a sus divinos pies un inmenso corazón, anchado por el amor y vaciado por el sacrificio.

Y Jesús se daba en la medida de esa anchura y de ese vacío doloroso.

Terminada la ceremonia, se despidieron esas dos almas, marcadas con grandes destinos.

El, hoy día camina todavía por la redondez del mundo, corta para su celo. Es el apóstol universal, el Padre Mateo Crawley Bovey. Nació en Arequipa pero vino a Chile pequeñito y esta es, para su alma, su patria. Aquí fué consagrado sacerdote y Chile, Valparaíso, fué su primer campo de acción.

Suscitado por Dios para encender en todas partes el fuego del Cielo, mientras que el mundo atraviesa las más horribles convulsiones, mientras que una Babel tras otra se levantan con demencia y crueldad para — como todas las babeles — venirse abajo; mientras que la humanidad ilusa pende de un jefe y luego lo bota para buscar una nueva salvadora, él, ignorado por la Política de los hombres, va avanzando la obra del Gran Resurgimiento, obra que no será uno de esos fenómenos históricos que apasionan un día y luego quedan para las crónicas, sino que una eterna fijación nuestra en la "*Liber-tad del Amor*".

Ya lo sabe seguramente el lector:

Hace más de dos siglos se apareció Jesucristo a un humilde religiosa francesa, llamada Margarita María y le dijo, mostrándole su corazón que tenía en la mano: “He aquí al corazón que ha amado tanto a los hombres”.

Y le pidió que fuera ella la intérprete de su deseo que consistía en “manifestar a los hombres su corazón, con todos los tesoros de amor misericordia, gracia, santificación y salud que contiene”. Y le dijo que “a cuántos quisieren darle y procurarle el amor, la gloria y el honor que pudieren, los enriquecería, otorgándoles con abundancia y profusión estos divinos tesoros del *Corazón de Dios*, que es la fuente de donde manan.

Y le dijo que deseaba que le honrasen bajo la figura de ese corazón de carne, cuya imagen quiera sea expuesta... y que donde quiera que sea expuesta esa santa imagen para ser honrada, allí derramaría sus gracias y bendiciones”.

“Es esta devoción, dijo el Señor a Margarita María, el esfuerzo supremo de su amor que quiere favorecer a los hombres en los últimos siglos con este linaje de redención amorosa... para colocarlos bajo la dulcísima libertad del imperio de su amor. (1).

Han pasado desde esa conversación misteriosa más de dos siglos y medio. ¿Qué vemos sino que todo parece obedecer a los anuncios proféticos para el fin... y que, al mismo tiempo, de una manera prodigiosa avanza la confianza y el amor en el divino Corazón.

(1) De la relación que hizo Santa Margarita María al Beato Claude de la Colombiere el 3 de Noviembre de 1689.

En el año Santo de 1900, Su Santidad León XIII lanzaba su Encíclica "Aumum Sacrum", en la cual, después de publicar solemnemente la realeza universal de Jesucristo, proclamaba a la discípula del Señor, Margarita María "prodigiosamente elegida para propagar el culto del Divino Corazón".

Dice luego:

"Nos juzgamos que ha madurado el tiempo para efectuar los designios de Dios".

"Cuando la Iglesia, al nacer, se veía oprimida bajo el yugo de los césares, apareció en el cielo una Cruz, augurio de la espléndida victoria que inmediatamente a este milagro se siguió. He aquí que hoy tenemos ante nosotros una nueva felicísima y divinisima señal, el Sacratísimo Corazón de Jesús..."

"Es allí donde debemos colocar toda nuestra esperanza y allí pedir y buscar la salvación".

Estaba oficialmente promulgado, con esta Encíclica, el Reinado Social de Jesucristo por su Sagrado Corazón. Y establecía con preferencia y sabiamente sus reales en la célula misma de la raza humana, el *hogar*. Así el "*yo reinaré*" se cumple, no por la guerra de exterminio sino por la conquista de cada manantial de vida, que es la familia.

"Yo bendeciré las casas en las cuales la imagen de mi Corazón sea expuesta y venerada. Pondré y conservaré la paz en sus familias. Derramaré copiosas bendiciones sobre sus empresas. Seré el refugio seguro de ellos en vida y especialmente en la hora de la muerte".

Así dijo el Señor a Margarita María.

Y he aquí que el Apóstol surgido de nuestra Iglesia de Chile es escogido para heraldo de estas promesas. Son miles, acaso millones los hogares, consagrados por él al divino Corazón, que proclaman

a Cristo único Soberano y Rey, y que han inscrito sus nombres en los *Libros de Oro* guardados preciosamente en Paray Le Monial, al lado de la urna de Santa Margarita María (1).

Pero ese día, en la casa de nuestra doña Juana, se iniciaba en su misión. Su sueño, por primera vez, se convertía en la más dulce realidad. Encontraba en el hogar de la señora la puerta por donde iba a volcar al mundo el ardor que adentro no le cabía y que había sido encendido allí con el fin de abrazar a muchas otras almas en el divino amor. (2).

Ese día, por primera vez (3), obedecía a su vocación, la que, después de un medio siglo casi, lo tiene físicamente agotado pero más que nunca enamorado de ella, Pablo de los tiempos modernos, predicando en todos los idiomas, para todos los pueblos y las razas sin distinción ninguna, no tanto el "*escáncalo de la Cruz*" (4) como el Misterio del Corazón.

(1) En 1925 tenían su Libro de Oro con los nombres de los hogares consagrados al Sagrado Corazón las siguientes naciones: Francia, Italia, Inglaterra, Austria, Dinamarca, Grecia, Holanda, Irlanda, Portugal, Malta, Estados Unidos, Argentina, Brasil, Uruguay, China, India, Siria y Líbano.

En ese año todavía no figuraba en la lista el nombre de Chile.

(2) "He venido a encender fuego y ¿qué quiero sino que arda?" Lucas XII.

(3) El hogar de doña Juana fué el primero, en Chile, y en el mundo consagrado al Sagrado Corazón con la ceremonia de la Entronización de la Obra ahora mundial del *Reino Social del Sagrado Corazón de Jesús*, por el Padre Mateo. El mismo, recordando ese día con emoción, se lo dijo, en Roma, al primer Capuchino chileno, el Padre Francisco de San Miguel.

(4) I. Corintios 1, 23.

En cuanto al teatro que juntó un día a esas dos almas, símbolos de las dos fases del Amor, amor a Dios y a nuestros hermanos... y que fué la cuna de una práctica, bendecida prodigiosamente en el mundo entero, fué objeto de la ira del Infierno.

Escasamente dos años después, esa casa se derrumbaba estrepitosamente y, presa de las llamas, desaparecía.

Son así las venganzas de la envidia desgraciada.

Pero el Hijo de Dios dijo:

"Reinaré a pesar de mis enemigos".

Se ha visto muy claro, en incontables casos de iracundas reacciones, el efecto que hace sobre el infierno la devoción al Sagrado Corazón.

Mas ¿qué puede él sino a lo sumo amontonar ruinas que, en todo caso y de todas maneras, tendrán con el tiempo que ser ruinas y nada?

Guerras, terremotos, hambres, muertes y pestes... ¿vué importa tanto, al fin, la cabalgata apocalíptica del odio, si estamos viendo como despunta la aurora maravillosa del Amor?

Se vino abajo con estrépito la casa de la primera Entronización del Amor.

Pero, purificado aun todavía más ese lugar por el fuego, no fué olvidado de Dios.

Hoy se juntan allí, cual grandes alas de serafines, las anchas bóvedas románicas de una Catedral. Allí sube el incienso. Es el lugar por excelencia sagrado de la ciudad de Valparaíso. (1).

(1) Doña Juana regaló el terreno y don Agustín Edwards Ross dejó en su testamento un cuantioso legado para

Allí Dios mismos mora entre los hombres en su Tabernáculo de paz. Allí entra el pobre a su magnífico Palacio suyo, a comer a su Banquete suyo, la Vida plena y la riqueza indecible del Reino de los Cielos.

que se levantara allí un templo en honor de Nuestra Señora del Carmen.

Esta iglesia, es la nueva Catedral de Valparaíso cuya primera nave fué bendecida por S. Excmo. Señor Obispo Lira en Diciembre de 1943.

LA NOCHE TRISTE

Un día más se moría en el seno de una noche tranquila, destinada a llevarnos suavemente al surgir de otro día.

Mas, el ritmo sabiamente gobernado por la naturaleza, iba a tener una brusca y dolorosa conmoción.

Todo Santiago, apagándose la actividad de ese día, 16 de Agosto de 1906, se replegaba a sus habitaciones; se sentaban las familias en torno a la mesa cuando un temblor de magnitud inusitada sacudió con violencias las casas. No hubo quien no se precipitara a la calle, donde no tardó en sentirse el segundo y más tremendo remezón.

Lloviznaba y el cielo miraba a la turbada tierra entre extraños resplandores, rojizos y lívidos a la vez. Parados en la calzada, lo más lejos posible de las fachadas cuyos estucos continuaba desprendiéndose, viniéndose al suelo con un estruendo que ponía el colmo al pánico de la hora, los habitantes de la capital clamaban al Cielo misericordia.

Contados fueron los que, después de esas dos recias sacudidas de la tierra se animaron a volver a sus casas y a ponerse a dormir en sus camas como de costumbre.

Se vió entonces en Santiago un extraño espectáculo; por las distintas calles que desembocaban en las plazas, venían procesiones de personas con sus

almohadas y frazadas y hasta colchones a cuesta. Cada plaza de Santiago fué, esa noche, un gran campamento y todas las bancas lechos.

En la Plaza de Armas, muchas familias se acomodaron a pasar la noche en sus coches. Se temía la repetición del fenómeno sísmico y los nervios tardaban en reponerse del susto.

Sobre ese ambiente enervado se cernía una trágica interrogación:

¿Qué había sucedido en Valparaíso?

Todas las comunicaciones, telegráficas, telefónicas y de ferrocarriles habían quedado bruscamente interrumpidas; corrían de boca en boca los más lúgubres pronósticos; no faltaba alguien que opinara que Valparaíso y sus alrededores habían desaparecido, tragados por el mar.

Y ¿quién, en Santiago, no tenía un pariente, un socio, un amigo, una novia en el Puerto o en Viña del Mar?

Pintábanse en las imaginaciones cuadros horrorosos y la angustia de algunos llegaba hasta el paroxismo.

Por fin llegó, con las primeras luces de la aurora un correo a caballo, salido de allá a galope tendido (1).

Valparaíso estaba destruído e incendiándose. Miles de muertos yacían bajo sus escombros; levantado el mar en enormes montañas, había sin embargo, respetado a la ciudad y dejado libre el campo a las llamas.

(1) Los automóviles en ese año eran todavía contados, y no eran capaces de hacer el recorrido entre el Puerto y la capital, como tampoco los caminos eran aptos para esos viajes.

Cada uno que tenía allá a un ser querido, al oír este relato, lo evocaba temblando. El trágico panorama traído a nuestras mentes por el fatídico correo no podía ser explorado.

¿Adónde estaba el hermano, el amigo, la novia, la abuela...? Ni el telégrafo dijimos, ni el teléfono, ni la línea del tren estaban en estado de contestar a la angustiada pregunta.

Santiago y Valparaíso son dos hermanas. En esa noche fúnebre se había roto entre ellas todos los lazos y en la mente de los habitantes de la capital se había abierto un abismo horriblemente doloroso.

Poco a poco, sin embargo, fueron llegando más correos lanzados al galope... cartas, billetes...

Valparaíso existía, afianzada sobre el respaldo de sus montañas; si innumerables familias, habían de vestir doble y triple luto, muchos hijos buscaban todavía, con mezcla de esperanza y de terror, a sus padres y hermanos entre los escombros y muchos seres amados, familias enteras privilegiadas habían escapado ilesas de la muerte.

¿Adónde estaba doña Juana? ¿Adónde y cómo pasó la señora esa terrible noche?

La encontraremos en la Plaza de la Victoria, bajo el tabladillo de la música, refugiada allí de la lluvia que caía, rodeada de su hermana y otras personas de su familia. Los temblores continuaban sucediéndose momento a momento y el resplandor de los incendios iluminaba la pavorosa escena.

En esa plaza, en ese corazón palpitante de la ciudad asolada, la señora hace centro; ella es el vivo corazón, la síntesis de todos los dolores de esa aciaga noche de Agosto.

Tiene setenta y seis años de edad. Su casa se

derrumbó detrás de sus espaldas, en nubadas de polvo y ruido ensordecedor. Ella está enhiesta, sin embargo, y piensa en los demás, en los suyos, los muchos, los innumerables suyos en las cuatro direcciones cardinales de la región amagada.

Varios sacerdotes recorren las calles obstruidas por los escombros, dando la absolución a los moribundos; los heridos son traídos a ese único recinto abierto que es la Plaza de la Victoria y allí son atendidos por el Gobernador Eclesiástico, don Eduardo Gimpert (1) y por el Párroco del Espíritu Santo, don Cristóbal Villalobos, íntimo amigo de la casa Edwards Ross, quien, durante la noche, realizó la más admirable labor.

Al ver pasar a este sacerdote doña Juana lo llama y le suplica trate de abrirse paso hasta la Casa de Dolores y hasta el Asilo de las Hermanitas de los Pobres.

Es don Luis Ross quien nos relata ahora:

“Sin preocuparse de los inmensos perjuicios sufridos en sus intereses, *a las nueve de la noche* (2) tenía ya concertado el plan de acción por desarrollarse; para lo cual vino en ayuda su hermano y apoderado general, don Agustín Ross.

1.º Auxiliar inmediatamente a los establecimientos de Beneficencia.

2.º Pedir, sin pérdida de tiempo, a los administradores de sus haciendas, a San Isidro de Quillota y la Peña de la Calera el envío, a la mayor brevedad posible, de todo el ganado, vacas lecheras y frutos y granos que hubiere disponible. Y que en los fundos cercanos a los de ella se comprara lo que se pudiera,

(1) Después primer Obispo de Valparaíso.

(2) El terremoto tuvo lugar a las 8 P. M.

con el mismo fin de auxiliar a los habitantes de Valparaíso.

3.º Prestar toda la ayuda posible a las poblaciones de Nogales, Calera, Llay-Llay y San Felipe, vecinas a sus fundos.

4.º Iniciar sin demora, la reparación o reconstrucción de los establecimientos de beneficencia que ella había construido.

“A las 10 y media de la noche de la catástrofe se iniciaba el traslado de los enfermos del Hospital San Agustín al local donado a los Salesianos por la Señora, antigua Quinta Waddington. En seguida se pedía a los dueños de los almacenes de provisiones de la Avenida de las Delicias que enviasen inmediatamente, por cuenta de ella, al asilo del Salvador y a los Salesianos, la mayor proporción posible de leche condensada, de conservas, de azúcar, té, café, harina, arroz, fideos, etc., etc., la noche entera fué una ardua labor, que me tocó presenciar y en la que pudimos tomar parte”.

“Los primeros rayos del sol, al amanecer del 17 de Agosto, hicieron destacarse con nitidez un espectáculo de horror y de desolación”.

“A esa hora, don Carlos R. Edwards M. (1), quien había acudido desde Viña del Mar, en donde residía, pudo llevarse, después de grandes dificultades, en un carruaje, desde la Avenida de las Delicias, a su abuela doña Juana y a su tía abuela, doña Carmen Ross Edwards”.

Doña Juana se dejaba llevar. Un misterioso destino le arrancaba ahora del sitio de sus amores, caridad y desvelos de una vida entera. Y en su alma

(1) Nieto de doña Juana, hijo de don Agustín Edwards Ross.

llevábase un dolor suplementario, el que, en su largo camino de cruces, fué acaso el más tremendo de todos.

Recordemos que doña Juana hizo venir de Francia a las Hermanitas de los Pobres. Estaban muy bien instaladas en su edificio de la calle Colón a cargo de muchos ancianos y ancianas. Eran estas religiosas, las más íntimas y queridas amigas de su Bienhechora.

Esa noche, después de haber terminado sus tareas y de haber dejado a sus protegidas en sus limpios lechos, las religiosas se habían reunido en el Oratorio de la Comunidad para rezar sus oraciones de la noche. Apenas sintieron el primer tremendo remezón, corrieron a las salas donde dormían los ancianos. Mas, con esa sacudida se derumbó el segundo piso y ocho de esas abnegadas servidoras de los pobres quedaron sepultadas y una gravemente herida entre los escombros.

El ruido y los gritos que se oían de todas partes y la entera oscuridad, impidieron a las demás hermanitas tener conciencia de la terrible desgracia y las que vivían todavía corrieron hacia los dormitorios. Sólo después de sosegada un tanto la tierra, echando de menos a sus compañeras, principiaron a llamarlas. Sólo gritos de dolor que salían de entre los escombros contestaron a sus llamados. Ayudadas de algunos de los ancianos, pusieron en lugar seguro a la hermana Sainte Christine y prosiguiendo su penosa tarea, a la luz vacilante de una vela, descubrieron los cadáveres horriblemente mutilados de las hermanitas: Justine, Aimée, Abel de la Présentation, Joseph Ursule, Apolinaire de la Providence, Hortense, Gatiennne des Saints Apotres, Teresea Mar-

celina, Felicia de San Antonio; siete francesas y dos españolas.

El mismo primer remezón había derribado una parte del dormitorio de las ancianas; cuatro de éstas murieron aplastadas.

Esta fué la horrible hecatombe que vino a poner el colmo a la carrera de duelos de la señora Juana.

Lo supo ella en la misma noche, por boca del señor Villalobos.

Con un corazón herido a muerte ahora, hizo el supremo sacrificio de alejarse del teatro de todos los imaginables dolores; ella que toda su vida había sido el centro de las aflicciones de su pueblo, ella, hasta ayer madre y capitana de cuanto movimiento de caridad social hubo en Valparaíso.

Vencida por la edad, dejóse llevar, atravesada por siete espadas.

Lívidos clarores la vieron pasar, muda, transida, entre los moribundos y los ayes, el horror de las ruínas y los incendios.

Encontró medio, no obstante, en los días subsiguientes, de trasladarse con frecuencia desde Viña del Mar al Puerto. En la Escuela "Arturo Edwards" local en que las Hermanitas y los ancianos sobrevivientes encontraron asilo, se le vió llorar amargas lágrimas y prodigar a las religiosas consternadas solícitos y tiernos consuelos.

Y mientras tenía siquiera esa gracia y ese consuelo de llorar con las que lloraban, entraban a Valparaíso unas tras otras las carretas pesadas, tiradas por bueyes; eran sus fondos que vaciaban para el pueblo atribulado enormes provisiones de harina, de

trigo, de frejoles, gallinas, huevos, corderos y hasta vacas.

Sabemos ya que, entre los sobrinos de la señora hubo uno privilegiado para otear la secreta puerta de esa alma, cerrada a las miradas del mundo.

Ese niño ya muchacho grande entonces, que quería mucho a su tía y se sentía fascinado por su grandeza, fué a verla temprano al día siguiente del terremoto; entrando de improviso a su dormitorio la encontró de rodillas. Al verlo, ella se levantó con viveza, lo abrazó y le dijo:

“Estaba dando gracias a Dios porque, al fin, soy como todos y no tengo más esa enorme fortuna y sus responsabilidades”.

Acababan de hacerle saber que casi todas sus casas de Valparaíso, y de los fundos estaban en el suelo, y que sus haciendas habían sufrido muy graves perjuicios.

LA CUMBRE

¡Qué lejos estaba, qué distante en la vertiginosa altura del dolor y del desprendimiento!

Las calles de Viña del Mar, bordadas de jardines, embalsamadas con olor penetrante a jazmín, veíanla pasar a diario, camino a la iglesia, camino a los pobres.

Creían verla pasar; en realidad ¿qué sabían de esa señora del perpetuo duelo, doblada al fin por el peso de los fecundos años, pobrísimamente vestida, de cabeza blanca estrechada en tupido velo negro, grave, huraña y humilde a la vez?

Lo que es feliz y joven según la naturaleza corpórea puede difícilmente ponerse en contacto con lo que, por la obra del tiempo y del dolor, salió de aquella etapa, o para emparedarse en la tristeza estéril, o para remontarse, de esfera en esfera, a los climas supraterrénos y divinamente estelares.

Doña Juana, la anciana que pasaba por los jardines, estaba sola. El esposo, los ocho hijos, la madre (1), ocho hermanos todos se habían ido.

No solamente los seres del cariño se habían ido; los ambientes austeros, las costumbres religiosas, el pudor severo, los gobiernos sin tacha... los íntegros caracteres... habían desfilado en su larga vida, y se habían ido.

(1) Doña Carmen murió en Agosto de 1900.

¿Qué hacía doña Juana en el proscenio del nuevo acto del mundo, que comenzaba con espíritu liviano y libre, con ansias locas de placer?

Sus nietos retozaban a sus pies, hermosos y sanos y llevando su savia en la sangre ¿qué era para ellos esa abuela sino un venerado monumento de los pasados tiempos, amado sí, pero demasiado revestido del granito de la grandeza moral para ser penetrado por las miradas inquisitivas infantiles?

Sin embargo, hay en ciertos niños una genial comprensión de las cumbres. Y no es de extrañar que, entre las suaves corolas del jardín infantil crecidas a la sombra de la inmensa encina, se despertara una respuesta, se estremeciera una fibra magnética, al influjo misterioso de la gigante virtud.

Una niñita — ya la hemos nombrado en nuestro relato — en vez de jugar se sentaba muchas veces a su lado. Nada la fascinaba como la compañía de esa anciana, al parecer tan apacible y triste, pero de cuya grandeza moral se desprendía sin duda un fluído, de aquellos que la corta ciencia humana no ha podido definir todavía. Y en el almita tierna levantaba ese fluído, ese contacto, un secreto anhelo ya hacia las grandes alturas espirituales.

La misma nieta acompañaba muchas veces a su abuela en sus salidas a visitar a los pobres. Cuenta que iban casi siempre a pie; si el visitado vivía en un barrio apartado, subían a un tranvía; tomar un coche de arriendo le parecía un lujo exagerado a la que nunca se dejó persuadir por los que con insistencia le aconsejaban tuviera un carruaje propio para su uso personal.

Llevaba consigo, en estas salidas cotidianas, un bolsón en que, además de sus limosnas en dinero,

llevaba alimentos para los enfermos, golosinas para los niños, etc.

Una vez, en un tren de Quilota a Viña del Mar, se subió un sacerdote y se sentó al lado de la anciana doña Juana que venía de vuelta de una de sus muchas calladas diligencias. Se pusieron a conversar. Antes de bajarse en su estación, el sacerdote, impresionado al ver tanta pobreza unida a tan esmerada cultura y tan fino trato, no pudo menos de buscar en su bolsillo una moneda, la que entregó a la pobre señora, pidiéndole perdón de no estar en estado de prestarle un más digno auxilio.

La señora dió las gracias, y pagó con una dulce sonrisa, sin añadir una palabra.

Poco tiempo después, ese sacerdote, al emprender una obra de apostolado, averiguó el nombre de alguna persona pudiente y generosa que lo pudiera ayudar.

Al momento le indicaron el de doña Juana Ross.

Dirigióse el sacerdote a la casa de la célebre millonaria y ¡cuál no es su sorpresa! la señora que le recibe es la pobre señora del tren.

Doña Juana no vivía pobremente, vivía como una pobre.

En sus últimos años no tuvo nunca más de dos vestidos de lana y una capa negra. Su mesa era tan frugal que no se diferenciaba en nada de la de las más pobres religiosas de convento. (1).

Una señora que, en una ocasión se quedó a almorzar con ella, contó a su familia la extraña impresión que le causaron dos cosas: la austeridad de

(1) Así lo atestiguaron dos religiosas que almorzaron un día en su casa.

los manjares y la mirada de la señora, que constantemente se iba por la ventana, hacia la iglesia vecina, y más allá. (1).

Parecía como que un secreto imán tenía la recargada de nostalgia.

¿Sería el recuerdo de sus muertos?

Pero, si había perdido, hacía mucho tiempo, el compañero de su vida ¿no le había dejado él el santo recuerdo de una fidelísima unión?

Si se habían ido sus hijos ¿no tenía para remplazarlos un poco a los cientos y cientos de huerfanitos asilado? ¿No había para su corazón la ola de consuelo que desde el fondo de nuestro ser arranca la dulce y la mágica palabra brotada de esos inocentes labios “madre”, hija de la palabra “Dios”?

¿No tenía, con la descomunal fortuna en sus manos, la posibilidad de hartarse en la satisfacción de cubrir las necesidades ajenas, de remediar los sufrimientos de sus hermanos?

¿Por qué esa nostálgica actitud, esa melancólica, más aun, dolorosa lejanía de la tierra que día a día se acentuaba?

“¿Cómo nos habría gustado, en aquel entonces — exclama la nieta — arrancar una confesión de sus propios labios y haber penetrado una vez siquiera en la intimidad de su alma?”

Crecida esa nieta, vislumbró, gracias a la experiencia que da la vida con sus cruces, el secreto que en la inconsciente juventud en vano buscaba.

Y, contestándose, añade:

(1) Esto fué en su casa de Valparaíso. La iglesia era el templo del Espíritu Santo.

“No se mira constantemente al Crucifijo sin participar de sus mismos despojos. Hemos presenciado noches de insomnio en las que, al dormirnos con nuestro profundo sueño de niño, el lejano ruido de alguien que vela a nuestro lado nos hacía abrir los ojos; y solo dos cosas distinguíamos en la penumbra de la noche: el gran Cristo de marfil de su cuarto que parecía, en su blancura amarillenta, enviar rayos al rostro de la anciana que oraba, y el plateado cabello que circundaba su cabeza como un nimbo de luz”. (1).

¿Cuál era el trance que, en participación misteriosa, desvelaba a la niña? preguntamos nosotros ahora?

¡Ah! El corazón de doña Juana fué inmensamente privilegiado y, por lo tanto, terriblemente habitado por el dolor.

No se puede amar mucho sin sufrir mucho.

Ella amaba a Jesucristo, y, en El y con El, amaba al mundo doloroso.

Y como el verdadero amor tiende a parecerse y hasta a asimilarse a lo amado, ella también, cada vez más, mientras más crecía su caridad, ansiaba ser igual a los que, como Jesucristo, sufren.

Entre ese deseo, esa necesidad de semejanza del amor, y su persona se abría un abismo: *la riqueza*.

Y esta fué su mayor tragedia.

Tragedia honda presistente, recóndita, sublime, que una sola vez dejó traslucir cuando dijo a su sobrino en un momento de conmoción — habiéndose hecho la ilusión de ver borradas las fronteras:

(1) Conferencia que dictó doña Adela Edwards de Salas en la Universidad Católica.

—Doy gracias a Dios porque al fin soy como todos.

Quería decir: como la mayoría de los hombres — que son pobres y viven en sacrificio, trabajo y dolor.

Doña Juana continuaba siendo una donante milagrosa. Continuaba sosteniendo Asilos y Hospitales y arrancando a miles de seres a la Tuberculosis y a los vicios.

Pero aquello ya no contaba para ella; sobre eso, *ella era una pobre.*

Dar grandiosas limosnas, dotar hospitales, levantar modernos edificios de caridad social... Poder hacerlo, y hacerlo como una reina, desde un palacio; ¡qué magnífica ocupación, que espectáculo modelo para la sociedad!

“¡Admiración vulgar!” dirá uno de sus panigeristas uno que conoció bien los secretos de la señora, ¡“creencia vulgar!”

“¿La caridad, consiste en dar? ¡Oh no! es inmensamente más, es darse”. (1).

Ella, que había llegado a verdadera caridad, se daba a la pobreza y al dolor.

No le bastaba haber hecho voto de pobreza (2) y ostentar ante el mundo sin temor su pobrísima figura. Su sueño tenaz la perseguía todavía.

Es que estaba destinada dar a su siglo una muy grande lección de amor.

Dios infinitamente rico; dueño de cuánto existe

(1) Padre Mateo Crawley. Oración fúnebre.

(2) No sabemos cuando hizo ese voto al cual fué extrictamente fiel.

se hizo el pobre entre los pobres, naciendo sobre paja, "no teniendo ni siquiera una piedra para almohada".

Podía salvarnos desde un trono maravilloso.

Pero Dios es el Genio del Amor.

Dios es Amor. (2).

Y por amor a los esclavos de la muerte, se hizo esclavo y moribundo. Por amor a los mendigos se hizo cuerpo desnudo, muerto de sed en una Cruz.

En el mes de Junio de 1913, la señora, en una de sus idas diarias a pie, a Misa, a la Parroquia de Viña del Mar, cogió un resfrío.

Tenía 83 años.

El resfrío se cambió en bronquitis y doña Juana cayó a la cama.

A los pocos días la enfermedad pareció dominada.

Amaneció el día de San Juan Bautista. La señora recibió todo el día a las personas que la venían a felicitar por su onomástico ¡amigos, amigas, Hermanas de caridad, representantes de instituciones de beneficencia... etc. etc....

En la tarde, compartió tranquila y cariñosamente con sus parientes más cercanos; sus nietos, don Carlos R. Edwards, doña María Luisa Edwards de Lyon y su esposo don Arturo Lyon, su único hermano sobreviviente, don Agustín Ross, sus sobrinas, doña Flora y doña Carmela Saldías Ross.

Estas personas se retiraron a sus residencias. Quedó la señora en su cama, frente a su gran Cristo de Marfil.

(2) San Juan.

Poco antes de las tres de la madrugada, llamó a la enfermera que descansaba cerca, sobre un diván.

El corazón cansado, muy cansado, se paraba de latir.

Doña Juana se tumbó sobre la almohada.

Nada se supo de su paso a la otra orilla. Sino es lo que por la fe cremos porque Dios lo dijo:

Que en su seno vació el Señor la limosna infinita, la Limosna eterna, la Limosna Maravillosa... "una buena medida, apretada, bien colmada y atestada hasta desbordarse" (1).

La vistieron con el Hábito de la Hermana de la Caridad. Entre esas tocas sagradas y entre esas albas alas, el rostro, perfilado y rejuvenecido, perdió para siempre toda huella de martirio.

(1) "Dad y se os dará y se os echará una buena medida, apretada, bien colmada y atestada hasta desbordarse. Lucas 6.

REVELACION

La muerte es una gran reveladora; esconde el cuerpo y sus limitaciones y echa a volar al fin la íntima nidada prendada de cielo.

Ella, cuyos labios silenció la humildad, adelgazaron los vencimientos, arquearon hacia abajo en trágica línea el peso del corazón, o sufrimiento de inmenso amor, tuvo, para cantar sus virtudes y esparcirlas de un confin a otro de la Patria, a los más elocuentes oradores de nuestra Iglesia chilena.

En la ciudad de su nacimiento "La Serena", el Ilmo. Obispo Monseñor Ramón Angel Jara.

En Valparaíso, el célebre Padre Mateo Crawley.

Y en Santiago, en las Solemnes Honras que se celebraron en la Catedral, (1) el genial orador, Pbro. don Clovis Montero, estremeció las naves, atestadas de gente la más distinguida de Chile, con la célebre frase que ha quedado inmortal:•

Señores:

"Al reino de los Cielos ha entrado un pobre".

Ningún epílogo más magnífico podría tener esta biografía que esos tres cantos grandiosos de alabanzas.

(1) Dos mujeres han tenido el privilegio de Honras Solemnes en la Catedral de Santiago: Doña Juana Ross de Edwards y doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux.

Léalos el lector y cerciórese que el relato ha quedado pobre en alabanza.

“Ha llegado la hora de las grandes relevaciones... Es preciso que toda la sociedad chilena sepa el gran tesoro que ha tenido” (1).

Pues “muchas son las mujeres que han allegado riquezas, mas — en tu Patria, tú, Juana, — a todas has aventajado” (2).

(1) Padre Mateo Crawley. Oración fúnebre.

(2) Proverbios de Salomón.

TRASLACION DEL CUERPO A LA IGLESIA DEL ESPIRITU SANTO

En la mañana del 26 de Junio, los restos de la señora Ross de Edwards, fueron trasladados desde su residencia en la calle de Errázuriz, en Viña del Mar, hasta el templo del Espíritu Santo, en Valparaíso, en donde permanecieron durante 24 horas.

“Durante todo el día de ayer”, — decía “La Unión” de Valparaíso del 27 de Junio —, “han desfilaro frente al túmulo erigido en el templo del Espíritu Santo, quince mil personas; testimonio eloquente del amor y de la gratitud de todo un pueblo, hacia quién no tuvo otra inspiración que enjugarse lágrimas y aliviar dolores, y en ello cifró su ventura”.

“El templo presentaba un golpe de vista, severo y triste: en el fondo, casi junto al presbiterio, se levantaba el túmulo, cubierto por un paño negro con adornos blancos. Sobre él se depositó el ataúd, que, como ya hemos dicho, es sencillísimo, escogido así para satisfacer los deseos de la señora Ross, manifestados por ella en múltiples ocasiones”.

“Doce grandes cirios arrojaban sobre él su luz amarillenta y vacilante y al pie del féretro ardían dos hachas fúnebres”.

“A la cabeza del ataúd, se alzaba una cruz blanca, y más atrás, un ángel de mármol que parecía contemplar la triste escena”.

“Al pie de la cruz, se veía una corona de rosas
“y crisantemos y rodeando el féretro, muchas otras,
“testimonio de afecto y de cariño”.

“Hermanas de Caridad, huérfanos de los asilos,
“confundieron durante todo el día, junto a la urna,
“sus oraciones y sus plegarias”.

EL DUELO NACIONAL

“En la madrugada de ayer ha fallecido en Viña del Mar, la señora doña Juana Ross de Edwards — nombre al cual no puede agregarse ninguno de los calificativos con que la galantería del periodismo suele acompañar el de las personas que ocupan un sitio más o menos importante en la sociedad, y que, aplicados a este nombre, serían como adornos de papel sobre una estatua esculpida por un gran artista; basta el nombre solo, pues él está escrito en millares de corazones, con toda la profundidad de la admiración y de la gratitud más sinceras”.

“No podemos tampoco hacer una biografía de la dama que acaba de entregar su alma a Dios, ni emprender la magna obra de los elogios que ella merece; pero si algún valor conserva la expresión de “duelo nacional”, es en este caso donde más verdaderamente corresponde, porque en realidad es el duelo de todo un país el que sigue al fallecimiento de la señora Ross de Edwards”.

“Desde nuestra niñez hemos oído pronunciar este nombre y lo hemos oído repetir siempre en todos los labios, en todos los medios sociales, con respeto por los indiferentes, con admiración por los más, con la trémula voz de la emoción, del afecto y de la gratitud, por millares de personas”.

“Algunos al oírlo, pensaban en las grandes ri-

“quezas de que la Providencia había rodeado a esta
“dama; pero el gran número pensaba inmediatamente en las grandes obras de caridad, de piedad, de
“progreso realizadas por ella, y que forman como un
“manto tibio y cariñoso que la señora Ross tendía
“sobre las pobreza y miserias esparcidas por todo
“el territorio de la República”.

“Su nombre está ligado íntimamente a la histo-
“ria de nuestra nación; fué esposa, hermana, madre
“y abuela de hombres que han ocupado y ocupan an-
“cho y honroso espacio en la política, en la adminis-
“tración pública, en las letras, en el periodismo, en
“la hacienda, en la banca, en todo lo que requiere
“vigor, nobles anhelos, altas ambiciones y limpieza
“de vida; y mientras los varones de su casa solarie-
“ga prestaban grandes servicios al Estado ella, la
“augusta dama, sembraba beneficios en lo privado, y
“su mano acudía a todas partes a llevar el socorro
“al desvalimiento y consuelo a los dolores y las lá-
“grimas”.

“Llegó a extenderse no sólo en Chile, sino en
“todo nuestro continente y fuera de él, la fama de
“sus enormes riquezas, y alguna vez salía su nombre
“en algún periódico europeo, con el aditamento de
“la señora más rica de América”. Pero aquí está lo
“admirable de su vida: aquella gran masa de sus
“riquezas, cuya décima parte hubiera sido un peso
“abrumador para encadenar a la tierra a cualquiera
“otro corazón y para turbar el sueño del propietario
“con la preocupación de sus intereses, fué como un
“par de poderosas alas con que esta santa mujer se
“elevaba por encima de la sociedad circunstante, por
“encima de todos los intereses terrenos, arrebatada
“por la caridad cristiana, hasta una altura en que

“sus benignos ojos podían descubrir todos los dolores, todas las orfandades, todos los quebrantos, a los cuales llegaba en seguida su bendita mano cargada de silenciosos donativos”.

“Por todo el territorio están esparcidas las obras visibles de su caridad; apenas hay ciudad en Chile, que no ostente un asilo, un hospital, un sanatorio, un templo o alguna otra manifestación de la piedad y de la caridad de la señora Ross; el viajero puede recorrer nuestro país de un extremo a otro y preguntar por las obras piadosas y benéficas que encuentre a su paso y en todas partes oirá repetir ese nombre, que debiera estar inscrito en innumerables instituciones y, sin embargo, estaba en muy pocas, pero que está grabado en todas las almas. Su inagotable largueza, era como una constante primavera de la caridad, pues en todas partes hacía brotar y florecer las más hermosas obras en beneficio de los enfermos, de los desvalidos, de los huérfanos, de todos los desamparados y afligidos”.

“Tanta era su generosidad y tan segura, que nunca hemos oído proyectar alguna hermosa obra, hospital, orfanatorio, instituto de caridad, escuela, sin que entre los elementos económicos que se estudiaban para la realización de tal proyecto, no se contara en primer lugar con la ayuda de la señora Ross de Edwards: su fortuna era, así, una especie de arca inagotable que había recibido de la Providencia el encargo de saldar todas las diferencias producidas por la caridad cristiana”.

“Y sin embargo, todas esas manifestaciones visibles, pero en ninguna manera ostentosas, de su espíritu cristiano y de su benéfica largueza, son la hermana menor de otras obras de caridad que el

“público no conocía, porque no estaban a la vista de “las gentes”. Por espacio de cincuenta, sesenta o más “años, han vivido en Valparaíso y en muchas otras “ciudades, centenares, millares de familias a las cua- “les la señora Ross de Edwards socorría silenciosa- “mente, ya con la habitación, ya con los alimentos, “ya con ambas cosas a la vez. La pobreza más dura “de todas, la que en otro tiempo ha sido abundancia, “la que tiene que sostener cierta decencia exterior “y esconder las privaciones en lo más hondo del ho- “gar, era una de las desgracias a que acudía más “solicita mano que nunca se cansó en el socorro de “los afligidos. Había en nuestras ciudades, millares “de almas que al elevar mañana y tarde la más her- “mosa de las oraciones y al implorar “el pan nuestro “de cada día”, bendecían, con todas las palpitaciones “de la gratitud, a la mujer providencial que se lo “enviaba calladamente y sin presentarse jamás a re- “coger los agradecimientos”.

“Que no se diga mi nombre, que no se sepa “quién lo ha hecho, ésta era su petición constante a “los que se acercaban a pedirle donativos para al- “guna obra. Y daba, y daba generosamente, y da- “ba centenares de miles, siempre que se le hacía pro- “mesa sincera y eficaz de callar su nombre; la in- “discreción de la gratitud, hiriendo la sed de silencio “bienhechor de la dama, ponía en peligro los dona- “tivos futuros para la obra en que no se le cumplía “fielmente la promesa”.

“Y la Providencia parece haber querido darle “una muerte análoga a sus obras. Acababa de expi- “rar el día de su santo, aún tardaba la aurora del “nuevo día, y a las 3 de la madrugada, en el silencio “de su pieza, acompañaba de su sola cuidadora, en- “tregó apaciblemente el alma, sin agitaciones alre-

“dedor del lecho, orando y viendo ya, con los ojos
“amortecidos para la luz de la tierra, los serenos
“esplendores del eterno día, de la luz que nunca se
“extingue; y el alma santificada por la caridad, voló
“a poseer la caridad infinita de Dios”.

“Irradiaba, en suma, de tal modo su espíritu
“le beneficencia a través de nuestra sociedad, que
“sólo después de su fallecimiento se vendrá a notar
“su obra bienhechora, por el enorme espacio que de
“jará vacío: todos gozamos de la luz sin fijarnos en
“ella, y sólo al cegarse los ojos, se siente en toda su
“intensidad el bien perdido”.

“Queda sí el consuelo de que sus hijos hereda-
“rán, antes que la fortuna de la santa anciana, su ge-
“neroso y caritativo desprendimiento”.

“Puso el pan en muchos labios, puso la luz en
“muchas inteligencias, puso el consuelo en muchos
“corazones, puso el bálsamo en muchas heridas, pasó
“por el mundo haciendo el bien: hoy goza de la
“eterna bienaventuranza, y entre tanto, irán gene-
“raciones y generaciones a levantar por ella sus ple-
“garias y a derramar lágrimas y flores sobre su
“tumba”. (1).

(1) Editorial de la Unión de Valparaíso el 26 de Junio
de 1913.

EL CORTEJO PASA...

“El movimiento intenso, el tráfico incesante de las calles, se detiene. El ruido ensordecedor de la actividad de la población, cesa un momento, y la muchedumbre se alinea respetuosamente en las veredas, tras los cordeles de la policía”.

“Parece cernirse sobre la ciudad, un ambiente de sentimiento y de respeto. Las calzadas desiertas, las muchedumbres de las veredas, con aspecto entristecido y serio, y sobre todo esto, ese silencio extraño en los centros de mayor bullicio, revelan un duelo muy hondo y un pesar muy grande”.

“El desfile comienza. Cuatro carros atestados de coronas y de flores, — último homenaje que pueden los vivos tributar a los muertos — pasan saturando el aire con el perfume de las rosas. Deudos, amigos, las instituciones de beneficencia creadas por la extinta, y huérfanos y menesterosos, que su mano agrupaba para atenderlos mejor, habían querido exteriorizar así sus sentimientos”.

“Seguía un desfile interminable de niños. Eran los alumnos de las escuelas y demás establecimientos sostenidos por ella. En su gran mayoría, en su casi totalidad, no habían visto jamás a su benefactora. Tampoco se ve la mano que desparrama para los hombres los dones de la naturaleza...”.

“La muchedumbre se descubre respetuosa, y corre a través de ella un sordo murmullo. Tras un

“grupo de sacerdotes, viene el carro que conduce el féretro de Doña Juana Ross de Ross de Edwards”. “Carruaje y ataúd, sobrios de adornos, parecen un reflejo de los hábitos de la vida de la extinta, severos y frugales”.

“Y mientras todos observan con emoción profunda, ese féretro que encerraba uno de los corazones más grandes de la tierra chilena, que solo latió al calor del cariño y de la compasión para sus semejantes, y niñas se agrupaban, se estrechaban para rodearlo y para seguirlo en la empinada subida hacia el alto cementerio. Acaso no hubo en todo el desfile, ordenado y correcto, una nota más sentida que ese desorden impulsivo de las que querían estar en el último momento, al lado de la que les proporcionaba el alivio y el sostén”.

“Siguen al carro mortuario, junto a los deudos inmediatos, los representantes del Gobierno. Han venido de Santiago los Ministros del Interior, de Relaciones y de Guerra y Marina, y marchan allí para manifestar, que el Estado aprecia en todo lo que vale la obra de la señora Ross de Edwards, y que ese duelo es un duelo nacional”.

“El Intendente de la provincia, los representantes del Municipio, las demás autoridades locales, las instituciones públicas y privadas, los miembros más caracterizados del comercio y cientos de vecinos, siguen a continuación, exteriorizando así el sentimiento inmenso que el desaparecimiento de la señora Ross de Edwards, ha producido en la ciudad y en el país”.

“El cortejo ha pasado. La muchedumbre se disuelve, y queda todavía flotando un momento, como una última, como una suprema manifestación de

“despedida, ese ambiente de silencio y de pena que
“se había extendido en la ciudad”.

“Así, en la forma más sincera y más sentida,
“ha rendido Valparaíso su último homenaje a esa
“dama ilustre, que, sirviendo a los pobres y menes-
terosos, dedicó de lleno su vida a servirlo a él y a
“la nación entera”. (1).

(1) El Mercurio de Valparaíso.

LOS FUNERALES

“Los habitantes de Valparaíso rindieron ayer”,
— el sentido homenaje de cariño y de respeto que
“supo conquistarse en vida, la nobilísima dama y
“gran benefactora chilena, señora Juana Ross de
“Edwards”.

“La ciudad entera parecía agitarse, bajo el sen-
“timiento de pesar que causó la noticia de la muerte
“de la más caritativa señora que haya habido en
“Chile. Era como si en Valparaíso se hubieran con-
“centrado todas las amarguras y todos los dolores
“que despertara en el país entero, la triste nueva”.

“Desde temprano y a medida que se aproximaba
“la hora anunciada para dar comienzo a la misa fú-
“nebre que debía celebrarse en el templo del Espíritu
“Santo, la Plaza de la Victoria, las calles vecinas a
“este paseo y las avenidas que a ella conducen, se
“iban llenando de espetcadores. El comercio perma-
“necía con sus puertas entornadas, como manifesta-
“ción de duelo”.

“Luego empezaron a desfilar, los colegios e in-
“tituciones católicas, las sociedades de obreros, las
“delegaciones de los asilos, hospitales y demás esta-
“blecimientos que la caritativa señora Ross, sostenía
“con su inagotable magnanimidad. El clero y las con-
“gregaciones religiosas de ambos sexos, estaban tam-
“bién representados, en señal de duelo por la muerte
“de la gran benefactora”.

“A las ocho de la mañana, ya se veían, el frente de la Iglesia y las calles adyacentes, llenos de gente. “Cordones de policía, distribuidos convenientemente, “dejaban expedito el espacio por donde debía cruzar “el cortejo”.

“La ornamentación del templo, la dimos en nuestra edición de ayer. Solo debemos hacer mención “del arreglo de las sillas, para la numerosa concurrencia que llenaba totalmente la nave central”.

“Eran seiscientas, pero se hicieron estrechas para “contener a la concurrencia que las ocupó todas, “como asimismo las bancas y además todo el espacio “que quedaba libre en el interior de la Iglesia y aún “en el átrio”.

“A las 8,25 comenzaron a llegar a la Iglesia, los “deudos, representantes del Gobierno, autoridades “locales, profesionales y miembros distinguidos del “Comercio y de la Banca”.

“Los asientos fueron ocupados en la siguiente “forma:”

“Don Carlos Edwards Mac-Clure, Don Agustín “Ross, Don Eduardo Salas Undurraga, Don Arturo “Lyon Peña, Don José Antonio Gandarillas Huici, “Don Alberto Hurtado Concha, Don David Délano “Ross, Don Arturo Ross, Don Luis Ross, Don Ernesto Ross, Don Roberto Délano Ross, Don Alejandro Délano Edwards, Don Eduardo Ross Necochea “y Don Guillermo Errázuriz Vergara. En seguida “tomaron colocación, el Edecán de S. E., los Ministros del Interior, Relaciones Exteriores y Guerra y “Marina, el Intendente de la Provincia y el Primer “Alcalde. El resto, fué ocupado por un crecido número de caballeros e instituciones que se adhirieron “a la ceremonia.

“Ofició la misa, el señor Gobernador Eclesiástico.

“co Presbítero Don Eduardo Gimpert, acompañado
“del Cura de Llay-Llay, Don Luis A. Rivera y del
“Rvdo. Padre Alfonso de los Sagrados Corazones”.

“Se cantó admirablemente, la misa íntegra de
“Perosi, por el maestro Don Santiago Rodríguez, or-
“ganista del Espíritu Santo, y tuvo la parte prin-
“cipal, el tenor Don Enrique Durán, de la Merced,
“de Santiago”.

“A las 9,10 minutos, terminaban las honras y
“luego después, los deudos y autoridades tomaban el
“ataúd para conducirlo hasta el carro mortuario.
“Adelante iban los acólitos con la Cruz Alta, segui-
“dos del Gobernador Eclesiástico, señor Gimpert,
“del Presbítero Don Arturo Cortínez, del Canónigo
“Consejero de Estado y antiguo Cura del Espíritu
“Santo, Don Cristóbal Villalobos, del Cura de la Ma-
“tríz, Presbítero Don Melquisedec del Canto, del Cu-
“ra de Playa Ancha, señor Baviere, del Rector del
“Rector del Seminario, Don Adriano Espinoza, del
“Padre Vicente Monje de los Sagrados Corazones,
“del Superior de los Salesianos, del Superior de La
“Merced, del Superior de San Francisco, del Supe-
“rior de San Agustín, del Superior de las Carmeli-
“tas, del Superior de los Jesuítas, del Cura de Llay-
“Llay, Don Luis A. Rivera”.

“Los cordones del féretro, fueron tomados por
“los señores, Sargento Mayor Don Luis Larraín Man-
“checo, Edecán de S. E.; Don Carlos Edwards M. C.;
“Ministro del Interior Don Manuel Rivas Vicuña;
“Ministro de Relaciones Exteriores, Don Enrique Vi-
“llegas Echiburú; Ministro de Guerra y Marina, Don
“Jorge Matte Gormáz; Don Agustín Ross, Don Artu-
“ro Lyon Peña, Don Eduardo Salas Undurraga, Don
“José Antonio Gandarillas Huici, Don Alberto Hur-
“tado Concha, Don Guillermo Errázuriz Vergara, el

“Intendente de la Provincia, Don Carlos Zañartu Fierro, y el Primer Alcalde, Don Casimiro Taiba”.

“Cerca de las 9,¾ se ponía en marcha el cortejo, en la forma, a través de las calles atestadas de una compacta muchedumbre, contenida por cordones de policía”.

“1.o Carros con coronas.

“2.o Niñitas de los Asilos.

“3.o Escuela de San Vicente de Paul.

“4.o Colegio Selesiano.

“5.o Escuela Arturo M. Edwards.

“6.o Escuela de los Hermanos Cristianos.

“7.o Patronato Salvador Donoso.

“8.o Seminario San Rafael.

“9.o Cruz Alta, acompañada de los acólitos que llevaban candelabros con cirios encendidos.

“10.o Señor Gobernador Eclesiástico, revestido de sus ornamentos sagrados, acompañado del Consejero de Estado, Canónigo Don Cristóbal Villalobos, del Rector del Seminario y del Cura Párroco del Espíritu Santo.

“11.o El Clero y las Comunidades Religiosas de ambos sexos y representantes de las Comunidades de Santiago.

“12.o Colegio de Santa Ana.

“13.o Centro Unión Social de Orden y Trabajo.

“14.o Carro mortuorio, rodeado en forma compacta por Hermanas de Caridad y por niñitas huérfanas de los Asilos, que recitaban oraciones”.

“Inmediatamente después del carro mortuorio, marchaban Don Carlos Edwards Mac-Clure con el Ministro del Interior, Don Manuel Rivas Vicuña; Don Agustín Ross con el Ministro de Relaciones Exteriores, Don Enrique Villegas, y el Edecán de

“S. E., Sargento Mayor Don Luis Larraín Mancheco; Don Eduardo Salas Undurraga con el Ministro de Guerra y Marina, Don Jorge Matte Gormáz; el Intendente de Valparaíso, Don Carlos Zañartu Fierro, y los demás miembros de la familia; los Alcaldes y Municipalidades de Valparaíso y Viña del Mar; la Junta de Beneficencia con todos sus miembros, — Don Jorge Montt, Don Guillermo Rivera, Don Enrique Bermudez, Don Carlos Van Buren, Don Carlos David Finlay, Don José Fabres Pinto, Don Alberto León Silva, Don Juan Magalhaes, Don Enrique Deformes, Don Rafael Bustos, Don Juan H. Thierry y el secretario Don Julio Symon Lorca; delegación de la Tercera Compañía de Bomberos Cousiño y Agustín Edwards”, con su estandarte enlutado; delegación del Centro del Partido Nacional de Santiago; delegación de “El Mercurio” de Santiago, compuesta de los señores Julio Pérez Canto, Guillermo Cienfuegos, Alfredo Briceño Undurraga y Arturo Mesa. “El Mercurio” de Valparaíso estuvo representado por los señores Guillermo Pérez de Arce, Joaquín Lepeley, Ricardo de la Fuente Astaburuaga y Lauro Pérez Larraín. Formaban parte también del cortejo, los Ministros de la Corte de Apelaciones de Valparaíso, señores Braulio Moreno y Germán Alzérreca; miembros del Cuerpo Consular; jefes y oficiales del ejército y de la marina, entre ellos, los Vice-Almirantes Don Jorge Montt, Don Luis Uribe, Don Juan M. Simpson y Don Lindor Pérez Gacitúa; numerosos miembros del cuerpo médico; delegaciones de los hospitales y gran número de personalidades de Valparaíso y de Santiago”.

“La cabeza del inmenso cortejo, que seguía una muchedumbre incontable de hombres y mujeres del

“pueblo, llegaba a las puertas de la Necrópolis, a las “10, $\frac{3}{4}$. Descendido el ataúd, fué conducido hasta la “tumba de la familia Edwards, que se encontraba “cubierta de flores. En los alrededores del mausoleo, “se habían situado los alumnos de diversos colegios, “hermanas de caridad, niñas huérfanas de los Asi- “los y representantes de sociedades religiosas. Desde “la entrada al Cementerio hasta el mausoleo, prece- “dían al féretro la Cruz Alta, los acólitos con cirios “encendidos y numerosos sacerdotes de todas las pa- “rroquias y congregaciones que acompañaban al Go- “bernador Eclesiástico señor Gimpert, quien, en alta “voz, rezaba las preces del ritual. El señor Don “Carlos Zañartu, Intendente de la Provincia y Pre- “sidente de la Junta de Beneficencia, el Primer Al- “calde Don Casimiro Taiba y diversas otras perso- “nas que se preparaban para hablar, hubieron de “desistir de sus propósitos, accediendo a los deseos “de la familia”.

A las once de la mañana, el cuerpo de Doña Juana Ross de Edwards, yacía en su sitio de eterno descanso, junto a los restos de su esposo, de sus padres Don David Ross y Doña Carmen Edwards Osandón, y los de sus hijos Don Agustín y Don Arturo Edwards Ross, y los de sus pequeños hijos fallecidos en la infancia. (1).

(1) Unión de Valparaíso.

LA GRATITUD PUBLICA

“Los funerales de la señora doña Juana Ross de Edwards, han sido la expresión del hondo duelo de la sociedad porteña ante el fallecimiento de la virtuosa y caritativa dama; a ellos asistieron dos de los Ministros de Estado, como manifestación pública de que era éste un duelo nacional y por esto acudían los más altos miembros del Gobierno, en representación del país entero”.

“El interminable desfile de gentes ante el féretro que guardaba los restos de la señora Ross de Edwards, desde el momento en que fueron depositados en la Iglesia del Espíritu Santo, y el inacabable cortejo que los acompañó hasta el sepulcro en que duermen su último sueño, han sido la demostración pública, de proporciones nunca vistas en nuestra ciudad, del profundo dolor provocado por la muerte de aquella gran bienhechora”. Iba en el cortejo toda clase de personas, sacerdotes, damas, caballeros, obreros y gentes humildes; había lágrimas en muchísimos ojos, y entre el acompañamiento se veían numerosísimas religiosas, cuyas blancas tocas parecían como el aleteo de bandadas de palomas que acudían a posarse sobre la sepultura, para depositar allí el tímido pero fervoroso arrullo de sus lágrimas y de sus plegarias”.

“Esta ha sido la primera manifestación de este gran duelo nacional; tras de él seguirá otra, no vi-

“sible pero permanente: es la del llanto y las oraciones de millares de familias que recibieron tantas mercedes de la señora Ross de Edwards, el coro incesante, callado pero emanado desde lo más hondo de las almas, de los millares de enfermos, de huérfanos, de desvalidos que recibieron consuelo y pan, asilo y asistencia durante cincuenta años, del manantial inagotable de la caridad de tan bienhechora dama”.

“Pero estos testimonios de la gratitud de todo un pueblo, no bastan como reconocimiento de la deuda que la sociedad chilena tiene para con la señora Ross, y se necesita una traducción exterior y duradera de este sentimiento general; es necesario rendirle el homenaje — sobre homenaje, en verdad — que le debemos, y éste es un monumento erigido a su memoria”.

“Los grandes servidores públicos son acreedores a este homenaje, y tanto como a ellos se le debe a esta santa anciana que sirvió en tanto grado a la patria, por medio de los varones de su casa, y que la sirvió más intensamente y con mayor extensión aún con la mano bienhechora siempre abierta, siempre solícita para acudir en socorro de todos los necesitados”.

“Un vecino de Valparaíso, Hontaneda, que en la hora de su muerte dejó su fortuna a un hospital, ha tenido su estatua por largos años — y la seguirá teniendo — frente a ese establecimiento, y dió su nombre a un sitio público: con cuanta mayor razón se debe ese tributo de gratitud a la generosísima señora que ha sembrado por todo el país sus instituciones de caridad, y que por espacio de cincuenta años ha sido el consuelo de tantos afligidos, la

“proveedora de tantos necesitados, la medicina de
“tantos heridos del cuerpo y del espíritu”.

“La señora Juana Ross de Edwards, se sintió
“llamada a ser la intermediaria entre la Divina Pro-
“videncia y el dolor y la pobreza humana; con su
“altísimo espíritu cristiano, vió que Aquélla le había
“dado grandes riquezas para socorrer la pobreza y
“el dolor; y dió a manos llenas, dió inagotablemente,
“dió sin cansarse jamás, para el alma y para el cuer-
“po, para la oración, el recogimiento, la enseñanza y,
“sobre todo, para la asistencia de lo necesitados; y
“dió en silencio, sin que el socorrido viera jamás el
“rostro de la bienhechora; y por espacio de medio
“siglo, fueron sus benditas manos una fuente de que
“manaban, en sigiloso pero abundantísimo arroyo,
“los donativos que iban a esparcirse por todo el país,
“a confortar almas ateridas por el dolor y a refres-
“car labios sedientos y pálidos por las privaciones”.

“Le debemos un monumento, que no ha de ser
“ni puede ser recompensa de sus grandes servicios,
“sino el testimonio de nuestra gratitud. Casi diría-
“mos que nos debemos esa obra a nosotros mismos:
“debemos probar que somos agradecidos, y ya que
“no nos es posible ponernos a la altura de tantos mé-
“ritos, debemos alzar esa estatua, como un instru-
“mento público en que reconocemos la gran deuda
“con que están, dulce y hondamente, ligadas nues-
“tras almas”.

“Se ha hablado de dar su nombre a alguno de
“los hospitales: bien pensado, pero eso no basta; de-
“bemos ir al monumento, a una estatua que muestre
“a los que vengan después de nosotros, los rasgos de
“la santa anciana, tan sencilla y modesta, y aquél
“rostro cuya mirada aparecía estar buscando por en-
“cima de las cosas circunstantes, los dolores de los

“desheredados y de los tristes, para enviarles silencioso alivio”.

“Este monumento debe hacerse, en parte por “subscripción pública y en parte por ayuda del Supremo Gobierno: la primera, para que todos concurren a esta obra y para que hasta los más pobres puedan llevar sus diez centavos al monumento de la común gratitud; y la segunda, porque el Estado representa a la sociedad entera, agradecida a los beneficios de la señora Ross de Edwards y admiradora de sus virtudes, y toma del haber nacional, del erario, la cuota con que ha de concurrir a esta obra de gratitud social”.

“La parte material, es fácil de realizar: una comisión en que estén representados todos los elementos sociales, clero y seglares, damas y pueblo, puede encargarse de recoger las erogaciones y de la dirección del monumento”.

“Por último, la estatua debe erigirse en Valparaíso, ciudad en que residió por más largo tiempo la señora Ross de Edwards, y donde sembró más abundantemente sus admirables generosidades; y debe alzarse en uno de los sitios más públicos y hermosos, análogo al que ocupa el de los héroes de Iquique, porque ella fué la gran heroína de la caridad”. (1).

(1) Editorial de la Unión el 28 de Junio de 1913.

LA GLORIFICACION

“Un cortejo fúnebre, más que el postrer tributo de la Vida al que transpone los umbrales de lo Desconocido, en el Amor, en la Gratitude o en el Recuerdo, parece ser, por ese sabio simbolismo de lo Inescrutable, el puente de unión entre esos dos arcanos de la Vida y la Muerte, que la mitología representara en el silencioso y triste viaje de la barca de Caronte”.

“Todos los pueblos de la Historia y todos los cultos de la tierra, conservaron y conservan, en sus costumbres como en sus rituales, esa ceremonia de dolor taciturno y sin expresiones, con que despedimos al borde de una tumba, y en el grande viaje de lo eterno, al que fué nuestro compañero en la breve y dura peregrinación por lo infinito. Y en todas ellas, como en la fábula homérica, hay aquél barquero mudo y abatido, que parece, en su melancólica función, invitarnos con su silencio al recogimiento y a la meditación del acto en el propio fondo de nuestras conciencias”.

“Por eso, al engrosar las filas de un cortejo, parece decirnos el semblante taciturno, la voz queda y el andar claudicante de los que lo forman, toda la fuerza evocadora de aquél acto y toda la inmensa influencia moral de aquél cadáver. Y por eso, al romper la cadena común de la tristeza recíproca,

“con el último puñado de tierra, el último manojito de pétalos o la postrer palabra de despedida, parece pesar sobre el ánimo una idea obsesora e imprecisa que el murmullo de la vida que pasa, no logra apagar, ni permite definir”.

“Tal es la impresión que gravitara por muchas horas después sobre nuestro espíritu, la contemplación del sepelio, bello y grande en su misma evocadora tristeza, de los restos mortales de doña Juana de Edwards”.

“Había tal grandeza emotiva en el conjunto solemne y numeroso del séquito, tal espíritu de consunción en el ambiente, tal formidable y dulce, a la vez, melancolía en la diversidad polícroma de sexos, edades y condiciones, que más que el cadáver de una anciana, buena, bella y noble, parecía aquél féretro, que cerraba una columna de flores y encabezaba una caravana de vidas, el símbolo, preciso y bello, de la unión hiperbólica entre el perfume y el sentimiento”.

“Vida y flores! He ahí los ideales de esta grande anciana, y he ahí el amor que constituyó y alimentó y vivió toda su existencia de casi un siglo! Justo era que vidas y flores, se compartieran el dulce afán de conducirla hasta la morada de paz y de eternidad en que descansará su fatigado espíritu, a la caricia de las flores familiares y bajo la mirada agradecida de muchas vidas consternadas!”

“Ha terminado su misión, larga y fecunda, la ilustre dama. Queda su obra, aún más larga y prolífica, como una prolongación de su nombre y de su existencia, ligándola a este nuestro vivir de penas y de miserias. Pero queda aún, por empezar,

“el homenaje público, la gratitud popular, la com-
“pensación nacional”.

“Con ese acompañamiento, triste y grande, no
“se ha apagado la voz de los corazones, ni ha con-
“cluído la justicia que las manes de la querida muer-
“ta merecen y reclaman. Aún resta al pueblo, a la
“sociedad y al Estado, devolver en parte con la glo-
“rificación eterna de su nombre, el inmenso regalo
“de su obra, y entregar a la posteridad y a la raza,
“la grande enseñanza de su ejemplo”.

“La gratitud de los pueblos, inmortaliza en el
“mármol o en el bronce, con la figura de sus bene-
“factores, la lección imperecedera de sus vidas. Y
“ahí están, decorando los jardines, los parques o las
“calles de todas las ciudades del orbe, las transfigu-
“raciones en arte y en recuerdo, de sus héroes, de
“sus sabios, de sus monarcas o de sus símbolos. Pe-
“ro rara, muy rara vez, vemos entre esas encarna-
“ciones del metal o la piedra, los contornos físicos o
“representativos de la más grande de las obras hu-
“manas, del más eficiente de los benefactores públi-
“cos, del más bello y más solemne y más puro de los
“símbolos: la caridad!”

“Nuestro pueblo necesita esa obra y esa ense-
“ñanza: nuestra gratitud y nuestro amor la impo-
“nen”.

“Busca, y, en la iconografía o en la estatuaria
“clásica y moderna, la representación de ese gran
“sentimiento de la fraternidad humana, la encontra-
“réis fija en las líneas puras de un ángel, que tiene
“formas de mujer y alas de pájaro. Pero romped los
“viejos moldes de la rutina artística; abrid el cere-
“bro a la luz de las claras inspiraciones, y cambiad
“el ángel por la forma más humana de una mujer,
“por el aspecto más tierno de una anciana, por la

“formidable evocación de una madre, y tendréis el
“único, el verdadero, el eterno símbolo de ese sen-
“timiento, que si es propio de la mujer, y si es na-
“tural de la anciana, es forzoso y es vital en la ma-
“dre, que puede aunar, sin desdoro, las alas angéli-
“cas y las delineaciones femeninas”.

“Ese símbolo viviente de la caridad, era doña
“Juana Ross de Edwards”.

“Que la gratitud chilena a la madre buena y ge-
“nerosa de todo dolor y de toda miseria, haga el
“símbolo de ese grande sentimiento, con la imagen
“imperecedera de esta mujer. Esa será nuestra me-
“jor justicia”.

“No somos nosotros los que asumimos la realiza-
“ción de tan bella iniciativa, que debe ser, a la vez,
“del pueblo, de la sociedad y del Estado, pero lanza-
“mos la idea, como semilla fecunda que fructificará,
“rápida y generosa, en el amplio y reciente surco de
“la gratitud pública”.

“Que el óbolo común de todo el pueblo, a quien
“ella amó, en sus ancianos, en sus enfermos, en sus
“niños y en sus desamparados, haga esta justicia a
“la más noble y a la más buena de las madres y de
“las mujeres, y que su veneranda imagen, sonriente
“de bondad y de ternura, perpetúe en su retiro fa-
“vorito de Viña del Mar, su nombre y su recuerdo,
“bajo la amplia bóveda del cielo que fué mudo testi-
“go de su amor, y a la caricia de las brisas del mar,
“de cuyas dos inmensidades tuvo su espíritu la ana-
“logía de la profundidad y del color”.

“Será la única digna glorificación del Bien y
“el mejor símbolo de la Caridad”. (1).

(1) Editorial de “El Día” de Valparaíso, el 28 de Junio
de 1913.

LAS HONRAS FUNEBRES

EN LOS SAGRADOS CORAZONES DE VALPARAISO

“Vicente Monje, Provincial de los Sagrados Corazones” decía la invitación repartida para las honras efectuadas en la Iglesia de los Sagrados Corazones de Valparaíso, invita con el mayor encarecimiento a los profesores y alumnos del Curso de Leyes y del Curso de Ingeniería y Arquitectura, a los Directores del Patronato, a los socios y socias de los SS. CC., a las señoras que componen la Sociedad de Beneficencia, a las socias de Nuestra Señora de Guadalupe, a los miembros de la Conferencia de San Vicente de Paul y a las diversas Instituciones de Caridad de esta ciudad para que concurran a las solemnes honras fúnebres que en el templo de los Sagrados Corazones se celebrarán el Jueves 3 del presente a las 9. A. M. en homenaje a la señora Juana Ross de Edwards. Se hará la oración fúnebre de la insigne bienhechora de tantas obras cristianas.

“Haciendo una relación de estas honras “La Unión del 4 de Julio decía lo siguiente:

“Pocas veces la sociedad de Valparaíso ha rendido un más elocuente y sentido tributo de cariño y de respeto que el que hizo ayer a la memoria de la respetable y querida señora Doña Juana Ross de Edwards con motivo de las solemnes honras que se celebraron en la Iglesia de los Sagrados Corazones.

“El templo presentaba un severo aspecto con sus cortinajes y pilares enlutados totalmente. En la nave central se había levantado el monumento funerario rodeado de cirios y de plantas”.

“Antes de las nueve comenzaron a llegar numerosas instituciones religiosas. Las naves de la Iglesia fueron poco a poco viéndose ocupadas por una concurrencia numerosa y distinguida notándose además de los deudos de la extinta diversas personas de nuestra sociedad”.

“Concurrieron también a la ceremonia los profesores y alumnos de los Cursos de Leyes y Arquitectura del Colegio de los SS. CC. y diversas otras instituciones”.

“A las 9,15 se inició la ceremonia religiosa oficiada por el Señor Gobernador Eclesiástico Don Eduardo Gimpert acompañado de los Rvdos. Padres Jeodulo y Julián”.

“Un coro de voces cantó la misa de Perosi”.

EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO

Para las honras celebradas en la Catedral de Santiago, la Autoridad Eclesiástica de la Iglesia Metropolitana repartió la invitación que sigue:

“Secretaría Arzobispal de Santiago de Chile.
“Por encargo del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor
“Arzobispo invito al clero, comunidades religiosas,

“instituciones y sociedades católicas a los solemnes
“funerales que se harán el día de mañana a las 9,30
“A. M. en la Iglesia Metropolitana por el descanso
“del alma de la señora Juana Ross de Edwards, ge-
“nerosa bienhechora de la Iglesia y de las institu-
“ciones de Caridad de la República”.

Santiago, 27 de Julio de 1913

Carlos Silva Cotapos
Secretario.

EN LA CATEDRAL DE LA SERENA

De una relación publicada en un diario de la época
“Las honras funerales de ayer en la catedral de La
Serena”, “en homenaje a la memoria de la Señora”
“Juana Ross de Edwards”.

*“Solemnidad que reviste este acto. Asisten las “prin-
cipales autoridades. Otros detalles.*

“La sociedad de La Serena ha tributado ayer a
“la memoria de la señora Juana Ross de Edwards,
“el más sentido y delicado de los homenajes”.

“Desde hacía algunos días, el Ilustrísimo señor
“Obispo, doctor don Ramón Angel Jara, venía pre-
“parando la ceremonia que ayer se verificó con toda
“solemnidad en la Iglesia Catedral de esta ciudad”.

“La Iglesia se hizo estrecha para dar cabida en
“sus naves, a las numerosísimas personas que asis-
“tieron a las honras fúnebres, a este acto que se de-

“dicaba a honrar la memoria de la matrona distinguida y sencilla que compartía, en vida, con los desheredados de la fortuna, sus inmensas riquezas”.

“Con anterioridad se habían repartido las invitaciones a las principales autoridades de la ciudad y a los miembros más distinguidos de la sociedad, para que asistieran a contribuir con su presencia a la importancia y significado de la ceremonia”.

“Minutos antes de la hora indicada, empezaron a llegar al recinto del templo, los primeros invitados”.

“La Catedral se encontraba adornada sencillamente; pero esta misma sencillez influía a dar la solemnidad e importancia de que siempre se rodean los actos religiosos de esta naturaleza”.

“A las 9,30 en punto, el templo estaba ya totalmente ocupado por las personas asistentes”.

“A esta hora se dió comienzo a la ceremonia, cuyos menores detalles parecían traer a la memoria, el recuerdo de la señora, cuya alma estaba dispuesta siempre a hacer el bien y la caridad”.

“Ofició la solemne misa, el señor Vicario del Obispado, don Eduardo Solar Vicuña, asistiendo S. S. Ilustrísima, de medio Pontifical”.

“Capilla de cantores del Seminario, entonó durante la ceremonia, armoniosos cánticos que contribuyeron a dar mayor brillo al imponente acto”.

“Monseñor Jara, con aquella elocuencia propia de su persona, trazó a grandes rasgos la labor caritativa, altruista, que durante su vida le cupo desarrollar a esta noble dama, que por sus excelentes virtudes y sobre todo por su acendrado amor al desvalido, a quien su mano generosa socorría en todo momento, era generalmente estimada de uno a otro confin de la República”.

“Las hermosas palabras vertidas por el Ilustrísimo señor Obispo, conmovieron a la concurrencia y muchas personas hubieron de llevarse el pañuelo a los ojos, pues no podían menos que llorar, al escuchar las conmovedoras frases, llenas de ternura y reconocimiento, dedicadas a la memoria de “la respetable señora”.

“El Ilustrísimo señor Obispo se encontraba revestido, con los paramentos sagrados que la señora Juana Ross de Edwards le obsequiara en vida”.

“Después de las 11 del día se terminó este acto fúnebre que, dado el significado que envolvía, será siempre recordado por las personas que a él asistieron”.

“En la imponente concurrencia que ha dejado imperecederos recuerdos, se encontraban presente: el señor Intendente, don Jerónimo Espinoza Varela; el Presidente de la Corte de Apelaciones, don Darío Navarro Ocampo, acompañado de algunos señores Ministros; los señores Primer y Segundo Alcalde, don Juan L. Rojas y don Remigio Araya Toro; el señor Juez Letrado, don Eulogio Robles Rodríguez; el Comandante del Regimiento Arica, señor Oyarzún; los miembros de la Honorable Junta de Beneficencia; el Directorio del Cuerpo de Bomberos, numerosas y distinguidas personas especialmente invitadas y delegados de las diversas sociedades”.

“El Venerable Cabildo Eclesiástico, las congregaciones religiosas y los colegios, Seminarios, Salesianos, de San Antonio, y en especial los huérfanos de la Providencia, concurren también a las “solemnnes exequias”.

EN LA CATEDRAL DE CONCEPCION

Las honras celebradas en la Catedral de Concepción, con la asistencia de las autoridades y asociaciones fueron oficiadas por el Ilustrísimo señor Obispo Don Luis Enrique Izquierdo, quien pronunció también la oración fúnebre.

LAS HONRAS CELEBRADAS POR LOS SALESIANOS

Por el alma de la señora celebraron los Padres y alumnos de la Casa Salesiana de Valparaíso, unas honras solemnes en el templo de los Padres Franceses. Insertamos a continuación la introducción del folleto editado por la Casa Salesiana de Valparaíso, en esos días que dice así:

“La Oración Fúnebre, que damos a la publicación, en homenaje de eterna gratitud a la insigne benefactora de la Obra Salesiana en Chile, y especialmente en Valparaíso, no es seguramente el epitafio lapidario, de etiqueta fría, que cierra la tumba silenciosa de los magnates profanos de la tierra, no!...

“Es el himno cristiano de bendición, es la ple-garia solemne que, inspirada en la gratitud, y en la Cruz, toma inflexiones de un canto triunfal, que se cierne sobre los despojos queridos de una gran heroína de la caridad evangélica.

“Que estas páginas sirvan de lección hermosa, elocuentísima para un mundo de corteza cristiana, pero de alma frívola y de corazón pagano.

“Las enseñanzas admirables que se desprenden de la vida de Modestia, de Humildad y de Abnega-

“ción de la Señora JUANA ROSS DE EDWARDS,
“tienen un valor inapreciable, porque son la repro-
“ducción auténtica, gráfica, del Evangelio de Jesús”.

“Una palabra más: esta esclarecida matrona
“amó a la Iglesia con amor entrañable, con caridad
“ferviente, con ternura filial”.

“No debe pues, extrañarnos su largueza con
“Ella, siendo así, que, en sus convicciones de fe ar-
“dorosa, la Iglesia, fué la Madre cariñosa, que pre-
“sidió sus éxitos, y que bendijo y endulzó todos sus
“infortunios”.

“Era por lo tanto lógico que sus trascendentales
“intereses, los considerara ella, como propios, y que
“atendiera, con previsión y solicitud incomparables;
“a las apremiantes necesidades de sus obras de pie-
“dad o de misericordia. Son tantos los cristianos que
“la olvidan!

“Cumplimos, pues, los hijos de DON BOSCO
“con una obligación grata y nobilísima. Mil veces
“más provechosa que una corona de alabanzas pu-
“ramente humanas, ofrecemos a nuestros amigos,
“esta ORACION FUNEBRE, que sintetiza, en ras-
“gos de relieve la figura imborrable de la gran cris-
“tiana, de la insigne dama chilena, cuya obra colosal
“de Caridad, parece la de un Estado, providente y
“misericordioso, dentro del Estado de su Patria muy
“amada”.

“Sus tesoros en la tierra fueron los aflijidos y
“los pobres...”

“Su corona en los cielos ha sido, el mismo Se-
“ñor, que dijo: amad y seréis amados... Bienaven-
“turados los misericordiosos porque ellos alcanzarán
“misericordia”.

ORACIONES FUNEBRES

En las honras llevadas a efecto en la Catedral de Santiago, el Presbítero Doctor Don Clovis Montero pronunció la oración fúnebre siguiente:

“Beati pauperes spiritu quoniam ipsorum
“est regnum coelorum: bienaventurados
“los pobres de espíritu porque de ellos es
“el reino de los cielos”.

Son palabras del mismo Jesucristo.
(Mat. V., 3).

Ilmo. y Rvdmo. señor:

Señores:

Al reino de los cielos ha entrado un pobre.

No habría bastado el prestigio engañador de la riqueza para congregaros alrededor de un féretro que simboliza el polvo de la destrucción. No, no habríais venido aquí vosotros los ricos que, aunque siempre ávidos de ella roéis cansados su amarga dureza y conocéis su nada con el entendimiento y con el corazón; no habríais venido vosotros los pobres que, aunque ambicionándola por involuntario instinto, la odiáis o la despreciáis; no habríais venido vosotros los guerreros, que educados en la escuela del sacrificio, no reconocéis más realeza que aquella que se ciñe con corona de espinas, ni más grandeza que

aquella que se yergue sobre un Calvario; no habríais venido vosotros los magistrados, sabedores de que ni las grandes fortunas ni los felices del siglo son los que labran la ventura de los Estados y se granjean la gratitud de sus conciudadanos; ni menos que nadie habríais venido vosotros sacerdotes y pontífices de la Iglesia de Dios, que en el código de las enseñanzas divinas leéis diariamente el anatema con que el Todopoderoso fulmina las riquezas engendradas de iniquidad y a los que en ellas ponen sus corazones corrompidos.

El imperio de la riqueza termina con la muerte. Y si en un mismo instante se han abierto las puertas del cielo para dar entrada a una alma gloriosa y las páginas de la historia para grabar un nombre inmortal, si en estos días todo Chile se ha reunido alrededor de una tumba apenas cerrada, es que bajo la losa funeraria hay algo inmensamente superior a una gran riqueza, y es una gran pobreza, una pobreza capaz de desplegar los labios augustos de Dios y los humildes de los hombres para unirlos en una misma exclamación: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Sí, la vida cuyo elogio voy a hacer desde esta cátedra de verdad, fué vida de pobre, según el corazón de Dios, y como tal os la presentaré, mostrándoos que por su amor a la pobreza mereció en esta tierra las virtudes que son patrimonio de los pobres de espíritu y — si es dado a los hombres columbrar los juicios divinos — ha merecido también el premio del cielo la ilustre señora Juana Ross de Edwards.

Oh, Jesús, pobre divino, que desde la desnudez de Belén hasta la desnudez del Calvario, fuiste más menesteroso que las aves del aire y las raposas

de las montañas, porque no tuviste ni siquiera donde reclinarte tu cabeza; aldeano humilde, aprendiz de carpintero, que con tus manos quebrantaste los troncos de los poderosos y elevaste sobre sostén inmovible los solios de los pequeños, danos a conocer los encantos que te hicieron preferir la pobreza a la riqueza y haz que el elogio fúnebre de tu sierva nos enfervorice en los deseos de imitarle.

I

Señores, el rasgo característico del Hijo de Dios en su vida mortal, es la misericordia: todas las enfermedades, todas las desgracias le salen al encuentro en su camino, la misma muerte lo implora con el silencio de sus labios yertos, y él para todas las enfermedades tiene un remedio, para las desgracias consuelo, y para la muerte la vida. Ni el mismo crimen lo indispone con los hombres: llama a los publicanos para hacerlos discípulos suyos: acoge a la Magdalena y hacen su elogio en casa de un fariseo; defiende y libra del suplicio a la mujer adúltera, ofrece la mejilla a los besos del discípulo traidor, devuelve la inocencia al ladrón que con él muere y para que ninguna falta se avergüence de presentarse, descubre en la parábola del Hijo pródigo, las ternuras inagotables de su corazón que no sabe sino perdonar.

Sin embargo, hay un momento en que su frente se nubla, sus labios se contraen y su voz se impregna de severidad: es cuando habla de los ricos, “¡ay de vosotros ricos, ay de vosotros que reís y estáis llenos, en verdad os digo que difícilmente entraréis a la gloria eterna; y aun os digo más: es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja

que entrar un rico en el reino de los cielos”.

Escuchad vosotros y entendedlo bien: instruíos oh ricos, que con vuestro oro domináis y juzgáis la tierra. Las riquezas pervierten y endurecen el corazón. Los pobres dan más mientras menos poseen; vosotros dáis menos mientras más poseéis. Los pobres no tienen un tesoro donde poner su corazón y lo ponen en el corazón de sus hermanos; vosotros tenéis el corazón en los tesoros y cuando encontráis a vuestros hermanos afligidos, ya no os queda amor con que consolarlos. No fuiste tú así, noble matrona, cuya muerte lloran millares de huérfanos, de viudas, de enfermos y de menesterosos: nunca las riquezas penetraron en tu corazón, porque lo encontraron repleto de amor puro y desinteresado, y por eso nunca fuiste rica ni jamás pudieron aplicarse a ti, pobre de espíritu, las palabras tremendas del Divino Maestro.

Desde su primer momento fué siempre igual, señores. Cuando la fortuna de su casa comenzó a acrecentarse, su esposo le entregó un día una suma cuantiosa para que la gastara en alhajas y con ellas adornara la hermosura sonriente de su juventud. Pero las palabras de Dios resonaron en los oídos de la joven: “engañoso es el donaire y vana la hermosura; muchas son las jóvenes que han juntado riquezas, mas la mujer que teme a Dios, esa será la celebrada”, y no cuidándose de la belleza material, quiso acrecentar la imperecedera de su espíritu y repartió todo el donativo de su esposo entre los pobres representantes de Dios y hermanos suyos. Después, ¿quién puede contar las sumas que su mano distribuyó donde quiera que había una necesidad, quién puede enumerar las obras que surgieron por su iniciativa o con sus limosnas? ¡Quién sino Dios,

a quien se presta lo que se da a los desvalidos y contrae la obligación de pagar en el día de las grandes recompensas!

Algunos ricos suelen desligarse de la obligación de dar cuanto pueden haciendo valer su temor de empobrecerse con menoscabo de su posición social: y para acallar los remordimientos de conciencia, se prometen a veces resarcir a los pobres cuando llegue la hora de la muerte, ¡generosidad tardía, y ni aun así común, porque en esa hora se teme por la posición social de los herederos! ¡Ah, ella no temió! dió, durante su vida, sus manos estuvieron constantemente abiertas para los pobres: dió mucho, dió con tanta largueza, que, contra lo que sucede frecuentemente, en ella la dádiva superaba las expectativas de quien le pedía. “Daré lo que falte”, solía decir a los que solicitaban su ayuda para alguna obra que pensaba emprender, ¡y lo que faltaba era todo! Y sin embargo, no se empobreció, sino que aumentó su fortuna y el día de su muerte pudo dar con tanta munificencia como si nada hubiera dado en su vida.

Hay algo, empero, que aquilata más aun su caridad: el discernimiento que para hacerla tuvo durante toda su vida, y se manifiesta de un modo elocuente en su última voluntad. Que en lo sucesivo haya en Chile fortunas tan crecidas como la suya, no será difícil, porque ya estamos viendo que la riqueza aumenta rápidamente. Que a esas grandes fortunas corresponda una caridad igualmente grande, eso será poco probable, porque la riqueza no es maestra de generosidad. Pero que en una misma persona se hermanen la fortuna, la caridad y el discernimiento de la señora Juana Ross de Edwards, eso, si para Dios es fácil y hacedero, dentro de lo humano parece

mucho más difícil. Su caridad no fué sólo el noble impulso de un corazón sensible, sino también la reflexión de una mente serena, porque, junto con la ternura exquisita de un corazón de mujer, tuvo la inteligencia lúcida de un hombre.

El corazón es ciego; si no se le dirige, puede malgastarse su amor en objetos indignos: la inteligencia, en cambio, es calculadora, no tiene arances sublimes de abnegación. El que se guía únicamente por la razón puede caer en el egoísmo; el que deja en libertad absoluta al corazón puede contribuir al triunfo del mal o despojar al bien de su eficacia. Ella reflexionó siempre antes de emprender una obra y con el consejo de varones tan prudentes como los que de la ilustre Iglesia de Valparaíso han salido después a gobernar todas las diócesis de Chile, llevó siempre su ayuda allí donde más penosa y urgente se veía la necesidad. Como era justo, manifestó predilección por los que le estaban unidos con los vínculos de la sangre y favoreció principalmente las ciudades donde había vivido; pero su legado a la Congregación Romana que propaga la fe católica en las regiones de infieles, nos manifiesta que no olvidó a su madre la Iglesia Universal, y los recuerdos de los contemporáneos enumeran los servicios que en las horas del peligro supo consagrar a su patria.

El héroe que en Angamos dió a Chile el dominio del Pacífico durante la guerra con el Perú, solía narrar las atenciones tiernas y delicadas que ella tenía para con nuestros marineros cuando los buques chilenos llegaban a Valparaíso, trayendo en cada viaje nuevos laureles, atenciones de manos buenas que habían restañado la sangre generosa de los heridos y se habían juntado en ferviente oración

ante la imagen de la Virgen del Carmelo para pedirle el triunfo de la patria.

¿Y no será ya permitido, señores, recordar sin encono los merecimientos de aquellos que el día funesto de la división creyeron con sinceridad que debían favorecer a uno de los dos bandos en que se dividieron los chilenos? Entonces ella fué la primera en olvidar y no volvió del destierro sin dejar antes con el silencio discreto de las grandes almas lo que pudiera servir de socorro a los enemigos de un día, refugiados en un país extranjero, aquello que nunca apreció sino porque le permitía dar lenitivo a los dolores ajenos.

Señores, tantas dádivas hechas con tanto discernimiento no bastaban aun para formar un pobre de espíritu ni arrancar de una frente el sello de maldición que inprime la mala riqueza.

¿De qué serviría todo eso si no hubiera amor, cuando en el mundo lo único que vale es el amor?

¡Ah! pero ella amó; sus riquezas y sus dádivas fueron demasiado pequeñas en comparación de su amor: y porque amó, no esperó jamás que el dolor fuera a buscarla, sino que ella misma salió en busca del dolor para llevarle su corazón como el primero de los lenitivos.

No le bastaba recibir en su casa a los pobres, oírles las largas narraciones en que le contaban sus penas, poner en sus manos el oro que había de mitigarlas y darles sus cariñosos consejos; no, sino que iba a visitarlos en su morada, en las casitas que ella misma les daba, y en un pequeño cesto oculto bajo su humilde manto les llevaba regalitos que condensaban su amor de madre.

En las frecuentes inundaciones que dejaban sin hogar y sin pan a muchos desgraciados, ella se com-

placía en preparar, con sus manos de mujer hacendosa, alimentos sencillos que enviaban a su párroco para que los distribuyera entre los indigentes.

¡Cuántas veces en el Asilo de las Hermanitas de los Pobres, traídas a Chile por ella, pudo vérsese acompañada de sus nietecitas, sirviendo a ancianas decrépitas, próximas al fin de su jornada! ¡Ah, noble mujer! querías dejarles el verdadero tesoro de la caridad que no corrompe ni endurece el corazón. Como Elías cuando se separó de Eliseo, y junto con la herencia de su manto le dejó su espíritu de profeta, querías tú transmitirle a ellas, junto con la sangre, tu espíritu de pobreza, tu amor a los pobres! No temas, descansa en paz: antes de cerrar los ojos has visto a una de ellas acometer valientemente tu tarea de caridad en una de las obras más benéficas intentadas por la mujer chilena. Sírvate eso de prenda para lo futuro: los herederos de tu sangre recibirán tu espíritu.

Y ya que hablo de su corazón, ¿será posible olvidar la más elocuente de sus manifestaciones en aquella noche espantosa que cubrió de luto a la República y convirtió en un montón de ruinas humeantes a la ciudad gentil, reina del Pacífico? Mientras la tierra se estremecía y las torres se derrumbaban y el cielo se teñía de fulgores siniestros y el mar se desbordaba con rugidos de desesperación; mientras se bamboleaba su palacio, amenazado por el incendio, y sus riquezas caían el suelo convertidas en escombros, ¿en qué creéis que pensó? ¡En su asilo de las Hermanitas de los Pobres! qué había sido de ellas, qué suerte habían corrido sus ancianos. Y las noticias le iban llegando angustiosas y sublimes: el edificio se derrumbaba, los ancianos, agobiados por los achaques no tenían fuerzas para huir, las heroi-

cas religiosas querían arrebatarnos de las fauces de la muerte a todos, sin exceptuar a uno solo, y penetraban una y otra vez a donde más grande era el peligro. Y mientras escuchaba, se sucedían en su rostro palideces de terror, rubores de esperanza. Hasta que llegó el último mensaje: once ángeles quedaban sepultados entre las ruinas con un precioso fardo de pobreza en sus brazos.

Entonces la piadosa señora inclinó la frente, bendiciendo en silencio a Dios que se digna regalar a sus siervos con los sacrificios que para sí mismo eligió.

¿No es verdad, señores, que en esa frente el amor había ya borrado la ignominia y el crimen de la mala riqueza?

¿No es verdad que la limosna que libra de todos los pecados había desviado de ella la maldición del Señor?



Sin embargo, aun no lo he dicho todo. Los templos, los hospitales, las escuelas, los asilos, los sanatorios que edificó, y después de la catástrofe volvió a edificar, fueron obra fácil al lado de la que emprendió en su propia alma; porque más fácil es amar a los pobres que amar la pobreza.

¿Quién ama hoy la pobreza? En veinte años han desaparecido las costumbres sencillas de nuestros abuelos y en los lugares que ellas ocupaban han sentado sus reales la molicie, el lujo, la codicia y hasta el latrocinio. Es un torneo en que toman parte los grandes, los humildes y los medianos: nadie quiere quedar atrás, nadie quiere ser superado. ¿En qué? ¿en la virtud? ¿en el saber? ¿en el trabajo? No, en

el lujo y en el placer. El lema es: gozar y brillar. Y la mujer entra a esa carrera desenfrenada y sin atender a las conveniencias de su casa, a la formación de sus hijos, al buen nombre de su marido, se lanza por el camino de la vanidad, pasea en carruajes y automóviles su lujo insolente, abofetea el rostro del pobre con su despilfarro en vestidos y joyas, provoca el corazón de los que sufren, con sus carcajadas hirientes, y con tal de figurar, con tal de imponerse a sus rivales, no atiende al origen de las riquezas que malgasta y que representan a veces la ruina de otras familias y la pérdida definitiva del honor para ellas, para sus esposos y para sus hijos. Es éste, señores, un síntoma alarmante de degeneración social, porque la mujer no marcha nunca sola: de grado o por fuerza, por el camino bueno o por el malo arrastra en pos de sí a toda la sociedad.

¡Bendito Dios que para detener el mal hace surgir en medio de la relajación un ejemplo tan elocuente de pobreza voluntaria, como el de la señora Juana Ross de Edwards! ¿Qué le faltó a ella para llevarse la corona en el torneo de la vanidad? Era hermosa, le pertenecía la primera fortuna de Chile, conocía el poder de su familia, estaba dotada de talento e ilustración, que se revelaban fácilmente en sus conversaciones y en sus escritos. ¡Pero no! ella vió venir la ola que pasaba arrastrándolo todo y, mientras otras muchas mujeres se dejaban envolver con tal de ir entre las primeras, dejó pasar aquel tumulto de ambiciones, de envidias, de celos, de rivalidades, de amarguras que envenenan de dolores que no purifican y se quedó con su modestia, abandonando a las mujeres frívolas las coronas que se marchitan y reservando para su frente austera la corona inmarcesible de la verdad.

Su ajuar era extremadamente sencillo: no tenía más de dos vestidos y su manto; algunas prendas que solía usar eran regalos de los suyos y siempre muy modestas. Nadie pudo inducir la, ni en la edad más avanzada, a tener un carruaje propio; pues, le agradaba ir confundida con la muchedumbre, a pie o en tranvía. Su mesa era frugal, sus gastos tan reducidos que las personas de su intimidad creyeron que había hecho voto de pobreza. Desde la muerte de su esposo, si alguna rara vez asistió a fiestas, fué únicamente para llevar a sus nietas. ¿Quién la vió jamás en la inauguración de sus obras, quién pudo hacerle alguna distinción o reservarle algún puesto de honor sin obligarla a huir?

Señores, con tales merecimientos, ¡qué maravilla si Dios la adornó de un conjunto asombroso de virtudes y la encontró digna de padecer con él!

Hija, hermana, esposa, madre, tuvo en su corazón todos los amores, y todos los amores se le trocaron en espinas, porque los seres queridos se fueron unos en pos de otros; sus hijos, demasiado pronto, en la niñez o en la juventud; su madre, en la extrema ancianidad, pero también demasiado pronto, ¡pues era madre! ¿Y qué no hizo ella por el bien de todos los suyos; ¿a qué recurso no apeló para cerrar a la muerte las puertas de su casa? ¿qué servicio humilde, qué fineza de ternura omitió al asistirlos, como criada por la humildad, como madre por el amor en su última enfermedad?

A todos sus deudos y a la sociedad entera dió siempre elevadísimos ejemplos de piedad sólida y perseverante. Cuando el año 1850 llegó a Valparaíso la devoción no era común en su sexo; pero sus consejos y buenos ejemplos contribuyeron a constituir un núcleo de mujeres cristianas que día fueron

aumentando hasta formar la espléndida legión que hoy mantiene con entereza las nobles tradiciones de la mujer chilena. Nunca ella se creyó dispensada de asistir a los oficios de su parroquia, dándose la comodidad de tener un oratorio doméstico. Acompañada de sus hijos o nietos y sosteniendo los pasos de su madre, llegaba todas las mañanas a ocupar los conocidos reclinatorios, oía la santa misa, recibía el pan de los fuertes y preparada para la lucha diaria, volvía a su casa después de dos horas celestiales a cumplir con sus deberes mundanos. Pero el trabajo, la lectura y la oración llenaban el resto del día; y con sus resplandores moribundos la tarde iluminaba el cuadro de íntima belleza, formado por ella, su familia y sus criados de rodillas, ante la imagen de María, recitando las tiernas invocaciones del Rosario.

¿Y aquella su entereza para decir siempre la verdad aunque pudiera traerle funestas consecuencias, aquella su franqueza que entre los íntimos llegó a ser proverbial, aquella su palabra inquebrantablemente firme en los compromisos, aquella su fortaleza varonil siempre que se trataba de cumplir un deber? Con la última esperanza de los desesperados, acompañó al extranjero a uno de sus hijos, enfermo de grave dolencia; allí cerró sus ojos y volvió acompañando el cadáver querido durante la larga peregrinación. A las aguas del mar se unieron las últimas lágrimas de su dolor tan grande como el mar y la amargura se concentró en su corazón llagado. Pero el día de los funerales apareció en el templo con los ojos secos, con el rostro pálido, con los pasos vacilantes, se postró ante el altar, oró largo rato y tuvo fuerzas para volver a su casa cuando al hijo de sus entrañas se lo llevaron para siempre... “¿De

dónde saqué valor? — decía algunos meses después ---, seguramente me lo dió Dios que conocía mi buena intención”.

¡Porque ya comenzaba la inexplicable costumbre de no ir a la iglesia durante algún tiempo por la muerte de sus deudos, y la mujer fuerte había querido dar un buen ejemplo a costa de su corazón maternal!

No eran necesarias las angustias de la muerte para que aquella alma se desprendiera del mundo y se preparara a comparecer ante el tribunal eterno. Como San Pablo, podía decir con verdad: “muero cada día, siempre estoy preparada”; porque la pobreza de espíritu le había dado el reino de los cielos que en esta vida se cifra en la virtud. Por eso Dios, encontrándola pura del estigma de la mala riqueza, le ahorró los padecimientos del último trance. Cuando ya parecía restablecida de una breve enfermedad, cayó en un sopor inesperado y “uniendo la muerte al sueño”, voló a juntarse con “los que salieron de una gran tribulación y lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero”.

Recoged sus enseñanzas, oh ricos, vosotros los que reís y estáis repletos; porque la justicia niveladora del Omnipotente se prepara a haceros llorar en el día grande y amargo. Redimíos del crimen de vuestras malas riquezas, borrad de vuestra frente la señal de los réprobos, amando a los pobres y obteniendo con vuestro amor que ellos os abran las puertas del cielo. Imitad su noble ejemplo, mujeres chilenas. Jamás lección alguna ha llegado con mayor oportunidad que la que hoy recibís, mientras estáis empeñadas en formar la Liga de Damas Chilenas.

¿Qué os impide ser generosas con las obras bue-

nas y evitar el derroche en atavíos y en muelles refinamientos?

¿El temor de que vuestras familias pierdan en las consideraciones de la sociedad?

Y bien, decidme: después de conocer el amor a los pobres y la pobreza de la señora Juana Ross de Edwards, ¿encontráis que se empaña el ilustre de su familia, o no la creéis más bien heredera de una gloria que el tiempo será incapaz de borrar?

En cuanto a ti, alma bendita, que para siempre has dejado las obscuridades del valle profundo donde siempre se llora, recibe el llanto y las plegarias de la Iglesia Chilena, agradecida de tus dádivas para los pobres que son su tesoro. Pero escucha también sus cantos de júbilo y sus acciones de gracias al Omnipotente por haber dado a tu pobreza el premio merecido. Sí, ya tú descansas. Al presentarse tu alma ante el tribunal tremendo, el Pobre de Nazaret, resplandeciente de hermosura ha salido a tu encuentro y te ha dicho: “tuve hambre y me diste de comer. tuve sed y me diste de beber, estuve desnudo y me cubriste, estuve enfermo y me visitaste. Y mientras los ricos descendían al abismo, tú, pobre de Jesús, entraste con El a la gloria imperecedera, donde resonaban y resonarán por toda la eternidad, entonadas por los confesores y las vírgenes y los mártires y los ángeles y las potestades y los serafines las palabras del Maestro: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”.

DEL R. P. MATEO CRAWLEY-BOVEY

*EN LOS SAGRADOS CORAZONES DE VAL-
PARAISO*

“El huracán del desierto, el que sopla, batido, con furor, por las alas gigantescas de la muerte, arrancó de cuajo, al amenecer del 25 de Junio, una tienda, más que de oro y de púrpura, de calor maternal, de abrigo cariñoso, de inefable ternura, de caridad ilimitada, que cubría, en silencio de modestia, a centenares de infortunados que, fuera de esa tienda, hubieran padecido frío, desamparo y hambre...”

“¡Ha muerto doña Juana Ross de Edwards!”

“Su desaparecimiento va a provocar el horrible despertar de una realidad de amarguras y de incertidumbres de tantos, cuyas hondas penas adormecía ella, solo ella, en secreto, nunca violado. Porque ese misterio de modestia, era la condición que la gran benefactora ponía para tener opción a sus larguezas. ¡Tuvo hasta el último, el rubor de su inmensa caridad! Se hubiera avergonzado de verse descubierta, sorprendida en aquella trama de amor, urdida por ella misma. Todos sabían que daba, que daba mucho, que daba de comer y de vestir a una caravana invisible de madres, de viudas, de jóvenes sin amparo, de huérfanos... Sí, todos lo adivi-

“nábamos, hemos tenido la certeza absoluta de que ella ha sido, hace largos años, una Junta de Beneficencia prodigiosa sigilosa. Y nadie o casi nadie ha descubierto el secreto que nos va a revelar en estos días un estallido vehemente, angustioso de los incontables desheredados heridos por la muerte de esta dama nobilísima”.

“Los ángeles de luz, no mueren... los ángeles del amor cristiano, no debieran poder morir”.

“Creemos, con razón, que ha sido ésta la característica de la caridad de doña Juana: el profundo silencio que ella misma hizo, por sistema de sólida virtud, alrededor de todas sus obras de beneficencia. Nunca buscó más reconocimiento que el de una plegaria en secreto, no aceptó jamás, so pretexto de gratitud, un aplauso que hubiera podido empañar la purísima gloria de hacer el bien, como la savia, que da vida, color y perfume a las flores, pero en secreto, y en la sola presencia de aquel Jesús que, para amar, y para hacer el bien amando, ocultó las magnificencias de Dios, en las penumbbras de un pesebre y en el corazón de un humilde nazareno”.

“Esto, no es filantropía, no es altruísmo, esto es caridad evangélica. Esto es amor!”

“Nos corresponde pues ahora a los que conocimos la obra de munificencia cristiana de la señora Edwards, el impedir que la lápida cubra con silencio glacial, lo que Valparaíso, lo que Chile, lo que el mundo debe conocer como un altísimo ejemplo. La noble y riquísima dama que ha desaparecido, fué la hermana de caridad, de tantos enfermos, de tantos desvalidos en asilos y hospitales; ella fué la hermana de la Providencia, madre solícita de tantos centenares de abandonados huerfa-

“nitos, en orfanotrofios; ella fué, en su previsión
“incomparable, la playa cariñosa, el albergue delicado,
“do, empapado de ternuras, para aquellos ancianos,
“estropeados de la vida, que, sin las simpatías de la
“infancia son niños-viejos, son ramas mustias desgajadas
“por la tempestad, y segregadas, por una racha implacable,
“de la selva de nuestra sociedad moderna, ocupada de negocios,
“y despreocupada de todos los que no le sirven para ganar dinero...”

“En todos esos infelices, que sólo tienen el tesoro
“de sus lágrimas, pensó doña Juana con pensamiento de suavidad,
“con previsión de cariño, con obras de consuelo”.

*

*

*

“Aquí queríamos hacer una historia, más o menos completa
“de las instituciones de caridad, fundadas o sostenidas por la
“señora Edwards, más fácil nos sería, seguramente, enumerar
“aquéllas en que ella no tuvo parte en Chile. La premura del
“tiempo nos impide presentar la lista exacta del sinnúmero
“de obras, que, de norte a sur de la República, estableció o
“favoreció con suma generosidad, la mujer admirable, cuya
“muerte es un verdadero luto nacional. He aquí unas cuantas
“de las instituciones que serán monumentos perdurables de su
“veneranda memoria:

“Asilo del Salvador, reedificado tres veces”.

“El Colegio Salesiano de este puerto”.

“Capilla del Hospicio”.

“Iglesia de Llay-Llay”.

“La Casa de Dolores”.

- “Hospital de San Agustín”.
- “El Asilo de Santa Ana”.
- “El orfanotrofio y escuela de Lourdes”.
- “El Asilo de las Hermanitas de los Pobres, construido 2 veces”.
- “La Escuela Arturo M. Edwards”.
- “El Asilo de viudas”.
- “Sanatorio de Peña Blanca”.
- “La Población Obrera del Cerro Cordillera”.
- “Sanatorio de los Andes”.
- “Asilo de la Providencia, en La Serena”.
- “El Colegio de los Salesianos, en La Serena”.
- “Escuela Parroquial, en Coquimbo”.
- “Una parte del Hospital en Antofagasta”.
- “Iglesia de Rancagua”.
- “Iglesia de Tierra Amarilla”.
- “Iglesia de la Providencia, en La Serena”.
- “Iglesia de la Candelaria, en Copiapó”.
- “Y dieciséis Iglesias o Capillas más, en Chile”.

*

*

*

“Un detalle en extremo interesante”.

“Es sistema de los favorecidos de la fortuna,

“hacer el bien sin imponerse de las desventuras ajenas, sin dar audiencia que fatiga, que incomoda y que entristece, a todos los que vienen a llorar sus infortunios a las puertas del rico. Por ésto, los grandes señores del mundo, suelen tener una puerta especial en sus palacios, por donde se llega a un mayordomo de confianza, a un administrador insensible, que tiene orden de hacer el bien, pero de hacerlo con prudencia, con cierta sequedad y con parsimonia”.

“Doña Juana hizo el bien, ella misma. Ella daba audiencia y escuchaba a los que iban a llorarle miserias desgarradoras. Ella, con su mano, enjugaba esas lágrimas, y de su propio puño y letra, remitía a hogares desvalidos, junto con unas líneas, el óbolo de su caridad inagotable”.

“Al revés de lo que se estila en el mundo, sus grandes capitales los administran otros; los intereses de los necesitados, de los afligidos y de los pobres, los administraba y los distribuía ella, personalmente ella a los 81 años. ¡Cuántas veces ha llorado, seguramente, en ese ministerio de alivio y de socorro, con los indigentes que iban a tenderle, tal vez con impertinencia, una mano suplicante!”

*

*

*

“Ha llegado la hora de las grandes revelaciones. Es preciso que toda la sociedad chilena sepa, el gran tesoro que acaba de perder. La justicia terrenal tiene su hora, suena en el tiempo, como un eco de la justicia divina, que acaba de hacerse en la eternidad”.

“Y esa obra de justicia social, tiene su elocuentísima razón de ser: es un ejemplo! Son tantos los ricos de la tierra, que no saben administrar los bienes que, con fines nobles sacratísimos, les confió el Señor. Son tantos los pobres y los ignorantes, que no se explican el por qué de la abundancia en que nadan los opulentos, tantas veces, es cierto, egoístas. Mejor que todas las lecciones de economía social, mil veces mejor que todas las distracciones sobre reparto comunista de la riqueza, es

“éste, el hecho soberano, el argumento incontrastable de una vida, repartida, con admirable prodigalidad, en todos sus dones de amor y de riqueza, en beneficio del hogar, de la sociedad, de la Iglesia, de la Patria y de los que sufren... No hay argumentos posibles contra un hecho de semejante magnitud, de semejante fecundidad y de semejante nobleza! Y ese proceder es norma, es ley invariable del Evangelio”.

“Se ha puesto en el ocaso, un sol de caridad que calentaba a tantos; se ha marchitado, para siempre, un jardín en que se recreaban tantos niños y tantos pobres... La Iglesia y la Patria se han enlutado”.

ORACION FUNEBRE

Pronunciada por el Ilustrísimo señor doctor don Ramón Angel Jara, Obispo de La Serena, en las solemnes exequias celebradas por el alma de la señora doña Juana Ross de Edwards, en la Catedral de La Serena, el 10 de Julio de 1913.

“Manum suam aperuit inopi et palmas suas
“extendit ad pauperem. — Fili ejus beatissimam
“praedicaverunt... Et laudent eam in portis opera
“ejus. (Proverb. cap. XXXI, vv. 20, 28 y 31).

“Ella abrió sus manos al indigente y las tendió
“a los pobres infortunados.—Sus hijos la proclaman
“bienaventurada. Y sus propias obras la ensalzan
“en las públicas asambleas”.

(Libro de los Proverbios, Cap. XXXI, vv. 20,
28 y 31).

“Señor Intendente: (1)

“Señor Presidente de la Ilmta. Corte de Apelaciones: (2)

“Señor Alcalde: (3)

“Aquí tenéis, señores, por rara coincidencia, un

(1) El señor don Jerónimo Espinoza Varela, Intendente de la Provincia de Coquimbo.

(2) El señor don Darío Navarro Ocampo, Presidente de la Ilustrísima Corte de Apelaciones.

((3) El señor don Juan Luis Rojas, Primer Alcalde de la Ilustrísima Municipalidad.

“túmulo funerario, que es, al mismo tiempo, glorioso pedestal de imperecedera grandeza. Los símbolos de la muerte, que nos recuerdan la fragilidad de la vida, están aquí enlazados con los pabellones de la patria que solo se inclinan ante los altares de Dios y ante el sepulcro de sus héroes. Plegarias de dolor van subiendo al cielo, pero mezcladas con himnos de alabanza entonados a los triunfos de la virtud. Mas ¿quién ha podido así bajar al sepulcro, en nuestro suelo, despertando estos sentimientos, que parecen encontrados de tristeza y regocijo, de condolencia y parabienes, de pesadumbre y de victoria?

“Ah, señores! No es un alto magistrado de la nación el que ha pagado tributo a la sentencia inexorable de la muerte, y, sin embargo, yo veo aquí, como en augusto Senado, reunidos en torno de ese féretro, a los representantes, en esta ciudad, de los altos poderes del Estado. No es un Pontífice de la Iglesia el que ha pasado del altar santo a la losa común en que se nivelan todas las cosas humanas, y, no obstante, aquí diviso esta corona augusta de ancianos y jóvenes sacerdotes, que entonan preces y místicas salmodias alrededor de ese sitio apellidado, con tanta verdad, por la liturgia sagrada, “castrum doloris”, “tienda del dolor”. No es un guerrero el que ha caído en el final combate de la vida, y, con todo, bizarros militares de mi patria, están aquí como centinelas de honor, velando a la puerta de ese campamento de donde ningún soldado retorna ni al bullicio del cuartel ni a las ternuras del hogar”.

“Pues bien: si no es un gran patricio, ni un egregio sacerdote, ni un invicto general el que así reúne dentro de estos muros graníticos a los fun-

“cionarios civiles, eclesiásticos y militares de esta ciudad, y que congrega a las instituciones sociales y religiosas, al clero y a los fieles, como acontece en los grandes y extraordinarios duelos de la nación, ¿quién ha podido, pues, despedirse de la tierra, moviendo a Chile entero, poniendo luto no sólo en todos los ciudadanos sino hasta en el pabellón querido de nuestras glorias y vistiendo de fúnebre ropaje esta Catedral que es la casa solariega de las familias cristianas?”

¡Ah! Pronunciad su nombre vosotros, niños desvalidos que estáis al borde de esa tumba, como ave-cillas junto al nido que dejó vacío la madre que lo calentaba bajo el ala de su amor. Dos veces huérfanos, porque a más de la mujer que os dió la vida y que nunca conocisteis, acabáis de perder a la segunda madre que os adoptó por hijos. Pronunciad su nombre, vosotros, enfermos adoloridos del Hospital y decrepitos ancianos del Hospicio, a quiénes desde lejos prodigaba sus cuidados esa piadosa señora. Pronunciadlo también vosotras, Hijas de San Vicente de Paul, santas Hermanas de la Providencia y abnegadas señoras de las Conferencias del Taumaturgo de los pobres, que fuisteis hasta ahora los canales silenciosos por donde la caridad de esa noble mujer hacía llegar a los menesterosos, sus múltiples limosnas. Y pronunciadlo, en fin, todas vosotras, señoras y doncellas que, en el secreto de antiguos y respetables hogares, veíais llegar mes a mes, como lluvia que cae sobre agotado campo, los socorros enviados por esa alma generosa que no conoció el olvido de los que fueron sus amigos”.

¡Si! Pronunciad su nombre entre lágrimas de gratitud, todos los que en esta ciudad sois deudores de continuados beneficios a esa gran señora, que lle-

“gó a ser una especie de providencia visible para
“tantos hogares e instituciones de caridad. Mientras
“tanto, yo vuelvo al cielo mis ojos, en demanda de
“fuerzas para mi espíritu, a fin de que no broten
“juntos, de mis labios el nombre de esa bendita mu-
“jer, y de mis pupilas el amargo llanto del dolor.
“Tal vez os parezca extraño, señores, más, ¿qué que-
“réis? Es uno de los inconvenientes que, de ordina-
“rio, acompañan a los ricos y poderosos del mundo.
“Mientras viven, los favorecidos por sus dones, cuan-
“do la limpia sangre corre por sus venas, se sienten
“obligados a ser sobrios de palabra y hasta avaros
“en sus afectos, temerosos de que el reconocimiento
“parezca mezquina adulación. Pero, después que la
“muerte cierra los oídos y las manos de los afortu-
“rados del siglo, los reduce a polvo y a ceniza en el
“sepulcro, llega la hora de levantar esa compuerta
“de fierro y dar franca salida al agua represada de
“la gratitud y del cariño, “anten mortem nes laudes
“hominem quemquam, nos dicen los Libros Santos;
“alaba después de la muerte” (4).

“Esa hora también ha llegado para mí, sin que
“tú misma puedas impedirlo, venerable señora y ami-
“ga. Acaso ¿no fuiste tú la que en la mañana de mi
“sacerdocio brindabas nuevas luces a mi inteligencia
“y nuevos bríos a mi salud, estimulándome con re-
“cursos y consejos para visitar el Viejo Mundo? ¿No
“eras tú la que, encontrándome enfermo y lejos de
“mi hogar, en la ciudad de Valparaíso, me atendías
“como madre cariñosa, hasta velar personalmente
“por mis medicinas y alimentos? ¿Cuál fué la em-
“presa de mi sagrado ministerio que no auxiliaron
“tus manos con oportuna largueza? ¿No fueron obse-

“quío de tu regia munificencia las vestiduras sagradas con que subí al trono pontifical en días de mis nupcias pastorales? Y ayer no más, en vísperas de tu postrera enfermedad, ¿no me conformabas en carta perfumada de la más exquisita piedad, y que guardaré como testamento de tu alma bondadosa, para sufrir resignado la soledad causada en torno mío por el vendaval de la muerte? Si todo esto hacías, sin más mérito de mi parte que el haber sostenido tu espíritu en los espasmos del dolor, cuando cerrabas los ojos a tu santa madre y cuando dabas el último beso sobre la frente helada del mayor de tus hijos moribundo, ¿qué no haré yo por honrar tu memoria aquí en la tierra y por acumular sufragios para tu alma en la eternidad? Os doy, pues, todo lo que tengo. “*Omnia mea tua sunt*” (5). “Clero, diócesanos y amigos, todo lo que constituye en esta ciudad, “mi consuelo y mi corona” *gaudium eum et coronameam*” (6), todo está aquí reunido y todo te lo ofrece mi corazón agradecido, a manera de corona tejida por esta ciudad de La Serena, de la cual eres hija ilustre, bienhechora insigne y su más preciada gloria”.

“Muchos siglos hace que el más sabio de los hombres, al trazar el cuadro más completo de las virtudes sociales y morales de la mujer fuerte, consignó estas palabras: “*manum suam aperuit inopi et palmas suas extendit ad pauperem*”; abrió sus manos al indigente y tendió sus brazos al pobre”. “Yo no encontraría una frase bíblica que tradujese mejor el rasgo característico de la señora Ross de Edwards. En ella se compendia su vida de constan-

(5) Par. Cap. XXIX. v. 14.

(6) Epist. A los Filipenses, Cap. IV v. 1.

“te caridad. Y así como de la “mujer fuerte” dijo “Salomón: “filii ejus beatissimam predicaverunt”, “sus hijos la llamaron bienaventurada”, también de “la señora Ross podemos afirmar, como os lo insinuaba al principio, que nos es dado unir a la intensidad “del dolor causado por su muerte, el gozo de oír la “aclamación de bienaventurada con que la honran sus “hijos, que son todos sus protegidos. Y a esa aclamación se junta “la alabanza que le tributan sus “obras”; “laudent eam opera ejus”.

“Por eso, lejos de mí el intento de hacer el panegírico de sus virtudes. Todo el elogio parecería “torpe y desabrido al lado de esa alabanza perdurable que tributan sus obras, verdaderos monumentos “en favor de los pobres y desvalidos: “et laudent “eam opera ejus”.

“Alabanza merecida, señores, porque la caridad “de la señora Ross de Edwards, ha sido inspirada “por su fe cristiana y dirigida por la virtud de la “prudencia que debe ser “regula coeterarum”, regla “de todas nuestras acciones”.

*

*

*

“Desahogado el corazón, puedo ya, señores, entregar a vuestra admiración y ejemplo, las preclaras virtudes de la gran matrona chilena, señora doña Juana Ross de Edwards, cuyo nombre ha pasado a figurar en nuestra historia nacional al lado de “los de esas egregias matronas doña Antonia Salas “de Errázuriz, doña Victoria Prieto de Larraín, doña Nicolasa Correa de Irarrázabal, doña Quiteria “Varas de Benavente y de tantas otras que son orgullo de la sociedad chilena”.

“Dispuso Dios, por insondables designios, que
“así como en el orden sobrenatural, debiera alzarse
“en las montañas de Andacollo, un trono de gracia
“en favor de toda la República de Chile, que no otra
“cosa es la imagen portentosa de la Reina y Madre
“del Rosario, así también hubiera de mecerse aquí,
“en esta ciudad de La Serena, tan vecina a esa mística y gentil palmera del desierto, la cuna de una
“niña destinada a ser, en el orden de la naturaleza,
“el más eficaz y poderoso auxilio de los pobres, dentro de los términos de nuestra patria”.

“Dos de Agosto de 1830, fecha de feliz recordación y que debe ser grabada con letras de oro en los anales de esa ciudad, porque en ese día, según rezan los libros parroquiales, abrió los ojos a la luz aquella niña que más tarde habría de conjurar, en numerosos hogares, las tinieblas espesas del infortunio y del dolor”.

“Fueron sus afortunados padres, don David Ross, Cónsul de su Majestad Británica, en Coquimbo, y la señora doña Carmen Edwards. Derramó sobre su frente el agua regeneradora del bautismo, el religioso dominicano Fray Francisco Bonilla, y ungió con los sagrados óleos, el Ilustrísimo señor José Agustín de la Sierra, Primer Obispo de La Serena, cuando era Cura y Vicario de esta ciudad. En la fuente bautismal se le apellidó Juana, nombre que en hebreo es sinónimo de “Gracia”.

“Cuentan las tradiciones que, si era singular la belleza de esta niña, mucho más lo era la hermosura de su alma, que se traslucía en sus azulados ojos y en la viveza de su clara inteligencia”.

“Es doctrina de los santos padres, y muy fundada en la razón, que Dios concede sus dones a las criaturas racionales según los reclama la misión

“que les tiene reservada. No debe, entonces, sorprendernos que estando destinada la señora Juana Ross de Edwards, al ejercicio de la caridad en tan vastas proporciones, la Providencia Divina abasteciera su espíritu de tan vastas cualidades en el orden natural, y de suaves inclinaciones a la virtud, que ella supo arraigar y desarrollar por su correspondencia de la gracia divina”.

“¿No os parece, señores, ver a esa graciosa doncella, acompañada de su madre, llegar a este recinto sagrado y atravesar los atrios del templo, llena de recogimiento y de piedad? ¿No sería en el templo de San Francisco, tan cercano a la casa de sus padres, donde se despertó en su alma el amor a los desvalidos, teniendo de continuo a su vista la imagen del pobrecito de Asís? ¿Quién pudiera saber que delante de aquél altar, recibió por vez primera esa niña, dentro de su pecho, en la Sagrada Comunión, a Aquél Divino Jesús que tal vez le hizo gustar estas dulcísimas palabras: “Beati pauperes” “Bienaventurados los pobres” “Lo que por ellos hicisteis, lo haréis por mí” (7).

“En conformidad a su posición social y a las relevantes prendas de que daba claros indicios la joven serenense, fué la esmerada educación que le proporcionaron sus padres. A ella se debe que desde los primeros años adquiriera ese gusto por el estudio, que le acompañó hasta la tarde de su vida; ese aprendizaje tan correcto de la lengua castellana y de algunos idiomas extranjeros que hablaba como el propio, y ese su admirable estilo epistolar que daba a sus cartas aquella mezcla de gravedad, de ternura y sencillez, que hacen deleitosas las de Ma-

“dame de Seigné, en Francia, y las de Miss Clara Waughan, en Inglaterra”.

“Así preparada por la gracia, en los fundamentos de la piedad, y por sus buenos padres, en el orden intelectual y moral, la joven de que hablamos, pasó a constituir su propio hogar, unida por los vínculos del matrimonio, con el respetable y laborioso señor don Agustín Elwards. La vida conyugal de la señora Ross, no fué sino el ejercicio de la virtud que caracterizaba a la mujer fuerte de los Libros Santos. Nada hubo en ella que no estuviera regulado por una virtud piadosa, por una divinidad sin afectación y por el trabajo propio de su estado. A medida que crecían sus bienes de fortuna, más se dilataba el campo de sus obras de caridad, y más se exteriorizaba en ella esa sencillez encantadora de su trato y de su persona, que en los menors detalles rechazaba el lujo y la ostentación”.

“La hora amarga de la viudez encontró a la señora Ross de Edwards, preparada para resistir tan duro golpe. El peso abrumador de graves y cuantiosos intereses, habría doblegado el alma de cualquiera otra señora que no estuviera sostenida por esa doble fuerza de la piedad y de la discreción. Viuda y dueña de una considerable fortuna, la señora Ross pudo entregarse de lleno a esa pasión de su alma, que era amar y favorecer a los pobres; pasión que en esa época de su vida tomó las proporciones de un volcán”.

VI

“¡Ah, señores! Si los estrechos límites de este discurso no me lo impidieran, ¿con qué anhelo no me detuviera en esta hora solemne, en que evoca-

“mos la memoria de una heroína de la caridad cristiana, a parangonar la bendición del pobre, en los siglos del paganismo, con la que ha caído después que irradió al mundo la luz del Evangelio? Basta solo recordar que la escuela más renombrada de la antigüedad pagana, aquella que había informado el derecho público de las naciones más aventajadas y en la cual se habían vaciado las costumbres y el carácter de los romanos; aquella escuela que tuvo por inspirador a Séneca, “El Virtuoso” Séneca, como ha sido llamado, hasta comparársele con San Pablo, el inmortal Apóstol de las gentes, no trepidó en definir la misericordia, cabalmente en su Tratado de “La Clemencia”, en estas palabras que horripilan: *Witium animi*, “vicio del alma”. . . Todavía agregó: “*Est aegritudo mentis quam omnis boni vitabunt*”; “es una enfermedad del alma, que deben evitar todos los hombres de bien”. Y como si temiera que esta doctrina no fuera exactamente comprendida, la firma el filósofo, deduciendo esta extraña conclusión: “*ergo non miserere mitus sapiens*; luego, todo hombre de inteligencia superior, debe rechazarla con pasión”. (8) ¿Qué os parece, señores, Bajo el influjo de esa doctrina, que nivelaba al hombre con las fieras, se formó el Código Romano, que a los pobres esclavos, cuando en ese imperio pasaban de ciento veinte millones, les negó todo derecho, incluso el de tener patria y familia; les inscribió en las leyes, bajo el título de “cosas”, y un jurisconsulto sostuvo, que no se les debía ni siquiera tomar en cuenta en la sociedad: “*non tam viles quam nulli*.” Qué tiene de extraño, entonces, que el circo romano se repletara de pobres,

(8) Tratado de Clemencia.

“para que en ellos se ensayara el efecto de los venenos; para que sirvieran de alimento a las serpientes de los “viveros”, mientras otros morían destrozados por los leones, en el anfiteatro, o se desangraban como gladiadores, entre los aplausos de la multitud y ante los ojos de los grandes del imperio, de sus filósofos y hasta de las llamadas públicas Vestales, a quiénes se reservaba el derecho de fijar el momento en que debía darse el golpe de muerte a las víctimas agonizantes”.

VII

“Apartemos horrorizados nuestros ojos, señores, de esos cuadros de la mayor desgradación de la naturaleza humana, y volvámonos a este otro lado de la cruz, para mirar el tránsito de las tinieblas a la luz, de la crueldad a la misericordia, y de la humillación del hombre a su grandeza y dignidad. Es un nuevo sol que aparece en la Judea: es el Cristo, quién, con autoridad divina, rompe las cadenas de todo despotismo y convida a los hombres a esa dichosa igualdad que borra las fronteras entre grandes y pequeños y que a todos nos hace hermanos, hasta el punto de que el rey y el vasallo, el rico y el mendigo, puedan con igual derecho alzar su voz al Hacedor Supremo, para decirle: “Padre nuestro que estás en los Cielos”. (9).

“Beati pauperes”, “Bienaventurados los pobres”. Es este el primer anuncio de felicidad que hace resonar el Salvador de los hombres; anuncio que esparcido en la Judea, se remonta al Tabor y al Calvario y va a herir de muerte a los señores del

(9) San-Mateo. Cap. VI v. 9.

“Capitolio. Bienaventurados los pobres. ¿Cómo debieron conmover estas palabras a ese mundo anti-
“guo, enervado, soberbio y corrompido; y cómo le-
“vantarían ellas a los pobres y desvalidos, de la ab-
“yección profunda en que por tantos siglos yacían
“sumergidos?”

“A la par que la doctrina de Jesús elevaba al
“pobre hasta los primeros tronos de su Padre Celes-
“tial, El, con su propio ejemplo, cambiaba las pre-
“ferencias, que hasta entonces habían tenido los ri-
“cos, por las distinciones otorgadas a los deshereda-
“dos de la fortuna. Nace, vive, trabaja y muere,
“abrazado a la pobreza, y no sé si me engañe, seño-
“res, al decir que el ejemplo de amor a la pobreza,
“dado por el Divino Redentor, ha cambiado radical-
“mente los pensamientos humanos, con relación al
“orden moral. Cuando Dios castigó al mundo, con el
“diluvio, no necesitó sino inclinar algunos grados el
“eje de la tierra. Mas, cuando quiso renovar la faz
“de la tierra en favor del pobre, hizo mucho más;
“se bajó a servirlo, y, en el Cenáculo, se arrodilló a
“sus pies para lavárselos. En ese momento solemne,
“el eje del mundo moral, quedó cambiado; el pobre
“pasó a ser rico, el pequeño pasó a ser grande, y el
“servir a los humildes, pasó a ser la mayor honra de
“los grandes”.

VIII

“Perdonadme, señores, estas reflexiones. Yo
“necesitaba hacerlas, para que apreciéis mejor el
“apostolado de caridad realizado en nuestro suelo por
“la señora Juana Ross de Edwards. No fué obra de
“sensibilidad natural, la que movió su alma a com-
“pasión por los desgraciados; fué la luz de la fe:

“cristiana, la que engrandeció ante sus ojos la persona del pobre; en él miró a un miembro adolorido del cuerpo místico de Jesucristo; se abrazó con sus padecimientos, como si fuera su propio hermano, y, en las mismas enseñanzas” de la caridad cristiana, aprendió a no curar jamás el cuerpo sin perder la vista del alma; puesto que hasta la misma ciencia médica, se ha encargado de confirmar aquellas divinas enseñanzas. “En el caso de todas las enfermedades, ha dicho el doctor Carrier, la serenidad del espíritu y la paz del alma, son los más poderosos medios de curación” (10). Profunda sentencia ampliada por el célebre médico Bertrand de Saint Germain, cuando afirmaba que “La higiene del alma es la ciencia de la salud moral” (11).

“Con estos poderosos auxiliares, la fe y la ciencia, la señora Ross de Edwards, voló en busca de los desgraciados, estudiando con atinado criterio, fortificado con la oración y la frecuencia del Sacramento, las necesidades más urgentes que remediar y el modo más eficaz de hacerlo. Una vez penetrada de la importancia y necesidad de una obra, no contaba los dineros para llevarla a cabo, aunque le importara centenares de miles su ejecución”.

“¿Con cuánta verdad y justicia podríamos decir de esta opulenta señora, lo que el Rey David cantaba muchos siglos atrás, “Beatus qui intelligit super egenum et pauperem?”. “Bienaventurados aquél que tiene el conocimiento del pobre (12). Como si dijera: Feliz el alma que en el ejercicio de la caridad,

(10) Rechorches statistiques sur les aliénés.

(11) La Revue médicale.

(12) Salmo II, v. 2.

“sabe dirigir los movimientos del corazón, por medio
“de un recto conocimiento de los infortunios que se
“presentan a su vista”.

IX

“¿No fué acaso el distintivo de la caridad prac-
“ticada en tan largos años por la señora Ross de Ed-
“wards, esa inteligente y discreta distribución de sus
“limosnas? ¡Cómo sabía ordenar sus grandes em-
“presas en bien de los pobres, de modo que una no
“entorpeciera a la otra! ¡Cuánta prolijidad gastaba
“en el estudio de los planos, cuando construía tem-
“plos, hospitales y asilos, a fin de que los menores
“detalles fueran consultados y de que nada se hicie-
“ra que resultase después inútil o perjudicial! ¡Con
“qué exquisita delicadeza sabía acomodar su limosna
“a las diversas condiciones sociales, de suerte que el
“socorro fuera siempre provechoso y nunca lastima-
“ra el decoro de familias decaídas y de antigua y
“acomodada situación!”

“Y ¿qué decir, señores, de esos tres amores pre-
“ferentes de su alma: el enfermo, el niño y el an-
“ciano, que representan las tres mayores necesida-
“des de la sociedad humana? El enfermo, cuando no
“puede valerse por sí mismo, arrastra al infortunio
“a todos los miembros de su hogar; la vida y la for-
“mación de los niños, constituye la mayor riqueza
“nacional, fuera de que todos ellos están llamados a
“ser los futuros herederos del cielo. ¿Cómo ponderar
“la triste suerte de los ancianos desvalidos? En el
“otoño de la vida, ellos son árboles desgajados por
“el viento helado de los años; pero merecen nuestro
“mayor respeto, por lo mismo que ya regalaron a
“la sociedad humana, las flores primaverales de su

“juventud y los frutos sazonados de su robustéz. “La vejez, — según San Ambrosio — debe ser el “puerto y no el naufragio de la vida”. 13).

“A qué enumerar, señores, los hospitales, orfe-
“linatos y asilos, construídos, a manera de palacios,
“y sostenidos, en buena parte, con ingentes cantida-
“des, por la señora Ross de Edwards? ¿Cómo dete-
“nernos a admirar esa tierna solicitud que la impul-
“só a construir al amparo de climas restauradores,
“hospitales para tuberculosos y Casas para incurra-
“bles? ¿A qué Institutos religiosos de Caridad y a
“qué obra de pública beneficencia en Chile, no lle-
“garon los subsidios de esa infatigable Protectora
“de los pobres? ¿Cómo olvidar que a su iniciativa se
“deben en Valparaíso, la espléndida fundación de sus
“queridos Salesianos y las primeras poblaciones de
“obreros con magníficos y amplios edificios? Y
“¿quién podría reducir a guarismo, los millones de
“pesos empleados por la ilustre matrona en esas
“obras variadísimas de beneficencia y enseñanza, en
“escuelas, patronatos y colegios de instrucción se-
“cundaria y superior, a las cuales habría que agre-
“gar todas las instituciones de piedad, de las que fué
“digna Presidenta, como fueron las Madres Cristia-
“nas, las Socias de los Sagrados Corazones, la So-
“ciedad de Beneficencia de Señoras, la Conferencia
“de San Vicente de Paul y esa nueva y santa cruzada
“de regeneración social llamada Liga de Damas Chi-
“lenas?”

“¿Podríamos dejar en silencio la construcción
“llevada a cabo por ella, de templos y capillas en las
“ciudades y en los fundos rurales de que era propie-
“taria? Yo no sé, señores, que en la historia de la

“Iglesia Americana haya habido una dama cristiana que levantase a sus expensas mayor número de Santuarios a la Majestad de Dios y al servicio de las almas. Dichosa mujer que al presentarse ante el Tribunal del Supremo Jucz, ha podido decirle como el Profeta Rey: “Domine dilexi decorem domus tuae et locum habitationis gloriae tuae”; “Señor, yo he amado el decoro de tu casa y el lugar donde habita vuestra gloria”. (14).

“Cómo no mencionar siquiera, aquél su acendrado patriotismo que la trocó en protectora insigne de nuestro Ejército y Armada, en la Guerra del Pacífico, y que la hizo madre adoptiva de los huérfanos de nuestros soldados en el Asilo de la Patria? ¿Quién no recuerda la parte que le cupo a la señora de Edwards en las epidemias que azotaron a Valparaíso, y en aquellas horas pavorosas de la “Noche Triste” del terremoto de 1906? ¿No fué su casa el albergue hospitalario y proveedora de víveres y de abrigo, para innumerables familias que súbitamente pasaban del abrigado hogar a la doble inclemencia del desamparo y de la lluvia?”

X

“Prueba la más elocuente, señores, de esa inteligencia y discreción con que la señora Ross de Edwards ha ejercitado la caridad, es el haber sabido administrar su fortuna, de modo que, asegurando el legítimo rango de los herederos de su sangre, haya proveído al sostenimiento perdurable de las obras de caridad por ella realizados. A no haber sido así, ¿qué cataclismo social se habría producido

“en nuestro país, si, junto con entregar su alma a
“Dios, la señora Ross de Edwards, hubieran de ha-
“berse cerrado las puertas de esos Hospitales, Hos-
“picios y Asilos, de los cuales habrían salido milla-
“res de infortunados dando voces de misericordia y
“protección?”

“Gracias al Cielo y a la caridad previsora de la
“madre de los pobres, no ha sido así. Muy lejos
“de eso; la piedad sólida y fervorosa de su alma,
“había arraigado tan profundamente en ella el amor
“a los desvalidos, que al leer su testamento, parece
“que su ternura maternal alcanzaba a muchos des-
“graciados que, de cerca o de lejos, socorría. ¡Con
“cuánta razón podríamos decir de esta esclarecida
“señora, lo que el incomparable Magillón afirmaba
“delante de los despojos mortales de la Duquesa de
“Orleans: “nadie entró en su corazón, para salir des-
“terrado de él!”

“Tampoco tú fuiste desterrada de ese noble co-
“razón, ¡oh! histórica y pinterosca ciudad de La Se-
“rena! ¡A pesar de los años y de la distancia, tu re-
“cuerdo vivía fresco en su memoria! Bien lo prue-
“ban los generosos donativos con que ha querido hon-
“rar la tierra de su infancia, de sus primeras ple-
“garias y de los purísimos amores de su hogar. Las
“provincias de Coquimbo y de Atacama, harán que
“se repita de generación en generación, el nombre
“querido de tan egregia bienhechora. Los honora-
“bles caballeros que en pública Beneficencia son los
“celosos guardianes de los Hospitales y Hospicios,
“sentirán calmadas sus zozobras, al ver, en gran
“parte, asegurado el porvenir de sus enfermos y
“asilados. Las almas caritativas, que en las Confe-
“rencias de San Vicente de Paul, conocen y alivian
“en lo posible las necesidades de los pobres, alaba-

“rán a la Divina Providencia, por haberles proporcionado auxilios tan oportunos en horas angustiosas, y la Iglesia serenense bendice el cielo, porque vé amparados sus templos, su seminario, sus huérfanos y sus viudas, bajo el manto cariñoso de una hija que es flgido diamante en su corona. “Beattissiman predicaverunt”; concierto universal de voces agradecidas que la proclaman bienaventurada”.

XI

“Mas no creáis, señores, que estos millones distribuidos con tanta discreción, sean los únicos tesoros de la señora Ross de Edwards. Incomparablemente mayores en número y valor, eran los tesoros de su alma. El mundo no conocía sino sus riquezas materiales. Pero Dios, “Intuitur corda”, “que mira el corazón, tenía sus delicias, en habitar en ese santuario íntimo donde el amor al Soberano Dueño de todo lo creado, al Dulcísimo Jesús “Pater pauperum”, Padre de los Pobres, constituía el centro del cual giraban todos sus proyectos, y era en la caridad de Dios, donde se compendiaban el código de sus resoluciones, de sus empresas y de todas las acciones de su vida: “plenitudo legis est dilectio”, la divina caridad, también fué para ella, “la síntesis de la ley que regía sus deberes”. (15).

“Por eso, fué viuda cortada según el modelo trazado por San Pablo; por eso, fué madre que supo unir infinitas ternuras con sublimes y heroicos sacrificios; por eso, siendo pródiga de sus propios dineros, era de severidad aquilatadora, cuando

(15) San Pablo a los romanos, Cap. XIII v. 10.

“administraba las erogaciones de los beneficios públicos; por eso, no conoció la altivez, sino para imponer silencio a los que intentaban lisonjearla por sus obras, ni conoció la avaricia, sino para esconder sus limosnas de las miradas y de los aplausos humanos. Sí, señores! Habrían perdido su tiempo, los que hubieran buscado a la millonaria chilena, en los brillantes saraos o en los espectáculos teatrales, pues sólo la encontrarían o confundida con los fieles en el templo, o dedicada a sus deberes domésticos, en el silencio de su hogar, o bajo el techo de familias atribuladas a quiénes llevaba la doble misericordia de sus palabras de consuelo y de sus limosnas en dinero. ¡Ah, señores! Decidme si la señora Edwards no ha sido uno de esos pocos ricos a quiénes el Espíritu Santo llama felices, porque no han tenido fijas sus miradas y sus esperanzas en el dinero y en sus tesoros: “*Beatus dives, qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris*”. (16). Decidme si no parecen escritas para esa virtuosa dama, esta sentencia del Profeta Isaías, mitad mandato, mitad recompensa al amor de los desgraciados: “*Partid vuestro pan con el que sufre el hambre; dad un asilo a aquellos que no lo tienen; cubrid la desnudez de aquél que tiene frío, y entonces, la luz de vuestra alma se asemejará a la aurora; la justicia irá marcando vuestros pasos y os circundará la gloria del Señor. Entonces, invocaréis a Dios y El os escuchará; lo llamaréis en vuestra aflicción y El os responderá: Heme aquí, a tu lado estoy*”. (17).

“Y ¿quién puede dudar, señores, de que esta

(16) Eslesirtés Cap. XXXI v. 8. 1.

(16) Eclesirtés Cap. XXXI v. 8. 1.

“protección divina, aseguraad a los administradores
“fieles de los dones de la fortuna, fué la que sostuvo
“a esta santa mujer, cuando le llegó la hora de apu-
“rar el cáliz del Getsemaní, reservado por Dios a
“sus almas escogidas? ¡Ah! ciertamente, porque el
“alma de la señora Edwards era muy grata a Dios,
“fué preciso que la tribulación la probara”. (18).
“Vedla, sino, abrazada a la cruz en el Calvario de sus
“imponderables mártires, desangrándose su corazón,
“viendo morir, uno a uno, a su esposo y a sus pa-
“dres, a todos sus hijos y a todos sus hermanos,
“quedando sola en aquél mar de amarguras, que la
“hacía repetir con la Reina de todas las viudas y
“madres desoladas: Oh, todos los que me creís di-
“chosa, dad una mirada de compasión y decidme
“si hay dolor semejante a mi dolor”. (19).

XII

“Para los buenos servidores de Dios, cerca del
“Calvario está el sepulcro. Ahí descansan en paz
“sus despojos mortales, mientras se remonta el es-
“píritu a la mansión de la eterna luz”.

“A sumergirte en ese océano de infinita claridad
“y de inmortales recompensas, has emprendido via-
“je, ¡oh! alma privilegiada de esa bienhechora incan-
“sable de la Iglesia y de la Patria. Te vas, pero
“cubierta ahora con el regio manto de esa virtud de
“la caridad que empuña el cetro de los ángeles y de
“los bienaventurados, porque es la vida del mismo
“Dios! Contigo van, en innúmeras legiones, los es-
“píritus tutelares de cuantos pobres socorriste, de

(18) Lib. de Tobías, Cap. XXII. v. 13.

(19) Tren. de Jeremías, Cap. 1 v. 12.

“cuantos huérfanos amparaste y de cuantas viudas
“atribuladas recibieron por tus manos alivio y pro-
“tección. La muerte no se atrevió a herirte con
“agonías y congojas, sino que, en blanco sueño para
“tu cuerpo, te dió la señal de la partida. Ah, es
“que los millares de almas que oraban por ti en el
“día de tu excelso Patrono el Precursor de Cristo,
“inclinaron a la verdad divina para que saliéran a tu
“encuentro aquellos mismos ángeles que condujeron
“el alma del pobre Lázaro al seno de Abraham. Es-
“crito está que entrará al Reino de los Cielos, el que
“sirviera “Christo in pauperibus” a Cristo en sus
“pobres. Y, si el polvo del camino aún te detuviera,
“antes de entrar en los inefables resplandores de la
“infinita Majestad de Dios, aquí estamos nosotros
“para apresurar, con preces y sufragios, la hora del
“eterno galardón. Intercesora nuestra, es la Virgen
“Madre del Carmelo, a quién tanto amabas, y a cuya
“imagen, recién alzada en las colinas de este pueblo,
“ofreciste cariñosa tus últimas ofrendas. Pero, en
“esta hora, no rogaremos por ti, en silencio. A nues-
“tras plegarias, unirá también sus voces el órgano
“potente que, como recuerdo perdurable de tu so-
“berana magnificencia, guardará agradecida esta
“Iglesia Catedral. Sí; que él lllore con nosotros y
“que derrame por los ámbitos del templo, sus notas
“de dolor y de esperanza. ¡Ah! ¡Cuán honrada y
“feliz quedaría esta ciudad, si, después de haberte
“visto nacer a la vida del tiempo, contribuyera hoy
“con sus ruegos, a abrirte la puerta inmortal de los
“cielos!

*ORACION FUNEBRE DEL PADRE MATEO
CRAWLEY BOVEY EN LAS HONRAS CELE-
BRADAS POR LOS PADRES SALESIANOS*

“¡La plenitud de la Ley es el amor!”
(SAN PABLO).

SEÑORES:

¡Sólo Jesucristo es grande, porque sólo El es la vida en el amor!

¡Sólo Jesucristo salva, porque sólo El es infinita Caridad!

¡Ah! y en El, son grandes, son hermosas, son redentoras, aquellas almas que, primero, como diáfanos celajes y luego, como nubes blancas, fecundísimas, van tomando, en su camino alado, savia, y luz y grandeza, y vida del inmenso piélagos del mar...

Ese mar eres Tú ¡oh Corazón de Jesucristo!

Una de esas almas grandes, redentoras, fuisteis vos, dama noble y cristianísima, cuyo desaparecimiento baña de fulgores un trono en las alturas, y de lágrimas sinceras, vertidas por todo un pueblo, la tumba de una reina de los pobres...

La señora Juana Ross de Edwards no ha muerto, Duerme, tan sólo, un sueño de inefable paz, velada por aquel cortejo de ángeles, que presiden Isabel de Hungría y Vicente de Paul. ¡No ha muerto!

Solo las vulgaridades transitorias, viven lo que

duran su aliento en un espejo. Hay figuras que llevan el sello de la inmortalidad. Y son aquellas que poseen la genialidad del talento o la genialidad del corazón.

Esta última tiene, además, la prerrogativa de ejercer un imperio de suavísima soberanía, que, ciertamente, envidiarían muchos poderosos de la tierra.

¿No lo habéis presenciado? Al rededor de la heroína porteña de la caridad, se ha agolpado, como un sollozo incontenible, inmenso, del alma nacional, una multitud doliente y cariñosa, convocada por aquella voz, de seducción suavísima, que, en Galilea, dijo: “amad y amaos, hijitos míos... Esta es mi ley: amad! Bienaventurados los misericordiosos y los mansos porque ellos poseerán la tierra”.

La plenitud, pues, del Código de Gracia, no es la Verdad, ni siquiera la Verdad, ni siquiera la Justicia: es sólo el amor, la Caridad.

Señores: el templo católico no se profanó jamás, sentando cátedra de literatura vana. Aquí, ante el altar de Dios, el discurso, y todas las galas de retórica, no son sino el atavío fugaz, humano de un verbo divino y eterno. La oración sagrada no debe ser, pues, sino la música piadosa y severa, que module, suavemente, la austeridad de un dogma, y que haga vibrar, entre armonía de ángeles y de creyentes que, alternando cantan, las fibras del corazón humano. Mas, esto lo hace, con una enseñanza viva, nítida terminante de Evangelio.

Sí, de aquel Evangelio cuya cátedra oficial, es ésta, señores.

¡Ah! pero la majestad de su elocuencia es avasalladora, en su eficacia, cuando, a su lado, se levanta otra cátedra enlutada, la de un túmulo, glo-

rioso como éste, la de un sepulcro cristiano, que, con voces clarísimas de ultratumba, va marcando, entre sombras de muerte y resplandores de cielo, una predicación de justicia social, de fe divina, de caridad evangélica, de amor cristiano.

Señores: tal va a ser, breve y sencilla esta alocución fúnebre. Que ella corra, unida al llanto de la Iglesia y de la Patria, como un torrente celestial de aguas vivas; que estalle, como un manantial de luz, entre estos altares, el de la vida y el de la muerte. Una misma Cruz los cobija a ambos, y en sus brazos, alas de sang^are, lleva escrita, con lágrimas del Redentor, esta leyenda inmortal: "la plenitud de la Ley de Cristo, es Cristo mismo, que palpita en el amor!"

Mucho más grande y majestuoso que el disco de un sol radiante, que sube, buscando el cenit del cielo, conozco, señores, otro astro de fuego, un sol de amor, Jesucristo, que baja, primero, y se envuelve en pañales de su cuna y en sudarios del sepulcro, y luego, oculto, misteriosamente desaparecido, tras de los cendales de la Hostia, se levanta humilde, pequeño y manso, en manos de un ministro suyo, que es pecador y es polvo...

¿Qué de extraño, pues, entonces, que ese Hombre-Dios venciera al mundo, desquiciado en su soberbia, con estas dulcísimas palabras: "Bienaventurados los modestos... los sencillos, aprended de mí que soy humilde!"

Desde esa lejana edad, el poderío de las naciones, que no es virtud del alma, no es poderío; la grandeza y pujanza de las sociedades, que no es ab-

negación y modestia, no es grandeza ni pujanza; la belleza de un corazón, que no consista en sencillez y en humildad, no es legítima belleza.

Notad que las estrellas se destacan, rutilantes, en un fondo de tinieblas!

Ese, cabalmente, señores, ése ha sido el raro ejemplo de virtud, ofrecido por la esclarecida matrona, cuya vida estamos leyendo en el recinto sagrado, como se lee una página de Evangelio.

¡Fué modesta!

¡Oh! qué lección elocuentísima para nuestras modernas sociedades, que viven afanadas, jugando a príncipes y a reyes, en el fastuo vano, de ostentaciones locas y de lujos perjudiciales e irritantes.

¡Fué sencilla!

Borró, con altivez cristiana, su nombre, del libro dorado en que, por convencionalismo de orgullo, lucen, provocando envidias y furores de anarquía, tantos opulentos vividores, tantos ricos egoístas.

¡Fué humilde!

Y por esto, buscó, con amor, la sombra para hacer el bien, y pidió al silencio que velara, con sigilo inviolable, el tesoro de sus méritos, el único, señores, el único que escondió con suprema avaricia, y le rogó que ocultara, con sus alas de penumbra, las expansiones de su magnífica largueza.

Ella, cuya colosal fortuna hubiera podido comprar a todos los vocingleros de la fama, para que la pregonaran, en las grandes manifestaciones de sociabilidad chilena, reina deslumbrante de sus aristocráticos salones, ella ha actuado decisivamente, cerca de cuarenta años de su vida, sin más séquito de gloria, que el de ángeles invisibles, que contaban los

dineros que... ella no contaba. ¿Y su lujo?... Este consistió en el velo espeso de modestia y de austeridad y ejemplar viudez. ¿Sus pedrerías y sus joyas?... La cascada de perlas, de lágrimas, recogidas en la vía dolorosa de tantos desventurados, a quienes ella consoló.

¿Sus caudales de fortuna? No consistieron, ciertamente, en sus cien millones ¡ah no!, sino, en la heredad valiosa de millares de huérfanos, de ancianos decrepitos, y de todos los necesitados. Y en prueba de ello mientras se desprendían de sus dineros, a manos llenas, se apegaba, con divina exaltación, a sus queridos pobres!

Esta dama modelo es, pues, argumento fehaciente, señoras, que el dinero no corrompe sino a las almas serviles y apocadas, y que, la paz de la conciencia y la sólida virtud del corazón, exigen siempre el desapego, noble, de aquella escoria, indispensable, pero escoria que llamamos oro.

Todavía una enseñanza más. Imponente y severa como el Gólgota teñido en roja púrpura, es la lección siguiente, de altísima moral: la necesidad ineludible del sacrificio y del sufrimiento en el régimen de amor cristiano.

¡Ah! señores, la Cruz, que hoy día consagra el sepulcro de la señora Ross de Edwards, consagró, clementísima e implacable, hace largos años, el palacio en que se deslizó su juventud de un día...

Llamados inexorablemente de lo alto, se fueron, uno a uno, todos aquellos seres que eran fibras de su amor, se desgranó, en breve, la gavilla apretada del hogar querido: el padre, el esposo, los seis hijos,

la madre, ocho hermanos; todos se fueron, y se hizo entonces el silencio de una ruina, en esa mansión señorial, envidiada, a no dudarlo, de tantos vulgares transeúntes... ¡Cuántos, al pasar, dijeron ciertamente: "con tantos caudales, si se llora allá adentro, debe ser de dicha!"

Ignoraban que ella, exhalando con frecuencia, en un suspiro, su alma dolorida, solía decir; "jamás he pasado frente a la casita de uno de mis inquilinos, sin envidiar su suerte de pobreza y de paz!" Esa herida no cerró jamás. La gentileza cariñosa de los suyos, la fiel obsequiosidad de amor y de respeto de sus nietos, y las graciosas caricias, que la embelesaban, los besos de los pequeñuelos de sus nietos, no alcanzaron nunca a colmar los abismos, y a hacerla sonreír, en lo íntimo de su alma, embargada siempre en el recuerdo de los amados ausentes...

Dios quiso hacerla pasar por el crisol de esas grandes pruebas, porque la encontró merecedora de grandes predilecciones. Quién, como ella, recibió un corazón privilegiado, debía resignarse a padecer, tribulaciones de marcado privilegio. El Señor es justo y sabe equilibrar la vida. El mundo no razona así, y cree una paradoja imposible, la alianza, tan corriente, de grandes fortunas con grandes pesares. Donde el cielo prodiga sus dones de talento, de honor, o de riqueza, ahí también traslada sus reales el Dios Crucificado.

¡Ah! pero ella, la gran cristiana, supo llorar sus lágrimas, con serenidad de fe ardorosa. Y sino, vedla, cómo, no contenta con apurar el cáliz, que le cupo en suerte, tiene voluntad sobrada para olvidar sus propios pesares, y con pasmosa resolución, atien-

de cariñosa a los desgraciados que van a pedirle, se conduela de ellos, y que gima, además, sobre ajenas desventuras.

Ver llorar una vez, conmueve; ver llorar cien veces, enseña y levanta; pero ver llorar millares sí, millares de veces, hacer vida de Verónica perpetua, bajo el difraz de millonaria, y hacerla durante cuarenta años, esto es, sencillamente lo heroico de la abnegación cristiana!

Decid, señores, si no es verdad que la señora de Edwards comprendió que, la plenitud de la ley, es un gran amor llevado, más allá del sacrificio, hasta la muerte! Es ésta una enseñanza que no correspondía deducir a los periodistas, ni a los pensadores profanos. La Cruz, en los dolores y en las abnegaciones que ella encarna, es la lección, reservada solo a esta cátedra, que posee otra sabiduría, la de redención social. Su lema es éste: por la Cruz a la vida.

Lo estoy adivinando. Esperáis ahora, con impaciencia y con derecho, otra palabra, cabalmente aquélla que sintetiza en haces de luz, y en explosiones de vida, la existencia preciosa de la señora Ross de Edwards.

Para pronunciarlas, desearía hablaros en un templo, bajo cuyas bóvedas cupieran, no sólo el incontable ejército de los huérfanos, de las viudas, de los pobres, de los desamparados, de los enfermos, de los niños y de los jóvenes, sedientos de verdad cristiana, sino también, y sobre todo, el jardín encantado, esplendoroso, de espinas, sí, pero de todas las espinas convertidas en flores inmortales al contacto.

de su aliento, flores purpurinas como el amor, perfumadas como un consuelo maternal, y que brotaron, de las zarzas de intensos dolores, en el erial escueto de quebrantos, ilusiones y miserias, de enfermedades y tristezas, de desnudeces, de desolaciones, y de hambres, que ella, personalmente ella, socorrió, abriendo los ojos, ávidos de solazarse, en la visión de las angustias, abriendo el corazón apasionado en Caridad y en prodigar la vida, amando!

“¡Dilexit!” Amó a Jesucristo con delirio santo, y, en obsequio suyo, renunció, con la naturalidad sublime de quien cumple con un deber elemental, al legítimo derecho de gozar de su libertad y su opulencia, y se constituyó, hasta la muerte, en servidora humilde y abnegada de los miembros estropeados de la sociedad chilena.

Es creencia vulgarísima, señores, que la Caridad consiste en dar... ¡Oh no! es más, inmensamente más, es darse!... Porque la verdadera Caridad exige sincera modestia y mucha abengación; y todo esto supone un gran amor de Dios y de sus hermanos. Esto es darse.

Pero hay más todavía, Caridad es darse, sin saborear vanidosamente el don de sí mismo, es darse humildemente, sin buscarse esto es, amando al que sufre, tanto, si no más, que a sí mismo.

Esta excelsa teoría de la Caridad, no brotó del abismo en que, sin embargo, se sufre tanto; no pudo, en su grandeza, tomar su origen de nuestra tierra, tan pequeña. La encarnó Jesús, quien, al desplegar los labios, empapados en la ambrosía de misericordias divinales, respiraba el fuego amoroso de su Divino Corazón. Y de esas llamas, sembradas en los caminos de su Iglesia, han ido surgiendo, en todas

las edades, aquellos ángeles, que tienen, sobre los del cielo, el insigne y doloroso privilegio de sentir las penas que alivian y de llorar con los que lloran!

Esa fué, señores, la misión providencial, que Dios confió a las ternuras maternas de la gran chilena, que admiramos y sentimos todos.

Una Oración Fúnebre no debe ser, una mera página de biografía. Es una semblanza, cuyos grandes rasgos, puestos de relieve, conmuevan y prediquen.

No es, pues, mi ánimo enumerar, en este instante, todas las obras de piedad y de beneficencia, con que la señora Edwards enriqueció en monumentos de amor, y en timbre de gloria, el suelo de su Patria. Más elocuente que todos los discursos, más decididor que todos los artículos necrológicos de prensa, ha sido la estupefacción social de los ricos, y el clamor tristísimo de los pobres, al descorrer la muerte dos misterios: el de la dádivas, incalculables e ignoradas de la gran benefactora, y el de las heridas secretas que con mano temblorosa, vendada, como el buen samaritano, previa la promesa ineludible, de orar por los suyos y por ella, y de callar su ofrenda.

Estupefacción, he dicho, señores, sí, y ésta va a acentuarse, no lo dudéis a medida que el tiempo vaya haciendo luz alrededor de su tumba, y en torno de la obra moral, gigantesca, que por, tantos años, llevó sobre sus dos alas invencibles: su fe en Dios y el amor de sus hermanos.

Creo no exagerar, señores, al afirmar, en posesión de datos fidedignos, que son contados en la historia los ejemplos de una munificencia, comparable al de esta gran cristiana, que hace regia donación,

en vida, de muchos millones al santuario de la misericordia, y que, en sus postreras disposiciones, legase ingentes sumas para que su muerte no apague la luz, no merme la ración de pan, ni desmantele el albergue de aquellos, que Dios, por misteriosos designios, ha sentado al banquete de las amarguras terrenas.

La Caridad del Calvario, como véis, ha resuelto, hace ya veinte siglos, todos los problemas de economía social, que amenazan tener un desenlace eminentemente laico, el de una hecatombe universal, si no se vuelve a los senderos, a la verdad y a la vida del Crucificado.

Nos sobran leyes, y también legisladores. Más aún: nos sobran autoridad tiránica, de hombres, sin Dios, que, en las alturas del poder, hacen consistir el orden en el artificio de ganar dinero y goces y alabanzas, inícuas y legalmente.

Nos falta Caridad, señores! La ley divina que la impone está ahí, escrita con caracteres imborrables de fuego sagrado, en ese altar. Leedla, penetraos de ella, y meditadla, en seguida, al borde de la tumba de una millonaria, muy amada... porque fué muy rica en el amor.

Decid ahora, pues, señores, si no es obligada nobleza, que autoridades y pueblo, de consuno, hayan pensado en levantar una segunda estatua a la señora Ross de Edwards... ¿Cómo, segunda? Sí, señores, sí, porque, la primera, está ya erigida: es el corazón mismo de Chile agradecido, consagrado con el incienso de la Iglesia y esmaltado con el llanto acerbo y noble de innumerables agraciados que la

anaron, cuando consolados, y que la recordarán, ahora, padeciendo y desolados...

La señora de Edwards pasó por el mundo, como una visión de cielo, haciendo el bien, y haciendo bien hecho, con acierto de amor, de criterio y de conciencia. Por esto la bendecirán muchas generaciones, y su nombre brillará perpetuamente, con aureola de paz, conquistada en los grandes y fecundos combates de la Caridad con el Dolor.

Apoyada en el altar, ha caído, majestuosamente, bajo el peso abrumador de millares de bendiciones, y herida, mortalmente herida, en ese corazón, que fué siempre el primero, y el más rico de sus dones, en ese corazón, que aprendió a amar, sin medida, en el Costado lacerado de su Salvador!

Cayó, amando también a Chile; cayó, pero, adherida inquebrantablemente como la hiedra, a la roca divina del Calvario, su única esperanza.

¡Oh, qué bien podría yo exclamar aquí, plagian-do al orador pagano: "Chile acaba de perder su primavera!" Pero, en cambio, señores, la estrella de su estandarte, y el sol de la Iglesia nacional, han tomado, en este bendito sepulcro, campos de claridad, más vívida y gloriosa... ¿Su sepulcro, he dicho?... Este será, por el momento, un vergel de flores siempre vivas, donde ella repose en paz suprema, después de tanto sufrir y trabajar para que otros reposaran en el nido de sus brazos.

Pero, después, ¡ah! sus restos deben seguir predicando modestia, abnegación y caridad, bajo un santuario grandioso, bajo la tienda del Dios de las misericordias, en la hermosa catedral de Valparaíso,

edificada en la ubicación que tuvo su palacio, y en cuyas amplias naves, pueda levantarse, de mil pechos amantes y oprimidos, la tempestad de un dolor y la de una gran plegaria!

Ahí debe dormir, arrullada por los cánticos de la Iglesia, la hija fiel y sencilla que, en la alborada del 25 de Junio de 1913, fué arrebatada en el carro de fuego de aquella Caridad sublime, que derrocha la paz, los consuelos y la vida en el destierro, y que entrega después, a Dios, en los umbrales de un eterno paraíso.

.....

Jesús, amado, conciente que el alma venturosa, que hizo tantos bienes amando, con dilección tan divina a sus hermanos en la tierra, siga, desde allá, a tu lado, haciendo la caridad de sus consuelos y la limosna generosa de su cielo a su patria, al sacerdocio, a su hogar y a tantos desheredados, que siguen llamándola su madre!"

Señores: la plenitud de la ley de Cristo, no es sólo la Verdad, ni es principalmente la Justicia: esa plenitud es Cristo mismo, que palpita en la Caridad, y que redime en el amor!"

ACUERDOS DE LA MUNICIPALIDAD DE VALPARAISO

Presidida por el Primer Alcalde Don Casimiro Taiba, se reunió extraordinariamente la Municipalidad de Valparaíso, en la tarde del 26 de Junio del año ya nombrado de 1913, con la asistencia de los regidores señores Luis Frreira, Carlos Rodríguez Alfaro, Manuel Briceño de la Paz, Carlos David Finlay, Manuel Varas Espinoza, Daniel Lyon, etc., el secretario Municipal señor Navarro y el pro-secretario señor Montenegro.

Abierta la sesión, el Primer Alcalde, poniéndose de pie, pronunció las palabras siguientes:

“La ciudad de Valparaíso ha visto desaparecer a uno de sus más queridos miembros, aquel que ha prodigado a manos llenas su cuantiosa fortuna para el alivio de las clases necesitadas, la virtuosa matrona señora Juana Ross de Edwards”.

“La filantropía de esta señora no tuvo límites, no puede describirse ni siquiera condensarse en estas breves líneas, ella se encuentra en todos los hogares faltos de recursos, en todos los hospitales, en los asilos, en las escuelas, donde quiera que se lleve la vista”.

“Con absoluta sinceridad puede aseverarse que a ella han recurrido los que sufren, los que lloran, los que han visto desaparecer al miembro más que-

“rido del hogar, o los que, huérfanos del destino, no encontraban una mano caritativa que los arrebatara de las negras sombras de la miseria”.

“La Municipalidad tomará la debida representación en los funerales, y mientras llega el momento de recordar en forma estable las virtudes de esta gran benefactora, estimo de justicia que quede constancia en el Acta, del profundo pesar con que la Corporación se ha impuesto del fallecimiento de la señora Ross de Edwards, y así lo haga participar a los miembros de su familia”.

A continuación de las palabras del Alcalde y a insinuación de él acordóse enviar una corona como homenaje de la Corporación y asistir en cuerpo a los funerales.

Hablaron enseguida los señores García, Briceño de la Paz, Lyon, Ferreira, González y Finlay.

El señor García.—A nombre de los regidores conservadores, se adhiere al duelo de la porteña, por la pérdida de la respetable matrona, señora Juana Ross de Edwards.

El señor Briceño de la Paz.—La Municipalidad de Valparaíso, fiel intérprete, en estos momentos, de los nobles sentimientos del pueblo, deplora la pérdida de la caritativa y egregia matrona doña Juana Ross de Edwards, y le consagra el homenaje póstumo de gratitud y admiración, a la que dedicó toda su existencia, fortuna y sus más delicados sentimientos a la humanidad doliente, para quién fué, por espacio de medio siglo, su aspiración y norma, la más sublime y excelsa de las virtudes: “La Caridad” en todas sus manifestaciones.

¡Raro ejemplo que debiera tener émulos y continuadores!

El recuerdo de sus grandes y bellas acciones,

quedará grabado en forma indeleble, en todas aquellas instituciones que recibieron el óbolo generoso de su pródiga mano, y en especial de los que hoy, inconsolables, como el huérfano, el anciano y desvalido, sienten a la que fué su consuelo y lenitivo.

El señor Lyon.—Deseo también, señor presidente, presentar mi tributo de adhesión y respeto al homenaje que rinde la Municipalidad de Valparaíso, a la memoria de la señora Juana Ross de Edwards.

No hablo, señor Alcalde, en nombre de los que nos sentamos en estos bancos, sino como miembro de la colectividad chilena. La señora Ross de Edwards, no pertenecía a ninguna sociedad ni a una familia, nos pertenecía a todos; formaba parte de la vitalidad del país entero, y su desaparecimiento es sentido y lamentado como desgracia nacional.

En todas las manifestaciones de la vida, esta augusta matrona hizo sentir su influencia bienhechora. La sociedad recogía el admirable ejemplo de sus virtudes; el proletario encontraba siempre su mano abierta para aliviar sus dolores, y las asperezas de su vida; su gran fortuna se repartía así, por todas partes donde se encuentra la miseria que socorrer.

Bien conocidas son las grandes obras de beneficencia que le deben su existencia, y puede decirse que no hay lugar en Chile, por más apartado que se encuentre, que no haya disfrutado de la generosidad de esta gran benefactora, que en la intimidad del hogar, trataba de ocultar el brillo de sus virtudes, con la humildad propia de las grandes almas.

Valparaíso, es, sin duda alguna, la ciudad que más debe a la señora Ross de Edwards. Las huellas de sus manos caritativas se señalan en todos sus ba-

rios, y merecidísimo sería el homenaje de esculpir en bronce su figura, para que las generaciones venideras mantengan siempre latente el recuerdo de una gran señora, una figura culminante de la sociabilidad porteña, encarnación vivísima de la fe y la caridad cristiana.

El señor Ferreira.—En nombre de los regidores liberales, se asocia al duelo, por la muerte de la señora Juana Ross de Edwards.

El señor González.—La representación radical se asocia al duelo de toda la sociedad, por la irreparable pérdida de tan ilustre y caritativa matrona.

El señor Finaly.—Desea que se entre inmediatamente a la orden del día, para tratar de la moción que ha presentado para erigir una estatua a la señora Juana Ross de Edwards.

Así se acuerda.

ORDEN DEL DIA

Se aprobó por unanimidad, el siguiente proyecto de acuerdo presentado por el segundo Alcalde, señor Carlos David Finlay:

I. Municipalidad:

Los grandes y desinteresados servicios prestados a la ciudad de Valparaíso, por la respetable señora doña Juana Ross de Edwards, son de aquellos que merecen la gratitud de todo un pueblo.

Su protección sin límites para los enfermos, los ancianos, los niños, los huérfanos, las familias vergonzantes, etc., se tradujo en hospitales, sanatorios, dispensarios, asilos, escuelas y orfelinatos que se levantan en la ciudad, y que dan albergue a millares de necesitados.

Todas estas obras se han llevado a cabo, con la reserva y modestia que fueron la principal característica de su personalidad, rehuyendo siempre todo lo que pudiera significar un homenaje de gratitud.

Ha sido necesario que la muerte arrebatara tan preciosa existencia, para que vengan a hacerse públicos sus grandes merecimientos, y para llegar a convencerse que la obra de caridad, practicada por la señora Ross de Edwards, durante más de sesenta años, solo es comparable a las acciones distinguidas de los grandes servidores de la patria.

Valparaíso, ha sido el centro de actividad y de inagotable bondad de la noble señora, justo es entonces que la Ilustre Corporación, en nombre del pueblo que representa, trate de honrar públicamente su memoria, perpetuando su recuerdo.

Por estas consideraciones, tengo el honor de proponer el siguiente proyecto de acuerdo:

“La Ilustre Municipalidad acuerda:

“1.º Dirigirse al Poder Ejecutivo, solicitando la “promulgación de una ley que permita erigir un monumento en un sitio público, sin gravamen para el “Estado, en homenaje a la gran benefactora de la “ciudad de Valparaíso, doña Juana Ross de Edwards;

“2.º Iniciar una subscripción pública, con el objeto de costear dicho monumento, subscribiéndose “la I. Corporación, con la suma de mil pesos; y

“3.º Facultar a la Alcaldía para designar una “comisión de vecinos que, con amplias facultades, “reciba erogaciones públicas y lleve a efecto el cumplimiento de este acuerdo”.

En señal de duelo, se levantó la sesión.

HOMENAJE DE LA JUNTA DE BENEFICENCIA DE VALPARAISO

Se reunió en los salones de la Intendencia, la H. Junta de Beneficencia de Valparaíso, presidida por Don Carlos Zañartu Fierro, y con asistencia de los señores: Jorge Montt, Guillermo Rivera, Enrique Bermudez, Carlos Van Buren, Carlos David Finlay, José Fabres Pinto, Alberto León Silva, Juan Magalhaes, Enrique Deformes, Rafael Bustos, Jean H. Thierry y el secretario Don Tulio Symon Lorca.

Todos los asistentes a esta reunión, estuvieron de acuerdo con lo manifestado por el Sr. Intendente, quién expresó, "que aunque no era usual que a señoras se tributasen homenajes fúnebres de carácter público, creía que en este caso, la Honorable Junta haría una excepción a esa costumbre, considerando los grandes merecimientos de la señora Juana Ross de Edwards, y, sobre todo, su caridad inagotable, que la hacía una verdadera madre para los menesterosos de la República. La Honorable Junta, agregó, como representante de la caridad pública, debe hacer pública manifestación del duelo de los pobres, que con el fallecimiento de la señora Ross, pierden a su magnánima benefactora".

Se tomaron los siguientes acuerdos:

Concurrir en corporación a los funerales;

Enviar una corona costeada personalmente por los miembros de la Honorable Junta;

Encomendar al presidente de la H. corporación, don Carlos Zañartu, que haga uso de la palabra en el Cementerio;

Colocar en la sala de sesiones de la H. Junta, el retrato de la señora Ross de Edwards; y

Enviar una nota de condolencia a la familia.

En la Bolsa de Corredores de Valparaíso.

Como una demostración de duelo por el fallecimiento de la señora Ross de Edwards, la Bolsa de Corredores de Valparaíso, suspendió la rueda de la mañana del 26 de Junio.

En la Municipalidad de Viña del Mar.

Se acordó concurrir en corporación, a los funerales de la señora.

Participación del Gobierno.

Reunido el Consejo de Ministros, en la tarde del 25 de Junio, bajo la presidencia del Presidente de la República, Excmo. señor Don Ramón Barros Luco, se acordó, que en representación del Gobierno, asistieran a los funerales de la señora Ross de Edwards, el edecán de S. E., teniente-coronel Don Luis Larraín Mancheño y los señores Ministros Don Manuel Rivas Vicuña, del Interior, Don Enrique Villagas, de Relaciones Exteriores, y Don Jorge Matte Gormaz, de Guerra y Marina.

EN LA "UNION SOCIAL DE ORDEN Y TRABAJO"

En sesión extraordinaria, la "Unión Social de Orden y Trabajo", tomó los acuerdos siguientes:

1.º Dejar constancia en el Acta, del profundo y sincero sentimiento de pesar, que ha causado en la Sociedad, la muerte de la respetable señora Doña Juana Ross de Edwards, que fué gran benefactora de la "Unión Social de Orden y Trabajo".

2.º Nombrar una comisión para que asista a los funerales, con el estandarte social, e invitar a todos los socios para que también concurren a este acto, debiendo encontrarse en el salón social a las 8 A. M.

EN LA TERCERA COMPAÑIA DE BOMBEROS

La Tercera Compañía de Bomberos que lleva el nombre de Agustín Edwards acordó suspenderse el ejercicio anunciado para el 26 de Junio, colocar a media asta la bandera nacional, colocar una corona sobre la tumba de la señora y concurrir a sus funerales.

3.º Enviar una nota de condolencia a la familia.

4.º Nombrar una comisión compuesta de los señores Silva, Correa y Pereira, a fin de que se pongan de acuerdo con el señor Cura de los Doce Apóstoles, para que se oficie una misa por el descanso del alma de la señora Ross de Edwards, el domingo subsiguiente, a la cual concurrirán los socios de la "Unión Social".

EN EL CENTRO DE PROPAGANDA CONTRA LA TUBERCULOSIS

Reunido en sesión extraordinaria, el Centro de Propaganda contra la Tuberculosis, presidido por el Doctor Don Enrique Deformes y con asistencia de los doctores señores Roberto Montt Saavedra, Silvano Sepúlveda, Buenaventura Cádiz, Cornelio Durán, Florentino Caro, Elías Ascarruns y otros, se tomaron los siguientes acuerdos:

1.º Asistir el Directorio, en Cuerpo, a los funerales.

2.º Enviar una corona a nombre del Dispensario Anti-Tuberculoso.

3.º Colocar el retrato de la señora, en la sala de sesiones.

4.º Enviar una nota de condolencia a la familia.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

UN RESUMEN DE SU OBRA

La vida de caridad y de altruismo de Doña Juana Ross de Edwards, no tiene paralelo en nuestra historia.

“Colocamos a esta señora” —dice la obra “Re-acuerdos de Valparaíso”, editada con motivo del “Cuarto Centenario de la ciudad,— “en medio de “las instituciones filantrópicas de Valparaíso, por la “sencilla razón de haberse constituído ella misma, en “persona, en una verdadera institución de caridad, “de asombrosa caridad, tanto por motivo de su munificencia, como por su multiplicidad y sabiduría. “Hacer un recuento o una narración cronológica, como deseáramos, de las obras de caridad de esta noble matrona, es tarea superior a nuestras fuerzas, “toda vez que según indicios aflorados a cada paso “y en diversos ámbitos del país, sus actos de silencioso socorro al verdadero necesitado, a las familias “venidas a menos, a los seres inermes sometidos a “las angustias de la necesidad más dolorosa y apremiante, fueron tan abundantes y oportunas, como “las obras de filantropía que por su carácter público “y efecto social, no habrían podido permanecer ocultas a la mirada atónita del pueblo”.

Modesta y sencilla, se desprendió de las joyas

y de todos los atributos de la vanidad humana.

Humilde, en medio de su grandeza.

Célebre por su belleza en su ciudad natal de La Serena, de ojos claros y de cabellos blancos como la nieve.

Descendiente del clan escocés vinculado a San Andrés, el Santo Patrono de Escocia; ligada por la sangre de los Niños de Cepeda a Santa Teresa de Jesús; inspirándose en el Evangelio de Jesucristo y en la inmortal Encíclica de León XIII, Rerum Novarum, dedicó su vida al bien, realizando una obra magna de caridad.

Prestó durante 61 años, desde 1852 a 1913, abnegados servicios a la Sociedad de Beneficencia de Señoras de Valparaíso, como tesorera, a los 25 años de edad, como Presidenta y como Presidenta Honoraria, dedicándose esos 61 años, desde la mañana hasta la noche, a la atención personal de los huérfanos, de los ancianos y de los enfermos de los Dispensarios y de los Hospitales, aportando, además, donaciones cuantiosas.

Repartió durante cuarenta años, ropas y panes a los pobres, en el día de San Vicente de Paul.

Fué, durante la guerra del Pacífico, el ángel protector de los heridos, de las viudas y de los huérfanos de los soldados caídos en los campos de batalla. Hizo, además, cuantiosos donativos al Gobierno, a impulsos de su celo patriótico, mereciendo del Congreso Nacional, una medalla de honor que le fué otorgada por su patriotismo y su altruismo durante la campaña.

Durante la epidemia del cólera de 1887, estableció lazaretos; prestó su concurso en toda forma a las autoridades de Valparaíso, de La Serena, de

Copiapó, de Quillota, de Limache, de San Pedro, de La Calera, de San Felipe, de Llay-Llay, de Buín, de Linderos; tomó a su cargo y bajo su protección inmediata, a los inquilinos de sus fundos con sus familias, proveyendo de medicinas y de ropas a todos, hombres, mujeres y niños, y repartiendo, además, millares de raciones diarias de carne cocida.

Trajo a Chile, a las Hermanitas de los Pobres.

Repartió millones, durante cuarenta años, entre los pobres y entre las familias venidas a menos.

Protegió con largueza, a la Iglesia de Cristo.

Donó el Cementerio de Buín.

Protegió a los Cuerpos de Bomberos de diversas ciudades.

Mantuvo durante treinta y cinco años, arriendos bajos en sus propiedades, como medida de ayuda social. Encabezó suscripciones en favor de adelantos locales, de homenajes a servidores públicos, y de objetivos caritativos en Valparaíso, La Serena y otras ciudades.

Encarnación del socialismo cristiano de León XIII, en Chile, fué precursora clarovidente de algunas de las actuales leyes sociales, entre otras, de las leyes de arrendamiento y de la vivienda obrera.

Amparó enérgicamente las Instituciones, en 1891.

Como en 1897, durante la guerra civil, protegió a los heridos, a las viudas y a los huérfanos de ambos bandos.

En el terremoto del 16 de Agosto de 1906, envió todos los elementos de sus fundos, ganado, vacuno y lanar, harina, trigo, frejoles, etc., a los hospitales y a los Asilos de Valparaíso y de Viña del Mar, en auxilio de los ancianos de los enfermos y de los huér-

fanos. Ayudó en toda forma a los establecimientos de Beneficencia, y fundó un Asilo para las viudas del Terremoto. Auxilió con motivo de la catástrofe, a diversas poblaciones como Nogales, Llay-Llay y San Felipe.

Fué la precursora en la lucha contra la tuberculosis, construyendo, dotando y manteniendo los Sanatorios de Santa Rosa de Los Andes y de Peña Blanca, y el Dispensario anti-tuberculoso de Valparaíso.

Fué precursora, también, de la vivienda higiénica para los obreros, fundando la Población Obrera "La Unión" de Valparaíso, y arrasando con la ranchería de sus fundos, construyendo para sus inquilinos, centenares de casas alegres e higiénicas.

Se preocupó en toda forma, del bienestar de sus inquilinos agrícolas.

Levantó los Establecimientos Salesianos de La Serena y Valparaíso, con el objeto de preparar para diversos oficios a jóvenes de escasos recursos.

Fundó en diversas localidades, Ollas del Pobre para los indigentes.

Prestó su concurso, a las Misiones Salesianas de Tierra del Fuego.

Construyó el Hospital de San Agustín de Valparaíso, dándole el nombre de su esposo, el de La Serena y el antiguo hospital de Antofagasta.

Contribuyó con gruesas sumas durante treinta y cinco años, para el mantenimiento, construcción o ensanche de los hospitales de las provincias de Atacama y de Coquimbo, entre otros, los del Huasco, Vallenar, Freirina, Copiapó, La Serena, Coquimbo, Vicuña, Ovalle y Combarbalá, y en la región central, los hospitales de Quillota y de Limache, el de San Felipe, los de Buín y Parral.

Construyó y mantuvo los Asilos de la Providencia de Valparaíso y La Serena, y también en Valparaíso los Asilos del Salvador y de San Vicente, los de Santa Ana y del Buen Pastor, el Asilo de Ancianos de la calle Colón, destruído en el terremoto de 1906, y el magnífico Asilo de Ancianos de Población Vergara, en Viña del Mar. Continúan todos estos establecimientos su obra benéfica, habiendo recogido, educado, vestido y alimentado, durante el último medio siglo, a cien mil huérfanos, y amparado a millares de ancianos.

Contribuyó a la construcción del Hospicio de Viña del Mar.

Construyó y mantuvo diversos colegios, entre ellos, el “Agustín Edwards” y el “Arturo M. Edwards” de Valparaíso, y ayudó al mantenimiento de muchos otros.

Fundó la Casa de Dolores y Orfanato y Escuela de Lourdes de Valparaíso, habiendo repartido estos establecimientos, entre los pobres en sesenta años, un millón de recetas gratis.

Honró el Culto Divino, donando los altares de numerosos templos, entre otros, el de la nueva Iglesia Parroquial de Viña del Mar y el de la Capilla del Hospicio de la misma ciudad; obsequió los órganos de las Catedrales de La Serena y del Espíritu Santo de Valparaíso; donando, igualmente a muchos templos, púlpitos y ornamentos sagrados, fuentes bautismales y vitreaux, levantando diecisiete iglesias a través del país.

Rebelde al lujo, a la vanidad y a la ostentación; sobria y severa consigo misma; asceta en su vida privada, fijó los gastos de su casa durante años en dos mil pesos al mes.

Llevó el bálsamo de su caridad, fuera de las

fronteras del país, prescindiendo de nacionalidades y de sectas, dedicando en 1891, las mañanas, durante muchas semanas, a hacer el bien en los barrios pobres de Lima; y auxiliando, en 1889, a los pobres de la ciudad de la Paz de Bolivia y del puerto de Mollendo, en el Perú, al traer a Chile los restos de su hijo Arturo.

Calcúlase, por último, que desde 1851 a 1913, su contribución a la caridad y a la solidaridad humana, entre desembolsos directos y rentas dejadas de percibir como medio de ayuda social, no baja de doscientos millones de tres peniques.

CARTA DE DOÑA JUANA A SU NIETA ADELA

*al enviarle el libro traducido por su hijo Arturo,
con motivo de su Primera Comunión*

Mi querida Adela:

Ya que, a consecuencia de las tristes circunstancias por que atraviesa nuestra Patria, no me es posible estar contigo en este día, no he podido dejarlo pasar sin consagrarte mis más afectuosos recuerdos, y sin pedir al cielo bendiciones y gracias especiales para la que, dejando de ser niña, principia a ser una joven que, con toda mi alma, deseo sea modelo perfecto de la mujer cristiana, en todas las condiciones de su vida".

Para que puedas comprender bien los deberes que ese título impone, te envío este libro, que tiene para mí el mérito especial de ser ofrenda de filial afecto del hijo tan prematuramente arrebatado a mi cariño. Deseo lo conserves como tierno recuerdo a su memoria, aprovechándote de las sabias lecciones que encontrarás en él, y que te trazarán la senda que debes seguir, enseñándote a salvar los escollos que halarás en el camino de la vida, haciéndote comprender que no se encuentra la felicidad sino en el cumplimiento del deber y en el testimonio de la conciencia que, como dice el autor de las "*Paillettes d'Or*", en el Capítulo 17 de la 5ª serie de ese pre-

cioso librito que te recomiendo releer siempre, es el amigo más leal y sincero que podemos tener, y el único, tal vez, que no engañe jamás.

Quiera el Cielo concederme, antes de llegar al fin de mi existencia, la dicha de ver realizada esta ardiente y natural aspiración del afecto sin límites que por ti abriga el corazón de tu abuela y madrina.

Juana R. de Edwards.

Valparaíso, 18 de Marzo de 1891.

BIENOTECOA NACIONAL
SECCION CHILENA

DESCENDENCIA DIRECTA DE DOÑA JUANA ROSS DE EDWARDS

El único de los hijos de doña Juana que dejó descendencia fué don Agustín Edwards Ross. Casado con doña María Luisa Mac Clure Ossandón, tuvo los siguientes hijos:

- 1 Adela, Casada con Eduardo Salas Undurraga.
- 2 Agustín, casado con Olga Budge Zañartu.
- 3 M. Teresa, casada con el Duque Francois des Cars.
- 4 Carlos, casado con Margot Mac Kenna.
- 5 Raúl, casado con Josefina de Ferari Valdés.
- 6 M. Louise, casada con Arturo Lyon Peña.
- 7 Francisca, casada con Alberto Hurtado.
- 8 Juana, casada con José A. Gandarillas.
- 9 María, casada con Guillermo Errázuriz.

Hijos de Adela Edwards, casada con Eduardo Salas Undurraga:

- 1 Silvia.
- 2 Eliana, casada con Jorge Aldunate.
- 3 Sergio.
- 4 Filomena, casada con Fernando Lyon Sutil.
- 5 María Luisa, casada con Gonzalo Súberca-seaux.
- 6 Andrés, casado con Olivia Besa.

*Hijos de Agustín Edwards M. C., casado con Olga
Budge Zañartu:*

- 1 Agustín, casado con Isabel Eastman Béeche.

*Hijos de M. Teresa Edwards M. C., casada con el
Duque Francois des Cars:*

- 1 Marguerite, casada con el Conde de Rosambó.
- 2 Louis, casado con M. Louise de Briey.
- 3 Guy.

*Hijos de Carlos Edwards M. C., casado con Marga-
rita Mac-Kenna:*

- 1 Carlos, casado con Isabel Scott Viale Rigo.
- 2 Eugenio, casado con Gabriela Bunster Saavedra.
- 3 Margarita, casada con Luis Valdés.
- 4 Patricio, casado con Elena Garretón.

*Hijos de Raúl Edwards M. C., casado con Josefina
de Valdés:*

- 1 Josefina, casada con Luis Hurtado.
- 2 Arturo, casado con Laura Eastman Béeche.
- 3 Carmen, casada con Mario Eyzaguirre.
- 4 Raúl, casado con Iris Fell.

*Hijos de María Louise Edwards M. C., casado con
Arturo Lyon Peña:*

- 1 María, casada con Jorge Covarrubias.
- 2 Teresa, casada con Héctor Braun Guevara.
- 3 Arturo, casado con Julieta Valverde.
- 4 Jorge, casado con María Subercaseaux.

Hijos de Francisca Edwards M. C., casada con Alberto Hurtado:

- 1 Mónica, casada con Enrique Budge Zañartu.

Hijos de Juana Edwards M. C., casada con José A. Gandarillas:

- 1 Marie Rose, casada con Carlos Eastman Béeche.
- 2 Carmen.
- 3 Juana.

Hijos de María Edwards M. C., casada con Guillermo Errázuriz Vergara:

- 1 María Angélica, casada con Mario Phillips.

Hijos de Eliana Salas Edwards, casada con Jorge Aldunate:

- 1 Eliana, casada con Guillermo Urrejola.
- 2 Jorge.
- 3 Luis Eduardo.
- 4 Carmen.

Hijos de Filomena Salas Edwards, casada con Fernando Lyon Sutil: •

- 1 Fernando.
- 2 María Luisa.

Hijos de María Luisa Salas Edwards, casada con Gonzalo Subercaseaux:

- 1 José.
- 2 Felipe.

Hijos de Andrés Salas Edwards, casado con Olivia Besa:

- 1 María Angélica.

Hijos de Agustín Edwards Budge, casado con Isabel Eastman Béeche:

- 1 Agustín Ivan.
- 2 Sonia.
- 3 Marie Sol.
- 4 Roberto.

Hijos de Louis des Cars, casado con M. Louise de Briey:

- 1 Francois Amedée.
- 2 Marie Therèse.
- 3 Marguerite.

Hijos de Carlos Edwards Mac. Kenna, casado con Isabel Scott Viale Rigo:

- 1 Isabel.
- 2 Teresa.
- 3 Carlos.

Hijos de Eugenio Edwards Mac. Kenna, casado con Gabriela Bunster Saavedra:

- 1 Margarita María.

Hijos de Margarita Edwards Mac. Kenna, casada Luis Valdés Pereira:

- 1 Luis Carlos.
- 2 Juan Ignacio.

*Hijos de Patricio Edwards Mac. Kenna, casado con
Elena Garretón.*

1 Patricio.

*Hijos de Josefina Edwards Ferari, casada con Luis
Hurtado:*

1 José Luis.

2 Jaime.

3 Raúl.

*Hijos de Arturo Edwards Ferari, casado con Laura
Eastman Béeche:*

1 Michael.

2 Francisca.

3 Edmundo.

*Hijos de Carmen Edwards Ferari, casada con Ma
rio Eyzaguirre:*

1 María Teresa.

Hijos de Raúl Edwards Ferari, casado con Iris Fell:

1 Raúl.

2 Roney.

3 Bárbara.

*Hijos de María Lyon Edwards, casada con Jorge
Covarrubias:*

1 María Luisa.

2 Jorge.

3 Felipe.

Hijos de Teresa Lyon Edwards, casada con Héctor Braun Guevara:

- 1 Juan.
- 2 Verónica.

Hijos de Arturo Lyon Edwards, casado con Julieta Valverde:

- 1 Arturo.
- 2 María Elena.
- 3 Andrés.

Hijos de Jorge Lyon Edwards, casado con María Subercaseaux:

- 1 Filomena.
- 2 Francisco.
- 3 Luisa.
- 4 María Teresa.

Hijos de Mónica Hurtado Edwards, casada con Enrique Budge Zañartu:

- 1 Francisca.
- 2 Enrique.

Hijos de Marie Rose Gandarillas Edwards, casada con Carlos Eastman Béeche.

- 1 Carlos.
- 2 Patricia.

Hijos de M. Angélica Errázuriz Edwards, casada con Mario Phillips:

- 1 Bárbara.
- 2 Solange.

INDICE

	Pág.
Cuando el Tata Jorge se hizo chileno	7
Don Jorge Edwards, esposo de doña Juana Ross	15
El Clan Ross	25
David Ross	31
La gracia del Señor	45
Esposa y madre	58
Madre muchas veces más	66
La casa de Dolores	72
El gran dolor de la vida	77
La lámpara del recuerdo	91
La inteligencia del pobre	101
Precursora de la Cruz Roja	113
Escocia, París, Italia	117
León XIII	132
Vuelta a las trincheras del dolor	142
1891	160
La obra de San Juan Bosco y Doña Juana	189
Entronización del amor	193
La noche triste	202
La cumbre	210
Traslación del cuerpo de la Iglesia del Espíritu Santo	220
Los funerales	230
La gratitud pública	236
La glorificación	240
Las honras fúnebres	244
Oraciones fúnebres	251
Acuerdos de la Municipalidad de Valparaíso	304
Homenaje de la Junta de Beneficencia de Valparaíso	309
Un resumen de su obra	313
Carta de Doña Juana a su nieta Adela	319
Descendencia directa de doña Juana Ross de Edwards	321

SABADO SANTO

Una novela trazada en la honda realidad social de Chile, en la ciudad y en el campo. Toda la tragedia espiritual del mundo, vivida intensamente por personajes que representan, con perfiles magníficos, las ideas caudantes de nuestra época, en un fondo de poesía infinita.

En resumen, una obra de arte lograda plenamente. El mejor libro de Carmen Valle.

FRANCISCA

La evolución espiritual de una mujer de nuestra raza refinada, artista, crecida en una época de ceguera social. El dolor, el desengaño, nobles atavismos, una flor de pureza innata, cristalizada en el nombre de la hija, Marie Lys, también y en gran parte la austera elocuencia de un valle costeño de la patria desenvuelven y rescatan ese espíritu selecto de funestos egoísmos y hacen de ella una figura ideal, marcada con una señal de redención para su pueblo.

En venta en toda buena librería:
y en:

LIBRERIAS "SPLENDOR"

Santiago — B. O'Higgins 1626
Valparaíso — Independencia 2042

IMPRESO EN CHILE
1944

Imp. "San Francisco".--P. Las Casas.
